



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXII, Vol. CXXX, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1963).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Cerecúa No. 1035
Apartado Postal 985
Teléfono 23-34-68

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CULTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

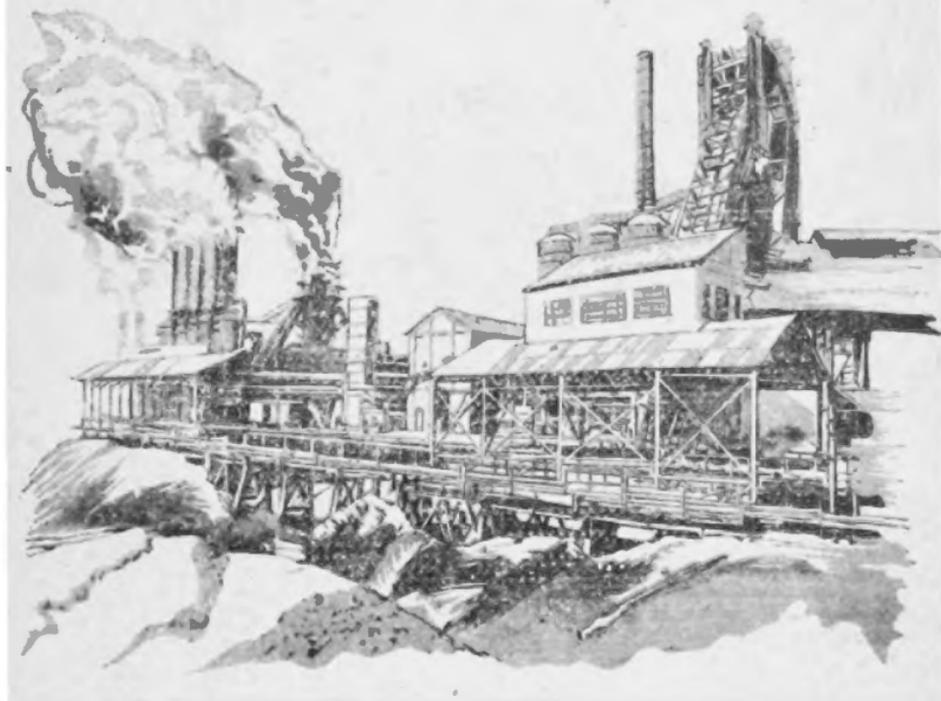
AÑO XXII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1963

ÍNDICE
Pág. 3

ACERO



Todos los materiales fabricados con ACERO MONTERREY:

*Lámina, plancha, perfiles estructurales, corrugados, rieles,
satisfechan por su alta calidad*

*las necesidades de la Industria, con la garantía
que significan 60 años de experiencia
en la fabricación de Acero en México.*

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

● TITULOS PUBLICADOS ●

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en los más diversos ramos del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la ostentosa aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbrará por su amplitud, que apasionará por su dramatismo y que asombrará por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

La Tierra antes de la Historia—El Lenguaje—La Tierra y la Revolución Humana—Las Razas y la Historia—De los Chinos a los Imperios—Los Hititas—La Civilización Egipcia—La Formación del pueblo Griego—El Genio Griego en la Religión—El Arte en Grecia—El Panteón Griego y los Orígenes del Esp. Científico—La Ciudad Griega—El Imp. Macedonio y la Helenización del Oriente—La Italia Primitiva y los Comienzos del Imp. Romano—Las Instituciones Políticas Romanas—La Roma Imperial y el Urbanismo en la Antigüedad—Roma y la Organización del Derecho—La Economía Antigua—Los Celtas y la Expansión Céltica hasta la Época de la Tenebridad—Los Celtas desde la Época de la Tenebridad y la Civilización Céltica—El Mundo Romano—Los Germanos—El Irán Antiguo (Elam y Persia) y la Civilización Iraníca—La Civilización China—El Pensamiento Chino—La India Antigua y su Civilización—Israel desde los Orígenes hasta mediados del Siglo VIII (a. de C.)—De los Profetas a Jesús. Los Profetas de Israel y los Principios del Judaísmo—De los Profetas a Jesús. El Mundo Judío hacia los tiempos de Jesús—El Fin del mundo antiguo y los comienzos de la Edad Media—Vida y Muerte de Bizancio—Las Instituciones del Imperio Bizantino—La Civilización Bizantina—Carlomagno y el Imp. Carolingio—La Sociedad Feudal (I)—La Sociedad Feudal (II)—Mahoma—La Cristiandad y el concepto de Cruzada—El arte de la Edad Media y la Civilización Francesa—La Monarquía Feudal en Francia y en Inglaterra—Orígenes de la Economía Occidental—Los Municipios Franceses—La Filosofía en la Edad Media—La Forma del Mental Moderno en el Arte de Occidente—El Problema de la Incredulidad en el Siglo XVI—Los Siglos XIV y XV—Europa—Las Ciencias de la Vida en los Siglos XVII y XVIII—La Europa Francesa en el Siglo de las Luces—La Era Romántica. El Romanticismo en la Literatura—Europa—La Era Romántica. Las Artes Plásticas—La Era Romántica. El Romanticismo en la Música Europea—La Revolución Agrícola—La Europa del Siglo XIX y la Idea de la Nacionalidad—La Ciencia Oriental antes de los Griegos—La Juventud de la Ciencia Griega.

ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
Siervos remitiré el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

TEL: 12-55-88 13-26-30 • AV INDEPENDENCIA 10 • MEXICO, D. F.

UNA
INVERSION
QUE
CRECE...



ACCIONES SERIE

B

de

NACIONAL FINANCIERA

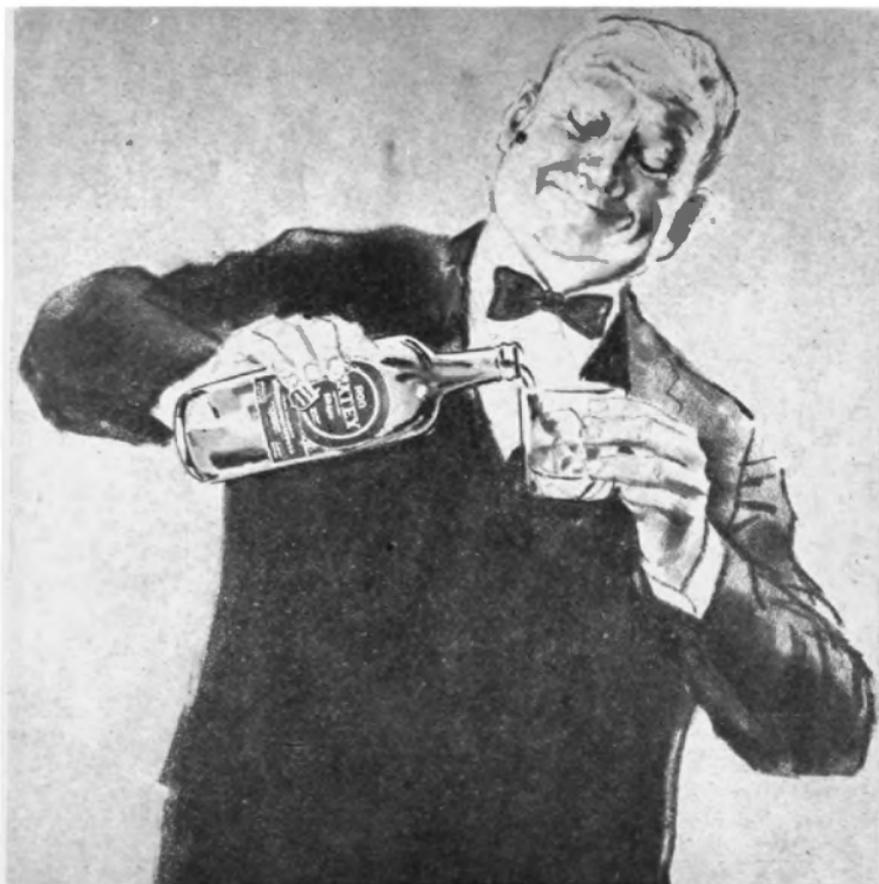
Ganan un mínimo anual del 8%
y un dividendo adicional
En los últimos ejercicios se pagó el 9% neto
Valor Nominal \$ 100.00

De venta en

N

NACIONAL FINANCIERA, S.A.

VENUSTIANO CARRANZA NUM. 25 MEXICO 1, D. F.
Institución Nacional de Crédito dedicada al Fomento Industrial.



Un Ron Batey para cada gusto

Para usted, que es un auténtico conocedor. Destiladora Cordobesa, S. A., elabora Ron BATEY Extra Añejo. Tómelo sólo deléitese en cada sorbo y compruebe que BATEY Extra Añejo es el ron de máxima categoría.

BATEY también le ofrece su Ron BATEY Tipo Jamaiquino, y el nuevo BATEY Claro Tipo Cubano

Ron
BATEY



LO DEMAS ES LO DE MENOS, LO QUE IMPORTA ES RON BATEY

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$425,819,292.10

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).



BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. Presidente: Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. Vicepresidente: Sr. Prof. Roberto Barrios. Consejeros Propietarios: Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Ing. Enrique Castro García, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. Consejeros Suplentes: Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. Secretario: Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. Comisarios Propietarios: Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. Comisarios Suplentes: Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Lic. Emigdio Martínez Adame.

Sub-Gerentes:

Ing. Fernando Romero Quintana Ing. Franco Ledesma Ramírez

LA ASOCIACION CRISTIANA FEMENINA, A. C.



ofrece en su moderno y nuevo edificio, la casa-hogar para señoritas residentes y visitantes, ubicada en el número 62 de la calle de Humboldt de la ciudad de México.

La casa-hogar cuenta con cuartos cómodos y debidamente amueblados, servicio de comedor, cocina, lavandería, baño con agua caliente, etc., etc.

Cuenta también con una Residencia para Damas, ubicada en uno de los suburbios más hermosos de la metrópoli, a unos 40 minutos en autobús o tranvía, al centro de la ciudad.

Los cuartos en esta residencia tienen baño privado y se puede gozar de un bello jardín.

Para jóvenes estudiantes ofrece la casa-estudiantil, situada en San Angel, a unos cuantos minutos de la Universidad.

Cualquier informe que se desee acerca de estas tres residencias puede solicitarse por escrito a la

ASOCIACION CRISTIANA FEMENINA, A. C.

Calle de Humboldt 62

México 1, D. F.

Teléfonos: 12-18-64, 21-75-16.

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

●

COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA DE LA
REVOLUCION MEXICANA, DIRIGIDA POR
JESUS SILVA HERZOG

Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La Cuestión de la Tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política.

De venta en las principales librerías.

Precio del ejemplar:

México	\$ 20.00
América y España	Dls. 2.00

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

México 1, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de
2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un
Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas,
sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

México .	\$ 500.00
Extranjero	Dls. 50.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

¡ SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL !

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ N° 140

México A. D. F.

C E R V E Z A

MALTA, ARROZ, LUPULO Y AGUA



Por sus ingredientes la cerveza es una bebida sana, pura y de bajo contenido alcohólico.

La industria cervecera mexicana, elabora esta bebida con los más modernos procedimientos y ajustándose a la más estricta higiene.

Selecciona cuidadosamente las materias primas, ejerce un control científico minucioso y puede afirmar, con orgullo, que la cerveza mexicana es la mejor del mundo.

Además es una bebida muy económica; digna de estar en todos los hogares de México . . . ¡y qué agradable!



**ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA**

MEXICO, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
MENDICANTES, 1623

Edición de 25 ejemplares fuera de comercio y 200 numerados,
impresos en papel Corsican; 80 pp., rústica, \$100.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8966

TELEFONOS: 12-12-86 y 22-20-86
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMÓS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	.. 2 al 6	30.00	3.00
1945	.. 1, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1946	Los seis números	25.00	2.50
1947	Números 1, 3, 4, 5 y 6	25.00	2.50
1948	.. 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	.. 4 y 6	20.00	2.00
1950	Número 2	20.00	2.00
1951	Números 2, 4, 5 y 6	20.00	2.00
1952	Los seis números	20.00	2.00
1953	Números 2, 3, 4, y 5	20.00	2.00
1954	Número 6	20.00	2.00
1955	Números 5 y 6	20.00	2.00
1956	Los seis números	17.00	1.50
1957	17.00	1.50
1958	17.00	1.50
1959	Números 1, 2, 4, 5 y 6	17.00	1.50
1960	.. 1, 2, 5 y 6	17.00	1.50
1961	.. 1 al 3	17.00	1.50
1962	.. 2 al 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México

Otros países de América y España Dls. 9.00

Europa y otros Continentes „ 11.00

Precio del ejemplar del año corriente:

México

Otros países de América y España Dls. 1.80

Europa y otros Continentes „ 2.15



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

NOVEDADES DE CUADERNOS AMERICANOS

	Pesos	Dts.
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA. Textos escogidos de: Miguel Hidalgo, Bernardo Monteagudo, Simón Bolívar, Benito Juárez, Juan Bautista Alberdi, José Martí, Venustiano Carranza, Roque Sáenz Peña, Hipólito Yrigoyen, José Ingenieros, Augusto César Sandino, Isidro Fabela, Lázaro Cárdenas, Fidel Castro Ruz	20.00	1.80
HISTORIA DE LA EXPROPIACION PETROLERA, por Jesús Silva Herzog. Este libro contiene la verdadera historia de los sucesos que relata, en los cuales tomó parte significativamente el autor. La expropiación de los bienes de las empresas petroleras ha sido uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia contemporánea de México	12.00	1.00
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXICANA, por Jesús Silva Herzog. El autor demuestra en este pequeño libro que en las ideas de los revolucionarios mexicanos que culminaron en la Constitución de 1917, hubo influencias del socialismo reformista y del socialismo revolucionario europeos. Esto en contra de la tesis de la originalidad originalísima de la Revolución mexicana	10.00	0.90
EL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LA ECONOMIA DE MEXICO, por José Luis Cecaña. En esta obra se estudian aspectos fundamentales del capital monopolista norteamericano y su influencia en numerosas empresas establecidas en México. El libro es resultado de más de 10 años de pacientes investigaciones, revelando desconocidos matices de la realidad de la economía mexicana. Todo hombre —de centro, derecha o izquierda—, interesado en el estudio de nuestros problemas fundamentales deberá adquirir una obra de tan elevada categoría intelectual	20.00	1.80

De venta en las principales librerías.



AV. COYOACAN 1035

Apartado Postal 965

Teléfono 23-34-68

México 12, D. F.

6

NUEVOS TITULOS EN LA COLECCION POPULAR

- Antropología filosófica**, E. CASSIRER (No. 41. 336 pp.)
El Libro de los Libros de Chilam Balam (No. 42. 216 pp.)
Breve historia de la música, N. DUFOURCQ (No. 43. 240 pp.)
Muntú: las culturas neoafricanas, J. JAHN (No. 44. 252 pp.)
De estrellas y hombres, H. SHAPLEY (No. 45. 192 pp.)
Antología de ALFONSO REYES (No. 46. 168 pp.)

3 OBRAS FUNDAMENTALES

- Ensayos sobre sociología y psicología social**, K. MANNHEIM (Trad. de F. M. Torner. 342 pp.)
La ciencia en la historia de México, E. DE GORTARI (454 pp.)
Impuesto al gasto, N. KALDOR (Trad. de R. C. Pimentel. 252 pp.)

2 IMPORTANTES REEDICIONES

- La democracia en América**, A. DE TOCQUEVILLE (2a. edición. Prefacio, notas y bibliografía de J. P. Mayer. Introducción de E. González Pedrero. Trad. de L. R. Cuéllar. 752 pp. Empastado)
La élite del poder, C. W. MILLS (3a. edición. Trad. de F.M. Torner y E. de Champourcin. 392 pp.)

En todas las librerías o en Av. Universidad 975, de México 12, D. F.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXII

VOL. CXXX

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1963

MÉXICO, D. F., 1º DE SEPTIEMBRE DE 1963
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5

Septiembre-Octubre de 1963

Vol. CXXX

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	Págs.
JULIO LARREA. La educación y la vida internacional en la América Latina	7
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. La Argentina y sus problemas actuales	39
JAVIER RONDERO. Juan XXIII, Adalid de la paz	64
MANUEL SANDOVAL VALLARTA. El pacto para abolir las explosiones nucleares	75
LOLÓ DE LA TORRIENTE. La política cultural y los escritores y artistas cubanos	78

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

DIEGO CÓRDOBA. Vicente Sáenz, una vida consagrada a defender a nuestra América	93
FRANCISCO GIRAL. José Giral, ejemplo para la juventud de España y América	108

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JACOBO KOGAN. Arte y metafísica en Whitehead	129
MONIQUE PÉRIGORD. Fracaso temporal y conciencia estética	167
<i>Desarrollo económico, aborro y equilibrio externo</i> , por F. LL.	184

PRESENCIA DEL PASADO

F. COSSÍO DEL POMAR. Manco II. El fugitivo	193
--------------------------------------------	-----

	Págs.
ENRIQUE FLORES CANO. El ideal bolivariano en la Carta de Jamaica	209
JORGE CARRERA ANDRADE. El caudillo de la guerra azul	224

DIMENSIÓN IMAGINARIA

HENRY DE LESCOËT. Toison oscuro	241
JACQUELINE VAN PRAAG CHANTRAINE. Tendencias del teatro español de hoy: Antonio Buero Vallejo y "el buerismo"	254
SAÚL YURKIEVICH. José María Arguedas: encuentro con una narrativa americana	264
JOSÉ LUIS CANO. Don Juan Valera en el Brasil	279
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Pedro Henríquez Ureña	285
<i>Romualdo Brughetti: trayectoria y presencia de un destino en las letras americanas</i> , por DAVID MARTÍNEZ	301

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	309
--------------------------------------------------------------	-----

Nuestro Tiempo

LA EDUCACIÓN Y LA VIDA INTERNACIONAL EN LA AMÉRICA LATINA

Por *Julio LARREA*

¿SON JUZGADAS CON OBJETIVIDAD LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA LATINOAMERICANAS, POR LOS PAÍSES LLAMADOS DESARROLLADOS?

PRINCIPIO cardinal y orgánico de las Naciones Unidas es el de la igualdad jurídica de los Estados nacionales que las integran. No obstante, tal igualdad esencial se quiebra, todos los días, ante el absurdo e injusto empeño de imponer a toda costa la rígida y convencional validez de la división del mundo en *naciones desarrolladas* o *avanzadas*, y en *naciones subdesarrolladas* o *atrasadas*. De esa imposición discriminatoria de culturas surgen consecuencias desastrosas en contra de la comprensión cultural internacional, porque creado el artificio del superdesarrollo y del infradesarrollo se restablece el viejo y siempre peligroso dominio de las naciones ricas sobre las pobres, de las más industrializadas sobre las menos industrializadas. Uno como predestinismo fatal tiende a imponer el control de parte de las primeras contra las segundas. Aparecen entonces, como por generación espontánea, ciudadanos de países clasificados como avanzados que, con el título de expertos en el conocimiento de la educación y la sociología de una determinada región señalada como atrasada, tratan de imponer, en forma dogmática, prejuiciosa y simplista, una impresión totalmente negativa y anuladora contra esa región. Ese es el caso en el que es colocada la América Latina. Son muy conocidas las tremendas limitaciones con las que tropieza la Educación Comparada en el conocimiento sistemático, analítico, complejo, funcional, vivo, de primera mano, de la educación y de la cultura latinoamericanas cuando se trata de extranjeros: por regla general el idioma español es apenas aprendido o ignorado, las aproximaciones físicas no van más allá del turismo relampagueante. Ni los españoles se excluyen de estas tremendas limitaciones, sobre todo los "especialistas" de *escritorio* procedentes de los organismos internacionales, porque su trabajo o tarea consiste tan sólo en recolectar y publicar informes y datos

oficiales unilaterales y esporádicos, sin interpretaciones ni enjuiciamientos. Además, se suele atribuir una importancia excesiva a las cifras estadísticas—siempre de valor tan relativo—y a los artificiosos y abstractos “promedios”, “porcentajes”, “cuocientes”, *per capita*, cuando la verdadera realidad es la diversidad asombrosa y la movilidad, muchas veces vertiginosa, de niveles a través de la multiplicidad infinita de los grupos. El examen de las *cualidades humanas* y de los valores espirituales de las cosas, está completamente ausente de semejante materialista, unilateral tendencia. Es que se trata de medir la cultura por la simple tenencia de bienes materiales y no por los conceptos de valor espiritual de la vida humana.

Nos preguntamos, por tanto: ¿cuál es el mayor punto de mira de los comentaristas extranjeros contra la educación latinoamericana? Para los europeos como Papini, superestimadores de la importancia de la cultura occidental europea, la negatividad contra la América Latina fue motivada por el desconocimiento de las aportaciones de ella. Para los norteamericanos, acaso la respuesta más explícita podamos encontrarla, entre tantas, en la empleada por Herbert L. Matthews en su libro, escrito en colaboración, *The United States and Latin America*: “En las esferas del poder político, nosotros hemos tenido hegemonía en el Hemisferio Occidental, y en el ámbito de la economía, un monopolio. Y ahora tanto la hegemonía como el monopolio están amenazados”.

Habría que preguntarse si la hegemonía política internacional y el monopolio económico son compatibles con la igualdad jurídica de las naciones latinoamericanas frente a los Estados Unidos tanto en la Organización de los Estados Americanos como en las Naciones Unidas. ¿Tienen o no efectos esa hegemonía y este monopolio en la educación latinoamericana? Más todavía: ¿esa hegemonía y este monopolio internacionales americanos inmunizan o no de sus deficiencias y errores a la educación norteamericana? ¿No tiene acaso ésta, en formas muy evidentes y en áreas muy reconocibles el *subdesarrollo*? ¿Por qué se niegan los expertos norteamericanos en la educación latinoamericana a tratar en términos humanos los problemas de ella comparándolos científicamente, a cada instante, con los de la educación norteamericana? ¿No beneficiaría más a la causa del mundo y de la humanidad el abandono de la consigna discriminadora para aceptar en cambio con sentimiento fraternal y solidario el deber de mejorar la edu-

¹ MATTHEWS, HERBERT L. *The United States and Latin America*. The American Assembly, Columbia University. Prentice-Hall, Inc. Second Edition. 1963. p. 3.

cación como problema universal, sin excepción de países, ya que todos, absolutamente todos, reclaman revisiones críticas y reformas radicales? Buenos norteamericanos llaman con sinceridad a su mundo nacional, en recientes libros: *una civilización inconclusa*. Es decir, una civilización en proceso, en camino, sin cúspides topes definitivas. Y eso será siempre, tanto en los Estados Unidos como en los países europeos, en donde suele haber frecuente malentendido sobre el desarrollo y sus grados y procesos. La idea del desarrollo lleva implícita la del progreso jamás terminado. Todo término marca la decadencia y luego la muerte. Esta idea universaliza, sin limitaciones, el deber del diálogo libre entre pueblos de diferentes culturas, para la derivación de bienes humanos comunes sin constituirse unos países ni en modelos ni en patrones de los otros.

La América Latina frente a sí misma

LA vida internacional comienza en la cultura y en la educación de la América Latina desde la Independencia de España. Los libertadores mayores: Simón Bolívar y José de San Martín, desde el Norte y desde el Sur, enseñaron con su pensamiento, su lucha sin tregua y su desprendimiento incomparable, la gran lección viva e inmortal de la ciudadanía internacional latinoamericana. Había que adquirir primero la conciencia de la comunidad cultural regional en la vida internacional. El ciudadano que surgía a la política trascendente en nuestro mundo era argentino, chileno, ecuatoriano, etc., y al mismo tiempo un ciudadano latinoamericano.

La ciudadanía internacional latinoamericana y la mancomunidad de fines, problemas, angustias y esperanzas entre los pueblos ligados por estrechos lazos culturales, han influido decisivamente en esa doble dimensión del pensamiento y de la acción de la América Latina: nacional y latinoamericana al mismo tiempo. Todos los hombres representativos y sus obras más notables son identificados en esa doble dimensión finalista y de método. De aquí la constante coincidencia de tendencias a través de las épocas históricas. Por ejemplo, separación de la Iglesia del Estado y apareamiento de la educación laica y gratuita, educación para las masas populares desde la escuela primaria hasta la universidad: un campesino educado en la escuela rural, un indio o un mestizo, o negro o blanco, culmina, muchas veces, su preparación en la universidad, ayudado por el Estado, sin discriminaciones ni segregaciones obstaculizadoras de ninguna especie. Las universidades nacionales son gratuitas completamente. Lo son también para los estudiantes de

países vecinos. Es muy alta la cifra de estudiantes bolivianos, peruanos y paraguayos en la Argentina. Es muy notable la de latinoamericanos de todas partes en Chile. Y aunque México cobra por la matrícula a los "extranjeros"—es éste el único país que llama extranjeros a los latinoamericanos— afluyen a su universidad mayor algunas centenas de estudiantes centroamericanos. El movimiento reformista universitario de 1918, dirigido por los estudiantes, que tuvo su origen en la ciudad de Córdoba (Argentina) y que fue secundado en toda la América Latina, tuvo como bandera esta expresión de reafirmación de fe en el destino latinoamericano: "Dejemos de ser simple eco de Europa: seamos americanos". (Americanos, aquí, significa lationamericanos).

Desde mediados del siglo XIX el pensamiento latinoamericano se aferró a la empresa cultural de cubrir los fundamentos, realidades y posibilidades de su propio mundo, no sin dejar de estimularse con las experiencias europeas. Diferente ha sido la medida del influjo europeo en países, épocas, tendencias, sistemas y representantes. Estimamos como más genuinos representantes nuestros a los que mayores capacidades creadoras demostraron en sus obras y no a los repetidores de libros europeos y norteamericanos. La Argentina misma, país que según tendencia más visible ha tratado de representar un trasunto de Europa, ha tenido grandes hombres y educadores como Víctor Mercante, Angel Bassi, Alejandro Korn, José Ingenieros y Anibal Ponce, cuyas obras son una auténtica contribución latinoamericana en la cultura y en la educación mundiales.

El caso del argentino Domingo F. Sarmiento requiere consideraciones objetivas precisas. Mientras más cuidadoso estudio se le dedique, más fácilmente se lo reconocerá dentro del inesquivable límite de un buscador ávido de modelos, patrones y moldes extranjeros para subordinar y subyugar ante ellos a la educación argentina y en general a la latinoamericana. Escribió él 52 grandes volúmenes. No obstante, en educación, es tarea practicable el encontrar a cada momento su línea irrecusable: la del repetidor incondicional extranjerizante. En este caso, de los modelos norteamericanos. El más importante documento, en el que asume en forma irreductible su posición y resume definitivamente todas sus frases típicas, casi con insistencia obsesiva, escrito en circunstancias políticas únicas y comprometedoras, consiste en la carta que escribió, el 11 de abril de 1870, en calidad de Presidente de la Nación Argentina, a J. Rojas Paul, Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, al contestar la carta que este funcionario dirigió, por encargo del Ministro de Educación de Venezuela, a su colega el

Ministro de Educación de la Argentina.² Sarmiento le expresa al Ministro venezolano: "¿Cómo ha podido V. E., tras un engañoso rumor que me favorece, volver los ojos hacia este apartado extremo de América, en busca de sistemas, libros, ideas, sin ser atraído por el brillo del sistema de educación de los Estados Unidos que está a cuatro días y medio de las costas venezolanas?" Es que el Ministro de Venezuela suponía, muy optimistamente, que habría en la Argentina una experiencia argentina auténtica en marcha, rica en planes, procesos y soluciones propias. Sarmiento le desilusionó con su respuesta cuyo signo y fórmula eran la importación incondicional, total, de la educación norteamericana, con suicida prescindencia del estudio sistemático y estimativo de la realidad cultural y educativa argentina. La enseñanza de las materias culturales, sociales, biológicas, artísticas y técnicas, en concordancia con la educación para la vida nacional y latinoamericana, no ocupaba lugar alguno en la mente de Sarmiento. Los lazos culturales estrechos, por otra parte, no existen por la sola proximidad de la geografía física. El "brillo de un sistema de educación" no ha existido ni existe en ninguna parte. Todos tienen, objetivamente analizados, lados débiles y alcances limitados y todos están expuestos a fracasos, equivocaciones y peligros. Todos valen en la medida del poder creador del maestro. Sarmiento, por cierto, no sabía suficientemente el inglés. Repetía lo que le decían y no lo que él mismo hubiera podido descubrir. Sarmiento no tenía fe en su país ni en sus hombres. Más adelante le dice Sarmiento al Ministro de Venezuela, al pedirle que contrate maestras en los Estados Unidos: "No pregunte si saben castellano; pero conservando los maestros actuales y poniéndolos a su lado, bástenles los ojos, mientras aprenden a hablarlo, para señalar las deficiencias, indicar los medios y ponerlos en práctica". ¿Puede ser realizada una orientación concienzuda pedagógica sin el dominio del idioma nacional y de los datos históricos, humanos, sociales, psíquicos y espirituales de la realidad nacional? El idioma nacional es instrumento esencial de cultura y es elemento aglutinador de la integración de cada pueblo. Sin el idioma nacional sería materialmente imposible pensar en la conservación del patrimonio cultural histórico y en el destino de un pueblo, es decir en la comprensión de los valores de la cultura y en su sostenimiento, defensa y promoción. Sin idioma nacional es imposible la aproximación comprensiva de las formas de vida de un pueblo. Las formas políticas, humanas, sociales, económicas,

² SARMIENTO, DOMINGO F. *Educar al Soberano*. Obras Completas. Edición Oficial. Buenos Aires. 1938. pp. 3 y sig.

jurídicas, artísticas y espirituales se encuentran moldeadas y expresadas en los significados y alcances de las palabras del idioma nacional. Por tanto, dondequiera que se pretenda subyugar el idioma nacional a uno extranjero lo que se quiere directa o indirectamente es la subyugación de la cultura y la rendición del espíritu. Análoga sería la situación si se pretendiera posponer y más todavía descartar el idioma nacional para dar paso omnipotente a uno extranjero.

En uno de los pasajes de la carta de Sarmiento para el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, le expresa: "La enseñanza de los alumnos maestros ha de empezar por el inglés, a fin de que en su práctica acudan a las verdaderas fuentes de todo saber en la materia. Haga lo mismo con el jefe o superintendente de escuelas para que monte la máquina administrativa y le imprima movimiento". No hay que perder de vista que las "fuentes verdaderas" están en la realidad histórico-cultural y geográfica de cada pueblo, en la entraña profunda de su espíritu. Un pueblo se forma siempre desde dentro, es decir, se forma a sí mismo: Un pueblo libre no se moldea desde afuera, en direcciones represivas de subalternidad. Un pueblo libre aprende a marchar con sus propios pasos y saca provecho de sus propios errores. Un pueblo libre crea, no se limita a repetir. Y en otro pasaje de la antedicha carta le pide Sarmiento al Ministro venezolano esto: "Hágase dotar de rentas para la fundación de una o más escuelas normales; pero por Dios, no pruebe hacerlo sirviéndose de los hombres más capaces que su país cuente para ello". ¿A dónde se quiere conducir un pueblo sin su idioma nacional y sin la oferta de oportunidades de dirección, de trabajo y de responsabilidades para sus hombres más capaces?

Como la posición mental y volitiva de Sarmiento no se limitaba en esa carta a la sugerencia discreta y prudente que podría ser la propia del Presidente de la Nación, sino que optaba sin titubeos por la de la excitativa urgida de premiosidades febriles y hasta obsesivas, no vacila en decirle al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela: "Deseoso de seducir a V. E. para que entre de lleno en mi plan de importar con el maestro el sistema, el método, la enseñanza y la escuela misma, el artífice y el arte, pues de los dos carecemos, quiero traducir aquí las cartas de Mrs. Mann con las biografías de las maestras, a fin de que se persuada V. E. de que si a tan larga distancia gente tan escogida se aventura, acudirán a Venezuela con diez veces más facilidad a su llamado centenares no menos competentes y resueltos". Jamás se expresó, en la historia de la educación de la América Latina mayor subalternización y subyugación de los fines y los métodos de la educación nacional

ante el incondicional deseo de seguir los moldes y patrones extranjeros. Más todavía, para que el seguimiento asegure la rendición de toda iniciativa, la anulación de toda discrepancia, la dificultad de todo desajuste, la eventualidad y emergencia de toda incompatibilidad, se propugna en forma terminante que sean importados no solamente los patrones y modelos sino los maestros extranjeros que los aplican, juntamente con los métodos y las escuelas mismas. Semejante actitud mental da por inexistente la nacionalidad, la vida del pueblo, su historia, su drama, su esperanza, su personalidad, su voluntad de ser y de crearse, su derecho a ser él mismo, su libre determinación y elección de caminos, su derecho para tener información universal y para clasificar, cualificar y jerarquizar los datos relativos a la experiencia internacional. Tal actitud mental nos da la impresión de que la nacionalidad y la Patria fueran un campo raso, desguarnecido, desolado, sin pueblo, sin ideal y sin bandera.

En la antedicha carta declara el Presidente Sarmiento que toda su labor anterior de treinta años había fracasado, especialmente en Chile y en la Argentina. Pese a su poder político de Presidente de la República, le fue imposible encontrar el apoyo del Congreso Nacional y del pueblo para la importación de la educación norteamericana.

Explicablemente, la educación latinoamericana tiene hoy como primer acento el de la formación nacional. Las tendencias extranjerizantes han llevado a la frustración más angustiosa, a la autoanulación más esclavizante, es decir, a la aniquilación de la dignidad nacional. Solamente una identificación profunda con los ideales nacionales, una entrega desinteresada total de la existencia al servicio de la educación del pueblo llega al corazón del deber nacional cuando no se nace en un país latinoamericano. Lo que hacen por la educación latinoamericana los expertos extranjeros de la Unesco cuyo sueldo es dos veces mayor que el del Presidente de la República a la cual están asignados, no lo saben absolutamente los maestros, los padres de familia, los niños y los pueblos pobres que ayudan al sostenimiento financiero de ese organismo internacional, por más que han estado en contacto con tales expertos.

La América Latina frente a Europa

LA Historia de la Cultura y de la Educación de la América Latina demuestra, en cada grande época, el influjo europeo, pero al mismo tiempo la original contribución de los intelectuales y educadores latinoamericanos en los sentidos de su comprensión y modificación condicionadas de nuestra realidad. Ese influjo ha sido

valioso porque no fue ni gubernativo ni burocrático. La era positivista latinoamericana, por ejemplo, está representada por sistemáticas investigaciones sobre la realidad cultural y educativa, por la iniciación de la experimentación pedagógica y por la aparición de una política social crítica sobre el Estado, la sociedad y la escuela. La era posterior, reconocible por el idealismo verbalista y libresco europeizante, fue superficial y transitoria. No construyó nada porque no tuvo interés alguno por los problemas concretos vivientes nacionales. Hay todavía unos pocos sobrevivientes de ésta. Conviven cronológicamente éstos con los repetidores incondicionales de los libros pedagógicos norteamericanos, pero no hay diálogo alguno entre ellos. La originalidad latinoamericana aparece en la reflexión crítica frente a lo extranjero, en la firme voluntad constructiva libertadora frente a toda presión uniformadora de fuera. La educación latinoamericana tiene conciencia de que dentro de un mundo interdependiente es condición de dignidad, de vida y de contribución original, la independencia cultural. Esto lo hemos demostrado en nuestros libros: *La educación Nueva*³ y *Didáctica General*,⁴ al analizar, evaluar y jerarquizar por primera vez en la historia, la contribución pedagógica latinoamericana.

Nuestra educación secundaria —es decir nuestros Colegios Nacionales, Liceos y Gimnasios— representan el enriquecimiento y diversificación de la experiencia pedagógica de Europa Occidental, especialmente francesa y alemana, por medio de la acentuación de la tendencia humanística moderna, de la polifurcación cultural y científica del bachillerato y de la conciliación y equilibrio de los fines educacionales nacionales con los internacionales y universales, en grado mayor que en Europa y sobre todo que en los Estados Unidos.

Los dos ciclos de la educación secundaria de México —Escuela Secundaria y Escuela Nacional Preparatoria— división hecha por su fundador Moisés Sáenz, interesado en una imitación de la *big school* norteamericana, constituyen la excepción de la tendencia.

Las misiones pedagógicas europeas, especialmente las alemanas, integradas por educadores muy valiosos, contribuyeron en forma efectiva a la mejor preparación de los maestros y profesores latinoamericanos. Trabajaron en el último cuarto del siglo anterior y en el primero del presente. En el Ecuador y en Chile dejaron huellas imborrables por medio de la educación de muchas generaciones capaces. Dominaron esas misiones el conocimiento del idioma español y tuvieron en cuenta las condiciones de la realidad na-

³ LARREA, JULIO. *La Educación Nueva*. Quito, Ecuador. 1951 y 1960.

⁴ LARREA, JULIO, *Didáctica General*. Herrero. México, D. F. 1957.

cional. Trabajaron con sueldos muy modestos, de igual monto que los profesores nacionales.

Las regiones más europeizadas de la América Latina, con lo bueno y lo malo de Europa, no han podido todavía planear siquiera una vasta acción política, social y educativa para incorporar a la vida nacional a los inmigrantes y a sus inmediatos descendientes. La Argentina es el país más afectado por este problema. Los hijos de primeras generaciones de inmigrantes son, no obstante, muchas veces, los dirigentes políticos máximos. La Argentina es el único país latinoamericano que carece, en su Ley Orgánica de Educación, al ser enumeradas las finalidades de la educación, la relativa al deber de formar al hombre para la vida nacional. Y la Constitución Política Argentina tiene un artículo especial en el que se expresa el interés sin reservas y sin limitaciones del país por la inmigración europea, rodeándola en la práctica de garantías irrestrictas. No hay que perder de vista que la Argentina tuvo Presidentes como el General Roca, tan conocido por su Campaña del Desierto, que consistió en la aniquilación de grandes grupos indígenas. En los textos escolares argentinos es presentada con encomio tal campaña. En la ciudad de Tucumán fue levantado en 1943 un gigantesco monumento para tratar de inmortalizar al ex Presidente argentino General Roca. El mito de la inmigración europea ha derivado en consecuencias catastróficas para los grupos indígenas argentinos que se encuentran confinados y preteridos. La inmigración europea fue constantemente aluviónica. Los países superpoblados y pobres de Europa descargaron en la Argentina, con frecuencia, inmensos grupos de inmigrantes con muy escaso nivel cultural y muchas veces sin alfabeto.

La información pedagógica que el educador latinoamericano posee sobre la educación europea es considerable. Pero hay que distinguir al educador ante las demandas nacionales, del repetidor fanático del último libro europeo traducido, o el afiliado, también fanático, a una vieja escuela.

*La América Latina frente a
los Estados Unidos*

CARLETON Washburne, acaso el más notable educador viviente de los Estados Unidos, hizo una extensa jira por numerosos países latinoamericanos en 1942. En todas partes le hicieron los maestros y profesores latinoamericanos, en forma espontánea e incomparable, grandes demostraciones de aprecio a su persona y a su obra. Y en todas partes expresó Washburne que había ido a la América

Latina para ensanchar sus conocimientos con nuevas experiencias en un mundo diferente. Y en todas partes señaló y enfatizó la coincidencia estrecha entre las dificultades y problemas de las dos Américas.

Con la casi totalidad de profesores norteamericanos no acontece lo mismo. Se empeñan ellos en aplicar mecánicamente las medidas rígidas de su propia civilización con ánimo prejuicioso. Tal posición emotiva no tendría importancia internacional si no adulterara datos e interpretaciones objetivas sobre la realidad. En beneficio de la comprensión internacional, examinemos brevemente tan sólo algunos de los más visibles errores, de los publicados en días recientes.

Hobert W. Burns, profesor de la Universidad de Syracuse (Nueva York), dice en su artículo titulado "Social Class and Education in Latin America" publicado en *Comparative Education Review*, entre otras cosas: "Hispanoamérica fue monolítica y todavía lo es en gran parte ya que los regímenes indígenas autocráticos fueron reemplazados por regímenes ibéricos aún más autocráticos".⁵ Burns olvida que la Revolución Francesa destruyó el poder absoluto en el mundo occidental y que antes de ella la autoridad absoluta dominaba por igual, en el Continente Americano, tanto en las colonias inglesas como en las españolas. La organización del Estado en los tres poderes clásicos tuvo origen en Europa y fue trasladada en forma análoga a los Estados Unidos y a la América Latina. En la práctica, las dos Américas representan insuficiencias jurídicas igualmente discutibles en los principios y en la aplicación, pues se han nutrido igualmente del influjo europeo. Las variaciones requieren cuidadosos estudios jurídicos y políticos especializados. América Latina tampoco es monolítica. En términos sociológicos, baste recordar que la sangre española se mezcló extensamente con la indígena; y que el mestizaje, cuyas gamas de color son muy variadas, constituye el grupo social aglutinador de las nacionalidades. No tenemos aristocracia en realidad. No hay sino mestizos adinerados. Pero la dinámica de los individuos a través de los grupos sociales es sorprendente. Ni el indio, ni el negro, son detenidos en forma alguna en las llamadas "áreas de reservación geográfica", ni por discriminaciones ni segregaciones como en los Estados Unidos.

Burns busca el soporte de citas hechas sobre muy breves artículos escritos por norteamericanos que fueron turistas en la Amé-

⁵ BURNS, HOBERT W. "Social Class and Education in Latin America". *Comparative Education Review*. Teachers College. Columbia University. New York. Vol. 6, No. 3. February 1963. p. 231.

rica Latina. Es así como quiere encontrar base para varias de sus principales afirmaciones en estas palabras de William Benton: "Las grandes masas de población, en el caso de recibir alguna educación, la tienen en cantidad escasa y de muy pobre calidad".⁶

Confiesa Burns en su artículo que fue Chile el único país que él conoció en 1959, pues tuvo una beca Fulbright con destino a ese país. La verdad es que el conocimiento complejo de un país y de su educación supone el contacto hondo con la vida del pueblo y con sus instituciones docentes, en función de una variedad infinita de objetivos, perspectivas, enfoques y circunstancias. Cada generalización debe ser desprendida después de observaciones suficientes. Estamos seguros que con tal método de trabajo no suscribiría Burns, en forma solidaria, sobre Chile—y menos todavía sobre países que no conoce— la afirmación muy apresurada y muy discriminadora de Benton.

Todo sistema educativo hay que juzgarlo en relación con los fines de más largo alcance, con la psicología social de los pueblos, con las diferencias psicológicas individuales, con el grado de desenvolvimiento histórico-cultural de las naciones y con el grado de capacidad de los maestros. Por eso, explicablemente, allí donde la América Latina encuentra un acierto, un extranjero dice hallar un fracaso. La América Latina piensa y procede, en la calificación de fracaso o de éxito, de acuerdo con los fundamentos filosóficos y científicos de validez histórica y universal: no con tendencias extracientíficas dictadas por consignas discriminatorias. Lo que más interesa conocer es "el tipo de *hombre*" que se quiere formar y que en efecto se forma.

Robert M. Hutchins, ex presidente de la Universidad de Chicago, dice en su libro *The Higher Learning in America*: "Las universidades de los Estados Unidos han demostrado su voluntad para hacer casi cualquier cosa por dinero. El gobierno y las empresas privadas no son completamente desinteresados en sus acercamientos a las universidades: ellos no buscan la verdad sino que financian estas instituciones para promover los fines que tienen en vista. Si la verdad sirve a esos fines, es meramente una coincidencia".⁷

Si las universidades de los Estados Unidos tienen como centro de gravitación el dinero, es fácil explicarse por qué no son ellas gratuitas y por qué fuerzan a los estudiantes a pagar sus estudios

⁶ BENTON, WILLIAM. "Education: the Key to Latin America's Future". *The Voice of Latin America*. New York. *Encyclopædia Britannica*. Inc., 1961. p. 42.

⁷ HUTCHINS, ROBERT M. *The Higher Learning in America*. Preface. Yale University Press. 1962.

buscándose para ello empleos y tareas muy mal remunerados, en actividades extrañas a las labores universitarias, confrontando la imposibilidad de cumplir a conciencia con sus deberes diarios de estudiantes y de alcanzar una evidente calidad en el aprendizaje. No obstante, la mediocridad en el aprovechamiento escolar es coronada con el doctorado en todas las carreras, hasta en idiomas extranjeros.

El poder omnímodo de la universidad norteamericana como agente empleador y el desconocimiento de la libertad académica demuestra documentadamente, en forma periódica, el *Bulletin* de la *American Association of University Professors*. Es sabido que ninguna universidad norteamericana emplea a un candidato sin atender al "informe *secreto*", *confidencial*, del anterior empleador quien queda inmunizado, de antemano, de todo género de responsabilidades y deficiencias. Las situaciones en la América Latina son diametralmente diferentes. Sobre todo en Chile. El profesor universitario, en ese país, no puede ser despedido sino con la aprobación del gobierno nacional primero y luego de la del Congreso Nacional.

Y refiriéndose a los programas universitarios y a su contenido, sostiene Hutchins: "Muchos de los programas llamados profesionales existen solamente para que los alumnos puedan obtener un certificado o diploma que les permita conseguir un empleo. El contenido no es lo importante. Lo que interesa es que el estudiante cumpla su tiempo en la universidad. El ejemplo más obvio y notorio lo constituyen las escuelas de educación de las universidades, instituciones indispensables para obtener el certificado que permite enseñar en la escuela elemental y en la secundaria".⁸ Y añade: "La educación superior de los Estados Unidos se ha desintegrado porque los *standards* educacionales norteamericanos han sufrido un colapso: el 70 por ciento de las universidades del país ofrecen cursos de *Remedial English* y porque señorean en ellas el *especialismo*, el vocacionalismo y la trivialidad".

Para la América Latina la universidad es sobre todo una institución cultural al servicio de la integración nacional. Por eso es gratuita. La gratuidad facilita el acceso a la universidad de las clases sociales muy pobres, tanto urbanas como rurales. Las humanidades modernas constituyen el eje de la universidad latinoamericana. Todas las materias de enseñanza tienen nivel universitario, inclusive los idiomas extranjeros. Las universidades no tienen cursos para cubrir y corregir las deficiencias de la enseñanza del español o del portugués de los colegios nacionales y privados.

En una conferencia pronunciada el 21 de abril de 1963, Hutchins hizo críticas mucho más agudas contra la educación norte-

⁸ *Ibid.*

americana; dijo entre otras cosas en su conferencia, que tuvo de base un escrito de veinte páginas, con el título "On Education", que "la falta de respeto para el pensamiento es el más serio defecto de la educación de los Estados Unidos".⁹ Refiriéndose a los maestros y profesores norteamericanos afirmó que no tienen "independent thought", o sea pensamiento independiente. Nosotros nos preguntamos: ¿cómo pueden educar para el uso de la libertad maestros que no son independientes y que no se sienten libres? También impartió Hutchins muy severas críticas contra el proyecto de reforma de la educación secundaria de los Estados Unidos presentado por James Bryant Connant, en relación con lo que éste llama "marketable skills", en menoscabo de una auténtica formación humanística. El proyecto le fue solicitado a Connant por el gobierno de los Estados Unidos. Connant, por lo demás, no es un profesional de las Ciencias de la Educación, pues es químico; es decir, no es un *qualified* según las exigencias norteamericanas. Fue presidente de la Universidad de Harvard.

En otro pasaje de su conferencia afirmó Hutchins: "Tanto los medios audiovisuales como la educación misma se han desacreditado agudamente. Su influjo ha sido poderoso pero perjudicial. Y los medios audiovisuales han tenido mucha mayor influencia en el carácter norteamericano que el sistema total de la educación". Estas palabras de verdad debieran ser objeto de hondas meditaciones y determinar la prevención de posibles errores en la América Latina. Bajo el interés comercial de colocar en la América Latina las llamadas "teaching-machines", se quiere disuadir a los maestros latinoamericanos de la confianza tradicional en su propia obra humana creadora y que traten de transferirla al poder milagroso de las máquinas.

En estas reflexiones estamos haciendo uso de los significados y sentidos de la comprensión internacional fundada en la garantía de libertad para todos los ciudadanos del mundo, y también en el diálogo humano y vivo entre culturas diferentes, al analizar qué es lo que piensan los norteamericanos sobre la educación y la cultura latinoamericanas. Cuando sus sentimientos notamos demasiado cargados de sombras predestinistas negras contra nosotros, nos parece mejor el cotejo de esos sentimientos con los juicios críticos que los norteamericanos progresistas tienen sobre su propia educación.

Volvamos al artículo de Burns. Es esta otra de las afirmaciones: "Un resultado educativo de la filosofía social de la América Latina, que establece que no son los hombres iguales por natura-

⁹ HUTCHINS, R. M. "On Education". *The New York Times*. 22 de abril de 1963. p. 25.

leza y que debe la sociedad institucionalizar tal desigualdad, es el de que la educación no es considerada necesaria para toda la juventud latinoamericana".¹⁰

En primer lugar, no hay que confundir el término "sociedad" con el de "Estado", que es la sociedad políticamente organizada. Todavía no es el Estado liberal el representante genuino de los intereses sociales de las masas, ni aun en los Estados Unidos, como lo declaran analítica y documentadamente en sus libros los más notables educadores progresistas norteamericanos. Aunque en algunos países se ha socializado el Estado más que en otros, no se decide a abandonar para siempre la vieja fórmula de *laissez faire*. De ese modo es más libre el que más dinero tiene. Controlan el Estado unos pocos. El Estado no es todavía democrático: es plutocrático. Un hombre aunque sea un genio, el más reconocible genio de su tiempo, no es candidato para Presidente de la Nación porque no tiene dinero para financiar una pesada y decisiva campaña electoral valiéndose de lo que suele decirse la más persuasiva propaganda. La libertad, tal como se vive, reside en la libertad de empresa: que es industrial, utilitaria, materialista, mercantilista. Las masas son conducidas a votar presionadas por los recursos de la propaganda. Triunfa el candidato que formula más ofertas. Las cumple, una vez elegido, en proporción inversa a la magnitud y al volumen de ellas. Ese es el origen primero de la disconformidad social. Las masas exigen del Estado más y mejores escuelas. Los pasos del progreso son los que corresponden sólo al vigor del empuje de las masas. Esta fenomenología social y política tan fundamental ignora Burns. Tal fenomenología es en algunos aspectos más grave en los Estados Unidos que en la América Latina. Veamos algunos datos, muy útiles para la sincera comprensión internacional. Nadie ignora que hay en los Estados Unidos una tremenda ola de delincuencia y criminalidad juveniles. En artículo publicado en estos días, en *The Educational Forum* de los Estados Unidos, dice John Edgar Hoover, director de la Oficina Federal de Investigaciones, del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, lo siguiente: "Durante el período de 1952-61, el número de arrestos de jóvenes se ha duplicado mientras la población juvenil entre los 10 y 17 años ha crecido en menos de la mitad. El papel que la población juvenil tiene en las estadísticas de los hechos de violencia, brutalidad y hasta criminalidad es de lo más alarmante. Las estadísticas de 1961 dan a conocer que el 43 por ciento de crímenes tales como asesinatos, estupro, robos, asaltos con agravantes, asaltos a las

¹⁰ BURNS. *Op. Cit.* p. 232.

propiedades, hurtos y robos de automóviles han sido cometidos por jóvenes menores de 18 años".¹¹ Y continúa: "Actos de barbarie, hurtos y violencia constituyen una plaga en algunas escuelas. En unas pocas escuelas los ataques físicos contra maestros y alumnos, por parte de estudiantes que llevan armas a las escuelas, constituyen una realidad desconcertante".¹²

El 43 por ciento de delincuencia y criminalidad juveniles, indicado por Hoover, la mayor autoridad federal en su campo, es realmente sorprendente. Es tan alto que plantea por sí mismo muy serios interrogantes sobre la eficacia de las formas de organización de la sociedad, sobre el cumplimiento de deberes fundamentales del Estado nacional y sobre la calidad y validez de la educación norteamericana.

¿Cuál es, al fin, la real medida de la grandeza de un país? ¿Son los países más industrializados y más ricos los mejor educados? La América Latina, para saber qué es, tiene que compararse a sí misma, con los grados de su desarrollo histórico, pero también con los llamados países más avanzados. La delincuencia juvenil no reviste proporciones siniestras, pavorosas, en la América Latina, gracias a que obra en la mayor parte de los casos conflictivos el sentimiento humano de la existencia, en torno a los adolescentes necesitados de comprensión, ayuda, indulgencia, bondad, estímulos, compañía generosa y oportunidades creativas incesantes, para ensayar y probar sus mejoramientos, sobre la base de depósito fervoroso de confianza en su mejoramiento. Nuestras escuelas de reeducación no se fundan en la coacción policial represiva sino en la terapéutica del trabajo y de la ayuda múltiple e indeclinable. Explicablemente, la América Latina, en general, no reemplaza el deber reeducador con la pena de muerte o la reclusión perpetua que suprimen el esfuerzo social constructor.

Solamente una cita más al artículo de Burns. Será motivo de un estudio independiente la rectificación de los muy numerosos errores dichos por él, los mismos que se han vuelto, a fuerza de repetición, los lugares comunes de los expertos norteamericanos en sus formas mecanizadas de relación internacional con la América Latina. Un poco más adelante dice Burns: "La clase social media ha sido pequeña y débil hasta ahora. Ha estado amenazada hasta en las naciones progresistas como la Argentina, Brasil, Chile y México. La tradición aristocrática está todavía en vigor. Esta tradición es poderosa en la forma de vida latinoamericana porque la

¹¹ HOOVER, JOHN E. "The Education and Juvenile Delinquency Problem". *The Educational Forum*. Vol. XXVII. No. 3, 1963. p. 267.

¹² *Ibid*, p. 268.

clase media ni siquiera ha sido definida. Carece ésta de valores propios. No es todavía ni la custodia de los valores democráticos ni de los valores culturales dominantes. Los predominantes valores sociales son todavía aquéllos de las clases más altas. Por consiguiente, la clase media acepta y defiende los valores de la aristocracia".¹³

Las palabras requieren cuidadosas y analíticas consideraciones. Hay que distinguir la palabra *élite* de las palabras aristocracia, plutocracia y oligarquía. Lo que tenemos en la América Latina, bajo la apariencia de clase muy alta y muy bien educada, es solamente un grupo plutocrático. En la América Latina como en los Estados Unidos y en el mundo entero, la plutocracia está formada por los grandes magnates de la industria, los terratenientes, los jefes de las empresas comerciales gigantes, los capitanes de consorcios y monopolios financieros. Estos controlan la vida del Estado mucho más que los intelectuales, los maestros, los obreros, los campesinos y las grandes masas populares. La plutocracia no se constituye a este tiempo únicamente en función de raza y de clase social en nuestra América. Un grupo plutocrático, según la tendencia política dominante, da acceso a una oligarquía para afianzarse en el poder. La oligarquía es personalista y caudillesca. En líneas generales, desde el punto de vista de régimen político-constitucional, las oligarquías plutocráticas tienen pactos tácitos de no agresión, entre sí, en el espacio y en el tiempo. Políticos demagogos de la clase media son a veces usados por la plutocracia, sobre todo por la bancocracia, como simples instrumentos de sus intereses de explotación contra las masas populares. Tal ha sido el conocidísimo caso continental del demagogo ecuatoriano que captó la primera magistratura por cuarta vez en 1960 con candidatura ampliamente financiada por la bancocracia de Guayaquil, el demagogo que fue derrocado por dos veces del poder, por las Fuerzas Armadas y por el pueblo, al haberse proclamado dictador por dos veces. *Elite* es palabra de origen francés. Para franceses y latinoamericanos, jamás la constituyen los políticos, porque la autoridad del político no es la cultural y científica y porque el político comúnmente practica un oficio opuesto por sistema a la profunda comprensión de ideales, principios, doctrinas y teorías políticas sistemáticas. El político típico nuestro no es desde luego un apóstol. Tampoco es un educador de pueblos. Las excepciones han sido rarísimas. La *élite* para nosotros, está compuesta por los mejores, por los representativos, por los que hacen la historia cultural de todos los días, al margen del Estado y hasta a pesar y contra el Estado. Está formada la *élite* por numerosos pensadores,

¹³ BURNS. *Op. Cit.* p. 232.

escritores, poetas, artistas, creadores y hombres de genio que encarnan el sentimiento y la vocación humana nacional y que llegan a lo universal en la cultura, en la ciencia y en el arte con sus contribuciones originales.

Estos representativos auténticos del cuerpo y del alma de la América Latina surgen siempre de las clases medias de modesta condición económica y de las más desposeídas de las grandes masas.

No es verdad, por consiguiente, que la plutocracia sea la agrupación social más educada. Tampoco lo es en país alguno del mundo. Los famosos pintores mexicanos y ecuatorianos, los admirados arquitectos brasileños, los novelistas modernos latinoamericanos cuyas obras han sido traducidas a todos los idiomas modernos, pertenecen al pueblo pobre latinoamericano. La verdadera cultura no puede ser vivida, enriquecida, elevada, sino con gran desprendimiento. Y el desprendimiento ha sido y es la característica más alta de los hombres superiores latinoamericanos. Ellos nacieron y murieron en conmovedora y dramática pobreza económica.

Las afirmaciones de Burns, por consiguiente, son absolutamente erróneas. Más todavía, son tremendamente malintencionadas. Llega él a lo inaudito: dice que la clase media carece de valores propios. No conoce Burns ni siquiera la más breve historia latinoamericana. No hizo en Chile, Burns, se ve, ninguna observación sociológica viva sobre el pueblo. Santiago de Chile tiene dos millones de habitantes y cuenta con ocho diarios de todas las tendencias políticas, desde la conservadora más tradicional hasta la comunista. Un obrero lee allá por lo menos dos diarios. El pueblo discute en voz alta, en calles y plazas, sobre los errores del Gobierno. No hay policía secreta. A nadie se le apresura y menos todavía se le encarcela como "criminal subversivo".

Burns afirma que la clase media latinoamericana no es la centinela y guardiana de los valores democráticos y de los valores predominantes de la cultura. La verdad es esta: la clase media es la autora de todas las reformas político-constitucionales, de la aparición progresiva de las leyes sociales, de todas las leyes orgánicas especiales. A ella pertenecen los maestros y profesores. Los países latinoamericanos en los cuales los maestros son diputados y senadores, y también diplomáticos, son cada vez más numerosos. Ciertamente los maestros políticos no son jamás los más notables representantes nacionales e internacionales de las Ciencias de la Educación, pero son ciudadanos que sirven a los intereses sociales de su clase. El mundo latinoamericano está hecho de experiencias sorprendentes y edificantes: campesinos muy pobres y humildes, muy inteligentes y muy tenaces, sin otra recomendación evidente y convincente que

la capacidad y la responsabilidad, conquistaron y conquistan, palmo a palmo, en sus respectivos países, las más altas posiciones administrativas nacionales, allí donde se vuelve indispensable la capacidad de rango científico y técnico. Prueba evidente es ella de que no hay estratificación de clases sociales sino dinamismo humano y social estimulantes.

La clase media es la clase educadora. Es la clase que, bajo todo menester, enseña a pensar. Cuando hay una dictadura o por lo menos un hecho dictatorial, las universidades y los Colegios Nacionales no tienen miedo de defenderse allí donde el peligro arrecia. En el Ecuador, en 1955, todos los Colegios y Universidades nacionales exigieron al Ministro de Educación su renuncia, por haber violado garantías consagradas en la Ley de Educación en favor de la seguridad profesional y económica de los maestros. El Presidente dictador no pudo sostener al Ministro, y éste cayó a los ocho días, porque los estudiantes fueron respaldados por los padres de familia primero y luego por todo el pueblo.

Es interesante que los educadores latinoamericanos conozcan que Hobert Burns ha obtenido, con su artículo, el que un grupo de colegas suyos norteamericanos le concedan el título *ad-hoc* del más notable experto en Educación y Sociología Latinoamericana y que, en tal calidad—concedida—dirija en el verano de 1963 el Seminario sobre la Educación Sudamericana, en Chile, Argentina, Brasil y Perú, Seminario programado por la "Comparative Education Society" de los Estados Unidos.

*La América Latina frente a la Política del
buen Vecino y a la Alianza para el Progreso*

DESDE la Independencia política de España, la América Latina ha estado siempre más cerca de Europa que de los Estados Unidos en los ámbitos culturales. Esa cercanía ha sido debida a la mancomunidad del patrimonio histórico-cultural. La vecindad con los Estados Unidos, impuesta por la geografía física, no estimuló jamás la voluntad de acercamiento cultural de la América Latina al vecino país del norte.

El Presidente Franklin D. Roosevelt quiso encontrar las bases para una historia nueva en las relaciones entre las dos Américas. El Presidente ilustre creó en los Estados Unidos una actitud mental nueva para tratar de comprender los valores y contribuciones de la cultura latinoamericana. Su gobierno invitó directamente a auténticos representantes de la cultura, de la ciencia y del arte de la América Latina. Quiso la relación directa de los pueblos, ya que los

gobiernos no habrían obtenido la aproximación de los espíritus. Propició para ello, en forma casi masiva, viajes de observación y estudio tanto de los latinoamericanos como de los norteamericanos. Las relaciones de viejo tipo, oficiales y burocráticas, pasaron a segundo plano.

La enseñanza del español creció extraordinariamente en casi todas las universidades norteamericanas y hasta en muchas "high school". Fueron incorporadas al plan de estudios universitario norteamericano materias de enseñanza sobre la cultura latinoamericana, especialmente en ciencias políticas y sociales. Roosevelt pensó en la necesidad del conocimiento serio, sistemático y responsable sobre la América Latina. El español, enseñado principalmente por latinoamericanos capaces, pasó a ser el primer idioma internacional de los Estados Unidos. Después de la muerte de Roosevelt, en 1945, la enseñanza de la lengua y de la literatura españolas degeneró pronto en simple asunto burocrático. El diploma de "doctor en español", adquirido sin real dominio de la lengua española en los Estados Unidos, es la credencial única para obtener profesorado, inclusive en materias altas de especialización, en las universidades norteamericanas. Las materias altas son enseñadas en inglés y por personas que ignoran la cultura y que poseen insuficiente información literaria y ningún criterio personal sobre tendencias y representativos. Las tesis del grado doctoral son escritas en inglés, lo cual evidencia la falta de consistencia y solidez de la preparación. Los estudiantes expresan por todas partes su voluntad para aprender español con hablantes nativos autorizados. En la América Latina el aprendizaje de idiomas extranjeros es obligatorio y comienza en la escuela secundaria cuando no en la primaria, en tanto que en los Estados Unidos generalmente se inicia el estudio en la Universidad y eso con pocas horas semanales, pocos cursos, muy numerosos alumnos por curso. El Brasil establece el estudio obligatorio, desde la escuela secundaria, del inglés, francés y español.

La "Política del Buen Vecino", creada y sostenida por Roosevelt, se fundaba en la estimación de los valores culturales originales de la América Latina, en contra de toda tendencia subyugante levantada sobre sentimientos discriminatorios.

La mentalidad del Servicio Cooperativo Interamericano de Educación, cuya actividad se extiende a casi veinte años, ha ido separándose cada vez más del principio normativo señalado por Roosevelt. No ha contribuido ese Servicio, con Oficinas dirigidas por norteamericanos en cada país, a que se investiguen con rigor científico las realidades culturales nacionales de los países latinoamericanos, a que sean planeadas reformas nacionales proporcionadas a los re-

clamos sociales graves y urgentes, a que surja en todas partes una pedagogía nacional vigorosa, fruto de la historia y de la originalidad de las circunstancias culturales de todo orden. Los proyectos no abrazaron nunca una dimensión realmente nacional sobre ningún problema grave relativo a la extensión y calidad de la educación total, desde la escuela primaria hasta la educación superior. Los proyectos no fueron más allá de un muy escaso grupo de escuelas estatales de diverso tipo, consideradas de antemano como las que tenían la mejor dotación material posible provista por el Estado, en cada país, para un ensayo útil. La financiación es hecha en iguales partes por el Gobierno de los Estados Unidos y por cada Gobierno latinoamericano. No obstante, la dirección de cada Oficina la tiene un norteamericano. Por estas direcciones no han desfilado jamás norteamericanos prominentes. Tampoco han sido integradas las Oficinas con personal nacional sobresaliente en cada país latinoamericano. La tendencia burocrática ha anulado hasta las más superficiales intenciones científicas y técnicas.

Burns reconoce el fracaso del Servicio Cooperativo Interamericano de Educación, o sea del Punto IV, o lo que es lo mismo la llamada ayuda técnica norteamericana, en su artículo tantas veces citado, cuando expresa: "La asistencia técnica norteamericana en educación no ha tenido efecto alguno. Ella ha sido usada para apuntalar y respaldar los sistemas educativos cerrados y tradicionales que mantienen la vieja estructura de clases sociales que los Estados Unidos esperaban que cambiara".¹⁴

Ya anotamos en párrafos anteriores las causas del fracaso. Con respecto a las palabras de Burns, es indispensable formular algunas preguntas centrales: ¿Existen convenios o acuerdos bilaterales explícitos entre el Gobierno de los Estados Unidos y el de cada uno de los Gobiernos latinoamericanos en el sentido de comprometerse a realizar profundos y grandes cambios políticos, sociales y económicos, a corto plazo, por medio de una revolución educativa? ¿Podría ser propuesta esta revolución educativa, única en la historia universal, por el Gobierno norteamericano sin allanar los principios jurídicos internacionales de *no intervención* y de *autodeterminación de los pueblos*, consagrados por la Carta de las Naciones Unidas y por la de la Organización de los Estados Americanos?

El Estado nacional, en cada país latinoamericano, de acuerdo con la Constitución Política, tiene como función esencial la de la dirección nacional. La responsabilidad de tal dirección no puede ser compartida con Gobierno extranjero alguno.

Lo que falta en forma premiosa en la América Latina es la tec-

¹⁴ *Ibid.*, p. 235.

nificación completa de la dirección de educación nacional. El Ministro de Educación, la más alta autoridad del servicio nacional, es un político y un burócrata. Nada más que eso. El Ministerio de Educación es una agencia nacional de distribución de posiciones bajo inesquivables presiones y órdenes políticas. El mérito requerido es haber sido partidario del candidato a Presidente que triunfa en las últimas elecciones. El Ministro nombra, por orden del Presidente, como más próximos colaboradores suyos, dentro del Ministerio, a políticos, nada más que a políticos, hasta en posiciones que tienen nombres técnicos. Los educadores auténticos de cada país, los técnicos con autoridad científica, son despreciados y perseguidos por toda tendencia, tanto de derecha como de izquierda. La única solución, para tener un gobierno experto, consciente y responsable, es poner los Ministerios en manos de los mejores educadores de cada país. De ese modo no habría ni el más mínimo pretexto para buscar el consejo, el asesoramiento, las luces, la guía de expertos extranjeros que ignoran totalmente la realidad y la interpretación educativa de cada país.

Todos los países tienen, por otra parte, valiosas experiencias institucionales aunque restringidas a campos geográficos muy limitados. Lo que hace falta es extender las iniciativas a dimensiones nacionales. Para ello no habría necesidad de ayuda extranjera alguna si las exportaciones de la América Latina fueran pagadas con justicia. El Presidente João Goulart, del Brasil, acaba de sostener con datos estadísticos que *mientras la América Latina ha exportado más, ha recibido menos*. Afirma Goulart que el *per capita* de la exportación de la América Latina en 1930 fue de 58 dólares, en tanto que en 1960 bajó a 39 dólares.¹⁵ La bancarrota económica y financiera de la América Latina es debida a esa injusticia internacional y ella no ha podido ser corregida ni en mínima parte por la ayuda extranjera de ningún tipo, menos por la de carácter técnico-educativo.

La aparición de la Alianza para el Progreso es el reconocimiento tácito, oficial, de la inocuidad e inoperancia del Punto IV.

Para que pueda ser percibido el nuevo proyecto con precisión, en su alcance, dimensión y marcos de realidad y posibilidad, lo más indicado es transcribir aquí las partes significativas de documentos fundamentales. Herbert L. Matthews, en su libro ya indicado dice: "Nosotros podemos proporcionar ayuda financiera, inversiones de capitales y asistencia técnica, pero, como ha expresado el Secretario

¹⁵ GOULART, JOÃO, Presidente del Brasil. "Americas Parley on Growth Opens". *The New York Times*. 7 de mayo de 1963.

de Estado Rusk, los nueve décimos del costo de la Alianza para el Progreso deben ser proporcionados por la América Latina".¹⁶

El 2 de abril de 1963 expresó el Presidente John F. Kennedy en su discurso, entre otras cosas, la siguiente sobre la Alianza para el Progreso: "En la Alianza para el Progreso en particular, así como en otros programas, el énfasis es puesto sobre la idea de que cada país debe ayudarse a sí mismo y debe planear y realizar sus propias reformas haciendo uso de nuestra ayuda como de un catalítico para el progreso y no de una concesión graciosa".¹⁷

El Director de la Alianza para el Progreso, Teodoro Moscoso, al contestar el 6 de mayo de 1963 una serie de preguntas relativas a la función efectiva del organismo financiero, con respecto a la Argentina, Brasil y México, y al demandársele contestaciones en términos concretos económicos, respondió: "Yo pienso que hay un movimiento sustancial que puede ser atribuido si no a los fondos de la Alianza a la psicología de ella".¹⁸

Mientras Moscoso habla de la importancia del factor psicológico en vez de referirse a los asuntos concretos y financieros de su competencia, en los Estados Unidos aparecen abundantes informaciones y comentarios en los periódicos como el de *New York Times*, en los cuales no se vacila en calificar de fracasada la Alianza. Por ejemplo, en el artículo titulado "Close to Midnight in Latin America", publicado por *The New York Times Review*, el 5 de mayo de 1963, el comentarista Tad Szulc expresa: "Hace dos años, los funcionarios de la Administración de Kennedy hablaron esperanzados de *evolución, no revolución* en la América Latina. Hoy día ellos hablan de la inminencia de la frustración en el Hemisferio Austral".¹⁹

El ex Presidente del Brasil, Juscelino Kubitschek, en entrevista concedida a la Associated Press, en la ciudad de México, el 5 de marzo de 1963, declaró que "la tendencia constante a bajar los precios de las exportaciones de la América Latina acabará por arruinar totalmente a ésta y por hacer fracasar todo tipo de Alianza". Añadió Kubitschek que mientras en el Brasil "las inversiones extranjeras llegaron a 900 millones de dólares en los últimos siete años, *el país perdió un billón y medio por la baja de los precios de exportación, en el mismo tiempo*".

¿Cómo extender la educación, en la América Latina, con seme-

¹⁶ MATTHEWS. *Op. Cit.*, p. 2.

¹⁷ KENNEDY, JOHN F. "Message to Congress on his Foreign Aid Program". *The New York Times*. 3 de abril de 1963, p. 34.

¹⁸ "Americas Parley on Growth Opens". *The New York Times*. 7 de mayo de 1963.

¹⁹ SZULC, TAD. "Close to Midnight in Latin America". *The New York Times*, Book Review. 5 de mayo de 1963. p. 1.

jante negativa presión económica desde el Exterior? Y el mal de la diabólica carrera armamentista sigue en auge incluso en la América Latina, por presiones externas. Y el ejército absorbe en todas partes el presupuesto nacional. No obstante, hay miopes e ingenuos que afirman que la educación nacional no tiene nada que ver con esas tremendas calamidades internacionales y nacionales, miopes que no miran más allá del texto escolar innocuo y de los exámenes escolares vacíos de contenido y de crítica.

*La América Latina ante la Organización
de los Estados Americanos*

SE trata aquí, en este tipo de relaciones internacionales, del cambio del ángulo de referencia. El fundamento jurídico de la Carta de la Organización de los Estados Americanos reside en dos principios: el de la *autodeterminación* de las naciones que la constituyen, y concordantemente con éste, el de *no intervención*. Lo que quiere decir, en términos culturales y educativos, que ningún país, en la Organización, tiene derecho alguno para imponer fines, moldes y patrones de valor a la política de los demás países y a dirigir y controlar la vida de sus instituciones. La elección de fines, tendencias y métodos queda librada a la iniciativa independiente, absolutamente independiente, de cada uno de los Estados de la Organización. Ningún país puede permitirse tomar la función política de tutor de los otros.

¿Qué tipo de relaciones internacionales corresponden a tales principios jurídicos, tanto en la educación como en la cultura?

Simplemente, el intercambio de informaciones, experiencias, ideas, puntos de vista y criterios entre los países, tanto entre gobiernos como entre pueblos, sin subyugamientos o subalternizaciones de ninguna especie, prescindiendo incluso de los aparatos de votación con los cuales crear presiones bajo determinadas circunstancias. La concurrencia sin compromisos salva la libertad. Garantías legales comunes, en todos los Estados, para hacer efectivo el intercambio de personas sobresalientes en la educación y en la cultura, con la sola condición de haber aportado contribuciones originales y de conocer suficientemente el español y el inglés, deberían ser dictadas de inmediato.

La Oficina de la Unión Panamericana tenía a su cargo, durante la Segunda Guerra Mundial, la función de intercambio. Bajo la presidencia de Roosevelt la tomó, para elevarla al máximo, el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Comparten hoy la tarea en el intercambio internacional, el Departamento de Estado, la Unesco, el Instituto Internacional de Educación y en muy escasa

medida la Unión Panamericana. Varias universidades de países latinoamericanos han aumentado el número de becas para estudiantes extranjeros, sobre todo latinoamericanos. Estas becas, a diferencia de las del Instituto Internacional de Educación, financian todos los gastos de los estudiantes, en forma tan satisfactoria como para evitar la desventurada situación de tener éstos que buscar cualquier trabajo para poder vivir. Tampoco son concedidas por simple influjo político del oficialismo de turno, pues las universidades por lo general se equivocan en este terreno mucho menos que los Gobiernos nacionales y sobre todo que los Organismo Internacionales. Las becas concedidas por la Unión Panamericana y la Unesco son tomadas casi en totalidad por funcionarios y recomendados de los Gobiernos respectivos.

La División de Educación de la Unión Panamericana no ha realizado todavía, pese al aumento constante de su personal, la traducción de las obras representativas del pensamiento pedagógico latinoamericano. Ni siquiera son conocidas en las universidades más grandes de los Estados Unidos las tendencias de la educación latinoamericana. La ignorancia que hay en los Estados Unidos sobre la cultura latinoamericana, en cuanto suma fundamentalísima de coincidencias y discrepancias, debe ser atribuida a la inoperancia histórica y presente de la Unión Panamericana. Explicablemente, por ello mismo, la Unión Panamericana no se interesa por contar con la colaboración de las capacidades internacionales de primer rango de la América Latina. La internacionalidad es siempre revelada por el poder descubridor y creador.

No es conocido en los Estados Unidos, ni siquiera por los llamados expertos en la educación latinoamericana, el sistema complejo de la organización escolar de ésta, pues la idea de un sistema implica siempre la de la complejidad dentro de la unidad. Examinemos una prueba de este aserto. Robert J. Havighurst, profesor de la Universidad de Chicago, al referirse a la educación secundaria latinoamericana, dice en su artículo reciente titulado "The Problem of Secondary Education in Latin America", lo siguiente: "Hay una considerable escasez de hombres y mujeres con preparación técnica y comercial. Dicha preparación deberían realizarla en la escuela secundaria. La expansión de las escuelas secundarias incrementaría la productividad ulterior".²⁰ Para la educación latinoamericana, recordémoslo, el *género* es la *enseñanza media*, comprendida entre la *primaria* y la *superior*; y la *especie* es la *secundaria* que conduce al

²⁰ HAVIGHURST, ROBERT. "The Problem of Secondary Education in Latin America". *Comparative Education Review*. Vol. 5, No. 3. February 1962. p. 170.

bachillerato. Es decir, la enseñanza media es el *todo* y la secundaria una *parte*. La enseñanza vocacional o profesional funciona independientemente de la secundaria. Lo que tienen de común, en casi todos los países latinoamericanos es el *ciclo básico*. A la "high school" norteamericana le interesa, como se sabe, no la formación plenaria del hombre, sino la capacitación práctica, unilateral, fragmentaria, fundada más sobre el seguimiento de materias optativas que sobre el estudio de ramos fundamentales comunes. A la educación secundaria latinoamericana le interesa el hombre como totalidad de fuerzas, valores, actitudes e ideales. Por lo demás, no es verdad que hay falta de hombres y mujeres capaces, en la América Latina, en los campos vocacionales indicados por Havighurst. Sobrepasan las exigencias de los mercados ocupacionales en la mayor parte de países. En otro párrafo de su artículo dice Havighurst: "En la América Latina, por lo general, la educación secundaria mantiene todavía el *status* social de las clases altas y medias".²¹ Si se observa la vida de la educación secundaria latinoamericana se encontrará que los insurgentes inteligentes que tienen conciencia de las reformas políticas y sociales, y que las explican y las exigen, salen de los Colegios Nacionales y de los Liceos en mayor grado que de las Escuelas Vocacionales. La cultura general, la visión de horizontes, el enseñar a pensar y a impartir juicios de valor, ayudan a ver claras y distintas las cosas a los estudiantes de la educación secundaria. Exigen, desde luego, tales insurgentes, que las garantías establecidas por la Constitución Política del Estado sean cumplidas. Nuestras Constituciones Políticas prohíben la discriminación racial y en efecto no existe ésta en la práctica. Las escuelas deben ser vistas y vividas, una por una, país por país, para poder tener un juicio objetivo y certero. Hay jóvenes sumamente pobres en los Colegios Nacionales diurnos y nocturnos. Los Colegios vienen estrechos para satisfacer en totalidad el interés de las masas populares.

Las Asociaciones de Maestros de la América Latina han expresado en muchas ocasiones que siendo igual la identidad de los ciudadanos ante el Estado Nacional, las oportunidades de educación de los niños y de los adolescentes deben ser iguales. Todas las Asociaciones, por tanto, se han pronunciado *en contra* del mantenimiento de la *escuela rural de un solo maestro* y de la escuela de sólo dos o tres grados de instrucción. Todas las escuelas, sean urbanas o rurales, deben ser completas y deben tener seis grados por lo mismo. Y las escuelas normales de cuatro cursos deben ser reemplazadas por las de seis, concediéndose igual importancia a las rurales que a las urbanas. Y, en vista de la estrecha interdependencia de lo

²¹ *Ibid*, p. 169.

urbano y lo rural en la integración nacional, los niños y jóvenes tanto del campo como de la ciudad deben ser educados con un conocimiento sólido sobre los problemas nacionales, en cuanto urbanos y rurales, pues sería absurdo y discriminatorio separar con abismos de contrasentidos, en la enseñanza, lo que está unido en la realidad y en la vida nacionales. El campo rodea y penetra en las ciudades en todas formas en la América Latina. El éxodo de las grandes masas de los campos a las ciudades, complejo problema socioeconómico, no podrá ser detenido con retóricas medidas de viejo y anacrónico tipo escolar. La Historia latinoamericana es la historia de la relación cada vez mayor del campo con la ciudad, es la historia genuinamente nacional, de ningún modo la historia dividida en dos mundos contrapuestos por el artificio, no por la naturaleza y por el destino. Grandes representantes de la cultura latinoamericana nacieron en el campo. Ninguna política educativa los detuvo discriminatoriamente atados a las aldeas de nacimiento. Grandes masas de campesinos, guiadas por la intuición profunda que hace la historia, se movilizaron hacia las ciudades capitales para demandar derechos condignos con la importancia de la vida nacional en el agro y en la educación rural. Masas campesinas libraron batallas libertadoras en favor del campo y de la nacionalidad. El caso de la Revolución Mexicana es uno de ellos. El mayor homenaje que los países democráticos han hecho al campo es el darle escuela tan buena como la mejor de las ciudades, escuela con seis grados de instrucción y maestros muy eficientes para cada uno de ellos. Los ciudadanos del campo tienen que ser preparados con presupuestos que revelen que no se desestima de ninguna manera el civismo campesino. Las votaciones mayoritarias más recientes han sido encontradas en los campos, en las elecciones realizadas en los últimos tiempos. Aumenta cada día más el número de escuelas secundarias y de escuelas vocacionales en las zonas rurales, es decir, las instituciones educativas de mayor poder formador comienzan a ponerse al alcance de los campesinos. Estas han sido adquisiciones hechas por la historia de la cultura campesina. Esta cultura también crece en términos biológicos, sociológicos y políticos. La Universidad Rural del Brasil, que se encuentra muy cerca de Río de Janeiro, en zona rural con características especiales, demuestra las sorprendentes posibilidades del desenvolvimiento cultural del agro mediante los incentivos de la investigación científica y del desenvolvimiento técnico. Todos los alumnos tienen en esa Universidad Rural equipos completos y modernos para la investigación de las posibilidades y de los resultados de la combinación de tierras, para conocer los procesos biológicos relacionados con las semillas y con el crecimiento de las plan-

tas, tanto de las plantas brasileñas como de las importadas. Las investigaciones son extendidas al conocimiento profundo de los insectos y de todos los problemas zoológicos relacionados con la agricultura. Esta Universidad tiene estudiantes becados de todo el Brasil y de países latinoamericanos.

También los maestros rurales están movilizándose hacia las ciudades cada vez mayores en función del trabajo docente y administrativo. Nunca son detenidos en sus aspiraciones de mejoramiento porque no hay discriminaciones ni reservaciones, a manera de campos de concentración que violen sus derechos de hombres y ciudadanos. Y se preguntan las asociaciones del Magisterio de la América Latina: ¿Para qué, entonces, las Escuelas Normales Rurales Interamericanas sostenidas por los Organismos Internacionales sobre la base del anacrónico y discriminador concepto que asigna a la escuela primaria rural y a la escuela Normal Rural un nivel más bajo de formación y por consiguiente menores presupuestos nacionales que en las ciudades?

En la Conferencia de Ministros de Educación de la América Latina, verificada en Lima hace pocos años, con el objeto de discutir y resolver problemas relacionados con la formación del magisterio, la Delegación Argentina informó que no enviaba estudiantes a los Normales Rurales Interamericanos porque la formación del maestro debe ser realizada dentro de cada país, con propósitos y métodos nacionales, y porque la Argentina no se consideraba un país subdesarrollado para acogerse de algún modo, en semejante delicado menester cultural, a la ayuda internacional despersionizadora y simplemente burocrática.

La América Latina ante las Naciones Unidas

DECÍA Keyserling que la mejor manera de conocer el mundo es conociéndose uno a uno mismo. La América Latina alcanza más clara conciencia de su ser cultural mientras más se compara objetiva y analíticamente con el mundo.

La América Latina proviene de la cultura occidental europea cuya decadencia ha sido evidenciada y profundizada por las dos grandes guerra mundiales, entre otros hechos históricos significativos. Con diferencia de grados, ángulos y etapas en el desarrollo industrial y sus consecuencias capitalistas, pertenece la América Latina a las órbitas de esa cultura europea tanto como los Estados Unidos. Hay valores culturales de la Gran Tradición europea que encontraron definitivo refugio en la América Latina. Pero no participa la América Latina de los males deformadores por implacable-

mente materialistas y mercantilistas, de la era industrial que elevó a religión la posesión de bienes materiales por parte de las clases plutocráticas. Le interesa a la América Latina, fundamentalmente, en la educación, una posición crítica frente a sí misma y al mundo, la irrenunciable formación educativa para la vida nacional, la renuncia indeclinable al seguimiento de modelos y patrones extranjeros, la lucha denodada por la independencia política y económica, la fraternidad honda especialmente con los pueblos pobres y militarmente débiles que pugnan por alcanzar su integración nacional y por expresarse por sí mismos en el concierto internacional, tanto en las Organizaciones Regionales de Naciones como en las Naciones Unidas.

La América Latina no ha convertido los medios de la existencia humana en fines. La América Latina sabe que todos los países del mundo, inclusive los más desarrollados industrialmente, tienen áreas geográficas y clases sociales y razas en donde el subdesarrollo es a todas luces evidente, dramático y angustioso hasta en el cuerpo de las más grandes ciudades, porque no son ofrecidas iguales oportunidades de vida, de derechos humanos y de extensión y calidad educativas. También sabe que ningún país del mundo gasta lo suficiente en cultura y educación. Las grandes potencias militares no quieren transferir a la educación nacional los fondos cuantiosísimos dedicados a las armas nucleares, para tratar de convertirse en potencias culturales del mundo y a tener el derecho de enseñar por la vía única de la conducta ejemplar y edificante. La América Latina sabe todo eso no por lecturas sino por conocimiento directo de la realidad nacional de casi todo el mundo, en tiempos en que los medios técnicos nos acercan a todas partes y en que las dimensiones del planeta parecen acortarse extraordinariamente.

El mundo está hecho de paradojas y contradicciones. Mientras Estados Unidos tiene un Tratado de Relaciones Culturales con Rusia y se cuenta como mérito profesional de singular importancia el visitar y adquirir alguna información y alguna experiencia en Rusia, costeados el beneficiario por fondos de Rusia en muchos casos incluso cuando se trata de miembros de comunidades religiosas católicas y protestantes, en la América Latina los gobiernos de algunos países prohíben el tener informaciones y realizar viajes a ese país. De otro lado, Rusia no auspicia sino las visitas de comunistas y de dirigentes de partidos políticos que se encuentran en alianzas o coaliciones con ellos en la América Latina. Los más altos representantes de las Ciencias de la Educación de la América Latina no conocen la realidad educativa rusa. A Rusia no le interesa la visita de profesionales sobresalientes de la educación y que hablan y escriben con

absoluta independencia crítica, en términos estrictamente científicos y técnicos, al margen de toda consigna y de todo fanatismo y con un firme depósito de fe en la originalidad cultural latinoamericana.

El problema de las relaciones de la América Latina con las Naciones Unidas nos conducen, en primer término, a evaluar los fines y la obra real de la Unesco. Según el preámbulo explicativo de la fundación de la Unesco, ella fue creada "para construir en las mentes de los hombres los baluartes de la paz". Todos pensamos, por tanto, que la Unesco se empeñaría por construir tales baluartes en las mentes de las naciones erigidas en muy notables potencias militares del mundo. No podía siquiera suponerse que las más pobres, las más débiles y más pacíficas naciones fueran buscadas por aquellas potencias temidas y peligrosas para construir en ellas, en las mentes de sus inofensivos ciudadanos, los baluartes de la paz. Las potencias militares se despojarían de su peligrosidad. Hecho semejante endoso, la paz del mundo surgiría por la educación realizada por los países "desarrollados" sobre los "subdesarrollados". Todo lo que la Unesco hiciera en la América Latina, región "subdesarrollada", sería para asegurar la paz del mundo.

A los casi veinte años de vida de la Unesco, la América Latina tiene más confianza que antes en su educación nacional e internacional latinoamericana, como producto del esfuerzo heroico de sus mejores maestros, de sus luchas cívicas en favor de la libertad de los pueblos, del poder creador docente con escasos recursos y hasta a veces con la falta de ellos, del dominio de datos y circunstancias de la realidad, en cada país, y de la consolidación de su experiencia histórica en la educación del pueblo. La América Latina no tiene, en cambio, ninguna confianza en la Unesco: ni en las Oficinas de París, ni en expertos que ignoran completamente la realidad cultural y educativa de cada nación y que se improvisan hasta en las llamadas grandes especializaciones internacionales como "educación comparada" y "planeación educativa", en brevísimos cursos, a través de la recitación de lecciones dadas por especialistas de gabinete. Las Oficinas de París han sido monopolizadas, en todas las posiciones directivas, por los llamados países desarrollados, hasta rompiendo del todo las regulaciones correspondientes a las distribuciones geográficas y a los más elementales deberes de comparación objetiva de los méritos estrictamente profesionales. Francia está a la cabeza. Imperan las recomendaciones políticas y oficiales. En las Oficinas de París no se practica el principio democrático de la alternabilidad que abra paso a la corrección de los errores de administraciones anteriores y actuales. Las posiciones más altas han sido tomadas en forma vitalicia como cuando se trata de los niveles más rutinarios

de la burocracia. Los errores y los defectos ahondan sus raíces. Todo parece haberse planeado en forma de maquinaria cuyas manipulaciones son reconocibles desde cualquier lado y circunstancia.

El venezolano Mariano Picón Salas, Embajador y Miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco desde hace varios años, ha hecho varias observaciones a ese Organismo. Picón Salas dice cosas tan graves como éstas: "Los delegados de los Estados miembros nos hemos lamentado de que algunos servicios tienden a cerrarse en compacto rigor burocrático y no siempre escuchan el comentario que podemos hacerles".²² Lo que quiere decir que a los delegados se les niega el derecho al ejercicio de sus funciones específicas. ¿Para qué, entonces, el Consejo Ejecutivo? Luego concreta Picón Salas un hecho dictatorial: "La función de consulta que compete al Consejo para la provisión de altos cargos por el Director General, ahora tiene un carácter puramente formulista y débil". A la vuelta de dos años de esta afirmación, y en vista de continuar Picón Salas integrando el Consejo Ejecutivo de la Unesco y de tener por tanto sus palabras un valor testimonial de primera importancia, ratificó su anterior declaración y describió la anulación total de la iniciativa de los miembros del Consejo y la de los delegados de los Estados miembros porque la maquinaria burocrática de la Unesco tiene listas, en cada vez, montañas de proyectos y papeles de toda clase para hacerlos aprobar en masa.²³

Daniel Cossío Villegas fue delegado de México a la última Conferencia Mundial de la Unesco. Es él un historiador eminente y uno de los más notables intelectuales latinoamericanos. Su enjuiciamiento sobre la Unesco es más cabal y entero: "Para mí, la Unesco pasa por una crisis mayor, profunda. De ahí que me resuelva a vaticinar que *si en éste y el año próximo*, es decir, los dos que median entre la pasada y la próxima Conferencia, *el Director General y el Consejo Ejecutivo no hacen un esfuerzo supremo para ponerla de nuevo a flote, puede hundirse para siempre*".²⁴

Más adelante denuncia Cossío Villegas el mal más grave de la Unesco, el mal político, dictatorial y demagógico: "El Secretariado de la Unesco mete la mano más de la cuenta, mucho más de la cuenta: interviene en los debates, hace proposiciones y, sobre todo, simplifica los problemas reduciéndolos a blanco por un lado

²² PICÓN SALAS, MARIANO. "La Unesco y el Desafío Humano". *Cuadernos*. París, 1961. No. 47, p. 107.

²³ PICÓN SALAS, M. "¿Cuál es el Futuro de la Unesco?". *Cuadernos*. París, 1963. No. 70, p. 3.

²⁴ COSSÍO VILLEGAS, DANIEL. "¿Cuál es el Futuro de la Unesco?". *Cuadernos*. París. No. 71, abril de 1963. p. 83.

y negro por el otro para provocar una votación oportuna. Y todo esto, claro, invadiendo funciones que no son suyas, sino de la Conferencia, de una Conferencia que se proclama día tras día ¡soberana! A las reuniones de la Unesco no concurren ya, como antes, grandes figuras intelectuales, si bien no faltan algunos ministros de educación o rectores de universidades, que quizá tengan en sus países algún relieve intelectual, pero que en la Conferencia sólo actúan como políticos. Y es éste, quizá, el más grave mal que aqueja a la Unesco. Sólo un niño podría sorprenderse de que es inevitable hacer alguna política en toda reunión internacional; pero que en *un organismo creado para alentar la educación, la ciencia y la cultura todo sea política y nada educación, ni nada ciencia, ni nada cultura, es, me parece sobrepasar francamente los límites de lo necesario y lo deseable*. En la actualidad, no hay diferencia apreciable entre una asamblea de las Naciones Unidas y una conferencia de la Unesco. En una y otra, *la nota omnipresente es la lucha por el poder, por conquistar la mejor posición de poder posible*.²⁵

Las palabras de suprema verdad que dice Cossío Villegas con la devoción propia del historiador auténtico pesan tanto por sí mismas, como para no necesitar comentario adicional alguno.

Por otra parte, siempre que se alude al problema de la relación de la América Latina con las Naciones Unidas se vuelve obligado el contacto con la *Cepal*. (Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina). Nadie ignora que en cerca de veinte años de la existencia de este organismo internacional la vida económica de la América Latina se ha agravado cada vez más, como nunca en la historia.

Todo el mundo se pregunta *por qué y para qué* son financiados por todos los pueblos del mundo, en tiempos de ansiedad y penuria económica, cuerpos burocráticos que no saben encontrar las mayores fallas de los sistemas económicos y planear con valentía reformista y acierto técnico la campaña para corregirlas. Son pueblos desamparados los que costean tales cuerpos burocráticos compuestos de ciudadanos que en sus países de origen no probaron antes su competencia de reformadores. Las Juntas Nacionales de Planificación Económica, filiales de la *Cepal*, comparten las responsabilidades de la impericia y del fracaso. Mientras más demagógicamente es usada la palabra "planear", en países en donde biológica y políticamente se vive del azar, los hechos, que son lo que cuenta en la vida de los pueblos, hablan por sí mismos el lenguaje irrefragable de la catástrofe económica sin paralelo en la historia. Raúl Prebisch, director de la *Cepal*, supone que, acaso,

²⁵ *Ibid.* p. 84.

su labor de consejo podría tener mucha mayor validez en la educación internacional que en la economía política. No de otra manera se explica la siguiente afirmación suya: "Se necesita una *verdadera revolución en los sistemas educativos*, no sólo en cuanto concierne a la educación en sí misma sino en lo que se refiere a las graves dificultades económicas que se oponen a que los hombres bien dotados puedan subir desde abajo hasta los campos superiores".²⁶

Los llamados "campos superiores" son los políticos. Ningún país del mundo está todavía organizado políticamente en tal forma de garantizar convincentemente el acceso de los hombres geniales a las primeras posiciones nacionales e internacionales. Los mecanismos políticos actuales aseguran la permanencia vitalicia de los mediocres, salvo rarísimas excepciones. No sería papel de una política educacional aislada y sola la postulación y establecimiento de un nuevo orden, sino de la política general del Estado. La educación forma parte de un todo y ese todo es la Nación. ¿Cómo se le pide a la educación una obra nacional todopoderosa, revolucionaria, solventadora de las quiebras de todos los sectores nacionales, si a la educación se la trata tan mal en términos económicos y financieros? Las instituciones pueden en la medida en que se confía positiva y económicamente en ellas. ¿Es respetado de verdad el educador que habla alto a nombre de los valores humanos y culturales, a nombre de los bienes espirituales, a nombre de la libertad y del progreso? ¿No consta a todos que son perseguidos con especial persistencia destructora los que defienden verdades totales y no se conforman con el convencionalismo de las verdades dichas a medias, de las verdades deformadas? ¿Por qué el Estado-gendarme, en carrera de armamentismo delirante, si tanto se respeta a los maestros y a los apóstoles? La educación latinoamericana es progresista; la economía política es anacrónica, inhumana, colonialista. Los maestros no tienen fusiles ni hacen hablar a la pólvora para convertir en hechos "revolucionarios" los conceptos progresistas.

²³ PREBISCH, RAÚL. "Planificación en América Latina". *Cuadernos* París. No. 69. p. 5.

LA ARGENTINA Y SUS PROBLEMAS ACTUALES

Por *Manuel Pedro GONZALEZ*

A CABO de regresar de un viaje de casi un año por nuestra América. Después de una escala de cinco meses en la Argentina visité el Uruguay, el Brasil, Venezuela y Puerto Rico. La experiencia ha sido dolorosa y decepcionante. En 1956 pasé once meses en Europa. Visité nueve países, incluyendo a Finlandia y la Unión Soviética. Con la excepción de Suecia, todos habían sido destrozados por la Segunda Guerra Mundial hacía apenas diez años. Pues bien, en ninguno de ellos vi espectáculos de miseria, suciedad, pobreza y criminal abandono como los que representan las "villas miseria" argentinas, las "favelas" brasileñas, el "cinturón del hambre" que oprime a Caracas, o los "fanguitos" puertorriqueños. Son cuadros terriblemente deprimentes, cuya vista indigna al viajero dotado de sensibilidad. Similares o peores espectáculos vergonzosos pueden verse en cualquiera de las otras Repúblicas hispanoamericanas, con la excepción del Uruguay y Cuba —la Cuba de 1963, no la de 1958. Pero no es de América sino de la Argentina de la que nos vamos a ocupar aquí.

Esta era mi primera visita a la patria de Sarmiento. Mi conocimiento de ella era libresco, lo cual quiere decir que era muy limitado e imperfecto. ¡Qué diferencia tan grande va de lo vivo a lo pintado! Leyendo a sus grandes hombres, a sus prosistas y poetas yo me había formado una imagen idealizada, agrandada y falsa de la Argentina, imagen que reflejaba más la que sus panegiristas inflados habían inventado que la real y verdadera que pude contemplar. Yo me había imaginado a la Argentina más ordenada, más democrática y libre de taras, más apta que las Repúblicas hermanas.

La idea que yo me había formado de la Argentina era ficticia y apócrifa, un espejismo que mi conocimiento meramente libresco y la distancia, fomentaron.

Que me perdonen mis buenos amigos porteños la sinceridad y la franqueza con que expreso aquí mi desilusión. A fin de prevenir posibles interpretaciones torcidas o maliciosas, deseo aclarar que en ninguna parte he sido jamás tan cordialmente recibido y agasajado. En lo personal, sólo motivos de gratitud y placenteros recuerdos

traigo de la Argentina. Y, sin embargo, voy a corresponder a tanta gentileza y generosidad en una forma que pudiera parecer ingratitud o descortesía. No es ni una cosa ni la otra. Yo no soy hombre de zalemas, hipocresías o protocolo. No está la Magdalena para estos tafetanes, sino al contrario, muy urgida de verdad por dolorosa que sea. Yo no pude —ni puedo— sentirme extranjero en la Argentina. Desde hace muchos años leo y explico sus mejores libros; he admirado sus grandes hombres y procurado divulgar sus valores en otras tierras. Esto quiere decir que amo a la Argentina y que escribo sobre ella como si fuese argentino —*ex abundantia cordis*. Si no me sintiera vinculado a ella y me doliera su desdichado presente, no me tomaría la molestia de señalar sus fallas. Quien bien te quiere te hará llorar, dice un viejo refrán.

Lo primero que el viajero experimenta al contemplar desde el aire la inmensa ciudad de Buenos Aires es un sentimiento de estupor o de pasmo. Es la misma sensación que en mí habían producido París, Leningrado y Moscú al divisarlas desde la altura. Nueva York, en cambio, impresiona más desde el mar porque su dimensión es más vertical que horizontal. Buenos Aires —la Capital Federal— tiene ya seis millones de habitantes —casi la tercera parte de la población total del país. Es una cabeza demasiado monstruosa para un cuerpo tan raquítico. (Algo similar les ocurre a México, Venezuela y Uruguay. En los cuatro países la capital pesa demasiado en los destinos nacionales y estrangula a las provincias). Luego cuando se viaja un poco por el interior argentino se experimenta una impresión compleja y hasta contradictoria. Me refiero específicamente a la provincia de Buenos Aires, la única que pude conocer un poco. No voy a entonar un himno más al paisaje pampeano que tan honda huella ha dejado en la literatura nacional y en muchos escritores extranjeros. Exceptuados los Estados Unidos y la Unión Soviética en ninguna parte he visto nada semejante: es algo como lo que se siente en alta mar: puro horizonte que más se aleja cuanto más avanzamos en cualquier dirección.

Contemplando esta inmensidad de magnífica tierra plana, deshabitada, sin cultivo, sin árboles, sin casas, en la que a veces se recorren docenas de kilómetros sin ver un ser humano, sin que se perciba la mano del hombre o su esfuerzo productivo, el viajero no puede menos de llegar a melancólicas y poco halagüeñas conclusiones. El hombre argentino no ha sabido —o no ha querido— aprovechar esta bendita tierra para extraerle toda la enorme riqueza que podría rendir. He recorrido centenares de kilómetros en varias direcciones y no he visto un solo lote dotado de irrigación artificial. Esta inmensa planicie, cultivada intensa y científicamente y dotada de un experto

sistema de irrigación, podría ser uno de los más grandes emporios de riqueza agrícola del mundo. Pocas regiones hay más fáciles de irrigar; pero la indolencia, la rutina, y la idiotez de los latifundistas que acaparan estas inmensidades, y la inepticia de los gobiernos que durante cien años han servido a la oligarquía argentina, han condenado esta infinitud potencialmente lauta a la mísera condición de tierras de pastoreo. Es un dolor que indigna contemplar tanta pródiga tierra capaz de producir alimentos para sustentar a cien millones de seres humanos, abandonada, deshabitada, huérfana de cultivo, sin árboles, sin agua, desolada y yerma dedicada al pastoreo de ganado vacuno y, con frecuencia, lanar. He visto centenares de kilómetros cuadrados de esta tierra bendita ¡consagrados a criar ovejas! Explotada técnica y científicamente, esta tierra podría producir cien veces más riqueza de la que ahora rinde. Un programa de ingeniería hidráulica sabiamente concebido y ejecutado por el Gobierno, y una reforma agraria que acabara con el criminal latifundismo, que parcelara estas llanuras y estableciera un régimen de explotación agrícola intensivo y técnico, bien planificado y dirigido y científicamente supervisado como se hace en California, por ejemplo, podría convertir este desierto de hoy en una fantástica fuente de riqueza. Dadas la perfecta horizontalidad del paisaje y la abundancia de agua en los grandes ríos tanto como en el subsuelo, podría irrigarse con gran facilidad esta llanura ilímite. Todo lo ha proveído la naturaleza aquí. Lo único que ha fallado es el hombre. En ciento cincuenta años de independencia la ociosa, holgazana y egoísta oligarquía argentina y los gobiernos corrompidos y obtusos que ella ha impuesto, han despilfarrado esta riqueza potencial. Subleva contemplar tanta incuria, tanta criminal apatía, tanta ineptitud y ceguera cuando en el país hay millones de habitantes desnutridos y hambrientos.

La ausencia de árboles, de vegetación, de irrigación y de cultivo son en gran parte la causa de terribles calamidades que ocasionan pérdidas cuantiosas, estragos y sufrimientos espantosos: sequías prolongadas y tolvaneras horribles que erosionan la superficie de los campos, arrasan con la capa vegetal y ciegan y matan de hambre y sed miles y miles de reses todos los años. He visto centenares de cadáveres de reses, principalmente vacunas, a la vera de los caminos, carreteras y ferrocarriles. Es un espectáculo desolador que duele contemplar, pero que el argentino ve impasible e indiferente. Es un trágico círculo vicioso que se viene repitiendo y causando estragos tremendos a la economía nacional desde hace un siglo, sin que el hombre argentino haga nada para evitarlo. Los dueños de los grandes latifundios pasean su rastacuerismo por París y otras ciudades de Europa, sacan sus caudales de la Argentina y los ponen a buen

recaudo en los bancos de Suiza, de Londres y Wall Street, y encargan a administradores rutinarios la vigilancia de sus inmensurables estancias ganaderas.

La Argentina es el país potencialmente más rico del mundo hispano. Orientada de Norte a Sur, tiene todos los climas y puede producir todos los productos de los climas tórridos, templados y fríos. En la Argentina he comido las más deliciosas frutas que he probado en ningún país —naranjas, peras, higos, manzanas, etc. La industria frutera argentina podría producir miles de millones de dólares si se la explotara debidamente. Sin embargo, en Buenos Aires la fruta escasea y es carísima, tanto que el pueblo humilde tiene que privarse de ella. El subsuelo es rico en petróleo y gran número de minerales. La naturaleza ha sido pródiga, ubérrima. Lo que allí ha fallado es el hombre. Esta es una verdad amarga y dura, pero hay que decirla. "Traiciona a su pueblo quien no le dice a tiempo la verdad", dijo en cierta ocasión un grande de América. A este respecto ha dicho Ezequiel Martínez Estrada lo siguiente, que reputo de suma trascendencia definidora: (...) "no es nuestro pueblo un pueblo vil sino envilecido; está acobardado sin ser cobarde; no es incapaz de realizar un gran destino, ha sido sistemáticamente incapacitado para realizarlo, porque se le ha engañado, educado aviesamente, seducido por los mercaderes del dinero, del poder y de la fama". (*Exhortaciones*, Buenos Aires, 1957, p. 7).

No me será fácil sintetizar o resumir aquí el caos desatado que en la Argentina contemplé. Empleo el término "caos" porque es el que mejor describe el desbarajuste y la anarquía que allí imperan. El reino del caos comienza en el orden jurídico y constitucional y lo invade y permea todo: la economía, la judicatura y la política, la administración, las fuerzas armadas y el mundo moral. En el país existen desde hace ya más de un año, dos Presidentes: uno constitucional y legítimo, y otro *de facto*, que carece en absoluto de base legal y de respaldo popular, pero a quien unos cuantos señores disfrazados de militares sentaron en el sillón de la Casa Rosada en marzo de 1962 para que, a título de Presidente, refrendara los decretos que ellos le dictan y él sumisamente firma. El Presidente legítimo, democrática y legalmente elegido en 1958, el doctor Arturo Frondizi, hace más de un año que está preso, primero en la isla de Martín García y últimamente en el hermoso lugar de veraneo llamado Bariloche, en las montañas del Sur. El doctor Frondizi fue un gobernante funesto que traicionó su propio ideario y sumió al país en un caos aún mayor del que existía cuando asumió el poder. Apostató de todas sus promesas y traicionó sus principios. Como Perón, quiso jugar al Maquiavelo, y como le ocurre con frecuencia

a los tahures, perdió la última jugada. Es el González Videla de la Argentina. Pero con todo su maquiavelismo de pacotilla y su inaudito cinismo, Arturo Frondizi es el único Presidente legítimo que la Argentina tiene. El doctor José María Guido que desde hace quince meses ocupa el sillón presidencial, es una figura ridícula y patética a la vez. Es el típico caso del político sin carácter, dignidad, ni talento, tan común en Hispanoamérica, capaz de soportar todas las humillaciones de los espadones que lo utilizan como muñeco en su juego trágico de titiriteros de la política, y todo el repudio y burlas del pueblo a trueque de ostentar la banda presidencial. Huelga decir que no gobierna y que carece en absoluto de autoridad. Su función se limita a firmar lo que la gente de uniforme le ordena que firme: el doctor Frondizi se ha negado a renunciar y ha rehusado abandonar el país. Es lo único en que ha sido consistente.

Pero la medida de la monstruosidad jurídica y del caos constitucional que imperan en la Argentina, tanto como la de la ausencia del decoro y dignidad, la dio el Tribunal Supremo del país cuando declaró legítimo Presidente a Guido sin que Frondizi renunciara ni se le incapacitara legalmente ni se muriera. La Constitución y la ley argentinas establecen el procedimiento jurídico que debe seguirse para incapacitar a un Presidente y reemplazarlo. Si Frondizi había delinquido, debió abrirse proceso e incapacitarlo legalmente. Pero tal es el desdén por la ley y la falta de respeto por los procedimientos jurídicos que allí privan entre la gente de espada, lo mismo que entre la de toga, que nadie pensó más que en el procedimiento expeditivo de la fuerza para eliminar al Presidente constitucional y legítimo. *Mutatis mutandi*, lo mismo se había hecho en tres ocasiones anteriores desde 1930. Porque son cuatro ya los Presidentes legítimos que los generales han derrocado en la Argentina en los últimos 32 años: Hipólito Irigoyen, en 1930; Ramón S. Castillo, en 1943; Juan Domingo Perón, en 1955, y Arturo Frondizi, en 1962. En cuanto a ministros del Gabinete, la Argentina ha batido el récord en la América Latina: más de 140 ministros ha tenido aquel Ejecutivo desde 1958. Todo este desbarajuste ha reducido aquel país al rango de Nicaragua o cualquier otra republiquita bananera centroamericana. Su desprestigio internacional ha alcanzado un nivel jamás imaginado por los argentinos. Nada puede demostrarlo mejor que la siguiente anécdota, rigurosamente histórica. Cuéntase que en vísperas de las últimas elecciones en la República Dominicana, varios oficiales de alta graduación se permitieron hacer declaraciones de índole política que el señor Bonelli, el presidente de la Junta de Gobierno provisional, estimó impropias, por lo cual redactó otras declaraciones en las que los oficiales prevaricadores se retractaban

de lo dicho. Hízolos comparecer y les dijo: "Yo no soy Guido ni Santo Domingo es la Argentina. O ustedes firman este documento, o yo renuncio en el acto". Los culpables firmaron y ya no volvieron a inmiscuirse en los problemas políticos del país mientras duró el mandato de Bonelli. De un gesto así es incapaz José María Guido. De ahí la absoluta falta de respeto que por él siente el pueblo argentino. Porque Guido gobierna como en el vacío de una campana neumática. Hasta los dictadores más feroces que Hispanoamérica ha sufrido han creado intereses y se han visto apoyados con una minoría, o cuando menos por camarillas numerosas. Pero Guido no tiene ni eso. Durante los cinco meses que pasé en la Argentina hablé de estos problemas con muchísima gente —intelectuales, profesores, profesionales, periodistas, maestros, gente de negocios, estudiantes y pueblo humilde. No encontré absolutamente a nadie que me dijera una palabra en defensa de Guido. Y no es que se le odie ni que el hombre sea malo o cruel o ladrón —por lo menos nadie lo acusa de tal. El adjetivo con que más generalmente se le designa en privado y a veces hasta en público es "petiso", término que los gauchos empleaban para describir un caballo de poca alzada, pequeño. La palabreja se tiñe de una semántica múltiple en boca de los ingeniosos y chungones porteños: alude a su diminuta estatura física tanto como a la intelectual y moral.

Crisis de la fe y la confianza

ESTE es uno de los fenómenos más reveladores y hasta peligrosos que pude observar. El argentino, que hasta 1930 era de todos los hispanoamericanos el más optimista, el que mayor fe demostraba en los destinos de su país, hoy es un hombre decepcionado, escéptico y pesimista frente a su circunstancia política. Se ha vuelto apático, indiferente, cínico, incrédulo. Triste y doloroso es reconocerlo, pero el único hombre que en la Argentina arrastra hoy una considerable masa que oscila entre dos y medio y tres millones de personas que todavía lo siguen y admiran es Juan Domingo Perón, el hombre más funesto que el país ha sufrido en los últimos cien años: el más ladrón, el más despótico, el más sanguinario, el que acabó de sumir al país en la bancarrota económica, política y moral. Verdad que el setenta por ciento de los peronistas son obreros semianalfabetos y elementos maleantes. Perón los aduló, les concedió beneficios de toda índole, les infundió conciencia de clase y les alentó la esperanza de una vida mejor, y aunque hacia el fin de su dictadura los maltrató y asesinó a muchos de sus líderes, esta gran masa se le mantiene

fiel y acata su voluntad y estarían dispuestos a secundarlo y apoyarlo si el déspota pudiera regresar al país.

Este fenómeno psicológico revela dos cosas a cual más lamentables: de una parte, la incultura y la falta de madurez política de esta masa; de la otra, el vacío total, la ausencia de hombres de talla capaces de inspirar fe y de alentar la esperanza de las masas argentinas. Porque aquél es hoy un país acéfalo, carente en absoluto de dirigentes de talla capaces de orientar los destinos de la nación y de aglutinar en torno a un programa regenerador a la población del país. En 1939 se suicidó el último líder argentino de tamaño mayor que el país tuvo: Lisandro de la Torre, de quien afirma Ezequiel Martínez Estrada que fue "el político más capaz y más recto de cuantos registra la historia política del país". Hombre probo, cultísimo, patriota inmaculado, progresista y generoso, asistió al derrumbe del país y al de sus nobles ideales. Fue burlado y escarnecido por la mayoría senatorial que servía a la oligarquía a la que él hacía responsable de la bancarrota argentina y combatía desde su curul del Senado. Derrotado siempre por la camarilla venal, acorralado, vencido y desolado, acabó pegándose un tiro —como otros grandes antes que él—: como Pedro Balmaceda, en Chile; como Baltazar Brun, en el Uruguay; como Leopoldo Lugones y su propio antiguo jefe político, Leandro Alem, en la Argentina.¹

En el momento actual sólo quedan dos figuras políticas que si bien nada significan ya, gozan todavía del respeto y la estimación general: el octogenario Alfredo L. Palacios y Nicolás Repetto. Ambos militaron en un partido minoritario que nunca tuvo influencia ninguna fuera de la provincia de Buenos Aires, el socialista, pero como propulsaron una ideología renovadora y rehusaron hacer almoneda de su actuación, no han perdido el aprecio de sus correli-

¹ ¿Se ha pensado alguna vez en la significación y responsabilidad del trágico destino de la mayoría de los grandes hombres de la América española? Veamos: En las mazmorras de Cádiz muere Francisco Miranda; Bernardino Rivadavia, José de San Martín y Juan Bautista Alberdi mueren en el exilio porque el ambiente nativo les es hostil; en suelo extranjero muere José Artigas; Antonio José de Sucre es asesinado por el cerril fanatismo católico; contra Bolívar se traman conjuras para asesinarlo y por último muere en la mayor miseria, hostigado y repudiado por sus compatriotas cuando iba camino del destierro; desterrado y odiado por la clerecía y el ignaro populacho ecuatoriano muere Juan Montalvo; fusilado Francisco Morazán; vilmente fusilados por la espalda Hidalgo y Morelos; desolado se inmola voluntariamente José Martí; traicionados y asesinados murieron Francisco Madero, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, Pancho Villa; fusilados David Berlanga y Felipe Angeles; asesinado por un fanático católico, Alvaro Obregón; asesinado César Sandino. Y como los dichos otros muchos.

gionarios ni de la gente culta. Pero ambos son cartas jugadas y en nada podrían influir ya.

Antes de pasar a otros temas, veamos cuáles son los partidos políticos y los dirigentes que los representan. El partido socialista se ha dividido en tres ramas desde los días en que Juan B. Justo lo acaudillaba: Partido Socialista Argentino, cuya cabeza más visible es Alfredo Palacios; Partido Socialista Democrático —extrema derecha— que pilotea Américo Ghioldi; y Partido Socialista Argentino de Vanguardia, del que es portavoz principal David Tieffenberg. Si estuviesen unidos acaso podrían significar algo, pero divididos y querellándose entre sí, su influjo es poco menos que nulo— aun en Buenos Aires.

El Partido Demócrata Progresista, fundado por Lisandro de la Torre, responde a la inspiración de Luciano Molina y Horario Thedy, pero ninguno de los dos alcanza la talla del héroe caído. También la Unión Cívica Radical que se mantuvo en el poder de 1916 a 1930, se dividió en 1958. Los elementos más conservadores llevaron como candidato presidencial aquel año con el nombre de Unión Cívica Radical del Pueblo, a Ricardo Balbín, que todavía figura como su dirigente principal, pero a quien ya casi nadie le concede posibilidades presidenciales. La rama izquierda se denominó Unión Cívica Radical Intransigente que con el apoyo de los peronistas sacó triunfante a su candidato, Arturo Frondizi, en 1958. En los momentos actuales, la figura más popular dentro de este partido es Oscar Alende, ex gobernador de Buenos Aires, cuya administración fue bastante estimable. Otro aspirante que le disputa a Alende la postulación es Julio Oyhanarte, muy amigo de Frondizi. Pero aunque ello parezca increíble, Arturo Frondizi sigue siendo el máximo dirigente del Radicalismo Intransigente, y a semejanza de Perón que desde Madrid controla los destinos de sus mesnadas, Frondizi maneja desde su dorada prisión todos los hilos de su grupo y será candidato aquel que Frondizi decida apoyar. Olvidaba mencionar a tercer aspirante dentro de este grupo: Mario Amadeo, Embajador ante las Naciones Unidas durante la administración frondizista. Es hombre inteligente, de orientación centro-izquierda moderada, pero escasamente conocido de la masa.

En los últimos tiempos el Partido Demócrata Cristiano ha cobrado auge tanto en Chile como en la Argentina. (La denominación es idéntica en ambos países, si bien la ideología del chileno parece más avanzada que la del argentino). Con todo, el programa del P. D. C. argentino es más progresista que la posición de la alta jerarquía católica. El P. D. C. está capitaneado por Horacio Sueldo, hombre inteligente y al parecer bien intencionado.

El comunismo opera casi en la clandestinidad en la Argentina y es un factor imponderable. No se sabe exactamente cuál es su fuerza ni qué papel juega en estos momentos. El "castrismo" o "fidelismo" se mantenía hasta fines del '61 independiente del comunismo en todas partes, pero al proclamar Fidel el marxismo-leninismo como la ideología oficial de Cuba, el castrismo perdió muchos adeptos en Hispanoamérica, en tanto que el comunismo ganó partidarios porque con él se fundieron los fidelistas de extrema izquierda. El comunismo argentino, por fortuna para las derechas, carece de un dirigente de talla como Palmiro Togliatti, Tito, Gomulka o el mismo Carlos Prestes. Ni siquiera la ideología revolucionaria ha producido en la Argentina un líder de tamaño mayor.

He dejado para el final en esta nómina al peronismo o justicialismo que a los fines electorales ha adoptado recientemente el nombre de Unión Popular. Es el más numeroso de todos los partidos, y aunque por sí sólo probablemente no podría elegir al nuevo Presidente, aliado con cualquiera de los otros tres partidos principales aseguraría el triunfo de su candidato. De ahí que la Unión Popular se encuentre hoy en la envidiable posición de la mujer bella y rica cuyas preferencias y favores se disputan muchos cortejadores. El peronismo puede no sólo escoger su aliado, sino imponer condiciones, porque numéricamente hablando representa el doble de votos más o menos que ninguno de los otros partidos. Es decir, que la Argentina confronta hoy el mismo trágico dilema que confrontaba en 1958: o permitir que los peronistas voten, en cuyo caso dominarían el panorama político del país, o negarles el derecho a votar, con lo cual se les obligaría a recurrir a la acción violenta y probablemente a entregarse al comunismo. Ese es el dramático dilema que ha producido una larga serie de conflictos militares dentro de las fuerzas armadas durante el último año con su inevitable secuela de crisis políticas, administrativas y económicas. El peronismo o justicialismo responde a la inspiración de un jefe máximo y único, como ya se dijo, que nadie se atreve ni siquiera a soñar en suplantar. El lugarteniente principal de Perón y secretario de la Unión Popular —o por lo menos del justicialismo— es un famoso cirujano que jamás ha ocupado cargos públicos: el doctor Raúl Matera, quien, naturalmente, aspira a ocupar el sillón de la Casa Rosada. Pero como en el caso del Radicalismo Intransigente y Frondizi, la candidatura de la Unión Popular la decidirá Perón y solamente Perón.

Tales los partidos, dirigentes y aspirantes civiles más conocidos. ¿Pero qué piensan a todo esto los militares que son los que mandan y, en última instancia, deciden —por el momento, al menos? De entre la gente de sable es bien conocida la ambición del general reti-

rado Pedro Eugenio Aramburu, ex Presidente provisional durante más de dos años. Carece de partido propio, pero es persona grata a las derechas y goza de prestigio entre muchos militares. Las izquierdas, sin embargo, lo repudian —particularmente el peronismo. En las últimas semanas ha empezado a barajarse el nombre de otro general retirado también —nombre que no sonaba todavía el último febrero. Es el general León Justo Bengoa. Primero fue ministro de Perón y luego ayudó a destronarlo. Empieza a sonar también en el momento en que escribo —mayo 24— el nombre del general Juan Carlos Onganía, comandante del Ejército, "el hombre fuerte" de la Argentina durante los últimos seis meses. Algunos elementos quisieran postularlo, pero carece de popularidad y de partido. Sin embargo, en una situación como la que reina en la Argentina, esto no sería un obstáculo. Un hombre muy inteligente y culto, agudo observador de los problemas argentinos tanto como americanos, me decía en enero un poco cínicamente: "La Argentina, como México, tiene hoy tres grandes electores. Aquí será Presidente el hombre que Perón, Frondizi y Onganía aprueben".

Hagamos ahora una breve alusión a las fuerzas armadas, puesto que son ellas las que por el momento controlan los destinos del país. El caos no es menor aquí que en otros campos. Aparte las rivalidades y ambiciones personales que siempre existen entre la gente de uniforme —como entre la de sotana, uniforme también—, las fuerzas armadas están divididas por serios conflictos ideológicos que van desde la extrema derecha lindera con el nazismo y el nacionalismo troglodítico que representa el coronel retirado Francisco Guevara, hasta la ideología socialista de los "nasseristas". Entre ambos extremos hay muchos matices. El cuerpo más reaccionario y clerical es la fuerza aérea o "aeronáutica", como se le llama en la Argentina. La influencia de la gente de sotana y de la Acción Católica en la aviación es más intensa que en el Ejército o la Marina. El cura nazista Julio Meinvielle, apologista de Franco, antisemita furibundo y director espiritual de "Tacuara", la organización hitleriana de extrema derecha, es también una especie de mentor *ad honoris* de la fuerza aérea. Antes de abandonar yo la Argentina, el jefe de la Aviación, general Cayo Alsina, quiso dar un "golpe" más para imponer un régimen dictatorial de marcada orientación clerical. Por fortuna el resto de las fuerzas armadas no lo secundó y tuvo que dimitir. De haber triunfado Cayo Alsina, la Argentina se hubiera convertido *ipso facto* en otra vergüenza teocrático-militar como España. El número de "golpes" o intentos "golpistas" que en el país se han producido durante el año último es ya tan crecido que he perdido la cuenta de ellos. Hay dos generales que antaño gozaron de gran pres-

tigio, a quienes podría definirse como "golpistas" profesionales: el general Benjamín Menéndez y el general Federico Toranzo Montero, ambos retirados. El último "golpe" que fraguaron en unión del almirante retirado Isaac Rojas y otros jefes de la Marina en activo servicio, fue la sublevación de la Marina a principios de abril. La aspiración era derrocar a Guido, eliminar a los generales Onganía y Benjamín Rattenbach, ministro de defensa, y establecer lo que los conjurados llaman una "dictadura militar democrática". Más recientemente aún, entre el 10 y el 13 del presente mes de mayo, se produjo el último —hasta la fecha— intento "golpista". Este era unipersonal y su autor fue el general Enrique Rauch, ministro del interior, que exigió la renuncia del gabinete entero, incluyendo a Rattenbach, y al contraalmirante Carlos Kolungia, ministro de marina. Rauch parece que contaba con el apoyo de algunos elementos militares de Campo de Mayo, el más importante campamento castrense de la Argentina. Como en los casos anteriores, el Gobierno de Guido se salvó gracias al apoyo de la única fuerza que lo apuntala: el general Juan Carlos Onganía. El general Rauch tuvo que dimitir su cargo y fue reemplazado por el general Osiris Villegas.

La principal manzana de la discordia entre los generales y almirantes es el peronismo. Frente a esta realidad política argentina, la gente de espada está muy dividida. Unos son antiperonistas furibundos —los "golpistas"—; otros, más sensatos, con Onganía a la cabeza, se dan cuenta de que no es posible negar el voto a la tercera parte de la población votante y que es necesario realizar elecciones y permitir la participación del justicialismo —sin Perón, por supuesto. A esto se oponen los "golpistas" porque estiman que esa sería la manera de entronizar de nuevo al peronismo. De ahí sus conspiraciones e intentonas para derrocar el binomio Guido-Onganía e impedir que se celebren elecciones. La verdad es que las fuerzas armadas están completamente desprestigiadas ante el pueblo; sus jefes lo saben, y saben también que la economía del país está prácticamente en bancarrota. Por eso se niegan a establecer una dictadura abiertamente militar que les obligaría a asumir directamente la responsabilidad del caos que ellos han sido los primeros en crear. De ahí que prefieran la presente simulación o apariencia de gobierno civil, con un Presidente sumiso y obediente que asuma la responsabilidad del desastre ante el pueblo.

Todavía habría que mencionar una tercera posición frente al problema que el peronismo plantea dentro de las fuerzas armadas. Se rumora en Buenos Aires que entre la gente de uniforme hay muchos que no verían con malos ojos la vuelta de Perón al poder o, por lo menos, del peronismo sin Perón. No hay que olvidar que el

dictador mimó mucho a la gente de armas y les concedió muchísimas granjerías, privilegios y suculentas prebendas. Pero estos son rumores y nadie sabe cuánto hay en ellos de verdad y cuánto de fantasía.

Queda por aclarar la significación de un término antes empleado al referirme a los grupos y camarillas que dentro de las fuerzas armadas existen: el "nasserista". El "nasserismo" argentino se supone estar compuesto de militares u oficiales cuya graduación en la mayoría de los casos oscila entre el grado de capitán y el de coronel. Generales parece que hay pocos comprometidos en este movimiento. Como ya su nombre lo indica, el grupo responde a o simpatiza con la ideología y la política del líder egipcio, el general Nasser: un nacionalismo vigoroso sin xenofobia; una economía francamente controlada, dirigida y dominada por el Estado, sin caer en el comunismo; una posición rígidamente independiente y neutral frente a los dos gigantes que dominan al mundo, y una política económica dinámica para industrializar al país y establecer la democracia económica. Nadie sabe con qué elementos cuenta este movimiento ni la importancia que tiene dentro de las fuerzas armadas. Es una agrupación secreta que hasta ahora no ha dado señales ostensibles o exteriores de vida. En 1962, el escritor Rogelio García Lupo publicó el libro *La revolución nasserista* en cuyo prólogo estudia el fenómeno que parece tener ramificaciones en el ejército de varios países hispano-americanos, y aunque alude al movimiento argentino, no lo analiza en detalle. Es muy poco, pues, lo que aquí puede decirse de este movimiento que para muchos argentinos cultos y patriotas constituye una esperanza. Se dice que el líder máximo del "nasserismo" es el general Carlos Jorge Rosas, comandante del segundo cuerpo de ejército, destacado en la provincia de Santa Fe. Se le supone ser nacionalista, patriota, anticlerical, culto, antiimperialista, inteligente y de ideas progresistas. Hasta ahora no se ha mezclado en ninguno de los "golpes", conspiraciones y militaradas perpetradas por sus colegas, y por ello su prestigio es grande. Es una figura que no se ha gastado. ¿Tendrá el general Rosas, además de las virtudes y talentos que se le suponen, el suficiente calibre político y capacidad de estadista para encabezar una revolución auténtica y encauzar los destinos argentinos por rumbos nuevos —rumbos de justicia y de progreso auténtico? Si así fuera, sería lo mejor que pudiera ocurrir en la Argentina —y acaso en muchos países hermanos. Algo de lo dicha debe ser verdad cuando la gente de sotana y sus paniaguados los clericales, detestan al "nasserismo" de tan acre manera. Véase como ejemplo el siguiente párrafo que transcribo del libro de Lupo precitado, pp. 27-28:

Los ataques más persistentes han llovido sobre los nasseristas desde la prensa beata del nacionalismo derechista. El presbítero Meinvielle ha dedicado cursos completos a las fuerzas armadas, tendientes a demostrar que toda medida de control sobre el ejercicio de la propiedad privada conduce fatalmente al comunismo. Este hombre vive obsesionado porque, según él, buena parte del capital financiero se encuentra en manos de hebreos; propone, entonces, despojarlos y transferir sus propiedades a capitalistas nacionales (sic). De este modo se obtendría una saludable explotación del capital que, como por arte de encantamiento, cumpliría la que Meinvielle llama función cristiana de la empresa. Postula, en pocas palabras, una calificación religiosa del capital, que según él, sería tanto mejor cuanto más católico fuera su titular y, en la misma escala, inversamente peor según que éste fuera protestante, ateo, masón o judío. Este sacerdote delirante emite conferencias como salchichas y en media docena de ellas ha centrado sus ataques contra el nasserismo, dirigiéndose especialmente a un público militar que lo mira de reojo.

Concomitante económica del caos político-militar

YA no me queda espacio ni para resumir este aspecto del panorama argentino que me proponía ilustrar con gran número de citas y cifras tomadas de la prensa argentina y de estudios serios. En realidad, la crisis económica argentina es vieja de más de treinta años, pero se agudizó de modo alarmante en los dos últimos años de Perón, 1953-1955. Desde entonces viene adquiriendo caracteres trágicos. Cada intento "golpista" de los militares mina cada vez más la poquísima fe y menos confianza que el pueblo y el hombre de negocios tiene en los dirigentes actuales, y esto a su vez repercute en la bolsa, en la banca, en el valor del peso que en ocho meses descendió de 82 por dólar a 155, y en el mundo de los negocios, en la medida en que el peso pierde valor se encarece la vida; los precios aumentan automáticamente en la misma medida en que se deprecia la moneda, pero los jornales y salarios jamás logran el aumento que se registra en el precio de los alimentos y mercancías que el pueblo necesita. Cada crisis político-militar trae una secuela de renunciados de ministros, interventores, jueces, magistrados, presidentes de bancos del Estado, etc. Y esto, a su vez, crea mayor confusión y caos, mayor desconfianza, mayor paralización de los negocios, mayor desempleo, más hambre y desesperación en la masa. La fuga de capital es alarmante. La hostilidad hacia los judíos que en la Argentina constituían un factor económico importantísimo; el antisemitismo de la Tacuara y las persecuciones y ataques de que los elementos he-

breos han sido víctimas, han sembrado el pánico entre los judíos, y se cuentan ya por miles las familias israelitas que han liquidado sus negocios en la Argentina durante los últimos quince meses y han emigrado con sus capitales a Europa, unos, a Uruguay, al Brasil, a Israel, otros, etc. Otro síntoma revelador de la grave crisis económica argentina y de la falta de fe en los destinos del país es la inquietante emigración —principalmente hacia los Estados Unidos— de profesionales, ingenieros, técnicos, mecánicos, etc., argentinos. Esta desbandada se inició hace ya algún tiempo, pero ha aumentado mucho en los últimos dos años y medio. En tanto que en 1961 y 1962 el número de estos emigrados era de unos 3,500 por año, en los primeros cinco meses de 1963 han emigrado ya más de 3,600, y se teme que alcanzará la cifra de 6,000 antes de que termine el año. Si este éxodo continúa, la carencia de personal técnico y especializado en la Argentina creará una situación angustiosa y desesperada para la industria y todos los ramos de la economía, la ciencia y la técnica.

La situación crematística del Estado es simplemente desesperada. La deuda pública crece cada día más. El Gobierno no puede pagar ni siquiera los intereses de la deuda exterior —no ya amortizar la suma adeudada en los plazos vencidos. Después de muchos viajes a Europa y los Estados Unidos, el ex Ministro de Economía, Alvaro Alsogaray, logró una prórroga de ambos, pero esto no ha aliviado la angustiosa situación del tesoro. El Gobierno debe muchos miles de millones a sus empleados, a sus contratistas, a las provincias, a los maestros, a las casas y comerciantes que abastecen de alimentos, ropa, servicios, etc., a los hospitales de la nación. Muchas de las industrias estatales argentinas están en plena bancarota. Los ferrocarriles —los más viejos, destartados y sucios que he visto en mi vida— arrojarán este año un déficit que se calcula entre 20 y 30 mil millones de pesos. Otra industria básica de suma importancia para el futuro del país es la petrolera, controlada por Y. P. F. (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), un organismo federal poco menos que en bancarota y completamente desacreditado. Los proveedores de muchos hospitales y otras instituciones nacionales han amenazado con suspender sus servicios. La situación de algunas provincias tales como La Rioja, San Luis, Catamarca, que son naturalmente pobres, es sencillamente desesperada. En algunas de ellas, el desempleo alcanza el 50% de la población apta. En *La Nación*, el 22 de febrero, se lee lo siguiente:

Sobre la angustiosa situación económico-financiera de La Rioja fue informado el subsecretario de Economía por una delegación del Consejo Económico Social de esa provincia.

Los visitantes, quienes también presentaron un memorándum destinado al Ministro de Economía, expresaron que de no adoptarse medidas con toda urgencia, la situación en la provincia adquirirá características de gravedad, con serias repercusiones en el orden social. Insistieron sobre todo en los problemas del constante aumento de la desocupación, el infraconsumo popular y el clima de miseria en que viven las familias humildes, cuyos índices de alimentación son motivo de honda preocupación.

Naturalmente, la demora o atraso con que se pagan sueldos, jubilaciones, deudas, ayuda a las provincias, etc., aumenta la desconfianza, agota el crédito y como consecuencia la angustia de los que dependen de su salario. Es un círculo vicioso que para muchos es ya un círculo dantesco. Algunos tipos de jubilaciones, sueldos a maestros y empleados de provincias se están pagando con cuatro, cinco y seis meses de retraso. Muchas cajas de jubilaciones tales como de ferrocarriles, de empleados federales, judiciales, de correos, de teléfonos, de electricidad y luz, de bancos, etc., están exhaustas. Hubiera querido reproducir aquí un informe sobre la pavorosa situación de Catamarca (*La Nación*, 24 de marzo), otro sobre Santiago del Estero (*La Nación*, 26 de febrero), y varios otros, pero son demasiado extensos. Un ejemplo del desbarajuste fiscal, administrativo y económico, así como de la ineptitud de los gobernantes, es el siguiente: El Ministro de Economía, Alvaro Alsogaray, había calculado un déficit de 5,700 millones de pesos para el año fiscal vigente. Pues bien, 45 días después de su renuncia, el nuevo Ministro de Economía, Eustaquio Méndez Delfino, anunciaba el 17 de enero que el déficit real excedería de 35,000 millones. El 3 de marzo publicó *La Nación* el resumen que a continuación se transcribe de un manifiesto dado a luz por el Partido Socialista Democrático que sintetiza bien el caos argentino en varios aspectos:

El manifiesto Socialista Democrático hace referencia, entre otras consideraciones, "a los padecimientos que soporta la población, agravados por el auge de la delincuencia", y sostiénese que "hay inmunidades y honores para los que roban en gran escala, aunque sus huellas sean reconocidas a través de gruesas irregularidades administrativas, desfalcos, negociados, prevaricatos, contrabandos y huídas al exterior con fortunas cuantiosas, de cuyos orígenes nunca podrán dar razón".

Afirma luego el documento que a quienes se enriquecieron ilegítimamente nunca se los "obligó a devolver al pueblo lo que es del pueblo". Después de calificar de inoperantes a las distintas comisiones investigadoras, exprésase que el "actual Gobierno no ha manifes-

tado mayor energía en reparar el mal que el pueblo ha sufrido en su economía, en sus salarios, en sus ahorros, en su nivel de vida y en su moral".

Con referencia a la situación de los trabajadores, afirmase "que los sectores populares son los exclusivos financistas de la bancarrota" y se formulan, asimismo, consideraciones acerca de las dificultades que afrontan las clases de menores recursos, particularmente —dice— por el elevado aumento de impuestos indirectos. Después de señalar "que ni el Estado congela sus tarifas" se enumeran los incrementos producidos en algunos servicios públicos.

En su parte final la declaración expresa "la enérgica protesta de la Federación Socialista Democrática por la orientación de la política económica oficial. Fomentar el hambre y la desesperación colectivas es prestamos al juego de los totalitarios".

Podría aducir otros muchos testimonios de la prensa conservadora argentina, pero hay que poner puertas al campo. Sólo añadiré dos párrafos tomados de un editorial de *La Nación*, correspondiente al 26 de febrero:

UN PANORAMA SOMBRIO EN BUENOS AIRES

En términos dramáticos, surgidos más de la objetividad del documento que de un propósito de conmover al destinatario, la intervención federal en Buenos Aires se ha dirigido al Ministro de Economía para exponer la difícil situación creada en la provincia como consecuencia de haberse paralizado la mayor parte de las obras públicas, de las deudas a las empresas constructoras y de la cesación de trabajo de obreros y empleados ocupados en esas tareas. La nota señala concretamente el origen de la grave dificultad: ni el gobierno central ni las dependencias obligadas al aporte de contribuciones que las leyes o los convenios especifican con claridad entregan las sumas de dinero acordadas. Por ese motivo, el Estado bonaerense no ha podido dar cumplimiento a sus compromisos y en estos momentos el monto de las cuentas impagas asciende a cuatro mil millones de pesos, razón por la cual algunas empresas, superada totalmente su capacidad de resistencia, han comenzado a solicitar la rescisión de los contratos. Ello significa —dice luego el doctor Trigo Viera— la paralización total de trabajos, inutilización y ruina paulatina de obras inconclusas, desocupación del sector obrero y pérdida o grave deterioro de los capitales ya invertidos por el Estado, agravada por las erogaciones, lo que significará el reconocimiento de daños y perjuicios y lucro cesante.

No es el de Buenos Aires, desde luego, el único caso de una calamidad como la puntualizada, pues el panorama general del país ofrece una perspectiva sombría, que se acentúa a medida que transcurren los días, pero de todas maneras pueden advertirse aquí las fallas comunes que han conducido a esta crisis de tremendos efectos para todas las actividades. Si Y. P. F., por ejemplo, debe a la Dirección de Vialidad provincial 1,300 millones de pesos es porque, a su vez, no ha podido cobrar lo que le adeudan otras entidades o porque sus planes de expansión excedieron las posibilidades de financiarlos adecuadamente. Faltó una política coherente que contemplase con sentido realista todo el proceso económico de la República, una visión de conjunto capaz de racionalizar las bases de cada etapa para que no se perturbase el desenvolvimiento armónico de toda la estructura nacional. Fue así como se han ido acumulando los males, largamente sostenidos por errores o por absurdas decisiones para influir en la opinión desde el ángulo electoral, y ahora estamos en la cúspide del problema, desorientados hasta los límites de la angustia porque parecen obstruidas las salidas hacia una solución satisfactoria que permita entrar en un terreno menos peligroso que el que atravesamos ahora.

Tal es el panorama de Buenos Aires, pero debe tenerse en cuenta que el de las otras provincias es mucho más sombrío y desesperado.

El caos social y moral

DESPUÉS de lo transcrito no debe extrañarse el lector ante la repercusión que en lo social y moral tienen los fenómenos apuntados. La Argentina atraviesa por un período de irresponsabilidad administrativa, de inepticia, de corrupción y de pescadores de río revuelto quizás peor que en la época de Perón. El fluido eléctrico escasea mucho en Buenos Aires. Con frecuencia dejan de funcionar los elevadores por falta de fuerza. Pues bien, he visto muchas veces barrios enteros con todas las luces de las calles encendidas durante todo el día simplemente porque a los empleados encargados de apagarlas al amanecer se les olvida cortar la corriente. La Avenida Corrientes es una de las de mayor aglomeración de tráfico que hay en Buenos Aires. Pues bien, una noche, un camión derribó una garita de las que la policía usa para dirigir el tráfico en las horas de mayor congestión. La torre tiene unos cuatro metros de alto y quedó atravesada perpendicularmente al tráfico, interrumpiéndolo. Seis días después todavía la policía no había removido la garita. Creo que

esto es un símbolo representativo de la irresponsabilidad y el desbarajuste reinantes.

Las huelgas se multiplican a diario, unas justificadas y legítimas, otras anárquicas, insubordinadas, sin sentido y sin razón. La mayoría, sin embargo, son consecuencia del caos político-económico que ha traído como secuela la inflación y el encarecimiento de la vida sin los necesarios ajustes en sueldos y jornales. Los sueldos de los maestros y empleados públicos, tanto federales como provinciales, son a veces sueldos de hambre. Hay muchos miles—centenares de miles— de empleados, pensionistas, maestros y trabajadores en la Argentina cuya pensión, sueldo o jornal no llega a cincuenta dólares por mes.

Otra secuela inevitable de todo lo dicho es la temible ola de criminalidad que se ha desatado sobre la Argentina. Esto reviste dos aspectos a cual más pernicioso, y ambos parecen dictados por una especie de consigna tácita—o de conciencia— de que ha llegado el momento del "sálvese quien pueda". La cantidad de quiebras fraudulentas, de estafas al amparo de la ley, de traficantes sin escrúpulos que aprovechan el río revuelto y la circunstancia de la quiebra judicial, administrativa y moral para enriquecerse, unas veces a expensas del erario público y otras a costa de incautos ciudadanos, es asombrosa. Sólo un ejemplo porque no hay espacio para más. Muy recientemente, dos pícaros de marca mayor abrieron con gran aparato una casa de banca ofreciendo intereses elevados a los que depositaran en ella sus ahorros. Atraídos por el señuelo de los altos intereses, acudieron a depositar sus economías miles de incautos—particularmente mujeres. De repente, a fines del año pasado, desaparecieron los truhanes y con ellos más de dos mil millones de pesos. La policía logró apresarlos, pero los dos mil millones volaron. Unas semanas más tarde los bribones habían salido del encierro, "dizque" bajo fianza. He visto la inmensa muchedumbre—y he escuchado sus lamentos— de simplonas víctimas clamando inútilmente por su dinero. La cantidad de mercancía que se importa en la Argentina de contrabando suma cantidades fantásticas. Con frecuencia se descubre el fraude y se decomisa la mercancía, pero los delinquentes se las arreglan para no ir a la cárcel y salen del apuro pagando una simple multa—cuando la pagan.

Pero la ola criminosa de mayor bulto y peligrosidad es la de carácter violento. La cantidad de atracos y asaltos a mano armada que contra casas privadas, individuos, bancos, casas de comercio y agencias de todo género donde se maneja y se guarda dinero que a diario se perpetran en la Argentina es pavorosa. Con frecuencia la policía sorprende a los cacos y en la balacera mueren muchos de

ellos —y no pocos policías. Pero cuantos más matan o logran apresar, más aumenta el número de salteadores. Y lo más grave es que no se contentan con robar sino que asesinan a los despojados. Una de las víctimas más frecuentes de estos forajidos son los pobres choferes de autos de alquiler a quienes por lo general ultimán después de robarles. Este tipo de crimen ha alcanzado ya proporciones alarmantes —particularmente en la Capital Federal.

Conclusiones provisionales

TAN nebuloso y sombrío se presenta el horizonte argentino, y tan insegura e inestable su situación económica y política, que es sumamente arriesgado predecir lo que allí va a ocurrir en los meses venideros. Ni siquiera es seguro que se realicen las elecciones que el Gobierno se propone celebrar. Tanto el Presidente Guido como los generales Onganía y Rattenbach, y otros ministros han aseverado en múltiples ocasiones que habrá elecciones, mal que les pese a los generales y almirantes "golpistas" que se oponen a la consulta cívica por temor al resurgimiento del peronismo como fuerza dominante en la política del país. Por consiguiente, más que predecir hay que interrogar. ¿Qué le espera a la Argentina? ¿Qué le tiene reservado el porvenir inmediato a aquel hermoso país que podría ser una jauja ubérrima y feliz, y no obstante, se encuentra desolado, anarquizado y empobrecido? Porque lo único cierto y vaticinable es que la situación presente no puede prolongarse indefinidamente sin que sobrevenga una catástrofe. Lo único que hasta el presente ha impedido allí una hecatombe es la ausencia de un líder como Fidel Castro que aglutine y dirija a las masas empobrecidas, escépticas y desesperadas. La Argentina necesita urgentemente una revolución radical y profunda —no necesariamente comunista— que barra con todos los elementos manidos, venales e ineptos que la han venido desgobernando desde hace más de treinta años; que liquide la oligarquía parasitaria; que haga una reforma agraria radical y sabia para acabar con el latifundismo e iniciar una política de explotación agrícola intensiva, tecnificada, inteligente, dirigida y científica; que reforme la economía nacional toda y la coloque sobre bases de eficiencia y prosperidad. Nada de esto puede llevarse a vías de hecho mediante una legislación emanada de un congreso democráticamente elegido porque será un congreso que responderá —como siempre— a los intereses privilegiados de la oligarquía, de la Iglesia católica y de las fuerzas armadas, y no a los intereses del país y de las grandes masas desvalidas. Lo que hay que hacer en la Argentina es liquidar

la presente superestructura de injusticia y privilegio y movilizar las fuerzas creadoras del pueblo, restituirle la fe y la esperanza, modificar de modo absoluto el presente sistema educacional y acabar con todo lo que allí hay de podrido, feudal y primitivo. Pero todo esto sólo un gobierno revolucionario, enérgico, patriota, honrado y apto, puede realizarlo. ¿Será el movimiento "nasserista" capaz de asumir el poder y realizar esta tarea purificadora y regeneradora que convertiría a la Argentina en uno de los países más prósperos y felices de la Tierra? Tal es la esperanza de muchos buenos argentinos cultos con quienes hablé que han perdido totalmente la fe en los procedimientos electoreros de signo democrático. Si los "nasseristas" fallaran en esta noble misión, la realizará una dictadura de extrema izquierda, estilo Fidel Castro, pero que en la Argentina será necesariamente mucho más sangrienta y trágica que la de Cuba. Tal es, a mi modo de ver, el dilema angustioso que la Argentina confronta hoy y que Washington y los dirigentes de la Alianza para el Progreso no ven, o no quieren ver. El antiimperialismo es una fuerza poderosa en la Argentina hoy —y en todo el continente—, y el antiimperialismo es la puerta o vía hacia el comunismo. Por la ruta del antiimperialismo están desembocando en el comunismo muchos miles de intelectuales, estudiantes, obreros, etc., en Hispanoamérica. Pero esto no se percibe desde Washington. Por eso no se ha renunciado allí todavía a la vieja concepción de la América Latina como un predio privado donde el gran capital norteamericano pueda expandirse y lucrar. Es un antigua y "obstinada ilusión" que aún alienta en Washington, pero que carece de posibilidades en la hora presente. La América Latina es un cuerpo minado por la gangrena de la miseria, la injusticia y la rapacidad de las clases adineradas que sólo puede encontrar salvación en la cirugía revolucionaria. Las cataplasmas de linaza y los paños calientes que la Alianza para el Progreso propone, de nada servirán. Ya pasó la hora cuando tales paliativos acaso hubieran sido eficaces. Hoy soplan vientos de fronda sobre todo el continente. O se acelera el proceso revolucionario dirigido que implante rápidamente la justicia social, o el vendaval de la violencia arrasará con la vitanda estructura de contubernio, explotación y hambre que hoy envilece a las masas de aquellos países. Tal es la disyuntiva.

Postscriptum, *Junio* 3

CUANDO un reportaje como este, dedicado a una realidad político-social tan dinámica, inestable y cambiante como la argentina se pu-

blica en *Cuadernos Americanos*, necesariamente aparecerá envejecido y atrasado, puesto que el manuscrito hay que entregarlo con mucha antelación debido a las muchas páginas que hay que imprimir. Por eso a última hora se añadirá un *Otrosí* resumiendo lo que haya ocurrido en los próximos dos meses. Sólo han transcurrido diez días desde que se terminó de escribir este artículo, pero en esta decena el panorama argentino se ha agitado y ensombrecido aún más. La última semana de mayo fue una "semana de protesta" airada contra el encarcelamiento de líderes políticos, estudiantiles y obreros; contra el encarecimiento de la vida; contra el programa de austeridad que el Gobierno ha impuesto; contra el atraso en el pago de sueldos, jornales y pensiones; contra los modestísimos sueldos y jornales, etc. La semana culminó en una huelga general de veinticuatro horas que prácticamente paralizó la industria, los transportes, los muelles y gran parte del comercio. Ha sido la huelga general que mayor éxito alcanzó desde la caída de Perón en 1955. Según los informes de la policía, el 93 por ciento de las fábricas se cerraron. A la huelga se sumaron más de dos millones y medio de obreros y empleados, incluyendo a los choferes de autos de alquiler y los conductores de ómnibus públicos que en casos anteriores habían rehusado unirse a movimientos similares. La huelga no tuvo carácter político sino económico; pero demostró que en caso necesario podría convertirse en arma política y revolucionaria. Buenos Aires ha estado ocupada durante la semana por la policía provista de armas largas, ametralladoras y bombas de gases lacrimógenos, y por la policía montada. Hubo disturbios callejeros; y algunos encuentros violentos con los obreros, pero no muertos. Entre los arrestados se encuentra la señorita Lucila Irene Edelman, presidenta de la Asociación de Estudiantes de Medicina. Hay orden de arresto contra uno de los líderes obreros más poderosos y populares, el peronista Andrés Framini, elegido gobernador de Buenos Aires por gran mayoría el año pasado, pero los generales anulaban las elecciones. Framini está escondido. Su plataforma política es una de las más radicales de la Argentina hoy: nacionalista, antiimperialista, antioligárquica. Pide reformas profundas —nacionalización de la banca, las grandes industrias, petróleo y otras riquezas del subsuelo, reforma agraria que liquide el latifundismo, etc. La Confederación General del Trabajo en la Argentina es muy poderosa y está compuesta en su mayor parte por elementos y líderes peronistas. Es, sin duda, el organismo o grupo social más importante del país —después de las fuerzas armadas— y en un momento dado podría convertirse en una fuerza política y revolucionaria decisiva.

La situación económica sigue empeorando. El Gobierno tuvo que suspender transitoriamente la cotización del dólar para impedir

la conversión de capital en esta moneda y a la vez impedir la alarmante fuga de caudales. El *New York Times* del 2 de junio publica un reporte o información dada a luz por el Consulado General norteamericano en Buenos Aires. Según esta fuente, durante el año pasado, 11,808 argentinos solicitaron visas para emigrar a los Estados Unidos. Si se mantiene durante el resto de 1963 la misma proporción de solicitudes de visa que hasta ahora, a fines del presente año excederán de 25,000 visas las solicitadas y se calcula que sólo se concederán unas 10,000. Los argentinos están emigrando también al Canadá y a Australia. Otro detalle alarmante contenido en la mencionada información: gran número de italianos y españoles están liquidando sus negocios en la Argentina y repatriándose, con lo cual aumenta el desempleo y se agudiza la crisis económica.

El panorama político. También en este campo se han producido acontecimientos importantes en la última decena. Perón y Frondizi siguen jugando al Maquiavelo. Parece que se han puesto de acuerdo una vez más sobre la necesidad de formar un frente común o alianza electoral entre el peronismo y los radicales intransigentes; pero como los generales no permiten un candidato presidencial peronista, y tanto las fuerzas armadas como la oligarquía y la Iglesia quieren un gobierno conservador, o por lo menos moderado, los dos maquiavelos han sacrificado a sus respectivas figuras de mayor prestigio popular que tienen: el doctor Raúl Matera y Andrés Framini (peronistas), y el doctor Oscar Alende (frondizista), el menos desprestigiado de los intransigentes, y el más conocido y aceptado por las grandes masas de ambos grupos. En lugar de ellos, Perón propuso —y Frondizi aceptó— la candidatura del doctor Vicente Solano Lima, que ni era peronista ni intransigente, ni tiene arrastre ninguno en ninguno de los dos partidos. Esta componenda electorera ha producido una gran conmoción y desagrado en ambos grupos y disensiones profundas en su seno. El doctor Raúl Matera ha renunciado a su liderato del peronismo en señal de protesta, y los dos poderosos líderes obreros (ambos peronistas), Augusto Vandor y Andrés Framini, aconsejan el boycot o retraimiento de las elecciones si se les impone la candidatura del doctor Lima. Esta artimaña de Perón y Frondizi puede costarles caro a los dos. Lo mejor que pudiera sucederle a la Argentina es que ambos desaparezcan del mapa político del país. Los dos fueron gobernantes funestos. Lo probable es, sin embargo, que el doctor Lima sea reemplazado por otra figura más popular y aceptable para las masas de ambos partidos. Pero no importa quién sea el candidato y el partido —o coalición de partidos— que gane las elecciones, si las hay. El gobierno que de ellas surja será un ejecutivo endeble, sin prestigio, sin fuerza moral

ninguna supeditado a los intereses de las fuerzas armadas, la oligarquía y la Iglesia. La anarquía y la angustia económicas se acentuarán aún más, y si el Ejecutivo o el Congreso intentaran reformas profundas como las que el país necesita, serán barridos, como lo fueron los cuatro presidentes legítimos arriba citados. En cuanto a las elecciones, debían realizarse el 23 del presente mes de junio, pero han sido pospuestas hasta el 7 de julio. Dudo mucho que se efectúen en esta fecha. Lo probable, por ahora, es que se vuelvan a postergar o se supriman *sine die*.

Otrosí final

ESCRIBO este resumen postrero el 23 de julio, exactamente 20 días después del anterior. Durante estas tres semanas han ocurrido muchas cosas en la Argentina, y a pesar de los pronósticos de muchos augures políticos, se celebraron elecciones el día 7 del presente mes, pero la consulta electoral, lejos de despejar el horizonte nacional lo ha enturbiado y ensombrecido aún más de lo que estaba. La necesidad de abreviar esta síntesis me impide detallar los acontecimientos. Por eso me limitaré a citar los más importantes.

A medida que se aproximaba la fecha de las elecciones se multiplicaron los rumores de nuevos "golpes" para impedirlos. Según uno de ellos, el general Onganía sería reemplazado por el general Rauch. Nada ocurrió, sin embargo. El 25 de junio, el Ministro de Instrucción Pública presentó su renuncia por estar en desacuerdo con la política de las fuerzas armadas en relación con las elecciones. Durante estos veinte días se dieron varios decretos concebidos en términos ambiguos y hasta capciosos para facilitar la preterición de los candidatos y compromisarios peronistas. Se hizo gran presión sobre los jueces y tribunales para obtener decisiones judiciales con el mismo fin. El doctor Raúl Matera (líder peronista) aceptó la alianza con el Partido Demócrata Cristiano y debía ser el candidato presidencial del mismo, pero fue vetado por las fuerzas armadas, por lo cual el candidato fue el dirigente máximo del P. D. C., Horacio Suelto. El día 3 de julio, los peronistas, después que el gobierno decretó que su candidato Vicente Solano Lima no podía concurrir a las elecciones, decidieron ir al retraimiento y votar en blanco. (En la Argentina el voto es obligatorio). En los días previos a la consulta electoral fueron encarcelados muchos ciudadanos de varios matices políticos de quienes el gobierno temía alborotos y protestas. A fin de impedir el triunfo de los peronistas, el gobierno dio un decreto estableciendo la representación proporcional en el Congreso

con lo cual se complica terriblemente la tarea legislativa, pues en el Congreso estarán representados nada menos que diecisiete partidos. (Una martingala parecida se empleó en Italia y Francia hace años para limitar la representación de los sendos partidos comunistas). Por fin se realizaron las elecciones el día 7 con las tropas y la policía acuarteladas en todo el país y los comicios vigilados por el ejército, pero no hubo violencias ni disturbios. Concurrieron veintidós partidos o grupos, la mayor parte de ellos provincianos y de muy escasa popularidad. Hubo siete candidatos presidenciales, pero mencionaré sólo los tres que obtuvieron mayor número de votos: El doctor Arturo Illía, del Partido o Unión Radical del Pueblo, hombre conservador e incoloro que sacó 169 compromisarios presidenciales, y recibió aproximadamente la cuarta parte de los votos depositados; el doctor Oscar Alende, rompió con la política fullera de Frondizi y a última hora se presentó candidato por una facción de los radicales intransigentes. Quedó en segundo lugar con sólo 109 compromisarios; en tercer término quedó el general Pedro Eugenio Aramburu con 79 compromisarios. En la Argentina el pueblo no vota por el candidato presidencial directamente sino por los compromisarios o delegados que han de elegir al presidente en el Colegio Electoral que se reunirá el día 31 del presente mes de julio. Al doctor Illía le faltan setenta votos para ser elegido. Nadie sabe lo que va ocurrir en el Colegio Electoral el día 31. Posiblemente resulte elegido presidente cualquier personaje o personajillo que no figuró como candidato. Los rumores y conjeturas son infinitos y el pueblo argentino está más desorientado y perplejo que nunca. El Colegio Electoral se compone de 476 votos o compromisarios, la inmensa mayoría de los cuales son gente anodina y de muy limitado calibre. Entre ellos probablemente abundan los pescadores en río revuelto. Puede el lector imaginarse la presión, las promesas, los intentos de soborno y el chalaneo que en torno a estos 476 personajillos se realizan en estos momentos. Circula el rumor de que mucha gente de dinero y espadones quieren que el Colegio Electoral elija presidente al general Juan Carlos Onganía que ni es figura política, ni tiene partido, ni fue candidato, pero es el único triunfador en este juego electorero. Cualquier cosa es posible hoy en la Argentina porque no existen normas jurídicas ni pautas éticas. El general Onganía ha capeado varios temporales y sus valores han subido mucho. Su prestigio se ha robustecido, y si tiene ambición política es probable que podría hacerse elegir presidente. Si tal cosa ocurriera, la Argentina volvería a los tiempos del general Julio Roca, dos veces presidente. Como se ve, las elecciones no han resuelto nada. Quiquiera que resulte elegido presidente el día 31 carecerá en absoluto

de representación popular mayoritaria, y por ende de fuerza moral. Gobernará con un Congreso que es una olla de grillos dividido en 17 grupos con intereses e ideologías encontradas y opuestas. Ejecutivo y Congreso seguirán supeditados y a merced de las fuerzas armadas. La forma en que se realizó la consulta electoral ha dejado una estela de resentimiento, de frustración y de rencor entre la enorme masa peronista y proletaria. Dada la hondísima crisis económica que el país sufre, este resentimiento y esta frustración podrían fácilmente traducirse en una ola de huelgas, sabotaje y anarquía. El único saldo positivo que a mi juicio dejaron las elecciones es el desprestigio en que han caído Perón y Frondizi. Creo que ambos han llegado al ocaso de su influjo político. Tanto mejor para el país si esta profecía resulta cierta.

Lamento no poder esperar hasta el 1° de agosto para incluir en este resumen el resultado de la votación el día 31, pero esta nota debe ir a la imprenta sin más demora. Mas no importa lo que ocurra el día 31. La honda crisis argentina no se cura con marrullerías electoreras ni con simulaciones democráticas. O yo mucho me engaño o la comedia electoral del día 7 lejos de resolver agravó el problema político-social argentino.

Nota de la redacción.

Al enviar este artículo a la imprenta el día 1° de agosto se recibió en México la noticia de que el Colegio Electoral designó presidente al señor Arturo Illía y vicepresidente al señor Carlos Perete. Algunos ciudadanos argentinos piensan que fue la mejor solución dentro de la realidad del momento histórico de la República Argentina.

JUAN XXIII, ADALID DE LA PAZ

Por *Javier RONDERO*

I

“**L**A tumba de Juan XXIII no puede contener su herencia. La muerte no puede sepultar los conceptos que lanzó sobre nuestra época. ¿Podríamos abandonar la vía que trazó tan magistralmente para el porvenir? Cosa semejante es imposible”.

Con estas escuetas palabras resumió el 9 de junio el Cardenal Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, 6 días después de la muerte de Juan XXIII y 12 días antes, del propio ascenso de Paulo VI al solio pontificio la trascendencia de la vida y obra del finado Pontífice.

Estas palabras no fueron sólo un justo homenaje al gran Papa que acababa de fallecer. Constituían una verdadera toma de posición, frente al Cónclave, que se iniciaría en breve para designarle sucesor, y expresión absoluta de fidelidad y lealtad al pensamiento y al espíritu verdaderamente ecuménicos, universales y por ello auténticamente católicos del egregio Juan XXIII.

Angelo Giuseppe Roncalli, elevado al trono pontificio a los 76 años de edad, ocupó éste 4 años, 7 meses y 5 días. Todos ellos dedicados a trabajar por los humildes, a luchar incansablemente para lograr la paz entre todos los hombres de buena voluntad.

El duelo universal que provocó su muerte unió a todos los hombres católicos o no católicos, cristianos o no cristianos, creyentes o no creyentes, que veían en él un rayo de luz, una gran esperanza de paz, dentro del tenebroso ambiente de guerra fría que ha enseñoreado a la humanidad las últimas décadas. Un resumen de su personalidad requeriría un libro.

“Explicarlo” en unas cuantas frases no explicaría nada y muchas podrían, en su abundancia, oscurecer las mentes y desvanecer su figura.

A este propósito ha sido el R. P. Felipe Pardiñas Illanes, quien ha escrito con acierto:

“No habló con voz engolada y autoritaria; no odió, no amenazó, no condenó. Su pontificado fue adquiriendo lentamente un carácter. Anécdotas de un jocosos anciano, luego un humorismo profundamente humilde y poco a poco la aparición de un humanismo,

de un hombre, que identificó sus anhelos, sus esfuerzos, sus penas y sus alegrías con las del que sufre y teme, del que ansía y desespera, del que inútilmente ha buscado sinceridad, comprensión y valentía caseras.

"Parecía tardo y utópico, más que por su edad, por la incurable insania de muchas 'soluciones' económico-políticas de nuestra edad, contra cualquier esfuerzo por devolver a la humanidad unas migajas de esperanza. Los poderosos reírían a carcajadas; los oprimidos regresarían a su incredulidad. El mundo era un sistema de campamentos artillados con las armas de la más implacable devastación. Todos los hombres creían tener sublimes razones para tomar apasionadamente partido.

"Era desatino intentar situarse por encima de cortinas y murallas, por encima del odio y de las racionalizaciones dramáticas y comprensibles de cada ser humano y de cada clase de seres humanos.

"Pero el anciano juzgó que si los hombres habían fabricado la división y la sed de venganza, él, inerme y enfermizo, podía fabricar también un poco de esperanza.

"Sonriente y andariego, haciendo a un lado protocolos, que tenían herrumbre de siglos, correteó —literalmente— por cárceles, hospitales, santuarios populares; hasta el día que osó invitar a los cristianos —anunciando para más tarde su invitación a los no cristianos— a un experimento de convivialidad espiritual, dentro de casa, donde brillara la humildad en la exhibición sin tramoya de virtudes y defectos de muchos hombres de la Iglesia Católica. Abrió a todos sus puertas, las de su casa y las de su corazón y llamó a todas las que quisieron abrirse.

"Todos sabemos cómo hasta un alto jerarca comunista vio abrirse ante sí casualmente —para ahorrar caravanas— la acogedora biblioteca personal del Pontífice. Y cuántos timoratos —y no timoratos— temblaron un día en que la prensa anunció una visita de Krushchev al Papa Juan.

"Llegó el momento de escribir una carta 'a todos los hombres de buena voluntad', a todos los que honradamente buscan el bien de la humanidad".

Certeras palabras estas, que evocan la gran figura de Juan XXIII.

Su gran preocupación en favor de la paz era patente desde antes de que fuera pontífice. Como decano del cuerpo diplomático acreditado en París, el entonces Monseñor Roncalli, Nuncio de la Sede Apostólica ante la República Francesa, pronunció una memorable alocución ante el Presidente Auriol, el 31 de diciembre de 1949, en que ya expresaba que: "... la sucesión de dos guerras —la segunda

más terrible aún que la primera— hechas más sangrientas por el progreso de las ciencias puesto al servicio del arte militar, nos han conducido de nuevo a los tiempos más tristes de la Humanidad, de modo que todos nos hemos sentido enrojecer”.

Esta vocación para la paz se manifestó cuando optó como lema heráldico de su escudo cardenalicio estas dos palabras: “Obedientia et Pax”, y cuando fue pontífice inició con la palabra de la paz su última encíclica: PACEM IN TERRIS.

Para Juan XXIII la Paz en la Tierra no se puede establecer ni asegurar si no se guarda respetando el orden correspondiente a la naturaleza del hombre.

A este propósito en la Encíclica dirigida no sólo a los fieles de todo el mundo sino a todos los hombres de buena voluntad, se expresa en la introducción que:

“Un error en el que se incurre con bastante frecuencia está en el hecho de que muchos piensan que las relaciones entre los hombres y sus respectivas comunidades políticas se pueden regular con las mismas leyes que rigen las fuerzas y los seres irracionales que constituyen el universo, siendo así que las leyes que regulan las relaciones humanas son de otro género y hay que buscarlas donde Dios las ha dejado escritas, esto es, en la naturaleza del hombre”.

Para la concepción católica, el hombre, por su propia naturaleza, está dotado de inteligencia y de voluntad libre, y de dicha naturaleza nacen al mismo tiempo derechos y deberes que por ser universales e inviolables son también absolutamente inalienables.

Entre estos derechos se cuentan en primer término el derecho a la existencia y a un nivel de vida digno.

En relación con este derecho Juan XXIII nos dice: “Todo ser humano tiene el derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De aquí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad, de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad”.

De la naturaleza humana nace también el derecho a participar de los bienes de cultura y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y a una formación técnico-profesional de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia comunidad política, así como la posibilidad que deben tener los hombres de ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conforme a sus aptitudes y a las capacidades adquiridas. Igualmente tienen los hombres—nos dice

Juan XXIII— el derecho de "honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada o públicamente, así como la libertad de elegir su propio estado y, por consiguiente, a crear una familia con paridad de derechos y de deberes entre el hombre y la mujer, o también a seguir la vocación al sacerdocio o vida religiosa".

La Encíclica "Pacem in Terris" reafirma que al deber de trabajar impuesto al hombre por su naturaleza, le corresponde el derecho de exigir a cambio de su trabajo lo necesario para su vida propia y la de su familia.

Se reitera "el derecho a la propiedad privada sobre los bienes incluso productivos: derecho que, como otras veces hemos enseñado, constituye un medio eficaz para la afirmación de la persona humana y para el ejercicio de su responsabilidad en todos los campos y un elemento de seguridad y de serenidad para la vida familiar y de pacífico y ordenado desarrollo de la convivencia. Por lo demás conviene recordar que al derecho de propiedad privada va inherente una función social".

Para Juan XXIII, las notas características de la época moderna son tres: En primer lugar el avance de las clases trabajadoras en la reivindicación de sus derechos en los sectores económico-sociales-políticos y en el de la cultura; en segundo lugar el ingreso de la mujer a la vida pública y su justa exigencia a ser tratada con paridad de derechos y obligaciones tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública. Finalmente, puesto que todos los pueblos o han conseguido ya su libertad o están en vías de conseguirla, en un próximo plazo no habrá ya pueblos que dominen a los demás ni pueblos que obedezcan a potencias extranjeras.

Juan XXIII veía, no sin gran dolor, cómo se han estado fabricando y se fabrican todavía, en las naciones económicamente más desarrolladas, enormes armamentos y "cómo a ellos se dedica una suma inmensa de energías espirituales y materiales; de lo cual se sigue que, mientras los ciudadanos de estas naciones han de soportar gastos nada llevaderos, otros pueblos quedan sin las ayudas necesarias para su progreso económico y social". . .

"Así, pues, la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que de un lado y de otro las naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscritas; que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual, con mutuas y eficaces garantías. . .

"Nadie, sin embargo, puede desconocer que el frenar la carrera de armamentos, el reducirlos y, más todavía, el llegar hasta supri-

mirlos, resulta imposible si ese desarme no es tan completo y efectivo que abarque aun las conciencias mismas: es decir, a no ser que todos se esfuercen sincera y concordantemente por eliminar de los corazones aun el temor y la angustiosa pesadilla de la guerra. Y esto a su vez requiere que esa norma suprema, hoy seguida para conservar la paz, se cambie por otra del todo diversa, en virtud de la cual se reconozca que la verdadera y firme paz entre las naciones no puede asentarse sobre la paridad de las fuerzas militares, sino únicamente sobre la confianza recíproca. Y esto Nos esperamos que pueda realizarse, ya que se trata de una cosa no solamente dictada por las normas de la recta razón, sino sumamente deseable y fecundísima en bienes".

II

HARTO conocida es la postura que asumió S. S. Juan XXIII como adalid de la paz mundial, de la paz entre las naciones y sus constantes empeños, sus denodados esfuerzos para liquidar la "guerra fría" y sustituirla por la confianza recíproca y la activa y dinámica cooperación internacional, de la colaboración entre los pueblos y de la transformación de todos en testigos del amor fraterno entre los hombres.

De la necesidad, no sólo de una mera coexistencia entre los hombres, sino de una convivencia que implica la más activa cooperación se deriva la necesidad de innumerables contactos cotidianos y relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico-social-político.

Bien sabido es también que el pensamiento católico se opone doctrinalmente al liberalismo individualista como al marxismo-leninismo comunista. Pero esto no es ni puede ser un obstáculo para que católicos y no católicos *prácticamente* cooperen y trabajen juntos en tareas concretas y determinadas para el bien común, en el orden interno o en el internacional como es precisamente el de asegurar la paz mediante el desarme gradual sí, pero completo, es decir, desarme material y moral.

Respecto a estas relaciones entre los católicos y no católicos en los campos económicos, sociales y políticos, Juan XXIII afirma en su Encíclica "Paz en la Tierra" que: "Los principios doctrinales que hemos expuesto o se basan en la naturaleza misma de las cosas o proceden de la esfera de los derechos naturales. Ofrecen, por tanto,

amplio campo de encuentro y entendimiento, ya sea con los cristianos separados de esta Sede Apostólica, ya sea con aquellos que no han sido iluminados por la Fe cristiana, pero poseen la luz de la razón y la rectitud natural. En dichos contactos los que profesan la religión católica han de tener cuidado de ser siempre coherentes consigo mismos, de no admitir jamás posiciones intermedias que comprometan la integridad de la religión o de la moral. Muéstranse, sin embargo, hombres capaces de valorar con equidad y bondad las opiniones ajenas sin reducirlo todo al propio interés, antes dispuestos a cooperar con lealtad en orden a lograr las cosas que son buenas de por sí o reducibles al bien".

Aquí el Pontífice romano recomienda sí la cooperación leal, pero se opone a cualquier compromiso ideológico, que desnaturalice el pensamiento católico.

Esta es exactamente la postura que en Italia ha asumido el líder del Partido Comunista italiano Palmiro Togliatti. En artículo exclusivo para la revista *Siempre!*, bien prestigiada en México, e intitulado "El destino del hombre", a este propósito escribe el político italiano, desde Roma, en junio de 1963, que:

"¿Comunistas? ¿católicos? No es mi intención hacer, aquí, una confrontación de las ideologías: la religiosa por una parte y la marxista por la otra. Son ideologías que tienen un diverso punto de partida aun cuando, sobre determinados problemas pueden llevar a conclusiones no divergentes. Sin embargo, nosotros, siempre, hemos rechazado los intentos de auspiciar los acercamientos entre comunistas y católicos, sobre la base de una cualquier forma de compromiso entre las dos ideologías. Este compromiso no se puede encontrar. Es necesario, por el contrario, considerar el mundo comunista y el mundo católico como un conjunto de fuerzas reales —Estados, Gobiernos, organizaciones, conciencias individuales, movimientos de variada naturaleza, etc.— y estudiarlas frente a las revoluciones del tiempo presente y a las perspectivas del porvenir y ver si hay una posible comprensión recíproca; un recíproco reconocimiento de valores y, por tanto, un entendimiento y, aun, un acuerdo para alcanzar fines que son comunes en cuanto que son necesarios para toda la Humanidad. . .

"La conclusión de todo lo dicho es clara. El mundo católico no puede permanecer insensible a las nuevas dimensiones que el mundo está tomando por lo que respecta a las relaciones entre Estados; la dirección de la actividad económica, la afirmación y conquista de nuevas formas de vida democrática; la perspectiva de avance hacia una sociedad y una humanidad que hayan alcanzado una nueva unidad, fundada sobre el fin de la explotación, en el trabajo, la igualdad social y sobre el múltiple y libre desarrollo de la persona humana.

No es verdad que la conciencia religiosa obstaculice la comprensión de estas perspectivas o la adhesión a éstas. Al contrario. Ya hemos afirmado e insistimos en que 'la aspiración a una sociedad socialista no sólo puede hallar camino en hombres que tienen una fe religiosa, sino que tal aspiración puede encontrar estímulo en la misma conciencia religiosa, puesta frente a los dramáticos problemas del mundo contemporáneo'. Frente a los desorbitados ataques anticomunistas, nosotros respondemos que no queremos lucha entre católicos y comunistas porque tal lucha dañaría la causa mutua de la paz, que es la causa que salvará nuestra civilización".

El Papa Juan XXIII encarnaba la gran esperanza: la paz. La apoteosis espontánea que el mundo le brindó en sus últimos días fue el movimiento colectivo de todos los hombres del mundo de nuestros días aterrorizado por la atroz amenaza de la guerra total.

Juan XXIII trajo a este mundo la esperanza de una paz gratuita, sin adjetivos, simple y completa, es decir, de una paz que no buscaba el beneficio de ninguna política, de ningún bloque de intereses, sino la paz como un bien en sí mismo, una necesidad, una exigencia, en vigor, de la naturaleza humana.

Esa apoteosis revelaba la aspiración vaga e impotente de la humanidad actual y el mérito y el genio ¿por qué no decirlo? de Juan XXIII, quien después de haber sentido la angustia de los hombres, sus contemporáneos, supo expresar ese anhelo, el anhelo de la paz, como una esperanza de salvación en su mensaje enviado no sólo a la Iglesia, no sólo a los católicos o a los cristianos, sino dirigido desde el fondo de su corazón a todos los hombres de buena voluntad; mensaje expresado con absoluta pureza, con absoluto altruismo, con una limpidez verdaderamente evangélica, con la voz del cordero rodeado de lobos.

Años antes, en una carta dirigida a un amigo personal abatido por sus fracasos, le había escrito: "Los ambiciosos son las más ridículas y las más pobres criaturas del mundo. Estamos creados para esplendor de la gloria celeste. Si el Señor nos reserva también un poco de honor en la Tierra, éste no tiene valor alguno y cae pronto al suelo si no es de Dios: Si el Señor dispone por el contrario que el valor de nuestra vida se oculte por completo sería ridículo buscar otra cosa".¹

El Papa tenía un santo horror a la burocracia de la Iglesia y su elevada espiritualidad le dio una paz interior inalterable que siempre se manifestó antes de ser Papa y como Papa. Su divisa: "Obedientia et Pax" que, como él confesara, la tomó de la de César Baronio (el

¹ Carta publicada por LEONE ALGISI en su obra *Giovanni XXIII*, Turín, 1959.

famoso cardenal e historiador, autor de los *Annales* y quien él mismo impidió en dos cónclaves resultara electo Papa, por temor a esa dignidad), lo revela por entero.

Esta paz íntima la mantuvo a través de una difícil carrera. El R. P. Robert Rouquette, S. J., quien lo tratara en Francia, nos da a conocer algunas de estas dificultades en su interesante artículo "El misterio Roncalli", publicado en *Etudes*, revista fundada por los padres de la Compañía de Jesús, de los meses de julio-agosto-septiembre de 1963 y nos dice a este propósito:

"Debemos desconfiar de los mitos, ante todo porque operan como espejos que simplifican y aumentan todo y son frágiles también. Un entusiasmo menos profundo, menos universal, menos religioso en verdad, había saludado hace cinco años la figura de Pío XII con una especie de adulación que el humilde Juan XXIII, por cierto, no había buscado.

"Se exaltó a Pío XII como a un santo de perfección heroica y de gran genio. Ahora, los juicios acerca de él se encuentran más matizados. Que nadie se escandalice por nuestra franqueza: hay un gran peligro en soñar con una Iglesia de ángeles gobernados por hombres angélicos, el culto mítico de la personalidad no ayuda a la obediencia, al contrario, ya que tiene el peligro de rehusarla a los hombres superiores de inteligencia ordinaria y de santidad relativa. Queremos aquí guardar una lucidez infinitamente respetuosa delante de uno de los más grandes Papas de la historia, pero que ha participado de la condición humana. Quisiéramos no escribir un panegírico, sino testimoniar simplemente lo que conocimos de él.

"Juan XXIII tenía una personalidad extremadamente rica, múltiple y, por lo mismo, a veces desconcertante. Confieso desde luego que me quedaría asombrado si un día Pío XII fuese canonizado, pero no me sorprendería si lo fuera Juan XXIII. Puesto que fue un hombre de una humildad heroica y de una simplicidad evangélica, de una profunda vida interior".

También para nosotros, tan alejados, que no teníamos oportunidad de conocerlo, y sin creer en forma alguna en mitos, es sin embargo Juan XXIII —en su misma condición humana y quizá por ello mismo y por su gran corazón, por su enorme bondad que todo lo abarcaba, con la luminosa inteligencia que un corazón tan noble da— uno de los más grandes Papas de la historia, una de las figuras señeras de la humanidad.

Pero volvamos a las dificultades que tuvo en su camino y dejemos de nuevo la palabra tan reveladora del R. P. Rouquette, ilustre y famoso teólogo francés: "Durante largos años, las humillaciones y los fracasos parecían acumularse en su cabeza. Al principio de su

sacerdocio es secretario del Gran Obispo de Bergamo, Radini Teschini (1904-1914), cuya vida escribiera y por quien guardaría hasta el fin una admiración *ilimitada*. Radini Teschini, sospechoso para Pío X por sus ideas sociales y políticas, por lo opuesto que era al absentismo político prescrito por el Papado como protesta por la espoliación de los Estados pontificios. Humilde profesor de historia, Angelo Roncalli, a pesar de su respeto por las tradiciones, es envuelto en el remolino de la crisis modernista, su mejor amigo es alejado de la enseñanza y llega él mismo a ser sospechoso.

"Pasada esta crisis, en 1924 es enviado como Visitador apostólico, más tarde como Delegado apostólico en Bulgaria. Aquí encuentra dificultades inextricables: había negociado el matrimonio católico del rey Boris con una princesa italiana (1930), pero el rey, infiel a los compromisos solemnes que había contraído, hizo celebrar de nuevo su matrimonio según el rito ortodoxo e hizo bautizar a sus hijos, los príncipes reales, en la Iglesia ortodoxa (1933). Así Roncalli es enviado, en desgracia apenas velada, a Constantinopla, considerado como el último puesto de la diplomacia pontificia. Allí no le faltan todavía las humillaciones: el Gobierno turco le es hostil y lo ignora, se le prohíben los hábitos eclesiásticos y aun se le prohíbe el cuello a la romana; en Grecia, que se encuentra en su delegación, no es reconocido y no puede visitarla sino como turista, ya que los ortodoxos tenían una violenta hostilidad para todo lo que fuese latino; en fin, para complicar su situación, durante la guerra la Italia fascista invade Grecia.

"Para su inmensa sorpresa, en 1944 pasa del último puesto de la diplomacia pontificia a una de las más importantes nunciaturas: la de París. No hay más que una explicación para esta sensacional promoción que el mismo Pío XII le impuso. Pío XII se había sentido herido, con razón, por la desenvoltura con la cual el Gobierno de Charles de Gaulle le había exigido la salida del nuncio acreditado cerca del Gobierno de Vichy, Monseñor Valerio Valeri, quien no merecía en lo absoluto esta afrenta y quien había tenido la virtud de seguir siendo un amigo de nuestro país. Pío XII, en represalia, nombra en París al campesino del Danubio de su diplomacia, a quien quería poco.

"Ahí todavía, las dificultades son grandes. Georges Bidault deseaba obtener la deposición por parte de la Santa Sede de la mitad del episcopado francés, que estimaba demasiado comprometido con el Gobierno de Vichy. Francia entera estaba en una especie de hervor y animada por un espíritu de búsqueda independiente que nada agradaba al autoritarismo de Pío XII: no es un secreto que a Pío XII mucho le disgustó la admirable carta del Cardenal Suhard Essor o

declinación de la Iglesia: no admitía que otro que no fuera el Pontífice romano pudiera hacer un juicio sobre el estado del catolicismo”.

Ciertamente, Roncalli dio pruebas de una gran habilidad de campesino. Un rasgo lo pinta de cuerpo entero. Salió de Ankara el 27 de diciembre de 1943 en un avión militar francés, después de una corta escala en Roma el nuncio llegó a París el 30, la víspera de la visita tradicional al Presidente de la República. Ahora bien, en ausencia del nuncio, correspondía al Embajador de los soviets, decano por antigüedad, hacer y pronunciar el discurso en nombre del Cuerpo Diplomático y su discurso estaba ya listo. El general Vanier, antiguo Embajador del Canadá en París, ha revelado recientemente cómo el nuncio supo salir de esta situación embarazosa y evitó herir a su colega ruso: a su llegada a París se dirigió a la Embajada Soviética y se declaró estar listo para leer pura y simplemente en el Elíseo el discurso que el ruso había preparado.

Así era el hombre: humilde, bueno, sincero y pobre.

Su muerte provocó un dolor en todo el mundo y para él, una veneración extraordinaria. Para medirla basta leer las líneas que le consagró el diario anglicano *Church Times* al día siguiente de su muerte:

“Las banderas que flotan a media asta son un signo de algo más profundo que un duelo convencional por la muerte de un Jefe de Estado soberano y amigo. La muerte de Angelo Giuseppe Roncalli, el Papa Juan XXIII de Roma, ha provocado un auténtico dolor más allá de las mismas fronteras de la comunión mundial que con tanto éxito presidía.

“La avanzada edad no da ocasión para las lágrimas, sino sobre todo para una profunda gratitud por una acción sin paralelo en la larga historia del Papado. La única pena es la de que este hombre bueno y amado no haya podido ver el pleno cumplimiento de su tarea incomparable no sólo para Roma, sino para toda la cristiandad.

“Ya que la historia registrará, por cierto, el breve reinado del Papa Juan (aceptó valerosamente su carga a una edad en que la mayor parte de los hombres desde mucho tiempo antes piden su retiro), por su contribución al crecimiento de la caridad entre los hermanos cristianos separados. Tiene en su haber otras grandes obras.

“Ha mostrado al mundo cómo un soberano pontífice puede interesarse, de manera cálida y personal, en los hombres comunes y corrientes y en sus sufrimientos. A él se le debe, al fin de su vida, una notable tentativa por quitar las barreras que han separado a la Iglesia romana del mundo comunista. Pero su obra suprema, en

medio del gran Concilio que él reunió y gracias a su acogida a los dirigentes cristianos de otras Iglesias que venían a visitarlo, fue su aliento sincero y lleno de amor para los esfuerzos hechos para curar las divisiones seculares del Cuerpo de Cristo.

"El pueblo cristiano tiene buenas razones de agradecimiento para el verdadero y fiel siervo de los siervos de Dios.

"Incontables millones de hombres esta semana, unen sus plegarias a las de sus hermanos católicos romanos, para que el Papa Juan, hombre de Dios, que era un hombre del pueblo, pueda reposar en la paz de Cristo, su Señor y el de él".

EL PACTO PARA ABOLIR LAS EXPLOSIONES NUCLEARES

Por *Manuel SANDOVAL VALLARTA*

DESDE el informe luminoso que produjo en 1945 el comité que presidió James Franck, hasta esta fecha, todos lo que han estudiado con espíritu científico el problema planteado por las bombas nucleares han llegado a la conclusión explícita o implícita, que es preciso eliminar la guerra nuclear del cuadro de la política internacional. La otra alternativa es la destrucción de la civilización actual y la muerte súbita de una buena fracción de la humanidad.

Esta conclusión se basa en hechos y cifras indiscutibles. El primero es el enorme poder destructivo de las existencias de las bombas, que en potencia llega con facilidad actualmente a miles de millones de veces la destrucción causada por la Segunda Guerra Mundial. Este es un factor tan gigantesco que desafía la imaginación. Para hacerlo un poco más accesible consideremos un ejemplo. La Unión Soviética ha hecho detonar con éxito una bomba de hidrógeno de 50 megatoneladas. Vale la pena recordar que esto significa que la explosión liberó una cantidad de energía igual a la que pondría en libertad la detonación de 50 millones de toneladas de alto explosivo militar como el trinitrotolueno. Ahora bien, todos los aviones de bombardeo utilizados en la Segunda Guerra Mundial no serían capaces de transportar al mismo tiempo ni la centésima parte de tan enorme cantidad. De otro modo, todos los vehículos y medios de transporte existentes en nuestro país, camiones y ferrocarriles, serían incapaces de mover de un sitio a otro en el mismo instante, ni la décima parte de este tonelaje, que excede con mucho al total de los explosivos utilizados en las dos últimas guerras mundiales. Un cálculo aproximado indica que las existencias de uranio y plutonio en poder de las dos grandes potencias nucleares son muy superiores al equivalente explosivo de 1,000 megatoneladas cada una; el poderío destructivo que está a su disposición excede toda imaginación.

Para fines bélicos, de nada serviría la posesión de bombas de gigantesco poder destructivo si no hubiera medios adecuados para

transportarlas. Aquí también los progresos logrados en los últimos cinco años han sido espectaculares y decisivos, y remachan la conclusión de que en otra guerra con cohetes y bombas no habría vencedores ni vencidos, sino solamente enormes extensiones de tierra calcinada y contaminada por la radiactividad. Nuevamente nos limitaremos a dar un ejemplo. En la última guerra mundial un avión de bombardeo podía transportar diez toneladas de explosivo a 400 kilómetros de distancia en una hora. Hoy un cohete puede mover el equivalente de 50 millones de toneladas de explosivo a 10,000 kilómetros de distancia en un cuarto de hora aproximadamente y, lo que es peor, puede hacer caer su mortífera carga con una precisión superior.

El raciocinio, como se ve, lleva a la conclusión de que es forzoso abolir la guerra si se quiere asegurar la vida civilizada de la humanidad. Y aquí surge la gran interrogación ¿se impondrán la inteligencia y la razón sobre las pasiones?, ¿o será verdad, como aseguran los belicistas y los escépticos, que la humanidad no puede cambiar y que tarde o temprano la guerra nuclear es inevitable?

Un primer paso, modesto pero eficaz, por el triunfo de la razón es el convenio para abolir las detonaciones experimentales nucleares en la atmósfera, en el espacio exterior y en el mar. Es del todo evidente que este primer paso no elimina las bombas ya existentes ni los cohetes para transportarlas, y que el peligro de guerra nuclear subsiste. Pero es permitido esperar que a este primer paso sigan otros que conduzcan a imponer a todo el mundo el imperio de la razón, del derecho y de la paz.

Se ha hablado mucho de los riesgos de las explosiones atmosféricas y de la posibilidad de ocultarlas. El riesgo principal es la producción de abundantes desechos radiactivos que al cabo de cierto tiempo vuelven a caer sobre la tierra. Los daños que se derivan de la precipitación radiactiva son de dos tipos: el inmediato o somático que hasta la fecha afortunadamente no ha llegado al límite de peligro, y el daño genético a largo plazo que hasta ahora no ha podido fijarse con precisión. Pero es indudable que la presencia de radioisótopos en la atmósfera es indeseable. Esta misma circunstancia hace imposible ocultar las explosiones nucleares en la atmósfera, que se hacen visibles en todo el mundo, después de transcurrido algún tiempo, por la precipitación radiactiva que producen. En México, por ejemplo, existe desde 1957 una red de catorce estaciones para medir la precipitación radiactiva, que han revelado y medido casi todas las explosiones nucleares que han tenido lugar desde entonces. Los medios de que disponen los grandes países les permiten saber con certeza, por la formación de un anillo artificial

de Van Allen, si ha ocurrido una explosión nuclear en el espacio exterior.

Todos los mexicanos que nos damos cuenta de que está en juego nada menos que el destino de nuestra civilización, hemos seguido con ansiedad el desarrollo del terrible drama de las armas nucleares y hemos apoyado la lucha que ha realizado nuestro gobierno actual para su abolición. Es una lucha cuya meta definitiva es la eliminación de la era del equilibrio del terror y la instauración del imperio de la razón, del derecho y de la paz. Un primer intento, demasiado imperfecto sin duda, se hizo en la Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas, en 1946. Los hechos posteriores han demostrado que una autoridad atómica internacional regida por unos cuantos países no podría servir para adelantar los intereses legítimos de toda la humanidad. Hay necesidad de encontrar soluciones mejores. ¿Estará el genio humano a la altura del trágico problema que plantea la guerra nuclear? ¿No serían los pequeños y medianos países los indicados para esbozar la posible solución?

LA POLÍTICA CULTURAL Y LOS ESCRITORES Y ARTISTAS CUBANOS*

Por *Loló DE LA TORRIENTE*

I

Al llegar la Revolución al Poder —en Cuba— la inquietud y, un poco, la preocupación se dejaron sentir en el sector intelectual. ¿Cuál iba a ser el futuro de la cultura cubana? En realidad nunca habíamos disfrutado de plenitud. Nuestros más auténticos materiales habían sido secuestrados y subvertidos los valores. Nunca habíamos gozado de una verdadera cultura cubana superada de fuertes influencias que habían pesado enormemente desde tiempos de la Colonia: primeramente, la española; después, la francesa y, últimamente, la norteamericana que había llegado al caudal de nuestra vida pública absorbiendo cuanto quedaba de netamente cubano. Además, nunca habíamos tenido organizaciones serias de cultura, con cohesión y fuerza, independientes de la política mezquina; eran solamente grupos reducidos que trabajaban con mayores o menores recursos pero desconectados del pueblo y oficialmente protegidos por este o aquel influyente o por algún Ministerio. Ni siquiera puede decirse que existiera, en nuestro país, una *élite* cultural porque la burguesía aún no se había consolidado y, por lo tanto, no vivía la etapa de protección al arte y la cultura. Los ricos se ocupaban de "hacer más dinero", de las empresas y los negocios; de sus relaciones con la banca y ninguno se interesaba por actividades "improductivas". Ninguno —o muy poquísimos— donó una escuela, un museo u otra institución desligados, como estaban, de toda preocupación cultural y atentos, tan sólo, al auge de sus inversiones supeditadas al capital financiero, especialmente yanqui.

En las esferas gubernamentales las cuestiones de la cultura eran tratadas con desgano y las dotaciones presupuestales mezquinas y ridículas aparte que nunca llegaban a erogarse "en cultura" transfiriéndose siempre para "otras necesidades". Los escritores y

* Extracto de un capítulo del libro *La Isla y el reloj* recomendado, para su publicación, en el IV Concurso de Literatura Hispanoamericana de la Casa de las Américas. La Habana, 1963.

artistas debían resolver los problemas de su arte por ellos mismos sin atención oficial alguna. No habían publicaciones, no existían editoriales y las galerías brillaban por su ausencia. Algunas instituciones privadas superaron el ambiente y algunos artistas, muy valiosos, lograron, por sí mismos, sobreponerse al medio y triunfaron en los centros artísticos universales, pero éstos fueron los menos. Una exigua minoría. Muchos talentos se perdieron por falta de recursos, de acometividad o de la personal energía que la empresa requería. Todo esto produjo, en los últimos años, una desorientación lamentable. Podría afirmarse que no existía, en nuestra joven intelectualidad, una firme orientación social ni política y las tendencias se debatían en una atmósfera grávida de rivalidades y antagonismos pero sin contenido sólidamente formal. Cierta que existían grupos trabajadores y entusiastas que producían a espaldas de la indiferencia y desidia reinantes pero—estos grupos¹ no lograban romper el hielo ni penetrar hasta lo profundo de las capas sociales.

Muchos jóvenes inteligentes y prometedores buscaron el camino de la emigración. Esto se convirtió en práctica frecuente. Algunos por comodidad; porque el padre pudiente le proporcionaba los medios para una vida cómoda y despreocupada; otros, por aventura o ansia de llegar, ¿llegar? ¿A dónde? Pocos llegaron a vislumbrar algo e iniciarse en un disciplinado estudio pero ninguno logró hacer una obra medianamente seria ni llegó a formarse en disciplinas severas. Los más se "perdieron" en la frialdad de las grandes ciudades. En realidad la juventud intelectual cubana, durante los últimos veinte años, parecía no encontrar quién la defendiera. Estaba sin portavoz. Los horizontes cerrados. El hecho de que sus miembros no hubieran creado, entre sí, un sentimiento de identificación lo bastante fuerte que les permitiera surgir como grupo claramente definido, rector consciente, no hace sino aumentar la sospecha de que tal vez no existiera, entre los jóvenes, eso que suele denominarse "la joven generación" pues, a lo que apreciamos, sólo existía—intelectualmente hablando—un conjunto de individuos sin una identidad colectiva que marcara una ruta definida y orientadora.

Crecidos en la época más demagógica y perturbada de nuestra historia; hechos en una experiencia política negativa; los jóvenes que desarrollaron entre el 1930 y el 1950 optaron por el camino individual, sin unidad, sin captación del momento angustioso que vivía Cuba y sin reaccionar contra la barbarie y el crimen de que eran víctimas millares de obreros, campesinos y estudiantes abraza-

¹ *Orígenes* que mantenía JOSÉ LEZAMA LIMA y *Nuestro Tiempo*, una organización de izquierda.

dos a la causa de la liberación política y la emancipación económica. Muchos intelectuales jóvenes se dejaron influir por el "liberalismo norteamericano" marchando hacia aquel país en espera de que en Cuba, por "generación espontánea" se produjera lo que podríamos llamar el "revisionismo intelectual" convirtiéndose en New York o París, en Madrid o Roma, en los defensores de un escepticismo sutil que mantenía la complacencia tolerante entre el ideal de la Revolución, que en la Sierra Maestra mantenían Fidel Castro y sus heroicos guerrilleros, y los alejamientos acomodaticios de Greenwich Village, la Gran Vía, los *bulevares* o la vía *Veneto*.

En modo alguno esto quiere decir que durante los últimos años se dejaron de producir buenas letras o excelentes obras de arte ni que las instituciones dejaran de funcionar. Se han producido buenos libros, bellos poemas, magníficos cuentos; la pintura mantuvo —y hasta aumentó— su esplendor y la música se enriqueció notablemente. Muchos escritores, ya hechos en la década del 1940 al '50, representaron la protesta, la probidad y la asepsia en un ambiente prostituido, enrarecido de indigencia mental, carente de toda moral y fuertemente convulsionado por la ley del advenedizo poderoso. La penetración de los grandes intereses monopolistas había sido tan profunda que lo dominaba todo; *totalmente todo*, al dominar la economía nacional y, por consecuencia, la cultura, el arte, la vida popular, la expresión y lengua del pueblo así como sus hábitos, gustos y preferencias filtrado todo por lo norteamericano que nos llegaba lo mismo como alimento material, enlatado en conservas, que como "cultura" en rollos de películas, discos, bisurterías y útiles para el "confort" adquirible en los Ten-Cen que inundaban a Cuba de lo más *picúo* y cursilón que se produce *made in USA*.

El espíritu nacional, lo genuinamente cubano, fue ahogándose bajo aquella ola. Insensiblemente íbamos adaptándonos a las influencias no con el ánimo de asimilar las buenas y desechar las malas sino —sencillamente— con el propósito engañoso de sobrevivir y salvarnos. Claro que había una poderosa resistencia interna. Lo subterráneo que sacudía contra la opresión empeñándose en el mantenimiento de "lo propio" y en la búsqueda de lo legítimo. Había, por tanto en medio de aquella absorción poderosa, dos corrientes bien definidas: la del acatamiento y la entrega y la de la defensa y la lucha, ambas en pugna y protesta y, sin cuatela, alimentadas en el odio y el rencor. Nada pues tiene de extraño que al triunfar la Revolución se dejara sentir, en La Habana, la presión de grupos antagónicos. De una parte estaba la generación mayor en la que existían algunos intelectuales favorecidos en el batistato y que se veían forzados a salir de Cuba o perder sus privilegios. Habían,

también, grupos de escritores modestos que habían trabajado con entusiasmo a contrafilo de la indiferencia y el desdén. Otro grupo se constituyó con los más jóvenes que habían permanecido aquí "haciéndose" solos, luchando en la clandestinidad, el sacrificio y la abnegación y, por último, el más ambicioso y airado: el que llegó de su voluntario "exilio" que se consideró "preparado" para las mejores posiciones y dueño —ya— de la hora que le llegaba en bandeja de plata. Estos cuatro grupos, necesariamente, tenían que ser contradictorios y su encuentro resultaba conflictivo. Muchos jóvenes intelectuales, de obra inédita, creyeron que esta Revolución sería como la del año '33 y se empinaban, desde su fondo oscuro, para llegar a la cima.

¿Cómo iban a resolverse los problemas que se planteaban? La inquietud y la preocupación, en los primeros momentos, hinchó las rivalidades y malquerencias. Se perdía de vista que la hora era de *trabajar no de aspirar* y no se contaba, en la premura del acomodo, los méritos ganados en trabajo silencioso y tenaz. Por obra de la fuerza impulsiva de la Revolución el horizonte fue aclarándose. Los viejos influyentes no tardaron en abandonar el país; después, los oportunistas fueron segregándose, ellos solos, inconformes con las posiciones adquiridas acabando, por fin, por abandonar el campo sin que faltaran algunos persistentes que no demoraron mucho en espantarse con la invasión de Bahía de Cochinos refugiándose en las Embajadas y huyendo después como alma a la que lleva el diablo. Lo importante y favorable era que el ambiente se iba aligerando, el aire se hacía más suave, la atmósfera más transparente y a la ambición sustituía la verdadera vocación, el esfuerzo realizador y la voluntad en firme. En 1961 —Año de la Educación— cuando se efectuaba la campaña alfabetizadora que movilizó millares de maestros, técnicos y voluntarios, la Unión de Escritores y Artistas anunció la celebración del Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas en el que tácitamente se suponía que sería establecida la "línea política" en cuanto al arte y las letras se refiere.

Para nadie constituye secreto la alarma que tal empeño significó entre los grupos de tendencias distintas y hasta rivales que temían perder su independencia y libertad creadora. Puede decirse que el "miedo" centró el interés del Congreso y su preparación y muchos artistas tuvieron la sinceridad de plantear el "asombro" y, otros, la "preocupación" que tal política les infundía. La otra cuestión, igualmente batallona, fue la del "patrimonio nacional". Para algunos jóvenes extremistas la cultura cubana había comenzado —con ellos— en 1959 y, lo anterior, no merecía respeto ya que todos los cubanos "ilustres" del siglo XIX habían sido "esclavistas" y "ne-

greros" y los de la República "acomodaticios" cuando no bribones. Estos dos puntos, vitales en aquellos momentos, incitaron a la polémica y la réplica alzada y decidida cuando no al distanciamiento entre dos generaciones que rozaban si no en los principios fundamentales sí en las apreciaciones y los métodos a seguir.

La primera cuestión fue esclarecida por el Presidente de la República, Dr. Osvaldo Dorticós Torrado, en la sesión inaugural del Congreso² al explicar, de manera concluyente, que el Gobierno Revolucionario no habría "de limitar ni lastimar", en lo más mínimo, el ejercicio de la libertad formal en el arte y la literatura asegurando que cuando el gobierno hablaba de "formular una política cultural" estaba consciente de que tal tarea debía de desenvolverse *no a distancia* de los intelectuales "sino con ustedes como protagonistas, colaboradores y redactores de esa política". Ya, con anterioridad, en pláticas preliminares entre el Primer Ministro del Gobierno y los intelectuales³ la cuestión había sido ampliamente debatida. Hablaron los jóvenes católicos en la misma sala en la que lo hicieron los militantes comunistas y, al final, el jefe máximo de la Revolución había expuesto sus puntos de vista creando un clima de confianza y comprensión. Aquella intervención fue una de las más afortunadas que ha tenido Fidel en su carrera política porque desbrozó tinieblas poniendo luz en muchas mentes oscurecidas pero capaces de integrarse a la lucha actual y ser útiles a la Revolución. El Dr. Castro se refirió a "los modos de ser" de un hombre revolucionario y uno no revolucionario, a sus diferencias conceptuales de la vida, aclarando que "la Revolución necesita de todos" y que hay quien por educación, por hábito, por temperamento es conformista y se adapta a la realidad aunque no le agrade; otros, en cambio, se revelan y luchan por cambiarla. Estos son los revolucionarios para los cuales la Revolución no puede constituir problema pero para los otros sí y nosotros—dijo Fidel—debemos "ganar aquellas voluntades" haciendo que encuentren, dentro de la Revolución, un campo "donde trabajar y crear" y que su espíritu creador, aunque no sean escritores o artistas revolucionarios, "tenga oportunidad y libertad para expresarse dentro de la Revolución".

Estaba claro que la Revolución debía "ganarse" a todos los hombres de buena voluntad y que era imposible desechar a una parte valiosa de la intelectualidad que podía producir con los instrumentos y los materiales que le fueran más conocidos e idóneos

² Discurso del Dr. OSVALDO DORTICÓS TORRADO en el Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas. *Memoria del Congreso*. La Habana, 1961.

³ FIDEL CASTRO. *Palabras a los Intelectuales*. La Habana, 1961.

pero había también otra cuestión que Fidel consideró "el punto esencial de la discusión" y que por ser más sutil no podía pasar inadvertido. Se refería al contenido, al mensaje de la obra de arte. Con frase certera Fidel proyectó su pensamiento: *Con la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho*. ¿Qué quería decir con esto? Sencillamente que el primer derecho era la existencia misma de la Revolución; su desarrollo y consolidación y que contra ese derecho nadie podía ir pues ella representaba los más altos intereses de la Revolución y del pueblo. Las formas o estilos, los temas, eran enteramente libres. Se podía pintar, escribir, componer, como se quisiera y sobre lo que se quisiera: abstracto, concreto, surrealista o dentro del realismo socialista; se podía volver a los temas *guajiro* o *negros*; cantar al amor o las estrellas o relatarse la gesta de la Sierra Maestra. Lo que se produjera con calidad —todo— representaría aporte a la "nueva cultura" que de inmediato la Revolución no pretendía "estrenar" cultura y, muchísimo menos, "asfixiar el arte y la cultura cuando una de sus metas y uno de sus propósitos fundamentales era desarrollar tales actividades para que el arte y la cultura lleguen a ser un real patrimonio de pueblo".

Quedaban, definitivamente esclarecidos, algunos de los "problemas" del arte y la cultura. De lo anterior se deducía que la Revolución generaría una "nueva cultura" pero que ésta no podía improvisarse sino que debía construirse, hacerse, al tiempo mismo que se construye y hace la nueva sociedad.

II

"Nuestra misma Revolución es, en definitiva, consecuencia histórica de tiempos pasados". DR. OSVALDO DORTICÓS TORRADO.

EL otro tópico apasionante era el de los hombres y la obra del pasado; si mantenían o no su vigencia histórica en un régimen socialista que abatía el pasado feudal-burgués-imperialista y que encontraba, en el marxismo-leninismo, su método científico de investigación y creación creando, "para el pueblo y por el pueblo". Fidel había tenido la sinceridad de declarar que "nos hemos improvisado bastante" invitándonos, a todos, a situarnos "en la posición honrada de no presumir que sabemos más que los demás, que hemos alcanzado todo lo que se puede aprender y que somos infalibles". Ante la nutrida asamblea de intelectuales el joven Jefe de la Revolución había preguntado, "en realidad, ¿qué sabemos nosotros?"

“Todos estamos aprendiendo y no hemos venido aquí a enseñar; nosotros hemos venido también a aprender”.

En el Informe del Primer Congreso[†] el poeta Nicolás Guillén había hablado ampliamente del asunto haciendo un enfoque muy realista de la evolución político-cultural de Cuba expresando, en conclusión, que cada hombre corresponde a su posición y a su medio y que, cada época, es la resultante de acontecimientos anteriores que se enlazan y estrechan. Dentro de su medio, en el marco de la realidad, y muchísimos con inteligencia preclara, los cubanos del siglo XIX crearon una cultura, despertaron la conciencia nacional, dieron calor al sentimiento patriótico y sirvieron a la colectividad. “La cultura de Cuba —concluyó diciendo— debe ser recogida y criticada por nuestros escritores y artistas que estamos construyendo una cultura que responda a nuestra realidad revolucionaria y a nuestra formación histórica”. Aquella cultura —subrayó— “es nuestra herencia cultural, producto de una clase instruida, económicamente rica, de ideas liberales, en su mayor parte, la cual dio grandes figuras por su saber y carácter y de cuyo estudio y examen no puede darse el lujo de prescindir una revolución socialista como la nuestra”.

No podíamos, claro está, “estrenar” cultura como no la estrenó la Unión Soviética ni la República Popular China, con todo y la gran reserva político-filosófica y la vigorosa tradición revolucionaria que ambos países poseían pero, nuestra Revolución, sí representa la cobertura para una gran renovación cultural en la que se maten y depuren los más altos valores del espíritu nacional. Es la vía directa hacia la propia modalidad en la forma y mensaje y para la adopción de actitudes definidas que conlleven, en el acontecer individual, el interés y la expresión de cada uno y del quehacer colectivo de todos. Tal tarea sólo se logrará en la medida en que el escritor y el pueblo, el artista y su público, se identifiquen; en que ambos se correspondan constituyendo una unidad, representen la síntesis y entrañen la esencia. La Revolución —dijo Guillén— “es un semillero de temas” pero aludió al valor estético, a la calidad, excluyendo el *facilismo*. En efecto, no se trata de “hacer” guajiros, pintar o describir bohíos, recordar las siembras, las fábricas o talleres. No se trata de “cantar”, por cantar, a la trinchera o exaltar al miliciano solamente como *cartel*. No se trata de la producción informativa y pronta, exenta de calidad y belleza, que excava en el folklore o extrae del populismo de manera forzada y reiterada. No. Se trata de algo más profundo, más complejo, más adentrado, para

[†] NICOLÁS GUILLÉN. Informe al Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas. *Memoria del Congreso*. La Habana, 1961.

todos, en el alma nacional. No pocos artistas han creído que explorando la temática actual se gravita en la órbita de la Revolución sin comprender o, posiblemente, desconociendo que hace más de un siglo entre los "literatos de segunda categoría" —decía Engels— estuvo más o menos de moda suplir "la mediocridad de sus producciones con alusiones políticas, seguros de llamar la atención".

La poesía, la novela, la crítica; en una palabra, la producción literaria, estaba llena hasta los bordes de lo que se llama "tendencia", es decir que "manifestaban más o menos tímidamente un espíritu de oposición". Esta "posición" de los literatos de izquierda fue combatida muy duramente por el genial colaborador de Marx quien la calificó de "confusionista" y no pocas veces de contraproducente e ineficaz; defectuosa de producción. Estimaba Engels —y así se lo comunicó en 1885 a Ninna Kautsky— que "la tendencia debe resaltar de la acción y la situación sin que sea explícitamente formulada". Consideraba que el escritor "no estaba obligado" a dar al lector la solución histórica de los conflictos que planteaba. ¿Cómo puede definirse la obra revolucionaria? Engels mismo nos da la pauta. No es necesario que las opiniones del autor salgan a flote y hasta es mejor que "permanezcan ocultas". Una obra de arte es revolucionaria y llena su tarea cuando "representa fielmente las relaciones humanas destruyendo las ilusiones y los convencionalismos así como el oportunismo del optimismo del mundo burgués". Recordamos, al efecto, la obra sencilla y humana de Chéjov; la atormentada de Dostoievski; la poderosísima de León Tolstoi. Piénsese en Balzac y Shelly e ilumínese el pensamiento con los colores de Goya y con el resplandor de su brillante sátira a la sociedad de su época y se comprenderá cómo el arte también tiene que ser profético, convulsivo e inédito, no sólo informativo y agitador.

Es evidente que una obra fuerte, realista, verdadera, quedará siempre ayudando a fortalecer el espíritu de la humanidad. Una obra de arte debe obligar al hombre a dudar de la permanencia de lo mediocre, de lo débil y subalterno sin que sea necesario que la obra producida sea irremisiblemente dramática o demoledora. La gran pintura mexicana de la Revolución es una prueba concluyente. Diego Rivera sensual, colorista, agradable y poético es tan dramático, en su infinita ternura, tan real y verdadero, como José Clemente Orozco sombrío, silencioso y trágico. Los dos iluminan la grandiosa noche americana y los dos hablan al pueblo en el lenguaje que el pueblo conoce. No otro sentido de universalidad tiene la pintura de Pablo Picasso, en su evolución cíclica, o la poesía de Pablo Neruda que culmina en el "Canto General" o la poética mulata y revolucionaria del cubano Nicolás Guillén. Paisaje y ritmo para

una actividad de complejas normas y para una comunidad de pueblos de ideales asidos al progreso, al bienestar y a la justicia social. Tanto hizo, en su tiempo, el "imposible" Benito Juárez con sus sentencias austeras y previsoras como José Martí con su pluma rastreando en lo azul. Cada hacer del hombre de provecho ha de tener una resonancia y una reacción adecuadas a su sensibilidad, a su temperamento y a su educación. Lo importante es saber "tocar" o provocar las mejores reacciones.

III

"Ser cultos es la única manera de ser libres". JOSÉ MARTÍ.

EN estos momentos, cuando la soberanía de Cuba está alcanzándose con no escasos sufrimientos y privaciones, la conciencia de los escritores y artistas cubanos se ha afirmado y robustecido nutriéndose no sólo con el espectáculo de la vida diaria sino vitalizándose —también— con su mejor tradición y su más rica experiencia. Estamos despertando de siglos de indolencia, vanidad y necio orgullo. Hemos comenzado —con la invitación de Fidel— a preguntarnos ¿qué sabemos? ¿Qué sabemos de nosotros mismos? y hemos de tener el valor de contestarnos *NADA, absolutamente NADA*. Hemos desaprovechado el tiempo escogiendo caminos fáciles, trillados, evadiendo los más boscosos del estudio y los más áridos de la búsqueda y la reflexión. Hemos rehuido el encuentro con la realidad, con nosotros mismos, y para eludir la responsabilidad que pesa sobre nosotros mismos echamos mano de razones endebles e inconsistentes. ¿Cuántos cubanos se han enfrascado leyendo las obras de los clásicos de nuestras letras? ¿Cuántos se han interesado por penetrar e interpretar el pensamiento martiano? ¿Cuántos aplaudieron, leyeron y estudiaron los discursos de don Manuel Sangüily cuando en época tan temprana como 1903 previó los peligros de la absorción norteamericana pronunciando los más formidables alegatos en defensa de la nacionalidad y en contra del latifundismo en un patriótico esfuerzo por impedir el control foráneo de nuestra economía y riqueza territorial?

A muchos jóvenes se les hizo duro estudiar y penetrar nuestra historia y muchísimos concurrían, a las aulas universitarias, con la mira de "adquirir un título". Ser "doctor" era el *bandicap* de arrancada —la patente de corso— que permitía ganar carrera en los pródigos campos de la cosecha política. La ascensión rápida y la

responsabilidad mínima estaban casi aseguradas en los predios de una política en la que crecía la mala yerba. Ahora el reloj nos ha despertado poniéndonos frente a nuestro destino. Estamos viviendo de cara a la realidad cosechando, con las propias manos, lo que comemos; produciendo, en nuestras fábricas, lo que consumimos; careciendo de lo que antes, para una exigua minoría, constituía el placer y el lujo, la satisfacción ostentosa. Pero el porvenir nos sonríe y es nuestro. La juventud que está formándose tendrá que prepararse, técnica y moralmente, para cumplir las tareas que le correspondan. Nuestros jóvenes escritores no *arribarán* sino que tendrán que *llegar*, por sus propios pasos, por su inteligencia y capacitación, de acuerdo con la obra realizada. La paciente espera, en el trabajo, la disciplina y la acción, suplen a aquella fiebre de arribada forzosa en la que todos estaban jadeantes, extenuados, humillados pero simuladamente contentos, felices de su *viveza* que les proporcionaba éxitos rápidos y fulgurantes.

Los estudios irán organizándose, cada vez más sólidamente, sobre la base de las necesidades del país y, sobre todo, de su realidad histórica, geográfica y social. En los actuales programas educacionales se está estudiando la verdadera historia patria⁶ y la geografía ha dejado de ser pura especulación sobre accidentes geográficos para convertirse en una ciencia viva que nos pone en comunicación con nuestros recursos naturales.⁶ En la Universidad se han creado algunas profesiones nuevas (sobre todo técnicas) y, entre ellas, la de geografía y ciencias (matemáticas) responden a programas muy prácticos y avanzados basados en la experimentación y no sólo en la labor de laboratorio. Ocurre, lo mismo, con carreras como la historia que ha remozado sus métodos didácticos estableciéndose una estrecha colaboración entre la vieja Universidad de La Habana y las más nuevas de Las Villas y Oriente en fraternal conexión con instituciones como la Academia de Ciencias, de reciente creación, el Archivo Nacional, la Oficina del Historiador de La Habana y los museos e instituciones de cultura. En tal sentido la reorganización de las bibliotecas y la creación de nuevas en provincias y poblados, está ocupando la atención del Consejo Nacional de Cultura que ha unificado la actividad cultural del país poniéndola bajo los auspicios de Consejos Provinciales y Municipales que están

⁶ El *Manual de Historia de Cuba*, de RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ, edición del Consejo Nacional de Cultura, es el texto que se está usando en los centros superiores.

⁶ *Geografía de Cuba*, de ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ, se emplea para la enseñanza de la geografía.

trabajando bajo los acuerdos y consignas aprobados en el Primer Congreso Nacional de Cultura celebrado a fines de 1962.

La Unión Nacional de Escritores y Artistas (UNEAC) está luchando bravamente por aglutinar a sus miembros consecuente con la política cultural del Gobierno Revolucionario. En tal sentido puede constatarse que la organización ha avanzado mucho y que la Casa de los Escritores y Artistas —una regia mansión, en el Vedado— se ha convertido en centro animado de reunión. Se publica, con regularidad, *La Gaceta de Cuba*, abierta a todos los escritores, de todas las tendencias. Los pintores cubanos están colaborando muy estrechamente y nuestro movimiento plástico se ha fortalecido dentro de la política de "libertad formal" propugnada por el Dr. Dorticós Torrado. Abstractos y concretos, figurativos, surrealistas y realistas socialistas exponen indiscriminadamente en las numerosas galerías abiertas no sólo en la Capital sino también en las provincias. Las últimas exposiciones han constituido un gran éxito y junto con artistas ya muy *hechos* están exponiendo jóvenes valiosos⁷ que constituyen una reveladora promesa. Los que creyeron que el gobierno iba a "cerrar" a los artistas y escritores no realistas socialistas se han equivocado. Cada quince días se abre una exposición y los libros de versos "de amor" han llenado las vitrinas de los establecimientos librerías que se han multiplicado en el corazón mismo de La Habana. También las representaciones teatrales, el ballet y la danza han llevado gran público a los teatros y merece citarse el extraordinario éxito alcanzado por Virgilio Piñera con su "Aire Frío" —una autobiografía teatral, muy lograda— así como el montaje y representación de "Fuenteovejuna".

La música se ha cultivado como una de las expresiones artísticas más gustada del pueblo cubano. La reorganización de la Orquesta Sinfónica está respondiendo a la demanda y las temporadas de conciertos se han visto concurridas de un público aficionado que se ha ampliado con obreros y trabajadores, de todos los sectores, a los que con anterioridad les estaba vedado esta clase de espectáculo. La música sinfónica y la de cámara han contado con directores y solistas, muy buenos, procedentes no sólo de los países socialistas sino también del mundo capitalista. El Festival de Música Latinoamericana contó con directores mexicanos, brasileños y uruguayos y es-

⁷ Las exposiciones —en la Galería Habana— de Mariano, Wilfredo Lam, Martínez Pedro Portocarrero; la de Amelia Peláez, en el Ministerio Obras Públicas, la del escultor Ramos Blancos, en el Círculo de Bellas Artes se han sucedido conjuntamente con la de jóvenes pintores como Alfredo Sosa Bravo, Eduardo Michaelson, Héctor Molné, Roberto García York, Fernando Luis y Angel Acosta León el pintor joven de más relevante talento que asoma en la plástica nacional.

trenó obras que interpretadas por primera vez han pasado a formar los programas permanentes de buena música. La organización de ciclos de historia de la música popular cubana, con charangas típicas de concierto⁸ ha corrido pareja con la de *forum* en los que se ha polemizado, con entusiasmo, sobre manifestaciones populares de la música resultando, el que se dedicó al *felling*, el más movido y esclarecedor correspondiendo al interés del Gobierno por valorar y mantener toda expresión de arte procedente de la mejor tradición.

¿Quiere todo esto decir que hemos cumplido las metas de la cultura y que todo ha salido correcto? No. En modo alguno. Hay fallas y lagunas profundas que irán superándose en la marcha misma del trabajo. No es poco complejo el problema cultural de nuestros pueblos con siglos de atraso y estatismo. El cubano no ha sido educado en el mejor gusto; el analfabetismo ha sido una barrera, las supersticiones y el oscurantismo han ocupado los campos y las poblaciones, culturalmente, han tenido una vida lánguida y tristonía. ¿Cómo es posible realizarlo todo en tan poco tiempo? La buena música, los museos, los libros no llegaban a las masas y sólo *grupos*, muy selectos, tenían acceso al "banquete de la cultura". Lo que estamos haciendo no puede verse de pronto. Hay que trabajar para el porvenir superando los errores y modificando los métodos cada vez que la experiencia nos demuestre que estamos trabajando mal. Lo importante, por el momento, es la planificación y organización de un plan cultural que está cumpliéndose y al que se adhieren miles de cubanos que estaban segregados de las actividades del arte y la cultura. No han abandonado el país los estudiosos más representativos de nuestra investigación, nuestras letras y nuestro arte. Están aquí, trabajando todavía no obstante su avanzada edad, cubanos como Ramiro Guerra Sánchez, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring; investigadores como Julio Le'Reverand, José Antonio Portuondo, Cintio Vitier y Angel Augier; escritores como José Lezama Lima, Enrique Serpa, Enrique Labrador Ruiz, Jorge Onelio Cardoso; poetas como Manuel Navarro Luna, Regino Pedroso, Andrés Núñez Olano, Agustín Acosta y muchísimos más junto a los que despliegan su actividad creadora jóvenes laboriosos conscientes de la responsabilidad social que el arte y las letras entrañan. En este momento crucial de su historia, Cuba está tratando —como apuntó Fidel— de "ganar voluntades" y, lejos de asfixiar el arte y la cultura, está logrando integrarlas en su esencia y sentido netamente cubanos, desarrollando múltiples actividades a fin de convertir —el arte y las letras— en "un real patrimonio del pueblo".

⁸ Dirigidas por Odilio Urfé, estudioso folclorista.

*Hombres de Nuestro
Linaje*

VICENTE SAENZ, UNA VIDA CONSAGRADA A DEFENDER A NUESTRA AMÉRICA

Por *Diego CORDOBA*

CUANDO por los años '30 visité por primera vez la República de Costa Rica tuve la impresión, que fue acentuándose, de que me encontraba en la Arcadía de Hispanoamérica: clima benigno, tierras fértiles floridas; vida barata, una sociedad agradable y atención cálida para el extranjero. Poblada, cuando menos en un ochenta por ciento, de gente criolla, en su mayoría originaria de Galicia y Andalucía, y con un pueblo tranquilo bajo un régimen patriarcal, el respeto a la persona, la libertad de expresión y cierto espíritu latino de buen humor, hacían de Costa Rica algo así como una democracia doméstica, urbana y a la vez campesina. En su clase media dominaban la responsabilidad cívica y el amor a las letras y en las privilegiadas por el dinero la existencia discurría entre el trabajo fácil, los viajes a París y las más rígidas garantías a la propiedad privada.

Los gobiernos, después de las elecciones funcionaban dentro de la ley como reloj de arena. Esto sí: durante los comicios los candidatos a la Presidencia de la pequeña República o a la Cámara Legislativa como los líderes de los dos únicos partidos: el liberal y el conservador, vociferaban e injuriábanse a sus anchas, sin respetar ni la vida privada, pero tan pronto como concluía la lucha cívica, el candidato vencido abrazaba al vencedor y volvía todo el país a la paz social, al orden, al sano gozo de vivir.

República sin militares ni caudillos, resguardadas sus instituciones y su sociedad por una policía casi desarmada, Costa Rica contaba entonces con más maestros y escuelas que Argentina y Uruguay, en relación con los respectivos habitantes de cada uno de esos países. El clero no era ni predicador ni deliberante en asuntos políticos, ni tampoco lo eran los ricos, los latifundistas, ni las llamadas fuerzas vivas que yo siempre he llamado fuerzas muertas.

Cosa corriente era ver salir del Palacio de Gobierno, después de la jornada, solo y a pie al Presidente de la República, andar despacio y seguro por avenidas y calles, detenerse de pronto y entrar en una tienda o en una farmacia a comprar algo que le fuere me-

nester o parar en su recorrido al ciudadano, cualquiera que fuera su condición social, y platicar sencillamente con él como un par de amigos.

La cortesía en los costarricenses era un acto natural y en sus relaciones con las personas notables acostumbraban siempre el don, sobre todo si se trataba de los jefes de Estado, varones todos ilustres y civiles: Don Ricardo, don Julio, don Cleto. . .

La economía del país era pobre pero estable, basada principalmente en el café, el cacao, el plátano, en otros frutos tropicales y en pequeñas industrias de capital nativo. Para su orgullo y solaz la sociedad de San José disponía de un amplio teatro, suntuosísimo y de arquitectura francesa, adaptado especialmente para la ópera italiana y construido altruistamente por un rico grupo de hacendados cafetaleros.

La Universidad y los liceos rebosaban de jóvenes deseosos de saber, pertenecientes a todas las clases sociales, pero aún sin inquietudes políticas; y tocante a la escuela primaria guardo la impresión de que entonces era mínimo el número de analfabetos.

La política de los dos partidos a que antes me referí, era asunto de interés y de pasión únicamente durante los comicios, y la prensa más que nada, era órgano de información social y literaria, con pocas noticias del extranjero, ajena a la polémica ideológica y el morboso "amarillismo" que prevalecía en el periodismo de esa época —como, por ejemplo, en México. Don Joaquín García Monje, Director de la Biblioteca Nacional, insigne periodista, escritor y maestro, ya desaparecido, había fundado desde 1919 y dirigía su *Repertorio Americano*, revista ecléctica que él mismo redactaba y distribuía cuidadosamente hacia todos los rumbos del Continente y en Europa. Ahí colaboraban los más notables escritores, poetas, sociólogos y maestros de Costa Rica, de América, de España, y don Joaquín defendía a capa y espada la soberanía y la cultura de nuestros pueblos incitando a la juventud a ocupar su puesto en defensa de nuestras democracias.

Desde su *Repertorio*, torre de cristal, el infatigable don Joaquín oteaba todos los horizontes de la política, penetraba en los meandros de la cultura universal y recogía para su semanario cuanto pudiera ser buena semilla de concordia humana. Su revista, bien impresa, era la única voz de libertad y de justicia que despertaba a la nueva generación para que cumpliera con sus deberes ciudadanos. En sus páginas exponía todas las inquietudes, fracasos y conquistas sociales y económicas resultantes de la Primera Guerra Mundial, así como las angustias y rebeldías de los líderes intelectuales de nuestra América, que pugnaban por salvarla de los atropellos y amenazas del

poderoso imperialismo fronterizo entonces en pleno desarrollo, no como ahora, un tanto frenado por los organismos internacionales.

Sencillo como un filósofo de Atenas y justo en su diaria labor de periodista, don Joaquín realizaba obra excelente de mentor y de guía de pueblos y hombres. Predicaba, como un discípulo de Jefferson o de Benito Juárez, la democracia representativa; protestaba contra nuestros infames tiranos y los falaces demagogos, y en su constante empeño de formar una ética política con el ejemplo, ponía a desfilar por su revista a los más esclarecidos valores, viejos o nuevos, de nuestra cultura y nuestro civilismo. Obra limpia la de aquel modesto escultor de patrias.

Parecía muy difícil en nuestros países, sometidos por el imperio incontrastable del dólar o de la espada del déspota ignorante o engañados por las argucias malabaristas y las apetencias económicas, cada vez más crecientes de la prensa mercantilizada, que al morir don Joaquín pudiéramos contar con otra tribuna de tanta altura patriótica y tanta decencia cívica como aquel semanario. Así lo creíamos los que siempre hemos combatido con la pluma y la conducta por la dignidad de nuestras letras. Y es la verdad: nos equivocamos. Tenemos también en México—desde 1942—, una tribuna tan valiente y tan generosa como la del inolvidable costarricense y un maestro y guía imponderable que la ocupa y la cede, sin egoísmos ni mezquindades, para que defendamos en sus páginas a nuestra América en su cultura, su economía, su independencia y su destino histórico, puesto que eso es *Cuadernos Americanos*, desde que lo fundó y dirige don Jesús Silva Herzog, una gran tribuna de altiplanicie, abierta a los vientos de todas las ideas y a las voces de los mejores próceres de las letras, las ciencias, la auténtica democracia y, por tanto, enemigos de los imperialismos nacionales e internacionales. Además, es ya el rico arcón de nuestra moderna historia política, de documentos irrefutables acerca de los atropellos de los pueblos fuertes contra los débiles y de las gestas heroicas y los sacrificios de los defensores de nuestra soberanía en veinte naciones bien nacidas para convivir en un mundo mejor, más universal, sin odios, sin explotadores del hombre, de respeto a todos los credos y a todas las razas, un mundo fundado en la justicia y la paz.

PUEBLO liberal y de suave comprensión humana, Costa Rica era por aquellos años —y lo es un poco todavía— la meca de los desterrados políticos de nuestras dictaduras, sobre todo de las de Centro y Sudamérica. Llegaban a sus puertas perseguidos, ricos o pobres, y

la blanca Cenicienta de nuestras democracias los acogía como a hijos propios.

Sorpresivamente, por 1917, fue alterado el orden constitucional. Federico Tinoco, ministro en el Gobierno, en unión de su hermano Joaquín y asesorados ambos por tres o cuatro audaces militares venezolanos, asilados en San José, destituyó, en forma violenta, al Presidente don Alfredo González Víquez y lo lanzó al destierro. El aspirante a tiranuelo formó Gobierno, con él a la cabeza, promulgó otra Constitución, menos liberal que la derogada y empezó entenderse con magnates de la Casa Blanca y de Wall Street, pero los estudiantes universitarios, la juventud intelectual, disciplinada por don Joaquín, los maestros, el pueblo, toda Costa Rica, celosa de su tradición civilista, al darse cuenta de que los Tinoco, además de vendepatrias pretendían establecer un régimen militarista al estilo de los otros de Centroamérica, a los dos años de su mandato fueron derrocados sin que se disparara un tiro. . . El Encargado provisional de la Presidencia de la República en seguida restableció la Constitución anterior y al poco tiempo el país retornaba a las normas de la democracia representativa.

VICENTE Sáenz, nacido el 30 de septiembre de 1896 en ese ambiente de manso liberalismo, hace sus primeros estudios en el Colegio Seminario y luego se gradúa de bachiller en ciencias y letras en el Liceo de Costa Rica. En 1916 visita los Estados Unidos, inicia prácticas pedagógicas y es profesor de castellano en Repton School, Tarrytown-Hudson, Nueva York y más tarde en Carlton Academy, Nueva Jersey y, al mismo tiempo que enseña y estudia, despierta en él la afición al periodismo.

Tiene apenas veintiún años y al enterarse de la cuartelada ocurrida en su país, fustiga, desde la prensa en español, a la dictadura de los dos Tinoco, a la vez que alarga la pluma y la enciende en ira contra Estrada Cabrera, el sombrío tirano de Guatemala y contra la política entreguista de Adolfo Díaz y de Chamorro, los dos más funestos tiranos nicaragüenses de esa época. La serie de artículos los publica, luego, en su primer libro *Traidores y déspotas de Centroamérica*, pero en seguida éste es recogido en Nueva York por la censura norteamericana, debido a sus ataques a "gobiernos aliados y asociados de Washington en la Primera Guerra Mundial". Esta violenta medida contra la libertad de expresión indigna al panflelista y viene a México, por primera vez, invitado por el ingeniero Félix F. Palavicini, entonces propietario y director de *El Universal*. Trabaja ahí de redactor, al lado de otros distinguidos escritores his-

panoamericanos del destierro, como el venezolano Horacio Blanco Fombona, y a fines de 1919, ya derrocado el régimen de los Tinoco, regresa a Costa Rica y entra de lleno en su campaña antiimperialista. Funda y dirige su propio periódico: *La Prensa* y editorializa contra la intervención de los Estados Unidos en Hispanoamérica y de las tiranías que se prolongan en varios de sus países con el apoyo de los consorcios extranjeros; denuncia con voz de energía el Tratado Bryan-Chamorro, de tan graves consecuencias para el desarrollo de la economía y del proceso democrático de los pueblos centroamericanos y predica su necesaria unión política como única forma primaria para fortalecerlos y liberarlos del imperialismo. A pesar de que su patria se había abstenido de participar en la Federación de 1921, actitud tradicional que ha conservado desde el sacrificio de Morazán, fundador de La Unión, la Asamblea Constituyente, que se reúne ese mismo año '21 en Tegucigalpa, elige a Vicente Sáenz diputado por Honduras. De esos días nace su segundo libro, *Cartas a Morazán*, en las cuales expone las causas del fracaso de aquella entidad federativa. Son éstas: la cuartelada del 5 de diciembre del propio año en Guatemala, auspiciada por la ya poderosa United Fruit Company, por la IRCA y las hostilidades que opone Charles Evans Hughes, Secretario de Estado en la Casa Blanca, pues consideran un peligro dicha Unión para los capitalistas dueños de las mejores tierras centroamericanas para la explotación del banano y para otros usos y abusos inconfesables.

Pero Vicente Sáenz no se arredra y desde el diario *La Patria*, órgano del Partido Unionista Centroamericano, de cuya dirección se había hecho cargo, defiende su tesis federalista y en la misma Honduras es encarcelado y extrañado luego en el término de 24 horas. El patriota vuelve desalado a Costa Rica y en 1922 se reencarga de la dirección de su periódico, pero éste ha torcido su original posición política y en la imposibilidad de enderezarla, renuncia a él para fundar *La Opinión*, donde continuará su apostolado antiimperialista. Son muy crueles estos años para el sensitivo luchador. Aun cuando problemas familiares quebrantan su salud y turban su espíritu, mantiene su diario, entre dificultades e intrigas, hasta que en 1927 decide liquidarlo y se ausenta de su país, en compañía de la primera esposa y de su pequeño hijo Guillermo, gravemente enfermo y a quien tanto adora. Va a Nueva York y ahí permanece cerca de un año. Los numerosos desterrados políticos hispanoamericanos, la mayoría intelectuales que luchan también contra los sátrapas de sus países, buscan en el ya ilustre patriota costarricense el consejo y el estímulo, entretanto éste dicta conferencias y colabora en distintos diarios peleando por su credo, y en *Current History Magazine*, entonces tri-

buna liberal acogedora del pensamiento político de los líderes de la justicia en América, publica una serie de alegatos bien documentados contra los atropellos de los Estados Unidos a nuestros pueblos. Dirige la *Revista Ilustrada* y funda con varios coterráneos la Unión Patriótica Centroamericana. . . Pero no era Nueva York el ámbito propicio al ardoroso periodista independiente. Ya, como Hostos y como Martí en el último siglo, él llegó a conocer bien al "Monstruo", como la llamara el aún vigente libertador cubano, y en 1928, atraído por los resplandores de justicia social de la Revolución Mexicana, vuelve a esta ciudad, por segunda vez, con su familia y prolonga su permanencia hasta 1935.

Más tarde, su dolor de padre al perder al pequeño hijo, después de larga enfermedad, y el amor a la tierra nativa, lo deciden a regresar de nuevo a ella, no obstante la hospitalidad generosa que ya le había brindado México y el prestigio moral de que gozaba en los centros culturales y entre sus compañeros de principios políticos. . . Creía el iluso peregrino encontrar sosiego y comprensión en el patrio suelo, respeto a su conducta ciudadana o, por lo menos, reconocimiento a su nombre después de haber publicado la primera edición de *Rompiendo cadenas*, que le diera fama continental como valiente antiimperialista, y de cuyo libro admirable asentaría el conocido escritor norteamericano Carleton Beals: "Mi amistad con Vicente Sáenz data de veinte años. Es actualmente el más puro y decidido apóstol que conozco. Lo respetan o lo malquieren muchos gobiernos, pero es una fuerza en la vida política del Continente. El progreso, la luz y la esperanza que se han desarrollado en Centroamérica durante estos últimos años se deben en buena parte a la lucha larga y persistente de Vicente Sáenz por la justicia y por la libertad. Se le conoce a través de todos los países del Nuevo Mundo con la admiración y el cariño de cuantos lo han tratado. Su estilo literario es lúcido y fuerte, su material siempre perfectamente documentado". Y, más tarde, Pablo Neruda: "Vicente Sáenz, honor de Costa Rica, defensor incansable de Centroamérica, reúne en sus libros, con su palabra de castigo y de justicia, el palpitante archivo de esta época de agonía".

"**L**A senda estrecha —inevitable el choque— no pudo ser", estos versos de Bécquer podrían singularizar el fracaso del gran soñador. Para quedarse en su país habría tenido que romper la pluma y ocultar sus ideas. No obstante, la hombradía del ciudadano no cede y se enfrenta a la batalla. Funda la revista *Liberación* con un ideario concreto, definido, de dignificación del hombre y elabora un cuerpo de doctrina socialista, adaptable a las realidades feudales de Costa

Rica. "Se trataba —escribe el mismo Sáenz— de una simple siembra de ideas para mejorar la situación penosa de nuestra clase media y de nuestras indefensas mayorías trabajadoras. Algo así como lo que se había legislado en España antes del 'bienio negro', o como el 'new deal' de Roosevelt, o como el 'Mimumum Vital' del salvadoreño Alberto Masferrer o como los principios de la Revolución Mexicana, que pudiera culminar —junto con los derechos individuales del Liberalismo— en las garantías sociales, posteriormente conquistadas jurídicamente en algunos de nuestros países".

En realidad, poco pedía el revolucionario. Y él lo expresó así: "Sin embargo, en 1935, y en pleno auge nazifascista, semejantes prédicas no resultaban muy apropiadas para conseguir tranquilidad o sosiego. Por otra parte, el haber estado en España durante la Guerra Civil, en defensa del pueblo español, invadido por fuerzas extranjeras y bombardeado criminalmente, durante 32 meses, con el saldo pavoroso de un millón de víctimas; mis ataques a Franco, a Hitler, a Mussolini, a toda clase de dictaduras, totalitarismos o de complicidades con la barbarie; el acogerme a los postulados revolucionarios de México, a la sazón calumniado y difamado por la prensa internacional; toda esta labor, en suma, si bien despertaba la simpatía y el aplauso de algunos de mis compatriotas, aumentaba, al mismo tiempo, la hostilidad de ciertos sectores dominantes en contra mía, así como la tirantez de mis nexos familiares".

Esa difícil situación política, y también moral, haría crisis en 1939, cuando el escritor regresó de su último viaje a España, profundamente quebrantado y abatido. Su drama íntimo, sobre todo, urgía una salida decorosa y disparó contra un "agente del nazismo"... "Tuve entonces que resistir tres meses de prisión —explica el propio escritor— después de entregarme a la justicia. Mis amigos estaban de luto. Mis adversarios, de fiesta, pero de países europeos, de las naciones hermanas de América, llegaban voces insignes pidiendo clemencia para el intelectual en infortunio. La Liga de Escritores Norteamericanos y otros organismos antifascistas de los Estados Unidos, que me habían recibido en su seno y escuchado mis conferencias, se unieron también a la noble campaña en mi favor. Libre, bajo fianza, salvado milagrosamente de sus heridas el 'jefe nazi', gané, al fin, la batalla ante los tribunales... Entonces, por 1940, decidí trasladarme definitivamente a México, que en realidad había sido y sigue siendo mi patria espiritual".

CASADO en segundas nupcias con la distinguidísima dama Clarita Camacho Sarmiento, nativa de Colombia, Vicente Sáenz, ya insta-

lado en México, vuelve a sus libros y a la cátedra. Colabora en distintos periódicos, mantiene su inmutable trayectoria hispanoamericanista, en defensa de lo propio, de lo nuestro; exalta los más altos valores de la libertad y la cultura y se dedica a luchar sin tregua por la unidad morazánica y el fortalecimiento y la independencia económica de sus tierras amadas. Organiza la Unión Democrática Centroamericana, que tras de más de cinco años de labor intensa, forma clima continental de franco repudio a las tiranías de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y, de paso, a las vecinas de Cuba, Venezuela, Perú y la República Dominicana. En el centenario de la muerte de don Francisco Morazán y ante el busto que se le levantó en esta ciudad, lee su magnífico elogio al fundador de la Federación Centroamericana, y es ya tan admirado y respetado por su talento y su sapiencia; tan reconocida su labor de acercamiento cultural entre nuestros pueblos, que es escogido, en 1946, para desempeñar la Secretaría General, al integrarse la Sociedad Bolivariana de México, donde durante algunos años realiza estupenda obra de acendrado hispanoamericanismo.

Y en tanto que escribe y enseña y cumple con sus firmes deberes cívicos, va publicando sus libros, uno tras de otro cada año. Señalaremos algunos: *Cosas y hombres de Europa. Opiniones y comentarios de 1942* y *Guión de historia contemporánea*. En estos tres volúmenes y en *España heroica* (Nueva York, 1938), analiza el conflicto del mundo bajo el dominio del Eje Roma-Berlín-Tokio, y sin dejar sus preocupaciones de casi un hombre sin patria, va dando a la estampa estos otros libros: *Centroamérica en pie. Paralelismo de la Paz y la Democracia, Actualidad de don Juan Montalvo, Morelos y Bolívar, Nuestras vías interoceánicas, Raíz y ala de José Martí. Auscultación hispanoamericana. El Grito de Dolores y otros ensayos. América en la cruz*, prólogos, apuntes y, ansioso de servir, porque ello fue graciosa virtud del eximio costarricense, funda su Editorial América y con extraordinario desinterés se erige modestamente en guía y mecenas de maestros, escritores y poetas jóvenes. Realiza así una bella obra que honrará siempre el nombre del cultor.

COMO buen discípulo y amigo íntimo de su compatriota don Joaquín García Monje, Vicente Sáenz se consagra también al magisterio. Recién llegado de su país (1940-41), la Secretaría de Educación Pública aprovecha los servicios del maestro como consejero en asuntos internacionales. En ese ambiente y bajo tan honrosos auspicios compuso su valiosa obra *Guión de historia contemporánea*, muchos de cuyos capítulos se reprodujeron oficialmente en una serie de folletos

para el profesorado y al alcance mental del pueblo. Por ese mismo tiempo la Escuela Normal Superior lo llama a dictar la cátedra de Historia Universal Contemporánea y la de Historia de América, que asimismo sustenta en la Universidad Nacional Autónoma de México. En su cátedra de la Normal trabaja sin interrupción más de 25 años y forma una juventud bien enterada de los principales acontecimientos políticos, económicos y culturales de nuestro hemisferio y que al morir el maestro le rinde justo y conmovedor homenaje.

EXPERTO en el conocimiento de la política de los Estados Unidos con los países hispanoamericanos y hasta 1946 miembro correspondiente de la Sociedad de las Naciones, de Ginebra, en cuya representación, con el carácter de delegado observador había asistido, en 1943, al Segundo Congreso Demográfico Internacional y, en 1945, a la Conferencia Interamericana de Chapultepec, al formarse y establecerse en Lake Success las Naciones Unidas el distinguido costarricense toma asiento en la Asamblea General de la ONU, ya no como funcionario de la nueva Organización, "en virtud de su actuación política destacada", como expresara la Secretaría General de dicha Organización, sino como Delegado Consejero del Gobierno de Guatemala, entonces presidido por el doctor Juan José Arévalo (1946) y desempeña, en 1948, esta misma misión en la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá, que tanta resonancia tuvo por las resoluciones que en su seno se acordaron en pro de la democracia y la paz del Continente.

Digno es de destacar, también, otro aspecto de su personalidad política durante la llamada "guerra fría", cuando estuvo en pleno auge el "macartismo". Los principios que Sáenz había defendido y por los cuales continuó luchando; su actividad indeclinable en la Unión Democrática Centroamericana; su reconocimiento a los postulados de la Carta del Atlántico y sus Cuatro Libertades y su conducta insobornable, profundamente hispanoamericanista por sobre toda cosa política, lejos de servirle como escudo a su hombradía de auténtico demócrata, al concluir la Segunda Guerra Mundial, por el contrario, sólo valió a intrigantes sin causa alguna y a gobiernos sin responsabilidad moral, para marcar al paladín de nuestro derecho a ser libres con el marbete de "comunista". Pero a esa discriminación, a los ataques y maniobras inconfesables de los "quislings" criollos o mestizos, herederos del hitlerismo, el fascismo y el franquismo, el ponderado escritor contestó con nuevos libros, propios o de autores éticamente honorables, al imprimirlos en su Editorial América, que dirigió hasta su muerte, el 28 de marzo último.

VICENTE Sáenz perteneció a distintas instituciones científicas y culturales de México y de otros países. Fue Miembro del Ateneo de Ciencias y Artes, Miembro de la Academia de Historia del Ecuador; Miembro y Palmas de la Academia Nacional de Geografía e Historia; recibió Diploma de Honor de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Diploma de Honor de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y fue también Miembro de la Sociedad "Ignacio M. Altamirano", de la Institución Internacional de Ideales Americanos y de las Sociedades Bolivarianas de México, Ecuador, Estados Unidos y Argentina.

MÁS de veinte volúmenes publicó el laborioso hombre de letras y dejó varios inéditos, todos escritos en buena prosa castiza, unas veces, severa y, en otras, de singular amenidad, obra sin duda extraordinaria que constituye su aportación a la historia política y económica de nuestro hemisferio, pero en toda esa obra sobresale *Rompiendo cadenas*, en cuya cuarta edición (1962), ampliada hasta la actualidad, el acucioso ensayista analiza, más a fondo, acontecimientos, países, etapas, gobiernos y personajes, sancionando a justos y pecadores en su batalla por nuestra soberanía política y nuestra independencia económica. Cada uno de los capítulos de este libro es una pieza completa que ensambla armoniosamente en el conjunto. Por su trascendencia histórica el vigoroso estilo literario y la exposición clara, precisa y documentada, *Rompiendo cadenas* ha sido traducido al inglés y al francés y será, en todo momento fuente fidedigna de consulta y de amor a la libertad y la justicia para escritores que se interesen en el devenir de América.

No es posible en un breve ensayo abarcar todo el pensamiento político ni los alcances de este libro, pero para relieves, siquiera, algunos de sus conceptos, insertamos los siguientes párrafos.

Refiriéndose a la epopeya de Sandino en Nicaragua, Sáenz escribe:

Uno de los más horrendos crímenes del imperialismo *civilizador* norteamericano tuvo lugar en Ocotul, el 16 de julio de 1927. Pocas horas después de aquella espantosa carnicería de seres humanos, publicaron amplia y detallada información sobre la misma los grandes diarios de la Federación anglosajona.

¿En resumen? Trescientos nicaragüenses muertos y cien heridos por las fuerzas aéreas de ocupación, que tenían órdenes expresas del brigadier general Logan Ferland para bombardear a los sandinistas dondequiera que se les encontrase.

Hombres, mujeres y niños indefensos fueron bárbaramente destrozados en la cruel matanza, llevada a tan feliz término con metralla "pacificadora", aeroplanos de guerra y bombas explosivas de la patria incomparable de Washington y de Lincoln.

En Ocotul, en su propia tierra, quedaron tendidos estos *perturbadores de la paz*, negociada por el coronel Henry L. Stimson con el general José María Moncada; estos rebeldes contumaces que rehusaron la cantidad de diez dólares y un *overoll* por fusil; estos *bandidos* que no quisieron aceptar un arreglo bochornoso sobre bases de traición, de imposición y de ignominia.

¿Bajas norteamericanas, según noticias oficiales trasmitidas por el almirante Sellers? Un *marino* muerto y otro gravemente herido, pero con fundadas esperanzas de que se le podría salvar.

De modo que esta célebre acción de las armas imperialistas, acción a la que el Presidente Coolidge calificó de heroica, no fue siquiera batalla desigual sino asesinato colectivo de varios centenares de hombres, sus mujeres y sus hijos.

Entre los excepcionales privilegios de que goza en Centroamérica la United Fruit Company, el comentarista señala que ésta tiene también:

el derecho de importar, almacenar y reexportar para uso de sus propios buques, los fletados por la misma o los consignados a su nombre, toda clase de combustibles, sin que tenga impuestos de importación, de exportación ni de ninguna otra especie, ya sean nacionales, departamentales, municipales, actualmente en vigor o que en lo sucesivo puedan establecerse.

Y, en fin, todas las importaciones y todas las exportaciones pueden hacerse únicamente con conocimiento previo de la empresa extranjera, mediante arreglos con ella, nuevo Poder o Estado dentro del Estado guatemalteco.

A cambio de todo esto y de todas las demás franquicias y exenciones con relación al cultivo del banano, por el término de 50 años que dura la concesión, la "generosa" compañía se obliga a pagar al Gobierno un centavo de quetzal por cada racimo que se exporte. Y queda solemnemente comprometida, además, durante el medio siglo (lo mismo que en Costa Rica y en Honduras) a transportar en sus buques, sin pago alguno, a los altos funcionarios públicos y a los miembros del ejército y de la policía.

Tocante a los empréstitos a Hispanoamérica, dice:

Las cuentas parecen cuentos. Ciertos contratos que algunas de nuestras Repúblicas han celebrado con prestamistas del Norte son úni-

cos; con la fuerza moral y material de Washington, repetidas veces (Santo Domingo, Nicaragua, Haití, Bolivia), o mediante comisiones y sobornos a los políticos criollos, solamente han servido esas "corporaciones financieras" para hacer aún más precaria la situación de los países victimados.

Deudores de Europa, principalmente de Francia e Inglaterra, varios gobiernos del Continente y de las Antillas, casi todos los bonos, depositados a su mínimum, habían caído en manos de hombres de negocios establecidos a inmediaciones de Wall Street. Adquirieron, pues, esas obligaciones los norteamericanos citados, pagando por ellas cualquier cosa. Pero una vez en su poder encontraron la manera de conseguir que aquellas viejas deudas fuesen reconocidas casi en su totalidad. El imperialismo, no cabe duda, tiene poderosos medios de convencimiento.

Con el anzuelo y con el cebo de una fuerte suma en efectivo, para salir de apremiantes dificultades fiscales y equilibrar presupuestos; por presión del Departamento de Estado de los Estados Unidos; o a merced de comisiones tentadoras, el pingüe negocio se arreglaba con relativa facilidad. Se hacían nuevos contratos y nuevas emisiones de flamantes bonos en inglés, que garantizaran al principal, con largueza, los intereses vencidos y el nuevo préstamo.

Los mismos complacientes banqueros tomaban toda la emisión con un descuento que oscilaba entre el 6 y el 18 por ciento, colocándola después en el mercado de valores. Y de este modo, habiendo hecho una inversión insignificante para la cuantía de los créditos adquiridos, redondeaban estos genios de la banca substanciosas ganancias por ambos lados.

Pero no es todo. Había que asegurar bien los referidos créditos, de manera que los bonos viniesen a ser como billetes de banco, con el ciento por ciento de respaldo en oro. Entonces, gracias a la *benévola* intervención del Tío Samuel y a la insensatez o complicidad interesada de nuestros estadistas, los contratos daban y siguen dando autorización a los desconfiados banqueros para cobrar los derechos de aduana y demás rentas pignoradas, pagarse lo convenido por amortización e intereses y devolver el sobrante a los gobiernos.

Lo que quiere decir que esas operaciones son mucho más seguras que las que se hicieron, verbigracia, durante la Guerra Mundial con naciones tan poderosas como Francia y la Gran Bretaña.

Sáenz aboga angustiado por que sea una realidad la democracia en Hispanoamérica, pero quiere, reclama

no solamente la democracia del voto que predicán los demagogos; no la engañosa democracia política, que no existe ni podrá existir

mientras las mayorías esclavizadas estén bajo el dominio de las minorías omnipotentes; no la democracia de los capitalistas y de sus acólitos, sino la democracia en que la felicidad y la defensa de los más se anteponga al interés de los menos, llámense concesionarios extranjeros o explotadores nacionales.

En su noble empresa por dignificar el destino de Centroamérica, el autor de *Rompiendo cadenas* no encuentra otro camino que constituir la unión de sus cinco Repúblicas, como ya parecen estar lográndola los pueblos africanos en estos días en que peligran todos los países débiles. Es la resurrección del grandioso pensamiento político de Bolívar al fundar la Gran Colombia, que fue rota por la espada venezolana de Páez y la miopía patriótica de no pocos de los soldados y estadistas de la independencia sudamericana. Sáenz cree que los principios centroamericanos de liberación y democracia representativa sólo podrán ser efectivos con un *programa mínimo*, susceptible de reformas más avanzadas, y propone, entre otras resoluciones, las siguientes:

- (1) Unión de las cinco Repúblicas para formar una entidad respetable, que pueda organizar la economía nacional y defenderse de toda clase de imperialismos.
- (2) Desconocimiento definitivo de la Doctrina Monroe.
- (3) Desconocimiento del Protocolo canalero Bryan-Chamorro.
- (4) Desconocimiento de los Tratados de Washington de 1923.
- (5) Adopción de las Doctrinas Calvo, Drago y Estrada como normas de política internacional.
- (6) Ciudadanía a los naturales de las naciones iberoamericanas (incluyendo a España, a Brasil, Portugal, Filipinas, Puerto Rico y Haití), cuando así lo solicitaran y residan en territorios centroamericanos, sin que pierdan su ciudadanía de origen.
- (7) Nacionalización de todas aquellas fuentes de riqueza que debe conservar y explotar el Estado para beneficio de la comunidad.
- (8) Revisión de empréstitos y de concesiones.
- (9) Supresión de todos los privilegios e implantación de la igualdad fiscal entre nacionales y extranjeros.
- (10) Creación de un Banco del Estado que centralice el sistema de crédito, sea el único emisor y equilibre la acción de los bancos privados.
- (11) Legislación agraria que acabe con el latifundio mediante la expropiación de terratenientes, a los que podrá indemnizarse previamente con bonos del Estado.

- (12) Reconocimiento tácito del derecho de huelga y adopción obligatoria de contratos de trabajo, colectivos e individuales.
- (13) Fundación de la Universidad Popular Autónoma de Centroamérica.

Sáenz soñaba como nieto espiritual de Morazán y se convirtió en uno de los más puros idealistas de América.

PERTENECIÓ el inolvidable luchador a la jerarquía moral de aquellos eminentes varones del decoro en las letras que hasta bien entrado el presente siglo sembraron la esperanza de la libertad y de la justicia en la conciencia adormecida de nuestros pueblos, la mayoría en manos de ominosos tiranos, y siguió los pasos de luz de personalidades como Enrique José Varona, como Baldomero Sanín Cano, Alfredo L. Palacios, Jacinto López, Franz Tamayo y aquí, en México, del ilustre patriota y sabio internacionalista Isidro Fabela, quien en *Los Estados Unidos contra la libertad* nos ha dejado una obra indispensable para el conocimiento de la verdadera historia del imperalismo norteamericano.

Además, Vicente era como una antena sensitiva que al instante percibía todos los triunfos, las angustias o el dolor de nuestra América. Caía un tirano y como un niño se encendía en júbilo. Se atentaba contra la soberanía de Guatemala o de Cuba . . . , y en seguida alzaba su voz de protesta. Moría un Antonio Caso o un Alfonso Reyes o un Andrés Eloy Blanco y vestía de luto su espíritu. Era eso, también, adorno patético en el gran escritor y maestro, cuya dignidad lo hizo respetable y su pureza de hombre, paladín de la justicia.

EN defensa de sus principios, llegó a veces, hasta la aventura peligrosa, como cuando en aquella Conferencia Interamericana de Bogotá (1946) hizo oír su voz ardiente de antiimperialista con la representación diplomática de la Guatemala buena, la que yo conocí de cerca porque residí ahí como Ministro de Venezuela y que presidía un gran maestro, pensador y estadista, el doctor Juan José Arévalo, uno de los próceres más puros de la democracia, o cuando se embarcó para España a pelear, no con la espada o el fusil, armas que él repugnaba, sino con la pluma y la palabra por el triunfo de la República de Don Quijote.

En mi respeto a su obra de defensor de nuestra América, a veces he creído descubrir en aquel fino hombre, todo un carácter, toda una línea vertical, que en su cuerpo débil se armonizaban un alma antigua y un alma nueva en busca del derecho de ser libre, porque —es

muy curioso— Vicente Sáenz vivió en el espíritu de nuestros libertadores de antaño, pero también en los de ogaño; vivía en Bolívar, en San Martín, en Morelos, en Martí, pero también en Sandino, en García Lorca, en Leonardo Ruiz Pineda; en nuestra revolución de la independencia política, como en la revolución social de México, en todas las revoluciones por la justicia; vivía en nuestros viejos adalides y mártires por defender nuestra democracia, pero también en los que honran a esa juventud valiente que, decidida a morir por sus ideas, se enfrenta hoy sin miedo a las bayonetas y a las ametralladoras del Paraguay, de Venezuela o de Guatemala.

YO era uno de los más íntimos amigos del insustituible compañero de ideales. Pocos días antes de su deceso, cada vez que lo visitaba en su casita de Pánuco 200, me parecía sorprender en los ojos ya cansados, en la cabeza blanca, en los ceñidos silencios y los suaves arrostos del soñador, los últimos fuegos de su fe en la victoria de sus principios de patriota. No se sentía derrotado, antes bien, confiaba en que el mundo cambiará pronto y se impondrán la justicia política, la justicia económica y la justicia social. Y en tanto componía sus escritos o proyectaba nuevos viajes a América del Sur para llevarle a sus pueblos mensajes de libertad, lo acompañaba solícita, pendiente de sus pasos, la esposa heroica, la compañera fiel de tantos años, clara mujer de Colombia y fina joya humana en quien ya se han apagado los fulgores de la sonrisa.

Una vida consagrada a defender a nuestra América. Estas frases sencillas deberían grabarse en el blanco mármol que dedicase alguna escuela a la memoria de Vicente Sáenz. Sería justo el homenaje para quien consumió, con inefable desinterés, su pensamiento, su salud, todos sus días, en una vocación apostólica que siempre conduce a la pobreza digna.

¡Y pensar que si él hubiera retornado a su país, de donde tanto lo llamaban juveniles grupos políticos, tal vez habría llegado a ocupar la Presidencia de Costa Rica!... En ausencia, en las últimas elecciones generales había sido candidato a la Vicepresidencia. Pero Vicente ya se había dado cuenta de que sólo la nueva generación costarricense —el porvenir— creía en su obra de patriota y maestro y de que ahora sólo triunfa en su país la socarronería sobre la virtud, no los ciudadanos de principios antiimperialistas, sino los peroradores ayanquizados bien vistos por la Casa Blanca. Además, repugnaba el fuerte mal olor de los bananos de la United Fruit Company y prefería el exilio voluntario, más doloroso que el obligatorio, hasta que murió en México, que es como morir en la más honda entraña de nuestra raza.

JOSÉ GIRAL, EJEMPLO PARA LA JUVENTUD DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Por *Francisco GIRAL*

CUANDO, hace cinco siglos, en la vieja Castilla, adquiría su madurez cabal el lenguaje español, una de sus primeras —y más bellas— manifestaciones fue la expresión doliente de un poeta por la muerte de su ilustre padre, el maestro de Santiago. Invocando tan insigne precedente, he sentido el deber, aquí, esta noche, de tomar parte activa en el recuerdo de mi padre, pues —a mi parecer— es un rasgo muy propio del humanismo español la importancia de las relaciones familiares en la vida de los hombres distinguidos y, quizás, no sea temerario afirmar que el buen acierto en las manifestaciones públicas de muchos españoles eminentes tenga bastante que ver con un equilibrio justo de esas relaciones familiares.

En este particular caso de hoy, el deber era todavía más evidente pues no hay tanto que hablarles del padre cuanto del maestro —maestro de profesión y maestro de vocación— y también del jefe político, es decir, del hombre íntegro, como un nuevo representante —nuevo por lo reciente de su desaparición— de ese humanismo liberal o librepensamiento humanista, tan consustancial con la vida hispánica, que supera al tradicional humanismo literario en sus claras inclinaciones políticas y sociales y que tiene como aspiración fundamental el concentrar todas las actividades vitales en el cultivo y en la exaltación de las más puras cualidades humanas: voluntades firmes, inteligencias claras, corazones nobles.

Parece ser que en estos tiempos, cualquier actividad del hombre, si ha de ser distinguida y ejemplar, requiere un grado paralelamente ascendente de deshumanización: no sólo en el arte, como nos lo han explicado muy bien, sino en todas las manifestaciones vitales destacadas. Quizá, uno de los problemas del mundo moderno pudiera ser ese conflicto entre el especialista deshumanizado y el hombre cumplido, al menos en cuanto a personas que tienen algo que ver con el desarrollo de acontecimientos históricos. De aquí, mi esfuerzo por presentar un buen ejemplo del hombre cabal o,

como proclamaba don Miguel, del hombre de carne y hueso, que no será nunca un supersabio, ni un supertécnico, ni un superestadista, sino el hombre sencillo a que alude el poeta castellano cuando dice:

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar

Los más remotos recuerdos de mi infancia salmantina se concentran con vivos matices en una prisión y en un entierro. Inolvidable impresión infantil al presenciar el encuentro de la madre afligida con el padre prisionero tras las rejas de la lóbrega cárcel provinciana y rodeado de delincuentes de todas clases. Es el verano del '17, cuando los bolcheviques rusos aún no han triunfado, pero cuando los socialistas españoles balbucean la revolución. Como consecuencia, un catedrático de química de la vieja universidad salmantina, que no es socialista, que no es revolucionario, va a parar a la prisión provinciana. ¿Por qué?... Acaso porque le atribuyen afinidades con los obreros y campesinos, con los humildes. Y, en efecto, junto al recuerdo de la prisión, viene a la memoria el de la farmacia en la plaza mayor, donde acuden los charros—charros primigenios, campesinos de Salamanca— en busca del farmacéutico "que les apunta *pa* republicanos".

Dos años después y desde esa misma farmacia de la plaza mayor, recuerdo el paso solemne de un entierro, con nutrido cortejo de togas, mucetas y birretes: ha fallecido don Pedro Dorado Montero, el catedrático de Derecho penal, humanista y librepensador. Todo el profesorado está presente, con excepción del más ilustre: falta el rector de la Universidad, don Miguel de Unamuno. Las dos cabezas más brillantes de la vetusta Universidad—¡tan españolas las dos!— en vida se han llevado mal, apenas si se hablaban y, al fallecer uno, el otro rehuye presidir el sepelio como jefe de la casa de estudios... mas al llegar al cementerio, aparece don Miguel, desprovisto de todo atuendo y representación oficiales y pronuncia la más hermosa oración en alabanza del desaparecido.

Don Pedro y don Miguel, las dos enormes personalidades de la Universidad, son las que más influyen sobre el catedrático de química orgánica y también influye sobre él de una manera especial ese antagonismo hispánico entre los hombres eminentes, antagonismo que parece no querer doblegarse sino ante la muerte. De ese

incidente arranca y cobra fuerza una obsesión como norma de vida: unir a los intelectuales, unir a los liberales, unir a los republicanos, unirlos para realizar juntos una gran tarea nacional, pero en vida y constructiva.

Sobre todo, a los intelectuales, a los universitarios, para que participen en la vida pública. De entonces data la convivencia con don Miguel de Unamuno, no sólo en la Universidad: convivencia en el café—tan importante en la vida del gran vasco—, convivencia en el paseo—filosofía peripatética rediviva a lo largo de la carretera de Zamora—, convivencia en excursiones al campo o a la montaña... , exilios y persecuciones de don Miguel. En una ocasión—el rector destituido— los pocos catedráticos que protestan son expulsados del claustro por el vicerrector en funciones, quien no encuentra mejor apóstrofe injurioso que éste: "Que se vayan esos intelectuales". Entre los peligrosos intelectuales está el catedrático de química orgánica y está también el catedrático de latín, don Urbano González de la Calle, su pariente cercano y compañero constante de la vida, testigo de aquellos sucesos salmantinos: juntos convivieron con don Miguel, juntos fueron albaceas de don Pedro y juntos fueron expulsados del claustro salmanticense por "intelectuales".

Mientras tanto, el catedrático de química anhela ir a Madrid, donde ha vivido, se ha criado y se ha formado; lucha por ello en el terreno universitario: ocho oposiciones en su vida con los incidentes más notables y variados. Ello le obliga a cambiar varias veces el rumbo de la vocación, pero ya desde el comienzo, su primer libro (1911), *Ración alimenticia desde los puntos de vista higiénico y social* demuestra una clara inclinación: no importa que se vaya a especializar el análisis químico, en química orgánica o en bioquímica, la nutrición le interesará siempre, con una base científica como medio y con un fin social.

Decide trasladarse a Madrid, apoyándose en una sola de sus actividades, la profesión farmacéutica, pues la vocación universitaria no le ofrece camino propicio. Alrededor de la nueva farmacia en la madrileña calle de Atocha va a girar su actividad: nuevas oposiciones, desde ahí va a ser químico del Instituto Oceanográfico—único contacto profesional con el mar—, desde ahí va a ejercer la presidencia del Colegio de Farmacéuticos—actividad profesional— en tiempos de la dictadura, desde ahí va a ganar la cátedra de química biológica en la Universidad central, de ahí va a salir para el rectorado de la propia Universidad, ahí se desarrollan episodios notables de la vida política.

Además de la farmacia, en el entresuelo, tiene su despacho, su biblioteca, su laboratorio y su almacén; se puede entrar al entresuelo

desde la calle o a través de la rebotica, confundido con el público. Situación favorable para la conspiración y para la reunión clandestina en todos los años de la dictadura. Archivos, libros, frascos, medicamentos... , con qué facilidad ocultan la propaganda política, los documentos comprometedores, las cuentas de fondos secretos y de suscripciones reservadas, las listas clandestinas de afiliados y comprometidos... , las célebres "Hojas libres" que editaba don Miguel en Hendaya y desde ahí se repartían a todo Madrid.

Allí llegaba la policía a registrar y no podía encontrar; por eso, otras veces se llevaba al farmacéutico en persona a la cárcel Modelo. Las prisiones llegaron a hacerse tan rutinarias que cuando don Reberto Castrovido —espejo de periodistas republicanos— hacía su primera visita a la Modelo, avisado de que había nueva redada de presos políticos, la pregunta de rigor era si ya estaba allí el farmacéutico republicano.

Otras veces, las prisiones se mezclaban con la vida universitaria y profesional. En una ocasión, siendo presidente del Colegio de Farmacéuticos, gestionó, organizó y planeó —como exigencia profesional— la creación de un instituto de control de medicamentos, aunque para ello tuviera que tratar con el ministro correspondiente, de triste memoria y que era el mismo que le mandaba a la Modelo. Para cubrir cuatro plazas de químico se convocaron oposiciones, en un alarde de falsa justicia, dentro del régimen dictatorial. El farmacéutico republicano se inscribe entre los 30 opositores. Próximas a terminar las oposiciones, el gobierno dictatorial avisa a los jueces que hay que impedir el nombramiento de un farmacéutico republicano, que se corte por él y se nombre tan sólo a los que vayan delante. El tribunal, obediente, deja todas las plazas vacantes pues el farmacéutico republicano es el número uno. Se había sugerido poner un ejercicio práctico singularmente difícil, con metales raros, pero el único que los encontró fue el número uno. Tenía un pleito personal con los metales raros, especialmente con el titanio; fueron varias las oposiciones en que le pusieron titanio, lo encontró, fue el único que lo encontró y se quedó sin plaza. Esta vez, las plazas vacantes se cubrieron por decreto, en un gesto típicamente dictatorial, y aceptaron el nombramiento dos de los jueces del mismo tribunal que las había dejado vacantes. Y terminando, otra vez a la Modelo.

Cuando la cosa era más seria, había que buscar una coartada: en cierta ocasión en que se frustró la conspiración, se le ocurrió nieterse en un sanatorio y simular una operación urgente de apendicitis. Siempre conservó su apéndice sano, pero la cicatriz era real porque, apenas llegado al sanatorio, la policía le pisaba los talones

y sólo entrando en el quirófano y viendo la herida abierta se evitó esa vez la prisión que quizá hubiera sido de consecuencias peores.

Pero siempre eran conspiraciones incruentas; una forma de rebeldía ante las libertades suprimidas.

Cosas notables ocurrían mientras tanto entre las paredes del entresuelo de la calle de Atocha. Si aquellas paredes hablasen nos habrían contado cómo allí empezó a reunirse con una persona excepcional, prematuramente desaparecida, el librepensador humanista don Enrique Martí Jara, ya conocido de la Universidad salmantina, para tratar de unir republicanos y lanzar intelectuales a la política; cómo idearon allí el artilingo de la "Escuela Nueva"; cómo desfilaron por allí todos los dirigentes republicanos, los que querían unirse y los que no querían, y con los que quisieron cómo surgió allí la "Alianza Republicana"; cómo se intentó atraer a los socialistas a esa unión y aquellas paredes oyeron un día la voz autorizada de don Julián Besteiro pronunciando estas proféticas y definitivas palabras: "Unanse ustedes, los republicanos, primero; y, cuando estén unidos, los socialistas nos uniremos con ustedes" . . . y así se hizo y desde allí. Paredes del entresuelo que vieron y oyeron organizar los banquetes del 11 de febrero y, sobre todo, aquel tremendo, contundente y definitivo mitin de la vieja plaza de toros, vísperas de la República y, por fin, el entresuelo se convirtió en centro electorero cuando ya estaba lograda la conjunción republicano-socialista, tal como lo había aconsejado y prometido Besteiro.

También aquellas paredes oyeron las más eminentes voces de la intelectualidad —universitaria y no universitaria—, voces reflexivas y trascendentes, algunas de las cuales convinieron en unirse y en hacer política y así se creó el partido "Acción Republicana". Precisamente, entre las voces mesuradas, justas y atinadas, empezó a sonar allí —al comienzo indecisa— la voz de don Manuel Azaña y, entre aquellas paredes, el farmacéutico convenció al escritor para que actuase en política y, cuando el farmacéutico se quedaba solo, se le podía oír lo contento que estaba por haber ganado a Azaña para la política republicana. Cuántas veces diría después que su mejor ejecutoria política había sido impulsar a Azaña. Desde entonces comenzó una fiel colaboración que nada ni nadie pudo enturbiar.

Y amaneció la más bella aurora política de la historia española aquel abril del '31. Pero quien tanto ha luchado por conseguir ese triunfo, no aparece en primera línea. No ha sido hombre de discursos ni de artículos, no lo va a ser nunca. Ha sido hombre de acción y lo va a seguir siendo. Buen caso de estudio para quienes valoran el contrapunto hombre de acción, hombre de letras, en la vida pública: un intelectual, un universitario, que cuando hace po-

lítica ni escribe ni habla, simplemente hace. El día 14 encabeza uno de los grupos populares que abren brecha para entrar en masa desde la Puerta del Sol al ministerio de la Gobernación y prepararle el camino al nuevo ministro de la nueva República. Semanas después es nombrado rector de la Universidad de Madrid —la Central—, el primero de la República. Alcanzará a presidir la primera apertura de curso republicana, con el discurso inaugural del catedrático que encabeza la comisión que está redactando la nueva constitución, don Luis Jiménez de Asúa.

En esos primeros días de la nueva República, una idea le atormenta: no están lejanas sus oposiciones al Instituto de control de medicamentos y siguen actuando los jueces que lo condenaron y aceptaron el nombramiento por decreto. La ocasión es propicia para tomar represalias; se lo insinúan, tratan de forzarle a que lo haga. Mas le falta tiempo para solicitar de las autoridades republicanas que están reorganizando la Sanidad, que no se les toque, que se les confirme en sus puestos; son compañeros universitarios. Para unos, blandenguería liberal; para otros, elevación de espíritu.

En cuanto surge la primera crisis del Gobierno provisional, se encarga del poder don Manuel Azaña y la única novedad que introduce en el nuevo ministerio es llamar a quien tanto había hecho por llevarle a él mismo a la política. Pero... no se va a ocupar de cosas que conoce, sino de algo en que nunca había pensado, ¡de la Marina! Al fin y al cabo, en todas partes hay algo que hacer; cuando menos, hay que hacer republicanos. Y cuidado que la tarea no era fácil en su nueva dependencia: republicanizar a la Marina. Difícil era conquistar a la oficialidad, encastillada en el Cuerpo general, cuerpo tradicionalmente aristócrata, conservador y reaccionario, en proporción mucho mayor que el ejército de tierra. Por eso, son tanto más respetables y admirables los pocos oficiales de la Marina de guerra, de espíritu liberal que han permanecido fieles a su liberalismo, a su dignidad y a su palabra y que nos han acompañado en la guerra y en el destierro.

Tal vez sea la oficialidad de la Marina de guerra española —el Cuerpo general— el representante más típico de la "otra España"; de la España contra la que reacciona la nueva España, moderna e intelectual. Precisamente, la llamada generación del '98 se enfrenta al ridículo tradicional y pomposo de ese año que culmina con una serie de desastres navales. Acaso, el ejemplar más acabado como reverso de la medalla intelectual del '98 sea aquel famoso almirante, cuyo rancio nombre adorna los fastos navales españoles —el primer Cervera— quien mandando la flota en Santiago de Cuba —por cierto, el lugar de nacimiento del ministro republicano— le tocó

presidir el más grande desastre naval, del que salió indemne. Llevado prisionero a los Estados Unidos y autorizado por el presidente Mac Kinley a comunicarse con España, el primer parte que rinde de aquel monumental descalabro es el célebre telegrama que decía: "Angel y yo, buenos". Angel era su hijo.

La historia de la Marina de guerra española está llena de frases que encubren grandes ridículos o situaciones harto equívocas: ahí está la frase de Méndez Núñez cuando andaba bombardeando Valparaíso y El Callao sin ton ni son. Y, sobre todo, ahí está la frase famosa de Felipe II, el de la "otra España", echándole la culpa a los elementos del desastre de la Invencible, para tapar el ridículo que hacíamos frente a la superior técnica naval inglesa y para tapar el ridículo de nuestros mandos con aquel duque de Medina Sidonia que se mareaba a bordo. . . , y era la crema de la aristocracia.

Toda esta cadena de deformaciones históricas culmina al llegar la República, en el Cuerpo general de la Marina de guerra. El renacimiento intelectual de España, que arranca del '98, tiene su antítesis en la Marina de guerra, señalada también por la misma fecha. Así, se produce el encuentro que va a tener dramático desenlace: el intelectual, universitario, liberal y humanista, frente a los almirantes; todos dominados por la fecha crucial del '98. Acaso, a eso se deba la multitud de bromas y menosprecios para los ministros republicanos. Nadie osará tomar a broma al Medina Sidonia de la Invencible, ni al Méndez Núñez del pacífico, ni al Cervera del '98; son los intocables históricos. Pero a la República intelectual se la toma a broma en todos los terrenos y empieza el duelo del universitario con el Cuerpo general.

Un día, en una base naval catalana es un oficial ebrio que toma como blanco de tiro, en el cuarto de banderas, el retrato del presidente Alcalá Zamora: con sorpresa de todo el cuerpo que cree disfrutar de un impunito arrogante, el ministro intelectual se ha enterado y antes de 24 horas el oficial está en el barco-prisión. Otro día, con ocasión de unas maniobras navales y quizá también con torpeza de origen alcohólico, un almirante encalla el crucero "Blas de Lezo" en los bajos de la costa gallega, ¿Quién se va a atrever con él?, sobre todo, si lo defienden en plenas Constituyentes diputados republicanos—bien que fuesen radicales lerrouxistas—que injurian al ministro correigionario y exaltan la hueria tradicionalidad del almirante irresponsable. Al mismo tiempo, el Cuerpo general se moviliza, acaudillado por otro Cervera, para propiciar el impunito de quienes se creen intocables. En términos militares estrictos, quizá no hubiese sido excesivo pasar por las armas al almirante, como es usual bajo regímenes de fuerza, pero si se le

procesa y se le destituye, mas no se le fusila, es el ejemplo de una actuación liberal y humanista que los exigentes vuelven a calificar de blandenguería.

Y mientras el nuevo ministro va valorando en su justa medida a la aristocracia naval —tradicional y reaccionaria— se va ocupando de estimular, proteger y mejorar a las clases humildes de la Marina, de una manera muy especial a los Cuerpos auxiliares y a los maquinistas de la Armada, que son la gente sencilla que conduce y maneja los barcos. Por eso, no sorprende encontrar entre sus tesoros traídos a México y guardados durante tantos años, las pesadas y voluminosas placas de gratitud de algunos de esos Cuerpos auxiliares al ministro republicano. Poco adecuadas para el magro equipaje de un emigrante modesto y honesto; pero el cariño en conservarlas puede ser una indicación del valor histórico que tienen. Por eso, también, su gente de confianza van a ser siempre los auxiliares de Marina y aunque, más tarde, en momentos difíciles, tenga que cruzar la Cibeles cuando se traslade desde el ministerio de Marina al palacio de Buenavista, sus chóferes y su escolta de confianza seguirán siendo auxiliares de Marina.

Mientras tanto, la República ha elaborado una nueva Constitución. Él no forma parte de la comisión, pero es diputado constituyente — por Cáceres— y uno de los más entusiastas. Por todas partes donde vaya, su casa va a estar llena de ejemplares de la Constitución. ¡Qué entusiasmo por sus puntos más notables! Ese artículo primero que tanto han ridiculizado, le llena de orgullo. Dice que con eso bastaría: que España sea de verdad una República de trabajadores, sin señoritos, sin parásitos y sin explotadores; que se lo hagan bueno, a él, ejemplo de trabajador infatigable en todos los órdenes. Después, todo lo demás: la libertad, el librepensamiento, la democracia, el laicismo, el pacifismo, la enseñanza, los avances sociales, la reforma agraria, las autonomías regionales, el hispano-americanismo sincero.

Ministro que manda fuerzas armadas es pacifista y antimilitarista: se entusiasma con la afirmación constitucional de que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional" y por eso acepta con gusto ser el delegado de la República en Ginebra ante la Conferencia del Desarme. . . , quizá sólo para retornar defraudado de las posibilidades internacionales, entonces y después.

En cambio, es simbólica su figura respecto de la nueva política republicana en relación con Hispanoamérica: esa ridícula idea de la hispanidad de la "otra España", la República la sustituye —ennobleciéndola— con un sentimiento de fraternidad que tiene su mejor símbolo en un republicano nacido en tierra americana

—Cub.:— para terminar sus días en otra tierra americana —México—, habiendo tenido una vida de madrileño castizo y de viejo castellano. No podía imaginar cuánto destino y cuánta descendencia le aguardaba en tierras americanas y ya tenía un ardor intenso por el hispanoamericanismo fraternal que se reflejó con inusitada brillantez en los artículos constitucionales que preveían la doble nacionalidad con los países hispánicos de este continente.

Tras el bienio negro, vuelve Azaña al poder, en febrero del '36, después de aquella espectacular campaña y gracias a otra unión de fuerzas progresistas de izquierda; ahora no se llama "Conjunción republicano-socialista"; se llama "Frente popular". Es natural que el gran aglutinador de fuerzas izquierdistas vuelva a ser ministro de Marina. Y comienza la escena culminante del gran drama republicano.

En la segunda época de la República, probablemente es el ministro de Marina el menos confiado. Los enemigos de la República conspiran: no aceptan el veredicto de la mayoría, quieren imponerse por la fuerza. No van a conspirar de una manera incruenta como él lo hacía cuando no había libertad, para ganar esa libertad. Ahora están abiertos los caminos de las libertades cívicas: tanto, que las elecciones anteriores las han ganado ellos. En esta ocasión, las han perdido y no van a resignarse: si conspiran no es por ganar la libertad que tienen, es por imponerse a la fuerza y eso no va a ser incruento. El ministro conoce a los almirantes y sabe que la "otra España" está ahí: en los fantasmas de Medina Sidonia, de Méndez Núñez y de Cervera. No se fía más que de los humildes. Su paso anterior por el ministerio le facilita la tarea de reforzar la confianza en los Cuerpos auxiliares: los maquinistas sobre todo, pero además —y he aquí la idea más original de esta coyuntura histórica— selecciona con particular esmero a los radio-telegrafistas de los barcos. Con los buques no se habla por teléfono, ni se pueden enviar emisarios; se habla por radio y el primer oído del navío que navega es el telegrafista. En Madrid, hay una poderosa estación central de radio de la Marina, en Ciudad Lineal. Por eso, hubo allí su tiroteo, pues trataron de apoderarse de ella los almirantes rebeldes, pero allí estaba la gente más leal para retener la estación y asegurar la comunicación con los barcos.

En pleno calor del mes de julio, el ministro presiente acontecimientos graves y se traslada solo a vivir en el ministerio, en los lujosos aposentos de los aristócratas almirantes, aposentos que nunca quiso utilizar para su regalo ni para su comodidad, pero que ahora emplea por deber: 24 horas pegado personalmente a los teléfonos y a los transmisores, abandonando todo lo demás.

Se aproximan los acontecimientos: hay maniobras navales tocando puertos de Marruecos —donde está el grueso del ejército de tierra— y recalando en puertos canarios, donde se encuentra un general de tierra que se llama Francisco Franco. Los contactos entre oficiales de tierra y de mar sirven para azuzarse unos a otros y, de regreso de las maniobras, los mandos navales envalentonados osan desobedecer las órdenes del ministerio. Y salta el primer chispazo de lealtad cuando los fieles telegrafistas —en los buques y en Ciudad Lineal— sin que se enteren los almirantes y arriesgando sus vidas, empiezan a avisar directamente al ministro de la rebeldía de los mandos. Los almirantes se han descarado cambiando rumbos y desobedeciendo órdenes. Todavía el ministro trata de conservar todas las formas de disciplina y de jerarquía, destituyendo altos mandos y ordenando su reemplazo por otros oficiales. Cuando le acusen de haber llegado a los extremos de la violencia, habrá que recordar que también, en esos momentos, fue acusado de blandura y de lentitud por dar la oportunidad a todo oficial, en cualquier escala, de mantenerse leal. La magnitud de la extensión en la rebeldía de los mandos no es ningún justificante para quejarse después, si se pierde la rebelión o si algunos pierden la vida. Todos tuvieron la oportunidad de aceptar la colaboración leal que se les brindaba. Nadie podrá decir con justicia que fue sorprendido ni atropellado. El sorprendido y el atropellado fue el gobierno republicano.

En cambio, las tripulaciones de los barcos no van a ser marinos sublevados como en el acorazado "Potemkin"; no serán marinos rebeldes como en la base naval de Cronstadt que esperan la orden revolucionaria de Lenin y de Trotsky para sumarse al asalto del palacio de invierno. Son marinos de España que van a sofocar la rebelión de los almirantes. Se dirá después que la marinería estaba infestada de células comunistas que trataron de seguir el ejemplo ruso. Claro que había marinos comunistas y socialistas y sindicalistas, y republicanos, pero no imitaron la revolución rusa. Ellos, los marinos —tan españoles como los almirantes— no se sublevaron; al contrario, se jugaron la vida, y también muchos la perdieron, por reprimir la sublevación de sus mandos contra su gobierno. No hay motín a bordo: la rebelión es la de los aristócratas del mar. El ministro agota todas las posibilidades y da todas las oportunidades hasta que no le dejan más que una única salida, seguros de que no se atreverá a utilizarla. Pero se atreve.

Antes de atreverse con la salida única, forzada, pasan por su mente en rápida sucesión su humanismo liberal, su respeto por la vida humana, su entusiasmo pacifista, Ginebra y el Desarme, lo in-

cruento de sus conspiraciones, su blandura con el almirante que encalló el "Blas de Lezo", su firmeza para indultar al general Sanjurjo... hasta recuerda —en ese momento estelar— el perdón a los jueces de sus oposiciones que no le dieron plaza y se nombraron a sí mismos y de los que no quiso vengarse aprovechando la nueva situación política. Mientras está recordando todo eso, los fieles telegrafistas le están avisando que no hay oficiales que obedezcan, que los mandos están sublevados, y entonces es cuando se atreve con la orden decisiva, con la única salida que le han dejado, con la solución forzada que queda: la orden a los marinos para que detengan la rebelión de los mandos.

Orden que sólo se pudo cumplir contando con la lealtad de los propios marinos —pueblo de España, no tan aristócrata pero sí más numeroso que los almirantes— y, sobre todo, en cuanto a técnica de su ejecución, gracias a la lealtad de los telegrafistas: ellos avisaron al ministro de la rebeldía de los oficiales y ahora el ministro ya no habla más que con los telegrafistas y a ellos les va diciendo que avisen a los maquinistas de la Armada y a los Cuerpos auxiliares para que se hagan cargo de los mandos, que se arme a los cabos y a la marinería y que se detenga a bordo a los oficiales rebeldes. Los maquinistas y los auxiliares, los cabos y la marinería, responden al aviso de los telegrafistas y se apoderan de los buques. La Escuadra se mantiene republicana.

El resultado es más conocido que los medios empleados para lograrlo: la totalidad de la flota activa, con el acorazado "Jaime I" a la cabeza, contra todas las previsiones rebeldes, se mantiene fiel a la República. Dos cruceros aún no han sido puestos en servicio, el "Canarias" y el "Baleares"; una de las formas de eficaz ayuda de alemanes e italianos va a ser acelerar su construcción y ponerlos al servicio de los rebeldes. Otro crucero, el "Almirante Cervera" se halla en dique y la base naval es ocupada por el triunfo de la rebelión desde tierra, después de fusilar al jefe de la base, el almirante Azarola, un almirante leal. Pero el nombre del "Almirante Cervera" va a ser el del primer buque rebelde. En letras de molde y en el Diario Oficial, como símbolo de la pugna entre las dos Españas del '98, ha quedado escrito este anatema en forma de decreto: el ministro universitario, humanista y liberal, el intelectual del '98, declara pirata al "Almirante Cervera".

EN pleno fragor de la batalla radiotelegráfica, en la madrugada del 19 de julio, es llamado a Palacio el ministro de Marina. Se disgusta porque le distraigan de su tarea que aún está inconclusa

y llena de dificultades. No ha tenido tiempo de enterarse de lo que ocurre en otras partes. En Palacio hay caras nuevas, además de las conocidas como gubernamentales: se ven diputados y dirigentes obreros que no formaban parte del gobierno, pero todos parecen estar de duelo. Se intercambian informaciones y cuando se calculan las posibilidades, la conclusión es seca y terminante: "No queda otra solución sino repartir esos miles de fusiles al pueblo que los está pidiendo".

Parece que no fue una sola voz, sino varias las que preguntaron al unísono, con asombro, con duda o con esperanza, "¿pero, usted se atrevería?". Y al reiterar que no quedaba otra salida, el presidente Azaña lo designó jefe del gobierno.

Al evocar esas escenas decisivas en la madrugada del 19 de julio, es inevitable recordar otra madrugada crítica en la historia de la República española: la del 3 de enero de 1874. En esta ocasión, el militar sublevado —que también había jurado no sublevarse— envía un ayudante suyo con un recado al presidente de las Cortes. Con toda solemnidad, éste lo comunica a los señores diputados, quienes protestan airadamente, pero se callan y hasta desaparecen cuando entra en el salón de sesiones un coronel de la guardia civil, respetuosamente, tricornio en mano. Tal vez no sea excesivo tratar de reconstruir aquella madrugada final de la primera República para reflejarla sobre la madrugada crítica de la segunda República. Nadie más autorizado para ello que el novelista-historiador de los *Episodios Nacionales*. Así lo cuenta Galdós:

"...vi a D. Nicolás ponerse el sombrero y descansar pausadamente de la Presidencia, seguido de los graves maceros. En el Banco Azul, Castelar, con semblante dolorido y actitud de suprema consternación, permanecía en su sitio como un estoico... el truculento general Sánchez Brega (ministro de la Guerra), en el azoramiento de su retirada forzosa, se dejó olvidada la chistera en el Banco Azul... otro ministro buscó refugio en las habitaciones altas... muchos diputados salieron por una ventana a Floridablanca...yo ví a D. Nicolás salir con el cuello del gabán levantado y tapándose la boca con un pañuelo..."

Y Galdós comenta con frases como estas:

"...Di a tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de... Pensaba yo en la grandes crisis de las naciones, la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente

deslavazadas y sosáinas... En aquel día tonto, el Parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel y el ejército suplantó, con sólo cuatro tiros al aire, la voluntad de la patria dormida... decía yo para mi sayo, mirando al porvenir 'Republicanos condenados hoy a larguísima noche: cuando veáis amanecer vuestro día, sed astutos y trágicos' "...

Hasta aquí Galdós. Recordemos que era invierno y hacía frío. Así se abandonó el Congreso y la primera República. Pero en 1936, también de madrugada, es verano y hace calor, y hay un ministro que, sin alzar la voz, sin discursos y sin artículos, se atreve a defender la segunda República a todo riesgo. Ha sido difícil hacerlo a bordo de los barcos, pero también va a serlo en Madrid. En efecto, hay 12,000 fusiles en un cuartel, pero sin cerrojos, que están en otro cuartel. Hay que llevar los cerrojos de un cuartel a otro, atravesando todo Madrid, con el pueblo en la calle. ¿Se imaginan Vds. lo que hubiese ocurrido en aquel Madrid si se empiezan a repartir fusiles inútiles, sin cerrojos y sin municiones? Pero todo hay que hacerlo con extraordinaria rapidez; no se olvide que el general Fanjul todavía está sublevado en el cuartel de la Montaña, en medio de Madrid, con muchos fusiles, con muchos soldados y hasta con más cerrojos para más fusiles de fuera; no hay que olvidar que el reparto de armas al pueblo es una medida osada a la que se opone mucha gente —sorprendería conocer detalles sobre esas resistencias—; hay que obrar con cautela, con celeridad y con energía. De ahí que lo primero de todo sea conseguir la rendición del cuartel de la Montaña, mientras fusiles y cerrojos salen de los cuarteles del Pacífico y del Príncipe. A pesar de estar sitiado por el pueblo, heroico pero todavía inerte, a pesar de los esfuerzos heroicos de algunos artilleros leales, la Montaña no se rinde. Recién llegado al palacio de Buenavista y mientras dispone los movimientos de fusiles y cerrojos, oye decir: "Sr. presidente, el cuartel se rinde con un bombardeo de aviación, pero no hay quién se atreva a dar la orden". ¡Otra vez el atrevimiento! Y por tercera vez se atreve con la orden decisiva, ahora para rendir el cuartel de la Montaña. Mientras tanto, los cerrojos han salvado todos los escollos, se han reunido con los fusiles y llegan a manos del pueblo: ha surgido el miliciano y la segunda República no se entrega.

Tres atrevimientos que dejan señalado el contraste histórico entre las dos Repúblicas. El 19 de julio, a diferencia del 3 de enero, no fue un día tonto; ni el pueblo ni los gobernantes fueron malos cómicos, ¡se sabían su papel! y lo desempeñaron con sangre, no con agua y azucarillos. Larguísima noche de 60 años llorando yerros, cuando la rueda de la historia les trajo por segunda vez al

punto crítico y vieron amanecer aquel día 19 de julio, los republicanos españoles parece que estaban dando realidad al imperativo histórico de Galdós: sed astutos y trágicos. Porque si grande fue el contenido trágico de esos tres atrevimientos decisivos, no menos grande fue la astucia que necesitaron, es decir, el valor técnico. Quizá sea justo pensar que semejantes atrevimientos puedan llegar a encabezar alguna vez una antología nueva sobre la "Técnica del Contragolpe de Estado". Si, para Curzio Malaparte, la técnica moderna del golpe de Estado está representada en las jornadas de octubre, en Petrogrado, por la preparación técnica de las brigadas especializadas que organizan Trotsky y Antonov Ovseenko para apoderarse de las comunicaciones, los acontecimientos de julio del '36, en el mar y en Madrid, no desmerecen en originalidad como un modelo de la técnica moderna del contragolpe de Estado. La mayor originalidad consiste en que es un Estado de izquierdas que se defiende del golpe de la derecha. El avezado conspirador incruento ha venido a ser el gobernante republicano astuto y trágico anhelado por Galdós. Por otro lado, esos atrevimientos representan un ejemplo del liberalismo moderno, encarnado en los republicanos españoles, que fijan una actitud, aparentemente contradictoria —y por eso, discutida y criticada— pero bien clara: la del hombre liberal, pacifista, humanista, que no ataca; que no hiere, que no acomete, que no ofende, pero que defiende sus derechos y su posición —que son los de los más, los de los humildes— en cualquier terreno y en cualquier forma, a todo riesgo, llegando hasta el extremo de la violencia si es necesario, para impedir que sea la violencia la que se imponga como régimen de gobierno y como norma permanente de vida.

Menester es insistir en que la segunda República no se entregó y que el contragolpe de Estado fue más eficaz y poderoso que el golpe de Estado, a pesar de la inmensa potencia que éste tuvo, sin precedente alguno. Y es necesario no perder nunca de vista el desarrollo de los acontecimientos, en sus fases bien deslindadas. Quizá nos ayude a esclarecer la situación el destino siguiente del jefe del gobierno. Al mes y medio de esas jornadas dramáticas, le plantea al Presidente de la República la conveniencia de dimitir y de ser sustituido por otra persona. Se podría presentar como un simple gesto de modestia de quien no tiene apetencia de mando ni de poder y que, considerando cumplida una misión circunstancial, se retira. Por otra parte, se podría interpretar —y quizá alguien llegó a suponerlo así por un momento— como un intento de fuga por temor tardío. Esta última hipótesis fue desechada en medio de intensa emoción cuando aclaró: "Propongo que me sustituya otra persona

en la dirección y yo mismo le daré toda mi colaboración en segunda fila". Pero lo importante no es la humildad del gesto ni la modestia de la actitud; lo importante es el significado, de mucho mayor alcance. Así razonaba: "El golpe de Estado ha fracasado; como simple golpe de Estado interno, lo hemos vencido. Pero, las cosas se complican fuera de España. Han aparecido moros en las tropas rebeldes: eso implica movilizar soldados extranjeros —súbditos del sultán de Marruecos— en un pleito interior. Como los moros no pueden pasar el Estrecho por mar, pues lo impide nuestra Marina leal, están pasando por aire transportados por aviones y pilotos alemanes; uno de ellos, equivocado, aterriza en Barajas; la policía ha encontrado pruebas del compromiso militar de los rebeldes con Mussolini y, de acuerdo con ese compromiso y con otro más secreto con los nazis, ya están llegando tropas italianas y más armas alemanas a través de Portugal. Frente a eso, las naciones demócratas niegan toda clase de ayuda, se resisten a vendernos cualquier tipo de armas; un gobierno de Frente popular, presidido por un socialista, más avanzado que el nuestro, en Francia, se niega a cumplir los tratados comerciales firmados con gobiernos derechistas de la República y su terquedad en no enviar las armas, ya pagadas y que teníamos previa obligación de comprar cuando no nos hacían falta, nos ha costado la caída de Irún. Los políticos franceses están acobardados por la presión inglesa, tiemblan y se estremecen, les llaman 'las lloronas'. Inglaterra está firme en dejar las manos libres a los matones del momento. La mejor solución sería intensificar y encauzar esa inmensa fuerza popular y conseguir armas donde se pueda. Para ambas cosas yo ya no sirvo: he agotado todas las posibilidades internacionales y carezco de popularidad de masas. Hay que encargar del gobierno al dirigente obrero más popular del momento: D. Francisco Largo Caballero, y yo me quedaré en el Gabinete como ministro sin cartera".

Y así se pasó a enfrentar el otro aspecto de nuestro conflicto, la conjura internacional contra la segunda República, lo que con frase afortunada el Presidente Avila Camacho designará más tarde como un "golpe de Estado internacional". Durante toda nuestra guerra internacional, el ex jefe del gobierno sigue al pie del cañón, como ministro sin cartera, como ministro de Estado, como encargado de canjes—interesante libro ignorado en las historias recientes, *Año y medio de gestión de canjes*—, como miembro del Consejo Superior de Guerra, como ejecutor de misiones especiales y reservadas. No descansa por nada: mientras sufre ataques de padecimientos dolorosos que le obligan a guardar cama, la operación de Teruel se tiene que planear alrededor de su lecho de enfermo donde acude a reu-

nirse el Consejo Superior de Guerra. Trabaja en segunda fila, sin descanso, sin desmayos, sin recelos, sin envidias, con entusiasmo. Qué entusiasmo el suyo cuando —a poco de dejar la jefatura del Gobierno— llega a Cartagena el vapor "Magallanes" . . . con armas de México. Qué importa que sea otro Primer Ministro el que recibe y maneja ese valioso refuerzo que va a servir para detener la marcha rebelde entre Toledo y Madrid. Se acuerda que, cuando decidió pedir armas a México, se rieron de él: si llegan, le decían, ya no estaremos aquí. En efecto, él ya no está en la Presidencia, pero la guerra sigue y esa oportuna llegada del "Magallanes" con los fusiles de México tiene varios significados. En primer lugar, representa la ayuda limpia, justa y desinteresada; es el primer gesto del Presidente Cárdenas. Por otra parte, su entusiasmo se basa en la forma en que ha pasado el Estrecho de Gibraltar, pues la aviación rebelde —ya descaradamente alemana e italiana— ha intentado hundirle y la escasa flota rebelde reforzada por barcos italianos ha tratado de cortarle el paso; pero el "Magallanes" pasó protegido por la Marina republicana, la de los fieles telegrafistas, la de los maquinistas y los auxiliares, la de los cabos y la marinería. El paso del "Magallanes" por el Estrecho fue una de las primeras victorias navales de la nueva Marina republicana.

Pero ya sabemos que ni los heroísmos de los marinos, ni los de todo el pueblo español, en el frente y en la retaguardia, ni la justicia de nuestra postura, ni la fuerza de nuestro derecho. . . pudieron impedir el triunfo del golpe de Estado internacional.

Exilio mexicano. Vuelta a la profesión: trabajo en laboratorios farmacéuticos. Vuelta a la vocación: enseñanza en el Instituto Politécnico Nacional, estudio de alimentos, iniciación de la escuela mexicana de químicos de alimentos: su primer discípulo, el Dr. Cravito, es ahora una autoridad internacional en química de la nutrición. Valor alimenticio de la parota y otras semillas mexicanas, como fuentes de proteínas. Estudios sobre el maíz.

Un día llega un profesor peruano de química a visitarle, porque tenía la curiosidad de ver como vivía, pues en Lima ha oído la radio de Madrid donde le describen viviendo en aposentos fastuosos con multitud de sirvientes. Por cierto, que quizá conozcan al locutor —nos dijo—; no sé si el nombre les puede decir algo, era un tal Pérez Madrigal.

Y surge otra vez la llamada de la política. 1945. Creación del Gobierno en el exilio; vuelve a ser Presidente. Ahora se trata de deshacer los estragos del golpe de Estado internacional en un nuevo teatro de operaciones. Intenta el "contragolpe de Estado internacional" en las recién nacidas Naciones Unidas. Se llega a constituir una

Comisión Especial Sobre España. La propaganda sobre la República peregrina y las esperanzas sobre su destino alcanzan el más alto nivel. Y eso que no hay medios para nada, salvo un arma poderosa, aunque difícil de manejar: la razón. ¡Cómo recuerda entonces al gran intelectual de la política republicana! ¡Cómo recuerda el anagrama que fulminó en el propio claustro de la Universidad salmantina sobre los militares ebrios de militarismo! ¡Qué satisfacción la suya porque lo más grande y definitivo que se ha dicho sobre nuestro conflicto lo dijo don Miguel y en Salamanca, en momentos dramáticos! Tan grande es que todavía flota en el ambiente como esperanza final.

Esa es su inspiración en esta nueva fase. Ellos —la otra España— han vencido por la fuerza bruta. Nosotros tenemos que convencer. Y se dedica a convencer pacientemente a todos los miembros de las Naciones Unidas. Contra las previsiones de todo el mundo, contra la opinión y hasta contra la gestión de algunos republicanos emigrados, casi solo, convence a las Naciones Unidas. Fue un triunfo personalísimo, triunfo de una firme voluntad, triunfo de una dialéctica esclarecida y tenaz, haber logrado aquel acuerdo de fines del '46 en que la Asamblea General de las Naciones Unidas, por mayoría de votos, acordó retirar las representaciones diplomáticas de Madrid.

Es difícil entender cómo, a raíz de ese extraordinario triunfo del humanista liberal, la emigración republicana lo retira de toda actividad política y lo envía al ostracismo. Pero también es difícil explicar cómo las propias Naciones Unidas tienen que hacer juegos malabares con sucios compromisos diplomáticos para olvidar aquel acuerdo y llegar un día en que ellas mismas voten la admisión de lo que antes repudiaron.

De nuevo a la vocación, de nuevo al laboratorio, ahora en la Universidad de México, Escuela de Ciencias Químicas. 14 años de profesor de tiempo completo en el viejo edificio de Tacuba. Nuevos estudios sobre el maíz, nuevos estudios de alimentos mexicanos, estudios buscando nuevas fuentes de alimentos, las levaduras como posibilidad alimenticia.

Lo mismo ahora en la Universidad que antes en el Politécnico, o que en su época española, tanto en la Universidad de Salamanca como en la de Madrid, sus alumnos de química nunca saben de su pensamiento ni de sus andanzas políticas: tiene alumnos de todas clases e ideas. En el magisterio y en la investigación científica su mejor lección será la de la democracia, la tolerancia y el liberalismo, lección eminentemente práctica, no teórica.

Por muchas cosas que pasen, es imposible resistir el anhelo de defender la justicia y la razón de la segunda República. Por eso,

cuando aparece en el mundo un grupo donde cree que puede hacer algo, allá va. Se llama el nuevo grupo "Congresos por la Paz". Allí acude y sigue convenciendo. Pero esos Congresos tienen cierto color: espíritus pequeños piensan y lenguas maliciosas dicen que el liberal humanista ya se echó a perder, que ya se adulteró y —achagues de vejez— se entregó para ser juguete del totalitarismo rojo. Y cuando alguien se lo dice, él contesta: "Voy allí porque es un lugar donde se entiende la justicia de la República española; donde representantes de 80 naciones —comunistas y no comunistas—, intelectuales, científicos, hombres de todas las razas y religiones, siguen creyendo en la República y nos apoyan. No puedo ser insensible a ese aliento. Pero el día que dejen de creer y de apoyarnos, dejaré de ir".

Y así lo cumplió. El último Congreso a que asistió —Viena, 1955— lo aprovechó para combinarlo con un viaje a Moscú y a Pekín. Es la última salida de D. Quijote al campo internacional. Iba profundamente preocupado; se temía lo que iba a ocurrir y quería evitarlo. Ya en Viena no pudo ver a quien más podía influir en una decisión: el delegado soviético; lo buscó en Moscú, tampoco dio con él, se escurría. Quiso presionar por reflejo desde Pekín; volando solo, cumplía 76 años en mitad de Siberia. Nada sirvió y, de regreso a México, la noticia fatal, definitiva: el régimen espurio de España es admitido en las Naciones Unidas. . . , con el voto de Rusia y de todos sus satélites, pero no con el de México. Continúa la conjura internacional contra la República española.

Tal como lo había anunciado, el mismo día que el régimen franquista fue consagrado en las Naciones Unidas, escribió a los Congresos de la Paz renunciando a su puesto directivo. Le contesta consternado el presidente: carta noble, apenada, es un científico eminente y se respetan los dos, es el físico francés Joliot-Curie. Pero también escribe a ese hombre clave que buscaba con ahínco en Viena y en Moscú, el delegado soviético: es el escritor Ilya Ehrenburg. ¿Por qué le busca con tanto afán y le persigue hasta obligarle a contestar? Sencillamente porque no le perdona que, años antes, cuando era el rebelde sin causa de la literatura contemporánea, tomase a broma nuestra República, la del primer bienio, la de la Constitución, la de los ideales puros. Tenía clavada en el corazón la espina del libro aquel que ya pinchaba con el título *España, República de trabajadores*. Nada menos que tomar a broma el artículo primero de la Constitución, para luego hablar de la República "de honrados profesores a quienes dan ganas de decir: roben pero gobiernen". El honrado profesor que no ha robado y que ha gobernado como ha podido, buscaba enfrentarse al deslenguado escritor para decirle: "No nos vuelvan a vender, ustedes, los que ahora gobiernan al mundo a fuerza

de andar robando ideales a los puros de espíritu, a los honrados profesores liberales que seguimos sin robar. No nos sacrifiquen otra vez". Y cuando el escritor soviético escribe lleno de prejuicios y explicaciones para explicar lo inexplicable —el sucio juego de los pasteleos y las componendas en la política de intereses— cobra realidad la metáfora que un día ideara otro puro ejemplar de la intelectualidad republicana, su gran amigo D. Mariano Ruiz Funes: el honesto profesor republicano mira de frente, con la cabeza alta y la mirada del escritor soviético se agacha, porque son muy pocos los que pueden resistir la mirada de frente de un republicano español.

Al cabo de cinco siglos, y en circunstancias similares, hay que repetir las mismas palabras del poeta humanista:

Que aunque la vida perdió,
Nos dejó harto consuelo
Su memoria.

Aventura del Pensamiento

ARTE Y METAFÍSICA EN WHITEHEAD

Por Jacobo KOGAN

I

Situación del pensamiento de Whitehead

EL prestigio de la filosofía de Whitehead va creciendo a medida que aumenta el número de los trabajos y estudios que la exponen y analizan, y con la difusión cada vez mayor de sus obras entre los pensadores de Europa y América.¹ Entre el copioso material de libros y comentarios se echa de menos, sin embargo, el examen de uno de los aspectos más notables y en cierto modo esenciales de su metafísica—acaso la más sólida y perdurable de nuestra época—, y es su relación con la estética y el arte.² Dos libros suyos entre los más importantes: *La Ciencia y el Mundo Moderno* y *Aventuras de las Ideas*, culminan en una exaltación del arte para la comprensión de la realidad y de su influencia en la vida humana; su obra más sistemática, *Proceso y Realidad*, se propone expresamente constituir una "crítica del sentir puro", de un sentir que abarca toda la realidad, en paralelismo con la *Crítica de la*

¹ En los últimos años aparecieron los siguientes estudios sobre la filosofía de Whitehead, para no referirnos más que a los trabajos más importantes:

IVOR LECLERC, "Whitehead's Metaphysics: An Introductory Exposition", New York, Macmillan, 1958.

WILLIAM A. CHRISTIAN, "An Interpretation of Whitehead's Metaphysics", New Haven, Yale University Press, 1959.

WOLFE MAYS, "The Philosophy of Whitehead", New York, Macmillan, 1959.

IVOR LECLERC (ed.) "The Relevance of Whitehead", London, Unwin Brothers, 1961.

ROBERT M. PALTER, "Whitehead's Philosophy of Science", University of Chicago Press, 1960.

² El único trabajo que conocemos es la colaboración de Eva Schaper en el volumen editado por Ivor Leclerc *The Relevance of Whitehead*, con el título de *Aesthetic Perception*. Charles Hartschorne declara también haber visto un manuscrito en el que se aplica la doctrina de Whitehead a la Estética, pero hasta ahora no ha sido publicado. (I. LECLERC, obra precitada, p. 22. nota.

Razón Pura de Kant, y en todas las demás publicaciones, especialmente en su último libro, *Modos de Pensamiento*, se pueden encontrar amplias referencias y fundamentaciones de índole estética. Poseemos, por lo demás, su propia manifestación de que sus meditaciones filosóficas se asientan en una teoría de los valores estéticos.³ Acaso se deba esta omisión al hecho de que, según observa uno de sus comentaristas, el pensamiento de Whitehead sobre cuestiones de estética es a la vez profundo y vago,⁴ pero creemos que la relevancia que él concede a estos temas en el conjunto de su sistema no sólo requiere una consideración detenida de ellos, sino que su desatención impide una comprensión cabal de la doctrina que integran.

La independencia singular del modo de pensar de Whitehead hace imposible situarlo dentro de ninguna corriente filosófica bien definida.^{4 bis} Es empirista y, según sus propias declaraciones, llegó a la concepción orgánica del mundo desde la física moderna;⁵ su doctrina es indudablemente una filosofía de la experiencia y se la suele incluir en la corriente neorrealista anglosajona; pero al mismo tiempo es racionalista tan radical que tacha de irracionalismo a la postura cientificista que se detiene ante los hechos como datos últimos, considerándolos impenetrables para la inteligencia, y Whitehead aspira a una cosmología ideal "penetrada enteramente por la razón", proclamándose resueltamente platónico, hasta el punto de que uno de sus destacados discípulos califica de neidealismo su filosofía.⁶

Este racionalismo sin restricciones no impide, sin embargo, la presencia en la doctrina de una vena mística, en tanto que parece concluir en la comunión con Dios, principio universal de la existencia, cuya naturaleza es irracional porque él mismo es principio de toda razón.^{6 bis} Se trata, sin embargo, de una concepción de la divinidad y de un misticismo muy particulares; según Mays la descripción de las relaciones entre Dios y el mundo en *Proceso y Realidad* puede ser traducida en el lenguaje del campo físico,⁷ y veremos que la visión del mundo de Whitehead es más estética que religiosa. En su metafísica Dios se asemeja al primer motor

³ Sc. and Ph. 138; RM, 105.

⁴ EVA SCHAPER, artículo citado.

^{4 bis} Cf. MARC-ANDRÉ BERA, "A. N. Whitehead (*Un Philosophe de l'Experience*)", París, 1948.

⁵ SMW, 153.

⁶ CHARLES HARTSHORNE, en *Philosophical essays for Alfred North Whitehead*, 1933, p. 215.

^{6 bis} SMW, 179.

⁷ MAYS, *ob. cit.*, p. 66.

de Aristóteles, en tanto que impulso formador del Universo, desvinculado de implicaciones éticas y religiosas propiamente dichas,⁸ es el orden concreto del mundo: tiene una naturaleza primordial, inconsciente, y una naturaleza consecuente, dotada de conciencia, siendo tan verdadero sostener que Dios creó al mundo como que el mundo creó a Dios.⁹ "Aristóteles, dice Whitehead, se vio en la necesidad de introducir un Primer Motor; su Dios correspondía a la física de aquel tiempo y no satisface a la actual". Dios es la cohesión estética del mundo... Todo orden es ante todo estético y el orden moral no constituye sino ciertos aspectos de aquél. El mundo actual resulta del orden estético, el cual a su vez procede de la inmanencia divina.¹⁰ Pero la inmanencia divina hace a Dios tan dependiente del mundo, como el mundo de Dios.¹¹ No hay ser ninguno, aunque fuera Dios que no tenga necesidad más que de sí mismo para existir.¹² Veremos cómo la postura estética acaba por lograr una preeminencia decisiva sobre toda implicación religiosa, la racionalidad sobre cualquier conclusión fideísta y la intuición artística sobre toda intuición mística.

El racionalismo sin cortapisas requiere un empirismo sin limitaciones. Este es el motivo por lo que el hombre de ciencia que fue Whitehead ataca a la filosofía científica por hacer alto, en el ejercicio de la racionalidad, frente a los hechos considerados como los datos últimos de la experiencia. "Desde los tiempos de Hume, señala, la filosofía científica en boga ha sido la de negar la racionalidad de la ciencia".¹³ En tiempo de Hume el orden de la Naturaleza era para los hombres de ciencia simplemente un artículo de fe.¹⁴ "San Anselmo habría sentido angustia si no pudiese encontrar un argumento convincente para demostrar la existencia de Dios, y en ese argumento basaba su edificio de la fe, en tanto que Hume funda su *Dissertation on Natural History of Religion* sobre su fe en el orden de la naturaleza".¹⁵

La filosofía científica presupone un orden de la naturaleza y no quiere ir más allá de los hechos irreductibles (*stubborn facts*), limitándose a aceptarlos como datos últimos sin fundamento en la razón. Esta actitud de prescindencia frente a los hechos tiene su origen, afirma Whitehead, en la física de Newton, que introdujo

⁸ SMW, 173.

⁹ PR, 528.

¹⁰ RM, 99 y 105.

¹¹ PR, 528.

¹² RM, 108.

¹³ SMW, 4.

¹⁴ SMW, 53.

¹⁵ SMW, 58.

en la naturaleza fuerzas desprovistas de valor y de sentido. "En la esencia de un cuerpo material —en su masa, movimiento, forma— no había ninguna razón para la ley de la gravitación".¹⁶ Creía poder desechar las hipótesis (*hypotheses non fingo*), pero en realidad forjaba las suyas, y así fue como extendió su formulación de la ley de gravedad más allá de los límites admisibles para su aplicación;¹⁷ sus fórmulas excedían la capacidad de la intuición analítica de su tiempo.¹⁸

Una naturaleza de la que se ha eliminado la finalidad y la valoración es una naturaleza muerta que a nada tiende, que no da razón alguna de sí misma. "Combinado Newton y Hume obtenemos un concepto infecundo: un campo de percepción desprovisto de todo dato para su propia interpretación y un sistema de interpretación desprovisto de toda razón para la reunión de sus elementos. Esta es la situación que la filosofía moderna, de Kant en adelante, ha procurado en distintos modos hacer inteligible. Mi creencia es que tal situación es una *reductio ad absurdum* y no debe ser aceptada como base de especulación filosófica".¹⁹

La física actual ha sido grandemente reconstruida, pero "algunos fragmentos de los conceptos newtonianos son tercamente retenidos".²⁰ La física de Newton se detenía ante partículas macizas últimas de materia como sostén inmutable de las propiedades físicas, que eran movidas por fuerzas externas en un espacio vacío. La ciencia actual ha desechado la noción de vacío como mero vehículo de las interconexiones espaciales y concibe el universo espacial como un campo de fuerzas; la materia se identifica con la energía y la energía es actividad pura.²¹ La física ha eliminado el espacio y la materia y se ha convertido en el estudio de las relaciones internas dentro de un estado complejo de actividad. Para la concepción moderna la realidad es proceso, actividad, cambio. Sin embargo, el irracionalismo newtoniano perdura aún en el supuesto de que podemos prescindir en nuestras consideraciones de toda interrogación por el sentido y el fin de esta actividad y la pretensión de explicar el mundo físico aislándolo por completo del mundo de la vida y de la inteligencia. "Esta actividad así considerada no revela ningún fundamento para su propia coherencia. Hay meramente una fórmula de la sucesión. Naturalmente, es

¹⁶ NV, 42.

¹⁷ FR, 52.

¹⁸ FR, 52.

¹⁹ NV, 43.

²⁰ NV, 44.

²¹ NV, 45/46.

siempre posible dejarse llevar a un estado de completa satisfacción por una irracionalidad última. La filosofía positiva adopta esta actitud".²²

La razón se nos presenta bajo dos aspectos esenciales: como una actividad operante en la existencia del cuerpo animal, y como abstraída de toda operación particular de la vida animal.²³ En este último modo de consideración, tenemos la razón teórica, que tiende puramente a la comprensión de la realidad. La primera es la razón pragmática, envuelta en la agitación del proceso real. No hay ni puede haber una separación tajante entre ambas formas de la racionalidad, y mucha confusión ha engendrado la inconsistente vacilación entre ambos puntos de enfoque sin coordinarlos.²⁴ "Hay una razón que se afirma por encima del mundo, y hay una razón como uno de los factores dentro del mundo. Los griegos nos han legado dos figuras cuya vida real o mitológica se ajusta a estas dos nociones: Platón y Ulises. El uno comparte el ejercicio de la razón con los dioses, el otro con los zorros".²⁵

En el terreno del saber, la razón pragmática elabora la metodología de ciencia y la razón teórica enjuicia los métodos con la necesaria amplitud de espíritu. La misión de la razón teórica dentro de la ciencia consiste en superar la estrechez de los que se sumen en un método y quedan incapaces para ver más allá del círculo restringido de su limitada tarea. "Algunos de los desastres más grandes de la humanidad han sido causados por la estrechez mental de hombres en posesión de una buena metodología".²⁶

La razón teórica necesita, sin duda, de la pragmática, como ésta necesita de aquélla. Una metodología exitosa en un campo del saber propende a erigirse con un dogmatismo obsecado en rectora de otras esferas en que es de todo punto inoperante. Un ejemplo patente de dogmatismo antiempírico procedente de una metodología exitosa lo tenemos en el empeño de los fisiólogos que quieren interpretar los fenómenos vitales como si en las transformaciones de la materia y energía que constituyen las actividades del cuerpo animal no existieran más que aquellas que rigen las actividades de la materia inorgánica,²⁷ no obstante todas las evidencias de que algo totalmente distinto obra en los seres vivos. Y la eliminación de la finalidad causal en la metodología se traslada insensiblemente incluso a la conducta humana mediante la interpreta-

²² NV, 62.

²³ FR, 9.

²⁴ FR, 10.

²⁵ FR, 10.

²⁶ FR, 12.

²⁷ FR, 12.

ción de las formas superiores por las inferiores sobre la base de la idea de la evolución. "¿Y por qué no invertir el proceso? Parecería más sensato, más genuinamente empírico dejar que cada especie viviente haga su propia contribución a la prueba sobre los factores que operan en los seres vivos".²⁸ El Universo interpretado exclusivamente en términos de eficiencia causal y de interconexiones meramente físicas presenta insolubles contradicciones. Tal interpretación hace caso omiso de los hechos empíricos y constituye un acto de suicidio lógico.²⁹

En los cuerpos vivos se constatan, palmariamente, actividades gobernadas por una finalidad. Whitehead estima más congruente invertir la analogía y sostener que el mundo físico se configura en virtud de alguna operatividad difusa e inferior de la misma energía que crea la vida y la inteligencia.³⁰

La recusación de todo propósito en el Cosmos data de Francisco Bacon, a comienzos del siglo XVII, y como recurso metodológico había obtenido indudable éxito si restringimos la atención a algunas esferas circunscritas. Actualmente la función de la razón exige que se ponga el énfasis y se haga resaltar la necesidad de tomar en consideración las causas finales,³¹ debiéndose insistir en que la doctrina pragmática prohíje este criterio. Porque es preciso distinguir entre la autoridad de la ciencia en la determinación de su metodología, y su autoridad en la determinación de las últimas categorías de explicación.³² Una cosmología satisfactoria debe dar cuenta del entrelazamiento de la causalidad final y la eficiente.³³ Tiene que abandonar la idea de meros hechos desprovistos de valor intrínseco, de razón y de finalidad.

La física newtoniana veía en los átomos macizos los elementos ante los cuales debía detenerse la labor de la inteligencia. La desaparición de las partículas sólidas y pasivas de la ciencia contemporánea ya no permite hablar de una materia impenetrable, y el proceso fluyente de la energía no sólo admite sino que aún requiere la dilucidación por medio de la inteligencia del sentido de este movimiento. "La experiencia mental se halla integrada con la experiencia física... Es la experiencia de formas de definición desconectadas de toda experiencia física particular, pero con evaluación del modo en que estas formas *pueden* contribuir a tal

²⁸ FR, 15.

²⁹ FR, 25.

³⁰ FR, 26.

³¹ FR, 26.

³² FR, 27.

³³ FR, 28.

experiencia".³⁴ "La forma más baja de experiencia mental es el impulso inconsciente hacia *una forma* de experiencia, esto es, hacia una forma de realización".³⁵

La realidad como proceso energético no fluye de un modo informe, sino que se organiza en estructuras definidas, que califica la inteligencia. Son las ideas platónicas, los universales del medioevo,³⁶ las configuradoras de los hechos de la naturaleza. En la experiencia física, estas formas son los factores de definición; en la experiencia mental, esto es, en tanto que pensamientos puros, las formas enlazan los sucesos inmediatos con sucesos por venir. Son las tendencias o direcciones de la energía física, su "apetición" de formas.³⁷ En los grados más altos de la experiencia intelectual aparece la razón como crítica de las apeticiones.³⁸

La irrecusable finalidad en la naturaleza y la necesidad de armonizar la interpretación del mundo físico con el mundo biológico, la eficacia causal con la eficacia final, lleva así a Whitehead a la aseveración de la immanencia de la razón en la naturaleza como instancia configuradora de ésta en las formas platónicas en cuanto a los hechos físicos ya cumplidos, y encauzadora de los sucesos tanto físicos como biológicos por medio de tendencias definidas de cumplimiento. La forma más baja de mentalidad ya se encuentra en la mera apetición hacia algo que tenga forma definida—lo cual ha de admitirse como propiedad de todo lo real—y su manifestación más alta aparece en la conciencia humana en tanto que razón dueña de sí, capaz de regir a los impulsos ciegos de apetición.

La distinción entre razón práctica y razón teórica es por una parte relativa y por otra radical. La primera tiene por fin los descubrimientos aislados y la clarificación de las metodologías. En este aspecto la razón es la iluminadora de los propósitos, con miras a hacerlos efectivos: es su función vinculada con la leyenda de Ulises. La segunda está relacionada con toda la obra de Platón. En esta segunda función la razón se entroniza por encima de las tareas prácticas que nos mantienen vivos y persigue, con desinteresada curiosidad, una comprensión del mundo. Es la razón especulativa.³⁹

El enlace entre ambas funciones se efectúa en forma de coope-

³⁴ FR, 32.

³⁵ FR, 32.

³⁶ FR, 32.

³⁷ FR, 32.

³⁸ FR, 33.

³⁹ FR, 38.

ración: mientras que la razón especulativa aporta el cúmulo de la comprensión teórica que en los momentos críticos permite el paso a nuevas metodologías, la razón práctica le proporciona la materia prima necesaria para que aquélla lleve a buen fin su tarea. La nota que esencialmente distingue a ambas es la que media entre las operaciones racionales regidas por los propósitos de algún interés externo y las que domina la satisfacción inmediata emergente de su propio ejercicio. La veracidad, por ejemplo, como factor inherente al respeto de sí mismo, dimana de un aprecio de la razón por sí misma; en tanto que la veracidad como medio por lo general necesario para una vida feliz se inspira en el concepto de la razón como instrumento para fines ajenos a ella misma.⁴⁰

Es la razón especulativa la que vela por el progreso de la ciencia mediante su actividad teórica; porque si bien la práctica contribuye en la elaboración de los métodos, tiende a inmovilizarse en sus hábitos mentales y se opone a todo cambio. Es el origen del oscurantismo. Los oscurantistas de una generación se componen de la mayoría de los practicantes de la metodología dominante en esa época. En un tiempo los oscurantistas pertenecían al clero, que con la defensa del método teológico se oponía al surgimiento de la ciencia positiva; actualmente los oscurantistas son los científicos,⁴¹ que se obstinan en sus métodos válidos en un campo restringido y combaten la libre especulación filosófica que busca métodos más adecuados a los nuevos descubrimientos metafísicos. La ciencia se había desarrollado bajo el impulso de la razón especulativa, el afán de conocimientos objetivos. Después de Newton se encerró en una metodología estrecha⁴² presuntivamente sólo atenta a la descripción de los hechos observados y repudiando toda metafísica. Pero en verdad opera con presupuestos metafísicos implícitos como la generalización inductiva y la introducción de nociones tales como lo observable y lo observado, lo cual excede con mucho la mera descripción y emplea la especulación. "Y el hecho es que la extensión especulativa más allá de la observación directa indica cierta confianza en la metafísica, por muy vagamente que estos conceptos metafísicos aparezcan en el pensamiento explícito. Nuestro conocimiento metafísico es ligero, superficial, incompleto. Por eso penetran en él los errores. Pero tal como es, la comprensión metafísica guía a la imaginación y justifica los propósitos. Sin presuposiciones metafísicas no puede haber civilización."⁴³ "Suponga-

⁴⁰ FR, 39.

⁴¹ FR, 44.

⁴² FR, 51.

⁴³ AI, 163/64.

mos que hace cien mil años nuestros antepasados hayan sido sabios positivistas. Ellos no hubieran buscado razones; hubieran observado los puros hechos sin proponerse ver en ellos el desarrollo de algo necesario. No habrían buscado ninguna razón por debajo de los hechos observados inmediatamente. La civilización nunca se hubiera desarrollado".⁴⁴

El antagonismo entre la ciencia y la metafísica, como todas desavenencias familiares, ha sido desastrosa.⁴⁶ Fue provocada por el oscurantismo de los metafísicos a fines de la Edad Media. El resultado fue la separación entre ciencia y filosofía, la primera bajo el imperio del materialismo newtoniano convertida en ciencia natural, contrapuesta a la "ciencia moral", que se abandonaba la filosofía. Este antagonismo produjo limitaciones desdichadas en el pensamiento de ambas. La filosofía dejó de sostener su generalidad propia y la ciencia natural se contentó con el círculo estrecho de sus métodos.⁴⁶ La tesisura oscurantista de la ciencia puede resultar desastrosa en el retardo del progreso.⁴⁷ El rechazo de cualquier fuente de información es siempre una deslealtad al racionalismo básico, que es el resorte del avance tanto de la filosofía como de la ciencia. "Todo razonamiento desprovisto de alguna referencia metafísica es defectuoso".⁴⁸

"Ninguna ciencia puede ser más segura que la metafísica inconsciente que ella tácitamente presupone".⁴⁹ Y es el caso que la ciencia actual se apoya exclusivamente sobre la percepción sensorial, con lo que da lugar a una metafísica falsa.⁵⁰ El racionalismo cabal de Whitehead se alía con un empirismo radical; su crítica implacable a todo intento de poner límites a la razón se asocia con la reclamación de un concepto amplio de la experiencia. Y demuestra que la experiencia más inmediata y total no procede de los datos de los sentidos, sino que éstos derivan su evidencia de una fuente más próxima a la realidad y más profunda.

"El término de experiencia es el más engañoso en filosofía".⁵¹ Hay un modo convencional de comprender la experiencia, tácitamente admitido, como un saber consciente y claramente delimitado de objetos nítidamente recortados con claras conexiones entre ellos. Es la concepción de una experiencia definida, pulcra, ajus-

⁴⁴ NV, 62.

⁴⁵ FR, 49.

⁴⁶ FR, 61.

⁴⁷ FR, 61.

⁴⁸ AI, 197/98.

⁴⁹ AI, 197.

⁵⁰ AI, 281.

⁵¹ S, 16.

tada, uniformemente luminosa. Ningún concepto puede ser más alejado de la verdad.⁵²

Si prestamos atención a la manera como tomamos conciencia de lo que nos rodea, echaremos de ver fácilmente que al pronto sólo emergen a la claridad de la percepción algunos pocos objetos que se hallan oscuramente conectados con otros vagamente aprehendidos, y esta vaguedad se desvanece imperceptiblemente en un sentimiento indiscriminado.⁵³ Podemos suponer un límite de tal experiencia indiscriminada la que se da en los animales inferiores, donde no hay iluminación de la conciencia, ni ilustración de formas, ni propósito definido. En los seres desprovistos de órganos sensoriales sólo habrá un impulso totalmente inconsciente originado en un vago sentir proveniente del pasado inmediato.

Nosotros nos hallamos integrados al medio ambiente lo mismo que los animales inferiores y experimentamos los efectos de este medio sobre la totalidad de nuestro organismo; sin embargo, pensamos como si estos efectos sólo los sintiéramos por los cinco sentidos. Pero "es un hecho evidente de la experiencia que las aprehensiones del mundo exterior dependen enteramente de sucesos que se producen en nuestro cuerpo. Efectuando en su cuerpo apropiados ajustes, puede un hombre ser puesto en condiciones de percibir, o de no percibir, casi todo lo que se quiera".⁵⁴ Tenemos que admitir que el cuerpo es el organismo cuyos estados regulan nuestro conocimiento del mundo. La unidad del campo perceptual tiene que ser, por tanto, una unidad de la experiencia corporal. Al darnos cuenta de la experiencia corporal, tenemos que darnos cuenta también de los aspectos de todo el mundo espacio temporal reflejado dentro de la vida corporal".⁵⁶

La desastrosa separación entre cuerpo y espíritu introducida en el pensamiento europeo por Descartes ha impedido una comprensión adecuada de la experiencia inmediata. "El individuo humano es un hecho único que comprende cuerpo y alma. Tengo una sensación y el cuerpo es mío. Además, los fenómenos corporales tienen una influencia más amplia que la mera producción de la experiencia sensible. Nos encontramos gozando una vida sana debido al funcionamiento normal de nuestros órganos internos: corazón, pulmones, intestinos, riñones, etc. Ese estado emocional surge debido a la falta de sensaciones directamente asociadas a estos órganos. Aun con la vista, disfrutamos de nuestra visión porque no

⁵² FR, 78.

⁵³ FR, 78.

⁵⁴ SMW, 92.

⁵⁶ SMW, 93.

sufrimos ninguna molestia ocular. De igual modo, disfrutamos de nuestro estado general de salud porque no tenemos ningún dolor de estómago. Disfrutar de salud, buena o mala, es una sensación positiva que sólo accidentalmente está asociada a un sentido particular. Por ejemplo, podemos gozar de lo bien que funcionan nuestros ojos aun cuando estemos mirando una mala figura o un edificio vulgar. Esta sensación inmediata de que la emoción deriva del cuerpo se halla entre nuestras experiencias fundamentales".⁵⁶

Del mismo modo que nada nos autoriza a admitir una separación entre alma y cuerpo, entre psique y soma, tampoco existe, si nos fijamos bien, una separación total entre nuestro cuerpo y el ambiente que nos rodea. "De acuerdo al conocimiento que tenemos del cuerpo, éste es una unidad compleja de fenómenos dentro del campo más extenso de la naturaleza. Pero su delimitación del resto de la naturaleza es extremadamente vaga. El cuerpo consiste en el funcionamiento coordinado de billones de moléculas. Pertenecer a la esencia estructural del cuerpo estar siempre perdiendo y ganando moléculas en número indefinido de maneras. Cuando consideramos la cuestión con exactitud microscópica, no hay límite definido que determine dónde comienza el cuerpo y termina la naturaleza externa... Hay, pues, unidad de cuerpo y medio ambiente así como hay unidad de cuerpo y alma en cada persona".⁵⁷

La experiencia de la realidad que nos circunda empieza, pues, con los efectos que el cuerpo en su conjunto siente como un suceso que ocurre en el medio ambiente, y los datos de los sentidos son esquematizaciones de esta experiencia integral inmediata. Los datos de los sentidos pueden engañarnos y el animal ya está expuesto a los engaños de la apariencia y al error, pero no así la acción y reacción física, que es realidad pura, sin interpretación, y lo mismo ocurre también con los efectos que experimentan los organismos inferiores que aún no poseen órganos de sentidos especializados.

Whitehead distingue así en la experiencia sensorial la *eficacia causal*, que es la acción directa del medio ambiente sobre el cuerpo, y la *inmediatez presentacional*, que es la percepción del dato por el órgano del sentido. Como la realidad se halla en un constante proceso de evolución de la energía, lo que primeramente sentimos es el efecto dinámico causal en el tiempo, y luego el dato sensorial como algo fijo en el espacio. Este dato ya constituye una referencia simbólica de aquel efecto, pues *lo significa* y puede inducir

⁵⁶ NV, 76/77.

⁵⁷ NV, 78/79.

a equivocación, porque involucra una acción mental interpretativa de lo experimentado.

Y hay algo más aún, que nadie advirtió, aunque tácitamente y aun explícitamente lo admitieron todos, y es que antes que nada percibimos la actividad de nuestros sentidos mismos. En su crítica de la idea de causalidad, afirma Hume: Si percibimos por la vista, debe ser un color; si por los oídos, un sonido; por el paladar, un sabor; y así por los demás sentidos. De este modo, observa Whitehead, sosteniendo que no percibimos la causalidad, lo presupone tácitamente. Porque ¿cuál es el significado de *por* en "por los oídos", "por el paladar"? Su argumento presupone que los datos de los sentidos, funcionando en inmediatez presentacional, son "dados" en razón del funcionamiento de los "ojos", "oídos" y "paladar" en eficacia causal. Dicho de otro modo, su argumento se halla envuelto en un regreso vicioso. Porque debe volver a comenzar con los ojos, los oídos y el paladar; tiene que explicar también el significado de "por" y "debe ser" en un sentido que no destruya su argumento.⁵⁸

Hay una experiencia previa a la percepción de los *datos* de los sentidos y es la del funcionamiento de los *órganos* de los sentidos, el ejercicio de nuestra actividad sensorial. La eficacia causal es condición previa de la inmediatez presentacional, y si atendemos a este hecho comprobaremos que tenemos una percepción de la causalidad misma, la cual no es una mera "idea", sino una experiencia vivida. Nuestra percepción consciente deriva así de un estado inmediatamente anterior que no es consciente;⁵⁹ nuestra aprehensión mental se halla precedida por una experiencia corporal: la actividad de nuestro aparato percipiente.

Y hay más aún: la experiencia consciente del momento actual tiene una segunda fuente en nuestro propio estado mental inmediatamente anterior en el tiempo. "Hace un cuarto de segundo teníamos tales o cuales ideas, gozábamos de tal o cual emoción y hacíamos tales o cuales observaciones de la realidad externa. En nuestro presente estado mental *continuamos* el estado anterior".⁶⁰ Mientras pronuncio una frase, la segunda mitad de ella sigue determinándose por la primera y yo tengo una percepción de la continuidad de mi actividad mental que desarrolla el pensamiento contenido en esta frase (obsérvese la similitud con la "retención" de Husserl); o bien, un sentimiento de cólera me domina y yo percibo la continuación de este sentimiento en mí como la persistencia

⁵⁸ S, 51.

⁵⁹ NV, 77.

⁶⁰ NV, 77.

del mismo desde el fragmento de segundo inmediatamente anterior. He aquí otro ejemplo patente de percepción no sensorial.⁶¹ "En la medida en que este sentimiento ha caído dentro de la iluminación de la conciencia, disfruta (el hombre) una percepción no sensorial de la emoción pasada. Disfruta esta emoción a la vez objetivamente, como perteneciendo al pasado, y formalmente, como continuación en el presente. Esta continuación es la continuidad de la naturaleza. La percepción sensorial es uno de los aspectos de la continuidad de la naturaleza".⁶²

Y no sólo es la percepción sensorial una experiencia segunda, sino también la más superficial. La inmediatez presentacional nos ofrece el dato como la cualidad de una sustancia impenetrable e irreductible, que queda sumida para siempre en el misterio para la inteligencia, según la concepción del cientificismo materialista. La doctrina de Whitehead de que la realidad es un proceso energético, de conformidad con la teoría física actual, desecha la que concebía el átomo como una sustancia, a la que hallaba también su aplicación la lógica aristotélica de sujeto-predicado. La naturaleza se compone, no de átomos materiales, sino de sucesos dinámicos que Whitehead designa con los términos de "actualidades" o "entidades actuales", o también "ocasiones de experiencia". La conexión entre estos elementos energéticos últimos e individuales no se efectúa, como en las sustancias a las que se añaden cualidades aisladas, por relaciones externas, sino por relaciones internas entre centros de fuerzas que se suceden en el tiempo, interpenetrándose. Con anterioridad a la percepción sensorial cognoscitiva existe lo que Whitehead denomina la "prehensión" de una entidad actual por otra; que no consiste en experimentar una cualidad separada de una sustancia exterior, sino en una recepción global del objeto que se le transmite por una suerte de pulsación universal en la que la entidad actual del pasado inmediato pasa íntegramente a la entidad actual presente, y ésta absorbe plenamente a aquélla obteniendo así de la misma una experiencia total.

Whitehead formula esta teoría como una ampliación de la doctrina cartesiana. Considera que Descartes dio un gran paso adelante al sentar el principio de que "las sustancias que son los sujetos capaces de experiencia consciente proporcionan los datos primarios para la filosofía, esto es, a ellos mismos en tanto que gozan de tal experiencia. Este es el famoso sesgo subjetivista que penetró en la filosofía moderna a través de Descartes. Con esta doctrina Descartes hizo sin duda el descubrimiento filosófico

⁶¹ AI, 234.

⁶² AI, 236.

más grande desde los tiempos de Platón y Aristóteles. Porque esta doctrina se contraponía directamente a la noción de que la proposición 'esta piedra es gris' expresa una forma primaria del hecho conocido del que la metafísica puede iniciar sus generalizaciones".⁶³

Esto es, si se admite el principio subjetivista de que el dato primario es el sujeto que experimenta, las categorías de sustancialidad deben ser desechadas; "si el goce de la experiencia es el hecho subjetivo constitutivo, estas categorías han perdido todo derecho a poseer un carácter fundamental en la metafísica".⁶⁴ Porque "el sujeto que experimenta sus objetos como" no puede válidamente ser analizado por medio de estas categorías, pues ni los objetos ni sus caracteres pueden ser "cualidades" del sujeto que experimenta.⁶⁵

Y, sin embargo, Descartes sigue concibiendo como sustancias a los sujetos y como sus cualidades a las *cogitationes* de la mente; de donde se sigue lógicamente una teoría representativa de la percepción, y el mundo exterior sólo puede quedar convalidado por un acto de fe.

La reforma que aporta Whitehead al principio subjetivista de Descartes consiste en mostrar que es necesario admitir que el contenido de la experiencia no es solamente una cualificación subjetiva de la mente, sino que se integra con la inmanencia de los objetos exteriores en el acto de experimentar. "El descubrimiento de Descartes del lado del subjetivismo requiere ser equilibrado por un principio 'objetivista' en lo que respecta al dato de la experiencia".⁶⁶

El principio subjetivista cartesiano es así complementado con un principio objetivista que incluye en la experiencia el dato mismo que en la doctrina de Descartes se reducía a un elemento de representación de la experiencia. El objeto mismo de la experiencia, las cosas externas, son en cierto modo inmanentes en la ocasión de experiencia subjetiva. No hay objeto sin sujeto; pero el objeto no es una mera representación del sujeto, sino algo dado realmente y que, sin embargo, participa no como una cualidad, sino como una "sustancia" en el experimentar. Es que lo que separa al sujeto del objeto no es la categoría de sustancia, sino el momento temporal. El objeto es una entidad *antecedente*, y se transmite, es *dada* al sujeto en el proceso del devenir. "El objeto debe ser así

⁶³ PR, 241.

⁶⁴ PR, 241.

⁶⁵ Cf. I. LECLERC, *Whitehead's Metaphysics*, p. 120.

⁶⁶ PR, 243.

una cosa recibida, pero no puede ser ni un *modo* de recepción ni una cosa *engendrada* en esa ocasión. El proceso de la experiencia se constituye por la recepción de objetos dentro de la unidad de la compleja ocasión que es el proceso mismo. El proceso se crea a sí mismo, pero no crea los objetos que recibe como factores dentro de su naturaleza propia".⁶⁷

La doctrina de Whitehead es, por tanto, que la experiencia es fundamentalmente una actividad de "recepción" y de "inclusión" de entidades como objetos.⁶⁸ Lo subjetivo es lo verdaderamente actual, pero lo objetivo vive enteramente en lo subjetivo como la sangre que se transmite de un latido a otro en las arterias. Lo que acontece realmente en el acto de la percepción sensorial es el efecto causal del dato sensible sobre el órgano del sentido en el tiempo, y la inmediatez presentacional con que se percibe la cualidad como contemporánea y permanente no es sino una referencia simbólica, una interpretación, de la experiencia viva del proceso. Objeto y sujeto son igualmente reales; sólo se distinguen por su sucesión temporal. El sujeto dinámico constitutivo de una entidad actual individual pasa al instante subsiguiente en su integridad como objeto para un nuevo sujeto emergente. Los sujetos nacen de los objetos y pasan a formar nuevos objetos; los objetos son recogidos por los sujetos y los transmiten a otros sujetos que les suceden en el avance temporal del proceso.

No acaba aquí aún la complejidad de la experiencia como la concibe Whitehead. Lo que llama prehensión no consiste en sufrir pasivamente un efecto, sino involucra finalidad y elección. Los prehensores son las "cosas realmente reales del universo en desarrollo, sumergiéndose ininterrumpidamente en el progreso creador". Estos elementos últimos son las entidades actuales individuales que sustituyen a los átomos de la física clásica. Whitehead estima que una interpretación coherente de la realidad debe admitir que hay un sentir difundido en todos los elementos del universo y que hay un propósito en todos los acontecimientos. Se cree autorizado a sostenerlo sobre la base de la generalización de nuestra experiencia humana y de la observación de los seres vivos; y declara ineludible afirmarlo en una concepción metafísica que tome en cuenta la totalidad de los hechos de la experiencia. Debemos apoyarnos en la experiencia más vasta y compleja, y en las formas superiores que hallamos en los seres animados y hasta en el ser humano, si queremos dar cuenta de las fuerzas que operan en la

⁶⁷ AI, 229.

⁶⁸ Cf. I. LEGRERC, *op. cit.*, p. 122.

naturaleza; y es más legítimo suponer que las actividades más altas, como la vida y la inteligencia penetran todo lo real en mayor o menor grado, que reducir las superiores a las inferiores. En el hombre encontramos una riqueza más vasta de manifestaciones y por eso mismo es de él de donde tenemos que partir para comprender todo los demás. En lo cual Whitehead entiende coincidir con Locke.^{68bis}

No es preciso, sin embargo, entender por "finalidad" un designio consciente, sino "la exclusión de ilimitada riqueza de potencialidades alternativas y la inclusión de ese definido elemento de novedad que constituye la manera escogida de tomar en consideración aquellos datos en el proceso de unificación".⁶⁹ Dentro del sin fin de posibilidades de lo que puede ocurrir, se configuran sucesos determinados que excluyen los demás, y aparece la creación de hechos nuevos en el desarrollo del mundo. Whitehead desecha la idea de que un absurdo azar dé nacimiento a este orden de sucesos y estos hechos nuevos que implican la introducción de renovada intensidad en el proceso creador.

La ciencia basada en la percepción sensible omite toda discriminación entre las actividades fundamentales del interior de la naturaleza; la ciencia no encuentra ninguna experiencia individual en la naturaleza ni puede encontrar ninguna finalidad en ella. Y es porque sólo toma en consideración la mitad del testimonio que proporciona la experiencia. "Divide la túnica inconsutil; o para sustituir esta metáfora por una más feliz, examina la envoltura, que es superficial, y desatiende el contenido, que es fundamental".⁷⁰

La percepción sensible no revela, ciertamente, ninguna finalidad, pero nosotros no sólo tenemos la experiencia inmediata de los propósitos de nuestra voluntad, sino que damos por supuesta la finalidad en el estudio de las actividades humanas y aun en todas las funciones orgánicas. "Nosotros tenemos *inmediata* conciencia de nuestros propósitos como *directivos* de nuestras acciones y presuponemos habitualmente como una dirección mental de los fenómenos cosmológicos".⁷¹

Es que la división entre espíritu y naturaleza es tan inconsistente, para Whitehead, como la del cuerpo y alma, pues "no se apoya en ninguna observación fundamental. Nos encontramos vi-

^{68bis} PR, 172.

⁶⁹ NV, 67.

⁷⁰ NV, 69/70.

⁷¹ NV, 72.

viendo en la naturaleza...; deberíamos concebir las operaciones de la mente como elementos constitutivos de la naturaleza".⁷²

La inteligencia resulta así inmanente a la naturaleza en la filosofía del organismo, procedente del saber empírico, lo mismo que lo era para la filosofía de Shelling, de estirpe idealista. Toda su doctrina de los objetos eternos, las ideas platónicas, como vamos a ver, se asienta en esta doctrina de la inmanencia del pensamiento en el proceso de la realidad. La función de las ideas es dar forma, configurar el proceso en actualidades definidas, lo que involucra a la vez la dirección de este proceso hacia realizaciones determinadas. Las ideas demarcan la finalidad del proceso creador.

La racionalidad sin cortapisas y el empirismo radical que abarca la integridad de la experiencia conducen así a Whitehead a sustituir la teoría del universo mecánico de la ciencia por la de un universo orgánico, como un proceso viviente que incluye la inteligencia y contiene una finalidad en su desarrollo. Esta finalidad estriba en la creación inagotable de novedad por los elementos individuales, que son "las cosas realmente reales", las entidades actuales o sucesos de experiencia.

II

La filosofía del organismo

INTENTAREMOS ahora dar una visión conjunta de esta filosofía orgánica. Sus notas esenciales son la procesualidad y el tiempo como dimensión básica de la estructura del mundo. El organismo universal se compone como ya sabemos, de unidades atómicas, individualidades dinámicas, las *entidades actuales*, que no deben pensarse como sustancias *provistas* de energía, sino como unidades de energía en evolución, animadas de vida y dirigidas a una meta de realización, y que una vez cumplida esta meta, esto es, su ciclo vital, se transmiten globalmente a las entidades actuales que les suceden, las cuales las absorben mediante un acto asimismo dotado de finalidad, que es la *prehensión*. Este término proviene del empleo que hace Leibnitz de los conceptos de percepción y apercepción; e implicando "aprehensión" *comprensión* total, Whitehead suprime la "a" inicial con el fin de eliminar la connotación de conciencia, ya que la "prehensión" puede ser también, y lo es por lo general en su doctrina, preconsciente y aun inconsciente.

⁷² NV, 72.

Descartada toda interpretación de los átomos a modo de puntos fijos o de materia provista de cualidades y sobre la cual actúan fuerzas desde lo exterior, los elementos últimos de la realidad, las entidades actuales o sucesos o también ocasiones de experiencia, vienen a ser entes constituidos sólo de energía y, por ende, totalmente penetrables, puesto que carecen de núcleo sustancial y, por lo mismo, en contacto, en mayor o menor grado, con todas las demás entidades actuales del universo.

Pero si bien la entidad actual carece de núcleo sustancial, no por eso deja de poseer coherente unidad y carácter privativo; por el contrario, es una individualidad bien definida, con desarrollo y finalidad propias. Tiene una existencia microscópica y entra a formar parte del universo macroscópico. Su desenvolvimiento toma parte, pues, en dos procesos: el de su realidad procesual, subjetiva, por ser sujeto, y el de su "inmortalidad objetiva", que es su inclusión íntegra en la entidad actual que laprehende, con lo cual va formando el proceso universal. En tanto que un átomo material, según la concepción antigua, sólo era capaz de transmitir a otro átomo alguna de sus cualidades o fuerzas, y un ser viviente sólo compartir con otro alguno de sus sentires, la entidad actual penetra totalmente en la que le sucede mediante el acto de la prehensión y continúa viviendo, aun acabado su ciclo vital, en la que prehensivamente la absorbe, incluyéndola en el nuevo ciclo que inicia.

El enlace es, como se ve, temporal: la entidad pasa a la otra que la incorpora a sí, sucediéndola. Esta es su participación en el proceso macroscópico; pero su proceso o desarrollo microscópico o interno no acontece *en el tiempo*, sino que es la que origina el tiempo. La entidad actual comienza un movimiento de realización subjetivo tendiente a constituir su ser, con una finalidad propia, y su existencia individual culmina con la satisfacción de esta tendencia. Entre su nacimiento y su muerte subjetivas, sólo ocurre una cosa: ella misma. Su vida es como el surgimiento de una onda que alcanza su culminación en el nacimiento de otra onda y con esta otra se confunde. En su acabamiento alcanza la objetividad, pues sólo a partir de su cumplimiento es algo definible. El *es*, señala sin embargo el fin de su *actualidad*, de su realidad viviente, pues la vida es proceso, devenir; en tanto que *ser* sólo es existencia objetiva, y la objetividad no es realidad propia, actual, efectiva, sino ser pasivo *en otro*, desaparición como existencia autónoma. La entidad cumplida perdura, ciertamente, en la entidad actual que está en proceso de desarrollo vital, y de ahí su inmortalidad objetiva, pero ya no vive para sí misma, sino al servicio de la finalidad de la otra ocasión actual que la ha prehendido.

El proceso microscópico no está en el tiempo, porque no constituye un desenvolvimiento de algo que permanece mientras cambian sus cualidades en una extensión temporal uniforme, sino que es el desarrollo de una entidad en movimiento ininterrumpido que tiende a la formación de sí misma y no goza jamás de un instante de permanencia, salvo en cuanto a su destino en último término indefinible, pero que sólo se va cumpliendo a través del proceso: empieza como pura "aspiración subjetiva", se va formando bajo el signo de esta aspiración y logra el cumplimiento de la meta así fijada en la "satisfacción final", que es también su muerte subjetiva, el fin de su vida actual. De sujeto de aspiración se convierte en "superjeto" realizado, pero sujeto y superjeto no se hallan separados por el tiempo mensurable que les sirviera de ruta unidimensional, sino que es este proceso el que engendra el tiempo pleno. Desde el nacimiento a la muerte subjetivas de la entidad actual no ha transcurrido nada, fuera del paso de la pura subjetividad a la definida objetividad de un ente que en ningún momento *fue*, sino que devino ininterrumpidamente; que no tuvo ningún instante de permanencia de ninguno de sus elementos reales, sino que sólo fue cumpliendo un proceso de transformación; y tan pronto como comenzó a *ser*, dio nacimiento a algo que se sitúa *en* el tiempo, el tiempo de la objetividad, que por no ser ya vida en devenir, adquiere el carácter de inmortalidad y de fijeza.

La entidad actual, el átomo dinámico energético de la verdadera realidad en acto, la realidad procesual, se describe así como "sujeto-superjeto", que surge con una finalidad o meta de aspiración y con tal designio—que, como veremos sólo en el caso del hombre es consciente, y aun no siempre en éste mismo, pero que se comprueba en todos los entes orgánicos— la entidad actualprehende *positivamente* a las otras entidades actuales ya objetivamente realizadas, que necesita para cumplir su existencia, y *negativamente*, mediante un rechazo, a las que le son innecesarias o perjudiciales. Logra su satisfacción última al acabar totalmente su ciclo vital llegando a ser como superjeto lo que aspiraba a ser como sujeto.

Lo más notable de este proceso es que la entidad actual siente esta actividad suya, la prehensión es un acto voluntario y afectivo, y el *modo* como siente la entidad actual sus prehensiones es lo que se llama su "forma subjetiva".

El sentir es ante todo "conforme" al de la entidad actualprehendida; el latido que se transmite de una entidad actual a otra comunica a ésta enteramente su vibración; no habiendo transmisión de sustancia impenetrable, sino de energía viva, el paso de la vibración de la una a la otra consiste en una reactuación del proceso afectivo de la

entidad actual prehendida dentro de la entidad actual que prehende. Pero este sentir "conforme" se integra aun con el sentir de la adecuación o contrariedad de las prehensiones efectuadas en lo que respecta a la aspiración subjetiva de la entidad viviente actual que opera en vista de su satisfacción subjetiva final, venidera, esto es, el logro de su realización propia.

Antes de *haber* prehendido del pasado, en el surgimiento de su existencia, la entidad actual sólo siente su aspiración y prehende no otra entidad actual, real, física, sino un mero concepto: su finalidad. Porque hay prehensiones físicas y prehensiones conceptuales, y estas últimas, cuando no se abstraen de una entidad física existente, son idénticas a puras *valoraciones*. La prehensión conceptual de una entidad actual de su finalidad propia en tanto que sujeto es una prehensión conceptual experimentada como valoración.

El elemento último de la realidad en devenir es así una entidad atómica en proceso de cumplimiento de una finalidad *predada*, que siente su aspiración como idea valiosa y absorbe en sí a las entidades precedentes que han de formar su carne y su sangre dinámica, reproduciendo el ritmo y la vibración vital que ellas le transmiten, y mediante esta reactuación las incorpora totalmente a su propia existencia en vías de realización.

¿De dónde procede esta finalidad predada a cada ser individual, que le es conferida como una tarea a cumplir? Y ¿de dónde proviene la fuerza creadora del mundo y de la vida? Tan difícil parece admitir la existencia de tal finalidad como raro es que alguien se interrogue sobre el origen de esta energía; y, sin embargo, lo uno y lo otro se nos ofrecen en la experiencia como hechos omnipresentes.

La fuerza creadora universal es para Whitehead la fuente primera o hecho último de todo el proceso. Es la categoría más universal que caracteriza la facticidad básica. "Es el principio último en virtud del cual lo múltiple, que es el Universo disyuntivamente, deviene la ocasión actual unitaria, que es el Universo conjuntivamente. Está en la naturaleza de las cosas que lo múltiple entre en una unidad compleja".⁷³ Esta categoría máxima, que se designa como "creatividad", es también el principio de toda *innovación*. "La creatividad introduce la novedad en el contenido de lo múltiple; el avance creador es la aplicación de este último principio de creatividad a cada nueva situación que origina".⁷⁴ La categoría de lo último reemplaza a la "sustancia primera" de Aristóteles.⁷⁵

⁷³ PR, 31.

⁷⁴ PR, 32.

⁷⁵ PR, 32.

La fuerza creadora del proceso universal hace, pues, que la diversidad múltiple se integre en la entidad actual unitaria que es el conjunto del Universo y constituye el factor que introduce de continuo la novedad en los acontecimientos. Sin embargo, esta categoría más universal no se identifica con la realidad en acto, porque la creatividad no es la realidad, no es una entidad actual, sino *el principio de unificación* de lo real, de su configuración en entidades concretas, la producción de nuevas conjunciones, de nuevas entidades actuales como fruto de unión de muchas anteriores. Gracias a la creatividad la multiplicidad de lo diverso va confluyendo en unidades nuevas dentro del proceso dinámico universal, la pura energía creadora da lugar a formas inéditas.

La creatividad es patrimonio de toda entidad actual; la fuerza creadora universal no opera desde fuera sobre los elementos reales, sino que es immanente al mundo y a todas sus criaturas, cada entidad actual la posee como bien propio, que emplea para devenir superjeto de conformidad con su aspiración subjetiva. Mas si la entidad actual se forma a sí misma gracias a la creatividad que le es immanente, no engendra ni la creatividad ni tampoco su finalidad propia. El origen de la creatividad no puede ser explicado, es la noción más universal que se halla a la base de toda explicación, la categoría más general, "el universal de todos los universales que caracteriza los hechos últimos"; sólo puede ser captada por la intuición,⁷⁶ y servir para fundamentar todo lo demás, pero no ser fundamentada ella misma.

Tan inmediatamente evidente como que hay una fuerza creadora universal, es también la existencia de una multiplicidad de formas creadas que llenan el Universo y se hallan en constante renovación. Es preciso, pues, admitir igualmente una fuerza configuradora, final, junto a la mera potencia productora, causal. Las leyes permanentes de la Naturaleza no dan cuenta de las formas nuevas que constantemente aparecen, la causalidad no puede explicar la tendencia a poner por obra una finalidad, que implica valoración. Cada entidad actual tiene, así, además de su fuerza vital immanente, una meta determinada de realización que ella misma no ha inventado y que constituye la esencia de su devenir y el destino de su ser. Es el fundamento de su realidad concreta, de la concrecencia de los elementos múltiples que la entidad actual prehende para edificar su individualidad. Esta meta de su existencia la recibe cada entidad actual, junto con su nacimiento, del principio configurador de todas las formas emergentes, que en las religiones superiores se llama Dios,

⁷⁶ PR, 32.

designación que Whitehead conserva, pero con un propósito puramente cosmológico.

Dios es también una entidad actual, el conjunto del Universo como proceso creador y ha de ser explicado por las mismas categorías. La filosofía especulativa "es un esfuerzo por estructurar un sistema, coherente, lógico y necesario de ideas generales en términos de los cuales pueda ser interpretado cada elemento de nuestra experiencia";⁷⁷ esto es, aplicable a todo aquello de lo que "somos conscientes como experimentado, percibido, querido o pensado". El Universo en su conjunto, lo mismo que su más ínfima manifestación, deben, pues, ser susceptibles de una interpretación similar por medio de este esquema de ideas generales: "Dios no ha de ser tomado como una excepción a todos los principios metafísicos".⁷⁸ Nada existe realmente sino como entidad actual, energía dinámica creadora, proceso viviente, y la existencia de la fuerza primordial y formativa del Universo ha de ser homogénea a sus más pequeñas unidades. El Universo es una entidad actual en su orden y su tendencia, y Dios es su proceso teleológico inmanente. Ya vimos que Dios y el mundo son dos aspectos de una misma realidad, y que "tan cierto es afirmar que Dios crea al mundo como que el mundo crea a Dios"; "tan verdadero es que el mundo es inmanente a Dios como que Dios es inmanente al mundo"; "Dios y el mundo son los contrastados opuestos en virtud de los cuales la creatividad cumple su suprema tarea de transformar la multiplicidad desunida, con sus diversidades en oposición, en la unidad concrescente, con sus diversidades en contraste".⁷⁹

Vimos que el antecedente del Dios de la filosofía del organismo es el Primer Motor de Aristóteles, concebido al margen de los dogmas religiosos. Whitehead ha escrito palabras severas contra las religiones históricas: "Sin duda, y es un hecho bien triste, la historia, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, no hace más que recordarnos los horrores cometidos en nombre de la religión: los sacrificios humanos y en particular la masacre de niños, el canibalismo, las orgías, las supersticiones más abyectas, el odio de las razas, el mantenimiento de costumbres degradantes, la histeria, el fanatismo pueden ser anotados en su cargo. La religión es el supremo refugio del salvajismo. Quien pretenda asociar sin reservas la religión al Bien, se expone a ser inmediatamente contradicho de un modo palmario por los hechos".⁸⁰

⁷⁷ PR, 4.

⁷⁸ PR, 521.

⁷⁹ PR, 528.

⁸⁰ RM, 37.

En cambio, ha encomiado a Aristóteles por haber sido el último de los metafísicos europeos de rango eminente que encaró el problema de la divinidad de un modo totalmente desapasionado; después de él los intereses éticos y religiosos comenzaron a influir sobre las conclusiones metafísicas.⁸¹ Pero a diferencia de Aristóteles, Whitehead concibe a Dios no como puro pensar de pensamientos, sino también como realidad física. Tampoco es la pura creatividad, sino la instancia que estructura la creatividad en formas definidas, la potencia que hace confluir en concreciones determinadas lo múltiple. Y esta potencia es también la que confiere a cada entidad actual su finalidad subjetiva.

No es que Dios infunda a cada entidad actual su meta de aspiración desde fuera. Dios necesita tanto de las entidades actuales como éstas de él. Dios instauro el orden, fija la dirección y determina la configuración del Universo, y cada entidad actual ciertamente le está coordinada, pero cada una de ellas cumple asimismo su destino propio para el cual emerge al proceso, realizando así, a la par que su finalidad impuesta, su esencia propia. Por cuanto Dios no es trascendente a las entidades actuales, sino inmanente a ellas, la meta del mundo, que es también la de Dios, se cumple a través de las satisfacciones de las individualidades que lo componen, ninguna voluntad exterior dirige el devenir de las realidades atómicas, el fin del Cosmos no se impone ni se contrapone al de cada entidad actual en su aspiración singular, que se integra en la meta del proceso conjunto. "La última limitación es Dios. Allí donde Aristóteles necesita un Primer Motor, la filosofía del organismo requiere un Principio de Concreción".⁸²

Cada entidad actual nace con su aspiración singular, pero el cumplimiento de ella es tanto la realización de su existencia propia como la de Dios, el valor máximo que ella persigue y que Dios le ha dado. Esta valoración no puede surgir de una arbitrariedad, que dejaría inexplicable el orden del Universo, sino de una coordinación preconcebida en una mente unitaria, la inteligencia que penetra toda la realidad y la dirección del proceso del mundo en su conjunto. Para comprender mejor en qué consiste esta dirección, así como la naturaleza compleja de Dios en el sistema de Whitehead, es preciso examinar de cerca su teoría de los objetos eternos.

Si todo lo existente se halla en proceso de devenir, el mundo no es, sin embargo, un torrente desordenado, sino que el devenir confluye en configuraciones que, si bien siempre cambiantes y de

⁸¹ SMW, 173.

⁸² NATHANIEL LAWRENCE, *Whitehead's Philosophical Development*, 1956, p. 280.

continuo renovadas, no dejan de presentar formas aprehensibles por la imaginación y la inteligencia. Las entidades actuales nacen con un fin determinado, se agrupan en acontecimientos afines definidos, forman series o sociedades de sucesos enlazados por nexos homogéneos emparentadas por una meta común; el proceso dinámico de la energía universal presenta, en fin, un orden de cierta permanencia y desarrollos dinámicos de ritmo uniforme, de figuras perdurables que tienden a reconstituirse tenazmente para mantener su identidad. La inteligencia da nombre a estas formas, el lenguaje confiere a cada una de ellas una significación, la multiplicidad se distribuye y se coordina en unidades de géneros, de especies, de individuos; el río fluyente es un organismo compuesto por entes solidarios, pero separables por su estructura y funciones. "El pensamiento puede penetrar en cada ocasión de hecho"⁸³ y convertir el suceso en idea. "La comprensión de la actualidad requiere una referencia a la idealidad. Los dos reinos son intrínsecamente inherentes en la situación metafísica total".⁸⁴

Las ideas se distinguen de los hechos y de la actualidad por su inmovilidad y fijeza: las ideas *no devienen*, son siempre lo que son, *objetos eternos*. No pertenecen a la realidad, que jamás se detiene, sino que constituyen una abstracción de lo real. Las ideas son abstractas, puesto que pueden comprenderse sin referencia a alguna ocasión de experiencia particular, determinada. "Ser abstracto significa trascender las ocasiones particulares concretas del acontecer actual. Pero trascender una ocasión actual no quiere decir estar desconectado de ella. Por el contrario, sostengo que cada objeto eterno tiene su propia conexión con cada ocasión, lo que yo designo como su modo de ingesión en esa ocasión".⁸⁵

La inteligencia penetra la realidad toda, las ideas "ingresan" en los sucesos; no constituyen, como en Platón, la realidad misma de la que los hechos "participaran", sino que los objetos eternos se realizan ingresando en los sucesos que son las entidades actuales. La realidad es actualidad y devenir; el ser, sólo la forma, que separada del proceso es abstracción. Tampoco se identifica, pues, la idea con el acto, como en Aristóteles; acto es la fuerza indefinida, la creatividad como fuente transformadora; el objeto eterno es la forma como culminación del acto en objeto, y el objeto pensado como algo permanente ya no es vida, sino idea. Acto y forma, que coinciden en Aristóteles, se distinguen fundamentalmente en Whitehead; la realidad es acto, y la forma abstracción. Y, sin embargo,

⁸³ SMW, 3.

⁸⁴ SMW, 158/9.

⁸⁵ SMW, 159.

en otro sentido se hallan enteramente de acuerdo, por cuanto para uno y para otro las ideas, formas u objetos eternos, sólo existen en los hechos.

El que las ideas sean abstracciones de la realidad no significa, empero, que son pura nada; la realidad, se ha dicho, es un orden, no un caos, y la forma es tan indispensable al proceso como la actualidad; la existencia exige determinación y la determinación implica ser definitivamente esto o aquello. Las formas son entidades también, aunque no actuales, sino que representan un tipo categorial diferente.⁸⁶ Son puras potencialidades, posibilidades de llegar a ser, entidades de configuración, instancias fijas; sólo que la fijeza no califica la realidad viviente. "En la filosofía del organismo no es la "sustancia" lo que permanece, sino la forma. Las formas experimentan relaciones cambiantes; las entidades actuales "perecen de continuo" subjetivamente, pero son objetivamente inmortales. La actualidad, al perecer, adquiere objetividad, en tanto que pierde inmediatez subjetiva. Pierde la causación final que es el principio interno de la inquietud y adquiere causación eficiente en virtud de la cual se torna en un fundamento de la "obligación" que caracteriza a la creatividad".⁸⁷

Las formas experimentan relaciones cambiantes. Los objetos eternos no se crean: existen desde la eternidad. Ni Dios crea objetos eternos, puesto que Él mismo los necesita para ser,⁸⁸ "su naturaleza los requiere en el mismo grado en que ellos lo requieren a Él". Existen desde siempre y son lo que son eternamente. Lo que se crea de continuo en el Universo son realidades y relaciones nuevas, en tanto que las ideas definitorias de estas nuevas creaciones han de existir desde la eternidad, puesto que son invariables. Tiene que haber, pues, un orbe de ideas infinitas en disponibilidad o potencialidad de ingresar en nuevos sucesos de experiencia. Este orbe de ideas es lo que Whitehead designa como "la naturaleza antecedente o primordial de Dios": es el acervo ilimitado de las formas que ha de investir el proceso creador y Dios mismo en su plenitud, como Universo concreto.

El mundo de ideas posee un orden inviolable de interrelación. "La lógica cubre el Universo como una necesidad férrea".⁸⁹ Pero la lógica sólo afecta a la estructura más general del mundo en su ser permanente, no a su creatividad de formas nuevas. "Hay una nece-

⁸⁶ Cf. I. LECKER, *op. cit.*, p. 177.

⁸⁷ PR, 44.

⁸⁸ PR, 392.

⁸⁹ SMW, 2c.

sidad metafísica para un principio de determinación, pero no puede haber razón metafísica para lo que ha de ser determinado".⁹⁰

Con todo, "un objeto eterno, considerado como entidad abstracta, no puede ser divorciado de su referencia a otros objetos eternos, y de su referencia a la actualidad en general; aunque se desconecte de sus modos de ingesión actual en ocasiones actuales definidas. Este principio se expresa con la enunciación de que cada objeto eterno posee una 'esencia relacional'. Esta esencia relacional determina de qué modo es posible para este objeto el ingreso en ocasiones actuales".⁹¹ Cada objeto eterno tiene, pues, "su *status* en el complejo sistemático general de relaciones mutuas que puede ser descripto como el reino de los objetos eternos".⁹²

El mundo de los objetos eternos es el sistema total de las ideas en su interrelación permanente, esto es, un mundo abstracto. La relación del orden abstracto intelectual con la actualidad real suscita el problema del modo en que la inteligencia penetra la realidad concreta. La necesidad del enlace sólo gobierna las formas lógicas, no el ingreso de estas formas en el fluir del proceso. Esto impone, según Whitehead, la necesidad de admitir una naturaleza primordial de Dios como principio de concreción, como el factor que introduce lo abstracto en lo concreto y que determina de qué manera se han de configurar, en estructuras inteligibles, los hechos físicos de la actualidad flyuente, mediante las aspiraciones subjetivas de las entidades actuales.

La naturaleza primordial de Dios es puro intelecto, o sea también una abstracción. No hay inteligencia ni ideas en sí flotando en el vacío, fuera de la realidad que sólo es actualidad; no hay en realidad ideas independientemente y separadas de las entidades actuales, que los objetos eternos revelan en su ser y sus aspiraciones. Dios como realidad es también una entidad actual, y en su plenitud no es intelecto separado, sino inteligencia y actualidad unidas. Tenemos que suponer, sin embargo, una naturaleza primordial de Dios, pues de lo contrario las entidades actuales no tendrían de dónde obtener sus aspiraciones subjetivas, las metas de sus tendencias, sus respectivos caracteres.

Whitehead considera incongruente imaginar la existencia de un mundo en que aún no hubiera ninguna inteligencia formadora y en el que luego las formas irían surgiendo, gradualmente, en el intelecto humano. Hemos visto que las ideas no pueden ser creadas, ni siquiera por Dios: todas las formas, en tanto que posibilidades a

⁹⁰ SMW, 179.

⁹¹ SMW, 160.

⁹² 161.

realizarse, están en potencia desde siempre. Los objetos eternos representan la infinitud de potencialidades que han de hallar cumplimiento en el desarrollo del proceso a través de una multiplicidad de entidades actuales.

Pero la naturaleza primordial de Dios constituye la totalidad de los objetos eternos no sólo como sistema abstracto, sino también como proceso de realización en tanto tiende a su ingresión y cumplimiento en entidades actuales. Los sucesos nuevos que ocurren en el mundo no pueden provenir de un caos, ni de un puro azar, e incluso encuentran una razón señalable. Sin la aparición de novedades no habría proceso de desarrollo ni creación, y el orden del Universo demuestra que obedece a un propósito o a múltiples designios coordinados. Éstos no tienen, sin embargo, que ser conscientes; nada nos autoriza a admitir una dirección consciente del proceso. Paradójicamente, la naturaleza primordial de Dios, que en virtud del enlace necesario de las ideas, es absoluta, adolece, sin embargo, de dos imperfecciones radicales: carece de vida y de conciencia.

Las ideas puras carecen de vida, porque sólo es verdaderamente real en el organismo universal la actualidad o la idea integrada al proceso; la plenitud viviente de Dios depende de su concreción en el mundo, y es por ello relativa. Dios necesita tanto de las entidades actuales para existir como ellas de Él. Y la conciencia misma sólo aparece en cierto grado de desarrollo de los organismos superiores, de manera que antes de integrarse al mundo la naturaleza de Dios es abstracta e inconsciente.

De él, sin embargo, provienen todas las formas y todos los fines de las entidades actuales, y es de este modo, confiriendo a las entidades actuales sus aspiraciones subjetivas, como Dios, en tanto que sistema abstracto de pensamientos, se inserta en la actualidad del proceso.

La naturaleza primordial de Dios es la totalidad infinita de las posibilidades que tienden a su cumplimiento en la realidad del mundo: es la aspiración subjetiva de la entidad actual que es Dios mismo, en vías de realización. Con esta tendencia el intelecto penetra en lo concreto del universo estructurando el torrente creador en formas objetivas. La finalidad de Dios no es la conservación del mundo, sino su modificación constante, puesto que ninguna necesidad hay de conservar las ideas, que son desde siempre y para siempre inmutables. El fin del proceso del mundo es la continua renovación de las formas y el propósito de la naturaleza primordial de Dios consiste en la producción de intensidades en el avance creador, en

lograr profundidad de satisfacción de sus tendencias y desarrollo cabal de sus potencias vitales.

Por medio de una prehensión conceptual, es decir, por propio impulso y no por mero efecto causal, cada entidad actual obtiene de la naturaleza primordial de Dios su finalidad subjetiva. No es que Dios, preexistiendo a las entidades actuales les infunda con propósito consciente su aspiración: hemos visto que Dios ni preexiste al mundo como realidad actual ni es consciente en su naturaleza primordial; cada entidad actual se crea a sí misma de conformidad a su propia naturaleza, y prehendér un concepto quiere decir justamente apropiárselo activamente y no recibirlo con pasividad. En razón de la inmanencia de Dios en las entidades actuales, éstas no reciben nada desde fuera, ni la finalidad de cada una de ellas se contrapone a ningún propósito externo. La concepción de Whitehead es pluralista: cada entidad actual, aunque parte del mundo y de Dios, es independiente en su ser y participa del mundo y de Dios en forma autónoma. La marcha total del mundo se halla ciertamente orgánicamente coordinada, pero cada entidad actual es miembro de este organismo y el mundo está en cada una de ellas siendo tan verdadero decir que el mundo se realiza a través de ellas como que cada una de ellas se realiza gracias al mundo. Dios no crea, por tanto, las actualidades por su acción trascendente, sino que cada actualidad es un proceso de autocreación; así como Dios mismo es también un proceso de autocreación constante, una realidad en devenir.

Esto resultará más comprensible examinando la "naturaleza consecuente" de Dios, que es su actualización en el mundo. "Análogamente a todas las entidades actuales, la naturaleza de Dios es bipolar. Tiene una naturaleza primordial y una naturaleza consecuente. La naturaleza consecuente de Dios es consciente; y consiste en la realización del mundo actual en la unidad de su naturaleza y por la transformación de su sabiduría. La naturaleza primordial es conceptual, la naturaleza consecuente es el tejer de los sentimientos físicos de Dios según sus conceptos primordiales".⁹³

Dios no es algo distinto de una entidad actual, sino su ejemplificación. "Es inútil ir más allá de las entidades actuales y buscar algo más que ellas. Difieren ciertamente entre sí: Dios es una entidad actual y lo mismo es también el soplo de existencia más trivial en la lejanía del espacio infinito. Pero si bien hay gradaciones de importancia, y diversidad de funciones, todas se hallan en el mismo nivel en cuanto a los principios que la actualidad ejemplifica".⁹⁴

⁹³ PR, 524.

⁹⁴ PR, 27/28.

Una entidad actual, se ha visto, nace de otra entidad actual que la precede en el tiempo. Nada emerge de la nada; cada pulsación de Dios presupone también la existencia previa del mundo de donde extrae su sustancia física.

Toda entidad actual posee dos polos: uno físico y otro mental; el primero es su realidad procesual, su vivencia concreta; el segundo, su aspiración a realizar, su "apetición" del ser, el fin subjetivo que antes de su cumplimiento no es más que un concepto. "Para Dios lo conceptual es previo a lo físico, para el mundo los polos físicos son previos a los polos conceptuales".⁹⁵ He aquí la razón de ello:

Una entidad actual o suceso de experiencia nace, en primer lugar, determinada por una causalidad eficiente, que es la pulsación del proceso en el tiempo antecedente; la entidad actual surge así como realidad física a la que la actualidad precedente, impulsada por la creatividad universal, se transmite como un latido de un fluir energético tendiente a reactivarse en otro latido, que es la entidad actual naciente comenzando su existencia con la experimentación de ese impulso a la reiteración del mismo ritmo de devenir, en forma global, sintiéndolo "conforme" a lo ya cumplido en el pasado inmediato del proceso, es decir, que recoge la ocasión de experiencia antecedente como "dato objetivo", como una vibración física impulsada a reiterarse. Pero la nueva entidad actual nace, asimismo con la finalidad propia, de modo que no se limita a sufrir pasivamente la pulsación que se le transmite sino que la "prehende" con iniciativa propia, con la manera peculiar de su individualidad definida por su aspiración subjetiva. Prehende, pues, físicamente, por obra de la causalidad eficiente, el dato físico, y conceptualmente, por causalidad final, la meta de su existencia definida por un objeto eterno. Una y otra prehensión tienen su origen en una "decisión", por lo general inconsciente. La decisión "constituye el sentido mismo de la actualidad. Una entidad actual surge de decisiones *para* ella, y por su propia existencia proporciona decisiones *para* otras entidades actuales que sustituye".⁹⁶ El proceso tiene dirección y sentido, y exige decisión en cada uno de sus momentos.

La entidad actual deriva, pues, sus caracteres físicos del pasado y los transmite al futuro, a las actualidades que le siguen. Pero estos caracteres sufren una modificación por el modo en que se incluyen en la actualidad presente y se comunican al futuro conjuntamente con las modificaciones introducidas por la aspiración sub-

⁹⁵ PR, 528.

⁹⁶ PR, 68.

jetiva de la nueva entidad. La actualidad cumplida, lograda su "satisfacción" subjetiva, se convierte en dato objetivo incambiable ya para sí mismo, pero que es utilizado de acuerdo a la meta de la entidad actual que recoge este dato según su propia finalidad, y no sólo con la experiencia "conforme" de la aprehensión física.

Para Dios, el polo mental, el mundo de los objetos eternos que existen desde siempre, es anterior al mundo físico, puesto que es la posibilidad misma de este mundo, su realidad en potencia. Así pues, mientras que las entidades actuales prehenden los objetos eternos de su aspiración subjetiva en la naturaleza primordial de Dios, siendo primeramente impulsadas a la existencia física por la causalidad eficiente del proceso; Dios, si bien tampoco existe con anterioridad ni ser trascendente a un mundo que hubiese creado *ex nihilo*, ha de poseer, sin embargo, una naturaleza puramente conceptual, que por sí sola es ciertamente una abstracción, pero debe ser admitida por congruencia lógica, pues la dirección y el sentido del proceso del Universo tiene que ser una condición previa para su desarrollo físico.

La naturaleza primordial de Dios es la totalidad de las ideas que constituyen la aspiración subjetiva del Universo. Pero tampoco es congruente que el orbe de los objetos eternos preexista a la realidad actual del mundo en un plano trascendente al mundo: por eso la naturaleza primordial de Dios, concebida aparte de su naturaleza consecuente, es una abstracción; es un modo de concebir a Dios como mero proyecto, sin conciencia. Su plenitud exige, por tanto, la preexistencia del mundo donde se concretan los objetos eternos ingresando en los hechos, ya que todo lo que existe realmente es actualidad, a la vez física y conceptual. Dios existe solamente en y con el mundo. "Dios y el mundo se hallan frente a frente expresando la última verdad metafísica de que la visión apetitiva y la vivencia física poseen iguales títulos a la prioridad en la creación... En la naturaleza de Dios, la permanencia es primordial y el fluir deriva del mundo; en la naturaleza del mundo, al fluir es primordial y la permanencia deriva de Dios. También la naturaleza del mundo es un dato primordial para Dios; y la naturaleza de Dios es un dato primordial para el mundo. La creación logra la reconciliación de la permanencia y el fluir cuando alcanza su meta final que es la eternidad: la apoteosis del mundo".⁹⁷

El proceso de la realidad necesita de las ideas para obtener en general forma y sentido, pero con eso no basta para dar cuenta de las formas concretas que de hecho existen; la red férrea de la lógica encuadra abstractamente el orden de los sucesos, pero no determina

⁹⁷ PR, 529.

que sean éstos y no otros, no explica por qué son éstos y no otros los sucesos que se configuran dentro del orden lógico. La lógica nada puede decirnos sobre la manera en que surgen los hechos existentes, sobre lo que determina el contenido concreto del mundo. Todo lo que existe revela una valoración, una decisión —consciente o inconsciente— que lo ha convertido en lo que es, confiriéndole una realidad en que se integran forma y contenido; las finalidades subjetivas son valoraciones en tanto que aspiraciones de cumplimiento, la variedad finita de formas emergentes revela una selección dentro de la infinitud posible. Esta selección es una limitación que introduce grados, oposiciones, contrastes.⁹⁸ ¿Cuál es la instancia que ejerce la selección, demarca las posibilidades del mundo, las circunscribe a las configuraciones existentes; cuál es el fundamento de la concreción que lleva a las potencialidades abstractas a adoptar forma en los sucesos concretos; qué hace que cada entidad actual tenga tal aspiración subjetiva y no otra?

Atribuirlo al mero azar carece de sentido, equivale a renunciar a toda comprensión racional. Introducir un *Deus ex machina* es un arbitrio que tampoco merece la atención de un filósofo. "Se ha designado a este principio de concreción Jehová, Alá, Brahma, Padre de los Cielos, Primera Causa, Ser Supremo, Fortuna".⁹⁹ Whitehead lo llama también Dios, pero despojado de todas las fantasías de lo han revestido las religiones.

Dios, en su naturaleza consecuente, es el principio de concreción, la "coordinación de los sucesos"; es lo que determina la confluencia de las entidades actuales hacia una unidad de experiencia y los múltiples acontecimientos del mundo en un solo organismo. Hemos hablado hasta ahora, para facilitar la comprensión, de las entidades actuales como unidades simples. Pero cada entidad actual se forma como síntesis de muchas otras y se halla en relación con el Universo entero. Cada acto de prehensión es múltiple: la entidad actual que va a nacer recibe el impulso y el ritmo del Universo y efectúa una selección prehendiendo *positivamente* las entidades actuales cumplidas que le son útiles y necesarias para lograr su meta subjetiva, y *negativamente*, mediante el rechazo de la presión de aquellas que le son innecesarias o perjudiciales. La entidad actual emergente constituye así una síntesis de una multitud de otras antecedentes que se reactivan en ella y se transfiguran dentro de la composición total según la aspiración de la nueva actualidad. Así como la entidad actual prehende en Dios su meta final, obtiene también de él su concreción, que es la concrecencia de una multiplicidad di-

⁹⁸ SMW, 178.

⁹⁹ SMW, 179.

versa de causalidades físicas y de objetos eternos que los ilustran conceptualmente en la unidad armónica de un solo proceso de desarrollo, de una común finalidad.

La naturaleza consecuente de Dios es, pues, el mundo en su plenitud concreta de formas que la razón abstracta no puede explicar y que sólo la experiencia empírica descubre. Dios es la unidad de la multiplicidad organizada, del mundo viviente; unidad que no preexiste ni constriñe a la multiplicidad, porque el pluralismo metafísico establece igual rango de existencia en todas las entidades actuales, desde el suceso más ínfimo, hasta Dios, pasando por el hombre.

Si la naturaleza primordial de Dios es el orden lógico del mundo, su naturaleza consecuente es el orden estético del mundo. El sistema del Universo "comprende la armonía de la racionalidad lógica y la armonía de culminación estética: o sea, que mientras la armonía lógica se tiende sobre el Universo como una necesidad férrea, la armonía estética se eleva como un ideal viviente que moldea el flujo general en su progreso intermitente hacia resultados más delicados y sutiles".

El orden estético del mundo es su actualidad misma así como el ideal hacia el que se dirige. Su constitución física es también estética, puesto que el sentir penetra toda la actualidad del proceso. La filosofía del organismo "considera el hecho actual como un hecho de experiencia estética".¹⁰⁰ "Toda experiencia estética procede sobre el plano sensible de la realización de un contraste en el seno de una identidad..."¹⁰¹ En el mundo físico esta exigencia de un contraste en el seno de una identidad se expresa por la ley física según la cual un carácter vibratorio forma parte de la naturaleza última de un organismo atómico. "Las cantidades físicas son los agregados de vibraciones físicas. Éstas expresan dentro de las abstracciones de la ciencia física el principio fundamental de la experiencia estética".¹⁰² "La forma primitiva de la experiencia física es emocional".¹⁰³

Se trata, por cierto, de una emotividad elemental. "La experiencia humana y aun la animal no es emoción escueta; es emoción interpretada, integrada y transformada en categorías superiores de sentir. Pero aún así, los elementos emocionales apetitivos de nues-

¹⁰⁰ RM, 115.

¹⁰¹ RM, 115.

¹⁰² RM, 116.

¹⁰³ PR, 246.

tra experiencia consciente son los que más próximamente se asemejan a los elementos básicos de toda experiencia física".¹⁰⁴

"Dios es la medida de la cohesión estética del mundo".¹⁰⁵ Esta cohesión no es su orden abstracto, meramente potencial de los objetos eternos, sino su orden concreto, físico y emocional, su naturaleza consecuente, plena y real; su naturaleza primordial, que es la de los objetos eternos contiene, ciertamente, su ideal de realización, pero éste logra su cumplimiento en la actualidad viviente del proceso. "La distinción entre lo lógico y lo estético consiste en el grado de abstracción realizada. La lógica concentra la atención sobre la más alta abstracción. La estética se mantiene tan cerca de lo concreto como las necesidades del entendimiento finito lo permiten. Así, la lógica y la estética son los dos extremos del dilema de la mentalidad finita en su parcial penetración de lo infinito".¹⁰⁶

Si la filosofía de Whitehead asume el intelectualismo de Platón considerando a la inteligencia como la conformadora de la estructura del mundo, sólo adopta esta condición en tanto que posibilidad racional abstracta, pero el contenido concreto, estético, del proceso actual resulta de una riqueza y de una complejidad mayor que el sistema total de las ideas. Por ello, resultará en definitiva "imposible completar la descripción de una ocasión actual por medio de conceptos".¹⁰⁷ Cada entidad actual simple está integrada en otra más compleja, como componente de ella, y así sucesivamente hasta su inclusión en el organismo universal; cada suceso de experiencia está vinculado al todo y penetrado por el todo, sin que haya en ningún punto un núcleo último en que pudiera hacer alto la inteligencia para dar una explicación exhaustiva de un ente individual. Cada entidad actual es, como las mónadas de Leibnitz, una perspectiva sobre el Universo.¹⁰⁸

Hay abstracción de lo real y abstracción de lo posible; las dos abstracciones se dirigen en sentidos opuestos. La abstracción de lo real empieza con el concepto y va creciendo a medida que éste acumula más relaciones entre conceptos; la abstracción de lo posible, del reino de los objetos eternos, va decreciendo y aproximándose a lo real a medida que aumenta la complejidad del sistema de las ideas que describe un hecho. Un objeto eterno *A*, aisladamente, es el grado más abstracto considerado con respecto a la complejidad de la realidad que designa, pero es el primer grado de

¹⁰⁴ PR, 248.

¹⁰⁵ RM, 99.

¹⁰⁶ MP, 75.

¹⁰⁷ SMW, 170.

¹⁰⁸ Cf. MAYS, *op. cit.*, p. 89.

abstracción en cuanto a su aislamiento del mundo de las ideas. A medida que va estableciendo más vinculaciones entre conceptos, se aleja cada vez más de su integración en el orden de las ideas. Por ejemplo, " A y $R(A, B, C)$, son ambas abstracciones del reino de lo posible, de los objetos eternos. El significado $R(A, B, C)$ excluye otras relaciones en que puede entrar A . Por ello, A en $R(A, B, C)$ es más abstracto que A simpliciter".¹⁰⁰ De este modo pasamos del grado de objetos eternos simples, aislados, a grados de complejidad cada vez más elevados y a una mayor abstracción en el reino de las posibilidades.

En cambio, con respecto a un hecho concreto, a una entidad actual, un objeto eterno simple es el más abstracto, pues "al describir una ocasión actual determinada estamos más cerca del hecho concreto cuando predicamos de él una jerarquía asociada de más alto grado de complejidad". "Habremos dicho entonces más sobre este hecho. Así, con un alto grado de complejidad logramos una aproximación mayor a la plena concretez de una entidad actual y con un grado menor nos alejamos de ella. Por consiguiente, los objetos eternos simples representan la extrema abstracción de una ocasión actual; en tanto que los objetos eternos simples representan el *minimum* de abstracción del reino de lo posible".¹¹⁰ Una elaborada construcción lógica es más abstracta que un concepto aislado; en cambio cuanto más complejo es el sistema de ideas más se aproxima la descripción al hecho concreto. Un esfuerzo ilimitado de la inteligencia se requiere para comprender una ocasión de experiencia. "Una ocasión actual es una prehensión de una jerarquía infinita junto con varias jerarquías finitas".¹¹¹

Así, pues, que mientras la síntesis lógica lleva a la máxima abstracción, la síntesis estética¹¹² se aproxima cada vez más a la realidad concreta, hasta el punto de que la descripción total de una ocasión de experiencia exige una riqueza infinita del discurso. Un hecho físico, lo actualmente real, la síntesis estética, se distingue de los objetos mentales por su limitada complejidad.¹¹³

"El mundo actual resulta de un orden estético. En cuanto al orden estético mismo, procede de la inmanencia divina".¹¹⁴ La inmanencia divina es la realidad concreta del mundo, su actualidad procesual, "la realización del mundo actual en la unidad de su

¹⁰⁰ SMW, 169.

¹¹⁰ SMW, 172.

¹¹¹ SMW, 172.

¹¹² SMW, 171.

¹¹³ SMW, 172.

¹¹⁴ RM, 105.

naturaleza", la naturaleza consecuente de Dios. El fin del proceso se dirige hacia la promoción de intensidades elevadas de experiencia, para que no se quede estancado en una inercia de satisfacción definitiva. La intensidad es lograda mediante una suscitación de contrastes, una armonía de disonancias, un acorde dinámico. En virtud del principio de concreción, que determina el confluir de las entidades actuales en un proceso de concrecencia, el Universo se halla encauzado dentro de un progresivo avance hacia la novedad. Los contrastes provocados se conjugan en nuevas armonías, las que, debido a la transformación constante de la realidad, se quiebran para dar lugar a nuevas oposiciones, manteniéndose de este modo viviente y actual el proceso de la ininterrumpida creación del Universo. "El propósito de Dios en el avance creador es la evocación de intensidades";¹¹⁵ el *telos* del Universo no es sino su incesante actualidad creadora.

¿Cuál es la situación del hombre y qué función desempeña éste dentro del organismo universal?

Whitehead se opone resueltamente a todo dualismo que tienda a separar al hombre de los demás sucesos de la naturaleza. El hombre no goza de ningún privilegio ontológico en el proceso del mundo, y lo mismo que la entidad actual unificadora del Universo que es Dios, tiene que obtener su explicación mediante las categorías generales de la metafísica.

El hombre es ciertamente una realidad compleja. La entidad actual atómica o monádica no la conocemos, en rigor, más que en teoría, puesto que todos los sucesos de experiencia son compuestos de una multitud de entidades actuales en concatenaciones que Whitehead designa como "nexos"; estos nexos forman totalidades designables con un objeto eterno o concepto y constituyen los sucesos macroscópicos de que hablamos más arriba y que podemos describir mediante universales; en tanto que "una entidad actual no puede ser descripta, ni siquiera inadecuadamente por universales; porque otras entidades actuales entran en la descripción de cualquier entidad actual".¹¹⁶

Estamos inclinados a pensar en los objetos como en entes sustanciales a los que el tiempo no modifica en su núcleo interior, como cosas, moléculas, átomos impenetrables; pero ya sabemos que la física contemporánea rechaza tal solidez material y piensa la realidad en términos de unidades energéticas y campos de fuerza. La filosofía del organismo concibe los elementos últimos de la realidad como acontecimientos, lo cual implica que el tiempo entra como

¹¹⁵ PR, 161.

¹¹⁶ PR, 76.

parte esencial de su constitución. Una unidad compuesta se halla así integrada por una serie de acontecimientos sucesivos, formando un nexo. Cuando esta serie de sucesos se desarrolla según un carácter unitario que pasa de una a otra ocasión imprimiéndole su nota peculiar, de modo que cada entidad actual parece heredar su tendencia de las que le anteceden y dirigirse todas las que componen el nexo hacia una sola meta común, se llama "sociedad". La permanencia significa, entonces, no algo que sigue siendo igual mientras varían sus propiedades, sino una continuidad del carácter de los sucesos de experiencia, comunidad de dirección de las entidades actuales que siguen las unas a las otras en el tiempo, unidos "por la identidad de la forma subjetiva heredada y que se mantiene conforme de un suceso a otro". "La noción de energía física que forma la base de la ciencia física ha de concebirse entonces como una abstracción de la energía compleja, de emociones y propósitos, inherentes a la forma subjetiva de la síntesis definitiva en que cada suceso se completa a sí mismo". "Debemos esperar una teoría de los *quanta* en que tenga relevancia la individualidad de los sucesos y una doctrina de la continuidad en que el hecho dominante sea la transferencia conforme de la forma subjetiva".¹¹⁷

La sociedad de los sucesos de experiencia es corpuscular cuando incluye las cuatro dimensiones de espacio y tiempo, y es lineal cuando sólo forma una continuidad temporal; esta última se llama personal y es la que define el alma humana. El cuerpo humano que forma la seriación pluridimensional de los acontecimientos en el espacio-tiempo físico, y la seriación lineal de los sucesos humanos dentro de cada personalidad, son indisociables. Hay una inmortalidad objetiva de todos los sucesos de experiencia, pero la idea de una inmortalidad puramente espiritual no encuentra apoyo en la filosofía del organismo.¹¹⁸

Del mismo modo que toda entidad actual se halla integrada dentro del conjunto societario, y la sociedad de cada ocasión de experiencia es, en definitiva, el Universo tomado en su totalidad,¹¹⁹ el espíritu se halla inseparable del cuerpo, "cada partícula, cada espíritu, es una comunidad subordinada".¹²⁰ "Nuestra sensación de unidad con el cuerpo procede de la misma fuente que nuestra sensación de unidad con el pasado inmediato de la experiencia personal".¹²¹ "La estructura particular del cuerpo niega inmediatamente

¹¹⁷ AI, 239.

¹¹⁸ RM, 110/11.

¹¹⁹ RM, 108.

¹²⁰ RM, 109.

¹²¹ AI, 243.

por sí misma el concepto de un orden personal estricto en la herencia humana. . . Cuerpo y alma se fusionan y se identifican".¹²² Finalmente la persona se inserta en el proceso del Universo real o la naturaleza consecuente de Dios. "Una personalidad que perdura en el mundo temporal es una ruta de ocasiones en que las sucesoras recapitulan con alguna complementación a sus predecesoras. El hecho correlativo en la naturaleza de Dios es una unidad aún más completa de vida en una concatenación de elementos para los cuales la sucesión no implica una pérdida de inmediata concordancia. Este elemento en la naturaleza de Dios hereda de la contraparte temporal conforme al mismo principio según el cual en el mundo temporal el futuro hereda del pasado. De este modo en el mismo sentido en que la ocasión presente es la persona *ahora*, y, sin embargo con su propio pasado, así la contraparte en Dios es esa persona en Dios".¹²³

Pero si por una parte Whitehead se empeña en sostener una homogeneidad ontológica total que no distingue al hombre de los demás entes del mundo, no puede menos que conferírle más tarde una función que lo diferencia y lo sobreeleva en virtud de su activa colaboración en la creatividad universal. La conciencia que aparece con el hombre, no es aún de inmediato una nota que introduzca modificación esencial en la Naturaleza. Porque si bien "la conciencia es la cima de la experiencia, no es su base necesaria".¹²⁴ El surgimiento de la conciencia, ya en los animales superiores,¹²⁵ no agrega al sentir universal ningún enriquecimiento vital ni intelectual, puesto que la prehensión, que es ya percepción física y sentir conceptual, no requieren conciencia. "Un sentir conceptual puro en su primer modo de originación nunca implica conciencia. En este respecto, un sentir mental puro, conceptual o proposicional, es análogo a un sentir físico puro".¹²⁶ La emotividad es una cualidad universal y la inteligencia penetra la realidad por obra de la naturaleza primordial de Dios, que no es consciente. Por de pronto, pues, la conciencia en Whitehead es apenas poco más que un epifenómeno, que refleja el ser sin modificarlo.

Pero este tenaz antidualismo ontológico experimenta un cambio sustancial a medida que se va ahondando en las facultades que se despliegan con la aparición de la conciencia, y el hombre acaba por convertirse en coautor de la constante renovación del proceso.

¹²² AI, 243.

¹²³ PR, 531/2.

¹²⁴ PR, 362.

¹²⁵ AI, 271.

¹²⁶ PR, 369.

La conciencia particular del hombre no sólo se torna en el lugar de la manifestación de la conciencia universal de Dios, sino que el ser consciente se revela como un punto de partida de una nueva peculiaridad creadora mediante la producción artística, que se añade a la creatividad inconsciente cósmica.

Mas antes de pasar a nuestro tema específico, tratemos de precisar aún la doctrina metafísica expuesta confrontándola con las ideas afines de otros pensadores, tal y como los comprendió y los enjuició el mismo Whitehead.

FRACASO TEMPORAL Y CONCIENCIA ESTÉTICA

Por *Monique PERIGORD*

EL tiempo, repuesto en el conjunto del Cosmos, aparece en la época contemporánea bajo un aspecto trágico, amenazador, asfixiante, como un perpetuo escape, un desprendimiento de sí, una búsqueda desenfrenada y vana, que no tiene otra salida que la muerte. Ha podido decirse que una época se caracterizaba por la manera con que abordaba el problema del tiempo. La época actual va aún tras de su conciencia temporal. El tiempo —implicando diferentes maneras de vivir y diferentes niveles— es uno de los problemas esenciales, trágicos, de la existencia, fundado sobre el perpetuo equívoco, de cierto modo psicossomático, entre el cuerpo que está en el tiempo y el tiempo que está en el espíritu.

¿Está justificada esta actitud pesimista y desvalorizante con relación al tiempo?

Lo propio del tiempo vivido, del tiempo psicológico, es estar dividido en tres actitudes distintas: el presente, lugar de nuestras impresiones actuales; el pasado, lugar de la memoria; el futuro, que es tensión hacia el porvenir. Los tabiques entre los tres compartimientos son maleables. Hay una proyección de los recuerdos en las percepciones (prepercepciones) o en el porvenir. Sólo la acción nos dirige y nos mantiene en el presente. El platonismo había hecho del tiempo una proyección de la eternidad, una captación de las esencias inmutables. Las filosofías contemporáneas, se trate de las corrientes fenomenológica, existencialista o personalista, colocan al hombre ante una concepción límpida, dinámica y fluente del tiempo, en que éste se define según lo que el filósofo Merleau-Ponty ha llamado "un haz de intencionalidades". Es un tiempo-relación donde el existir es el impulso mismo de la temporalización, en la doble dirección pasado-futuro, ya que la preeminencia sea acordada al pasado (Bergson), al futuro (Heidegger, Jaspers, Lavelle), o al presente (Husserl, Merleau-Ponty, Sartre). ¿Hay lugar en esta perspectiva para un "sentido del presente"? De hecho, se trata de un "espesor del presente" que varía según nuestro estado psicológico. El presente es un efecto de perspectiva, y es a partir

del presente vivido como nosotros ponemos las dos formas de la ausencia, pasado y futuro. Nos encontramos pues ante el cuadro de una ontología de la temporalización, frente a una actitud de temporalización que se realiza "a través" de una posición presente. El pasado es lo gravoso, lo endurecido, lo ya hecho, el en-sí de Sartre, el espacio de Bergson, el tiempo-para de Heidegger. El futuro es angustia, exigencia, llamada, atracción, esperanza y tensión.

Estas actitudes de rememoración o de anticipación nos atraen, nos desgarran, nos colocan siempre fuera de nosotros mismos, en búsqueda de un existir inmediato que sería el de una "presencia presente", actual, vivida, sentida. Bajo esta actividad incansablemente recomenzada de temporalización, hay pues una aspiración a la presencia, pero a una presencia que no sería ni una proyección, ni una circulación, ni una eternización. Esta aspiración tiene un doble aspecto, y revela una doble exigencia: un afán de goce por una parte, un afán de absoluto por otra.

Esta preocupación nos lleva al desgarramiento que existe entre dos formas del tiempo —auténtica e inauténtica— que se encuentra en las filosofías contemporáneas y sobre todo las filosofías de la existencia, donde el tiempo se presenta siempre bajo una forma dualista. Heidegger distingue lo inauténtico del tiempo matemático, tiempo pragmático, o tiempo-para que es lo cotidiano, lo anónimo, el Se, el charlar, de lo auténtico del hombre que descubre su existencia-para-la-muerte en la decisión resuelta. Sartre, con la distinción del en-sí y del para-sí establece la misma discriminación. Todo lo que es actual se da en acto. Si el hombre estuviese determinado por su pasado no podría escoger. Pero él anula su pasado, trata de escapar de la angustia, es decir, a la vez del pasado y del futuro. Lo inauténtico es también el estadio estético del goce en la filosofía kierkegaardiana, en frente del *Augenblick* que es un fragmento de eternidad, la extensión indefinida de Jaspers opuesta a lo divino, la presencia dispersa de Louis Lavelle frente a la presencia total.

ESTE desgarramiento, esta tensión entre auténtico-inauténtico que caracteriza al universo de la temporalización, nosotros los encontramos en el contenido mismo de la presencia. El ser humano aspira a lo inmediato, por la íntima fusión en una presencia integral; pero por una parte se percata de que la presencia total que busca no está dada, tiene que adquirirla, y por otra parte está

siempre unida al pasado y al porvenir, ligada a sus horizontes temporales.

En realidad ¿qué encontramos nosotros frente a esta exigencia? En el interior de un tiempo desgarrado, una presencia en sí misma desgarrada.

El presente puede ser distendido en un *sentido horizontal*. En el interior de un tiempo considerado como haz de intencionalidades, el presente es lo que Louis Lavelle ha definido como "el lugar de circulación de las diferentes formas de la presencia". Rememoración del pasado, anticipación del porvenir, el presente tiene siempre un cierto espesor, y se presenta constantemente con —referencia a— sus dos horizontes. Se caracteriza esencialmente por su relación con la forma de existencia del pasado y del futuro.

Pero hay igualmente una *distensión horizontal* del presente, que es entonces unión del tiempo y de la eternidad, proyección de lo trascendente en lo inmanente, encarnación de lo superior en lo inferior. La eternidad se manifiesta por un punto de encarnación en el presente. Es la eternidad de los místicos, o también la eternidad existencial, realidad existencial puntiforme constantemente perdida y reconquistada (el eterno retorno; la tentativa de repetición de Proust, especie de sensualismo trascendente de Kierkegaard, repetición imposible en el orden estético o ético).

La dualidad auténtica-inauténtica de la presencia va en Kierkegaard con el instante-proyección de la eternidad y la *mens momentanea*, en Heidegger, con la decisión-resuelta, síntesis de los tres éxtasis pasado-presente-futuro, y el Se de la existencia cotidiana, en Sartre, con el tiempo psíquico que es sucesión de instantes discontinuos y el tiempo original que es operación de temporalización, en Louis Lavelle con la dualidad del instante, a la vez dispersión y "privilegio ontológico".

Es la experiencia del presente lo que es primitiva presencia en nosotros mismos, en los demás, en los objetos; presente que es encuentro con el mundo. La actitud temporalizante, es debida, ya a una imposibilidad, ya a un fracaso de la presencia. La conciencia escapa siempre a sí misma en la presencia. Nosotros estamos fuera de nuestra existencia, nosotros no hacemos más que pensar nuestra existencia. La conciencia se evade en y por el tiempo, pues en el interior mismo de la presencia está siempre marcada por el sufrimiento o por el fracaso.

La investigación de lo inmediato no llega en efecto más que a un rechazo, a una desnaturalización de la presencia, a su desvalorización, o a su sobreestimación. Hay una contradicción esencial ligada a la noción de presente, según se trate:

—de un momento fundamental en el universo de la temporalización.

—de una sucesión de aquí-ahoras inauténticos; y no se puede separar la presencia del uno y del otro de estos aspectos.

Mirar la presencia como una tensión vertical es expulsar la angustia del desenvolvimiento temporal y poner en su lugar un sustituto de eternidad; no es —Heidegger lo ha dicho en términos muy claros— aceptar la vida y el destino, sino eliminar y disfrazar el problema de la muerte en provecho de una situación de excepción, ocultar la preocupación de la muerte para eliminar la angustia. Nosotros salimos de nosotros mismos para establecernos en un presente dominado por su fuente trascendente. Se trata de lo que se ha llamado una "apariencia de eternidad", que traduce la preocupación de evitar y de disfrazar el problema de la presencia.

Querer hacer del presente por otra parte una tensión horizontal, en lugar de rememoración del pasado y de anticipación del futuro, es eliminar pura y simplemente el problema de lo inmediato, y la exigencia de presencia queda enteramente frente a esta huida hacia el pasado o hacia el futuro.

Pero si se considera la presencia como una pura y simple inserción en el mundo sensible, se desemboca entonces en una concepción desvalorizada del presente, especie de aquí-ahora de goce. Este inmediato es sin valor; es una presencia que nos pone en el mundo de la pura multiplicidad, un modo de presentación del objeto que corresponde a una filosofía del devenir. Así, pues, un nuevo fracaso: se siente que esta presencia no es auténtica, no es nosotros mismos, parece separada de nuestra verdadera existencia. Hay siempre tirantez entre lo empírico y el eterno fracaso de ser sí-mismo en el presente.

La presencia presente ¿puede ser otra cosa que un mito o una ilusión? ¿No hay, en la perspectiva actual de la existencia concebida de manera actualista, es decir, creándose constantemente, la posibilidad de resolver este desgarramiento temporal? ¿Cómo conciliar estos dos aspectos contradictorios de la presencia? ¿Cómo resolver este atolladero de la conciencia temporal contemporánea?

Volveremos aquí por la distinción que hace Heidegger entre el ente y el ser y que él llama la "diferencia ontológica". El ser es misterio y se revela y se oculta en el siendo. El hombre es un ente que no ve nunca más que el ente y que no alcanza jamás el ser. La "reducción ontológica" se efectúa por un salto en y por la temporalización. Pero hay, sin embargo, estados en que la diferencia ontológica es resuelta, en que el ente es sentido de una

manera más profunda, donde se alcanza una cierta cualidad eminentemente subjetiva del ente. La filosofía moderna ha tratado en este sentido de ver con mucha acuidad en la subjetividad la esencia del ser. Y el ente subjetivo que nos acerca lo más al ser es la experiencia artística. El artista es el que más se arriesga en el ser y quien ilumina al ser en el ente. Las filosofías existenciales han valorizado así el arte como acto de vida, y ligado al psicoanálisis los individuos y la sociedad. Para Heidegger es la obra de arte quien nos abre el ser del ente. Hay una relación entre lenguaje y ser y el arte es considerado por él como el choque de la brusca revelación del ser. Heidegger se ha apoyado en poetas "del tiempo" como Rilke, Hölderlin, Wordsworth, Shelley. Para Jaspers, el arte es la lectura en símbolos de la trascendencia y el instrumento de la filosofía. El arte es a la vez juego y revelación y la llave del arte es "el sentido del ser". Escritores como Strindberg, artistas como Van Gogh (que Jaspers llama el artista de la "trascendencia immanente"), permiten el descubrimiento de una mayor autenticidad en relación con la psicosis, epilepsia o esquizofrenia.

Así, el artista, en este ente de excepción que es el impulso creador, adopta una actitud de demiurgo y por ahí llega al problema filosófico. Su actitud es filosófica por lo que de universal lleva a la singularidad de su instauración creadora. Esta preocupación por justificar la obra de arte, esta unión arte-filosofía, conduce a una especie de estética filosófica, inquietud metafísica del ser, que se traduce por la abundancia de las teorías más contradictorias, por la evolución de las bellas artes, por la llamada a disciplinas ajenas como el psicoanálisis, la psicología profunda, a doctrinas como el intuicionismo. En un polo el automatismo surrealista de André Breton, especie de perfeccionismo estético o de estética de la espontaneidad, en el otro polo una estética pensada, estética del lenguaje: Mallarmé, Valéry. El arte no es ya un doble, una copia de la realidad, sino instauración y subordinación a un obstáculo.

Este esfuerzo por ver en el objeto de arte el encuentro con el ser conduce a una mezcla constante entre arte y filosofía. La precariedad del ser conduce así, en la perspectiva contemporánea de un humanismo ateo, a una cierta relación entre conciencia metafísica y preocupación estética. La cualidad del ente que nos da el artista, el metafísico puede aportárnosla en una experiencia subjetiva del ser que es experiencia de riesgo, de salto, de exploración, que se siente análoga. Hay, pues, una comparación que busca entre el esfuerzo del artista y el del metafísico para establecer una identificación entre el ser y el ente en su conjunto, entre el presente y la presencia, entre lo óntico y lo ontológico.

Lo que hay de filosófico en el arte es el principio universal de lo real, la vida como fuerza creadora. Lo que hay de estético en la filosofía es ser el vehículo de una cierta originalidad que es precariedad existencial. Arte en tanto que vida, vida en tanto que arte. El arte es una cierta manera de inmediatizar y de presentificar. Él introduce una presencia, pero que no es algo efímero inauténtico. La intemporalidad del instante creador es la brusca revelación de lo primigenio. Lo trágico temporal es acallado por el desafío de lo bello, y el atolladero de la conciencia temporal contemporánea puede resolverse así por:

- el carácter ontológico del arte;
- la esteticidad de la experiencia metafísica.

Tres tentativas recientes se han propuesto por fin descubrir en el arte una vía de acceso hacia el ser, y han insistido sobre el movimiento por el cual el filósofo se hace artista para alcanzar el ser. Tres filósofos, en búsqueda de una autenticidad en el laberinto de los entes—Jean Wahl, con la poesía; Vladimir Jankélévitch, con la música, y André Malreaux, con la literatura—han resuelto por el impulso creador el fracaso de ser sí-mismo en la presencia, descubriendo en el arte esta "presencia presente" de la que la época actual tiene nostalgia y que busca desesperadamente. El filósofo se hace artista aplicando el principio de originalidad del arte: la invención, el riesgo, la aventura. Uniendo los movimientos de una estética filosófica—el artista es filósofo porque justifica su obra subjetiva—y de una filosofía estética—el filósofo es artista porque es poeta creador de un subjetivismo universal—la búsqueda de la presencia se traduce por un desafío existencial que tiene las apariencias de la obra de arte. Actitud que es a la vez sufrimiento e iluminación, miedo y alegría; que une lo trágico de la existencia filosófica y el humor de la invención estética, el ser y el parecer, la lucidez y la inspiración, la virtuosidad constructiva y la humildad desvelada. Esta posición que se coloca en función de una actitud límite privilegiada, revela así cierta manera de abordar, de afrontar y de experimentar, una presencia depurada de cualquier horizonte temporal o eterno.

Lo que define, según el metafísico-poeta que es Jean Wahl, el drama de la condición humana al mismo tiempo que el de la conciencia temporal, es que "nunca tenemos conciencia del momento presente de nuestra existencia. Tenemos más bien el sentimiento de haber existido en el momento precedente o de estar vertidos hacia el porvenir; nos definimos a nosotros mismos por

nuestras esperanzas y nuestros pesares".¹ El ser humano está obligado a permanecer siempre a una cierta distancia de su existencia, que le huye y le está constantemente oculta. Sin embargo, "puede haber en él, a pesar de todo, momentos en que estamos, en el dolor o en la alegría, presentes a nosotros mismos, captándonos en esta misma presencia".² Y Jean Wahl se pregunta ante todo si esta presencia encerrada en la extrema brevedad del instante, no es solamente un mito consolador propio de nuestra época, un sucedáneo, una ficción de eternidad más que una realidad.

Estos momentos de presencia intensa corresponden a actos por los que el ser existente se destruye al mismo tiempo que se construye, a algo efímero sentido con intensidad donde se accede a lo absoluto. Pues se puede decir que "es en el sentimiento más que en la razón donde nosotros encontramos la más precisa aproximación a lo absoluto".³ Este absoluto, contenido en la brevedad de la presencia, no es ni una totalidad ni un conjunto; nosotros no lo alcanzamos por una operación totalizadora, sino que lo presentimos como una densidad en lo parcial y lo subjetivo.

La experiencia privilegiada de este algo efímero sentido, por la cual la duración es en cierto modo superada, refundida y cristalizada, es la poesía—cuyo fin es aclarar el ser por el ente—quien nos la aporta. La poesía nos da la presencia aguda en un "minuto particular" y el poeta la alcanza, por una duración que le es propia, a la vez infinita e instantánea, en un instante particularísimo que es condensación de una pluralidad y esencia del ser. Así, la obra de arte, nos abre el ser del ente al mismo tiempo que realiza nuestro ser propio. Ella es a la vez abertura sobre el mundo y abertura en el ser. El poeta es el que, a través del ente quiere el ser y hace el ser. Y la creación poética no es solamente ejercicio y experiencia, sino también aventura.

Así también la experiencia poética es asimismo experiencia metafísica. Para J. Wahl, el fondo de la poesía es metafísica y el fondo de la metafísica es poesía, y si hay una lucha de la poesía contra la metafísica y de la metafísica contra la poesía, "nosotros estamos en un tiempo en que metafísica y poesía tienden a juntarse".⁴ El material del poeta es un instante bañado en una luz filosófica. Para el filósofo es la inmediatez de lo absoluto sentido. Hay asimilación entre el instante de la creación poética y el

¹ J. WAHL, *Traité de Métaphysique*, p. 555.

² *Ibid.*, p. 555.

³ *Existence humaine et transcendance*, p. 23.

⁴ *Poésie, Pensée, Perception*, p. 11.

instante existencial. Partiendo de la experiencia de la presencia, J. Wahl distingue una doble unión poesía-metafísica, a la vez por lo alto y por lo bajo. En la base, es "lo hipofísico" (por otra parte, J. Wahl ha empleado el término de trascendencia) de un Nietzsche, de un Lawrence, de un Whitman, un aturdimiento que está a la vez en el fondo de la naturaleza y en nosotros; en el otro extremo, una "otra cosa" hacia la cual tiende la metafísica como hacia su meta, un más allá del discurso que no puede ser más que poético. Se trata, pues, de una especie de pirámide, con un bloque de realidad en la base y de instantes agudos en la cúspide, siendo por ahí por donde puede ser resuelta la lucha entre la metafísica y la poesía. J. Wahl llega así, por referencias a poetas como Rimbaud, Mallarmé, Claudel, Whitman, Eliot, a una cierta poesía del ser cuando declara: "así, después de la metafísica clásica, veremos comenzar la era del pensamiento profundo ayudado por la poesía".⁵

El filósofo subraya, sin embargo, a propósito de las relaciones entre la poesía y la metafísica "que si todo ha sido hecho por los poetas queda mucho por hacer para que aparezca la verdad metafísico-poética".⁶ Y J. Wahl piensa que este absoluto sentido, esta pureza de la aventura poética, esta trascendencia experimentada, está obligada a permanecer oculta, pues el hombre es el ser que se interroga sobre su existencia, pero cuando lo hace acerca del destino de la condición humana, no puede recibir respuesta más que por el disimulo y el silencio. Tal es por analogía la experiencia metafísica: "la filosofía es más bien una actitud de pregunta que de respuesta. Ella es el movimiento, oscuramente apercibido más bien que visto, que va de la realidad por la dialéctica y las antítesis hacia el éxtasis. En presencia de las obras de arte, estos mundos a la vez acabados e inacabados, o más simplemente en presencia de las cosas, experimentamos una plenitud, no separamos ya lo interior de lo exterior, lo infinito, y el diálogo incesante llega a su conclusión en el silencio".⁷

Así, para Jean Wahl, el problema de la conciencia temporal y el problema de la presencia están estrechamente ligados ante la filosofía en general. El porvenir está más allá de la metafísica, va hacia una nueva forma sentida e inmediata de meditación —a la vez filosófica y poética— que es ante todo "interrogación creadora".

⁵ *Traité*, pp. 120-121.

⁶ *Existence humaine et transcendance*, p. 97.

⁷ *Traité*, p. 722.

PARA Vladimir Jankélévitch, el más músico de los filósofos, el hombre es el ser que busca constantemente una "cúspide", donde espacio y tiempo sean abolidos y siempre en equilibrio sobre este punto peligroso, este "punto-vértigo", que él encuentra en la acuidad, la inseguridad y la oportunidad de la presencia, o recaído en el intervalo de la duración que se desgrana, no puede más que sobrecogerse de angustia ante esta alternativa que hace de la vida "un texto que es preciso descifrar a la vista de una lectura y una aprehensión 'extemporánea' del instante".⁸

Para definir y analizar este "punto-vértigo", Jankélévitch se funda en la creación estética, no ya por una reflexión sobre la obra hecha o por hacer, sino sobre la obra que-se-está-haciendo; reflexión que no es ni conocimiento retardatario ni retrospectivo, sino misterio de la *operatio* y emergencia incaptable de la iniciativa creadora.

La experiencia privilegiada que para el filósofo caracteriza el rechazo de la duración, esta "fastidiosa duración que trátase de matar durmiéndola, o por la velocidad y la puja de los récords, de hacerla siempre más corta",⁹ es la música, "espacio de temporalidad encantada",¹⁰ milagro siempre renovado de lo imposible, y esta fugitiva presencia, este "instante divino del entre-dos" entre el pasado que contiene la obra realizada y el futuro, que se refiere al proceso de la creación, Jankélévitch lo llama "encanto". El encanto no está ni en el artista creador, ni en el objeto creado, sino que va del uno al otro como un influjo. No hace la obra de arte, sino que es el *divinum quid* sin el cual "los temas no serían más que lo que son".¹¹ La instantaneidad del arte musical es comparable al Kairós de los griegos y "la musicalidad de la música llega a veces a una oportunidad más breve aún, a un brevísimo instante del breve momento, a un minuto oportuno, a un solo tiempo de una sola medida".¹² Es valedero para el arte en general.

No obstante, no hay más que la música que, según Jankélévitch, pueda entregarnos el único secreto del solo absoluto al cual tenga acceso el hombre. Primeramente porque ella es el arte temporal por excelencia, no secundariamente como la novela o el teatro, sino por esencia. Además, porque nosotros la vivimos por lo que Jankélévitch llama "una participación óptica de todo nuestro

⁸ V. JANKÉLÉVITCH, *La Rhapsodie*, p. 243.

⁹ *Le Je-ne-sais-quoi-ou-le-presque-rien*, p. 152.

¹⁰ *La Musique et l'Ineffable*, p. 122.

¹¹ *Ibid.*, p. 133.

¹² *Ibid.*, p. 152.

ANÁLOGO a lo precario de la conducta improvisadora de V. Jan-kélévitch es el humanismo interrogativo de André Malraux.

El ser humano aspira a una perfecta autonomía. Sueña con no depender más que de él, siendo excitado por un deseo de lo absoluto. "La enfermedad quimérica cuya voluntad de poderío no es más que la justificación intelectual, es la voluntad de deificación: el hombre sueña con ser dios".²³ Pero él no encuentra más que la huida y la nada, y evasión de sí mismo. Esta evasión es el tiempo. El ser humano es un ser temporalmente desgarrado, amezado, aplastado por la dispersión temporal y la muerte y angustiado por la conciencia de su propia fatalidad: "lo que pesa sobre mí es, ¿cómo decir? mi condición de hombre: que yo envejezca, que esta cosa atroz: el tiempo, se desenvuelva en mí como un cáncer, irrevocablemente. . . . El tiempo, helo ahí".²⁴ El tiempo es el ser mismo. Y el lenguaje del ser es el de la interrogación que es para Malraux, la forma misma de la temporalidad. La conciencia interrogativa es la conciencia desgarrada entre el ser y el no-ser, el absurdo del desenvolvimiento temporal y lo absoluto inaccesible. La condición humana es interrogativa porque es temporal. "Nuestra civilización está separada de la antigua (si no en todos sus aspectos), con excepción de la griega, por el primado que concede a la interrogación".²⁵ El tiempo es a la vez la interrogación, el absurdo y la angustia, y la condición humana es imposible y contradictoria.

Todo el problema estriba, pues, en vencer al tiempo, y por ahí dominar la precariedad del ser. Y vencer el tiempo no es salir de él como de un sobre—lo que sería una objetivación— ni referirse a un eterno intemporal—lo que sería una mística—, sino intentar destruir el porvenir y aniquilar el pasado asumiendo la urgencia de lo inmediato, lo incaptable de lo no temporal, lo precario tal como se presenta constantemente en el ser humano, haciendo de esta precariedad misma una presencia intensiva, única capaz de luchar contra la dispersión temporal y de levantar un puente entre la contingencia existencial y lo eterno inmóvil, pues "lo que primeramente necesitamos es encontrar el presente".²⁶ El desafío de querer fundar el ser sobre lo que no tiene ser y el tiempo sobre lo extra-temporal, es una conquista peligrosa e inestable, y es lo que se hace a la vez en el valor y en el peligro. Estas diferentes preocupaciones nacidas de un rechazo del tiempo: vencer

²³ A. MALRAUX, *La Condition humaine*, p. 10.

²⁴ *Les Voix du Silence*, p. 601.

²⁵ *Les Voix du Silence*, p. 601.

²⁶ *Les Conquistants*, p. 252.

el tiempo accediendo al ser por una presencia inmediata liberada de los horizontes temporales—dar un valor metafísico a lo precario de la condición humana—Malraux los concentra en las dos formas de la interrogación hecha obra o acción, los dos polos del riesgo absoluto, la vida y la muerte, las dos conquistas humanas sobre la condición temporal que son el arte y la operación creadora, por una parte; la acción heroica y su realización, la muerte, por la otra. El artista y el héroe son para Malraux los aventureros del paroxismo de lo precario, "autenticado" en "Instantes decisivos", en un absoluto.

El arte es el nacimiento de un aquí y de un ahora absolutos, nacimiento permanente que se perpetúa, creación incesante de lo absolutamente nuevo y de lo absolutamente original. Por lo único de la visión y de la creación y lo arbitrario de un instante-elección, el artista tiene en jaque al tiempo y hace de su obra una permanencia existencial que viene a ocupar un lugar en un "museo imaginario", accediendo por ahí a una otra existencia despojada de pasado—es un comienzo absoluto—y de futuro—la obra es su futuro. La visión estética hace de la presencia de un objeto una ausencia, y toda la obra de arte está en el desafío de la captación en el instante de una presencia desprovista de horizontes temporales, moviéndose en un tiempo que no pertenece a la duración histórica. Es en la medida en que la misma obra de arte es inseparable de un momento particular del pasado y participa de una invencible parte del presente *artístico*, que nuestra cultura toma la forma en que la vemos: "el pasado de un cuadro no pertenece completamente a un tiempo pasado, y no pertenece tampoco al presente".²⁷

Anti-tiempo, el arte es por ello un "anti-destino", y "cada una de las obras de arte es una justificación del mundo, pero su lección común es la de su existencia y la victoria de todo artista sobre su servidumbre enlaza, en un inmenso despliegue, la del arte con el destino de la Humanidad".²⁸ Así, el arte transforma el destino en libertad. La precariedad del artista y la de la visión estética son creadoras de una verdad, que es por una parte expresión del secreto del artista y por la otra descubrimiento del secreto del Universo. El arte autentifica un inmediato que es unión de estos dos secretos. Por la fragilidad de este equilibrio, en el cual lo precario se convierte en fundamental y lo gratuito de la visión estética en absoluto, el arte enlaza e integra la interrogación metafísica. "Nuestra relación con el arte, desde hace más de un siglo,

²⁷ *Les Voix du Silence*, p. 621.

²⁸ *Ibid.*, p. 637.

no ha cesado de intelectualizarse. El museo impone plantearse cada una de las expresiones del mundo que reúne²⁹ y "el arte asentado en la metamorfosis es un dominio múltiple como el de la misma vida desaparecida. Nosotros lo acosamos con una apasionada interrogación, semejante a la que nuestro arte y nuestra civilización dirigen al mundo",³⁰ y "la interrogación, unas veces serena y casi siempre angustiada, se adelanta a la anexión, en la que Picasso sigue a Cézanne".³¹ En la imagen de la condición humana desgarrada e imposible, la suerte del arte es imponer su verdad sobre su precariedad existencial misma. Cogido entre el desenvolvimiento de lo precario y la exigencia de eternidad, el artista crea a través de un universo hostil un mundo que es a la vez anti-materia, anti-tiempo, anti-destino, verdad y forma siempre renovadas de la interrogación del ser.

"El secuestro mismo de lo precario se encuentra en la acción. El ser interrogativo por excelencia es el aventurero. El rechazo del tiempo, el riesgo de la presencia, son siempre una aventura para el hombre. Análogo a la creación estética, el acto libre emana de la persona entera. Que exista lo imposible es que exista la condición humana. El hombre se cree el rival del mundo y de Dios. El Apocalipsis quiere todo, en seguida. El peligro estriba en que todo hombre lleva en sí mismo el deseo de un Apocalipsis. Y que en la lucha, este deseo, pasado un tiempo muy corto, es una derrota cierta, por una razón muy sencilla, pues por su propia naturaleza, el Apocalipsis no tiene futuro".³² El aventurero vive su aventura temporal como el artista su aventura artística, por un desafío, una perpetua recreación, una profundidad en lo inmediato, en instantes privilegiados de tensión peligrosa, instantes perfectos de presencia y de creación íntegras, que son una continua invención de sí. El aventurero hace de la acción heroica un desafío del tiempo. Y la obra maestra, la apoteosis, la coronación de lo imposible en el riesgo, es la muerte heroica, el Instante supremo e irrevocable, que tiene su lugar en el otro polo del anti-tiempo.

La acción y la muerte heroicas, lo mismo que el arte frente al universo, resuelven "la irreductible humillación del hombre acorralado por su destino".³³ "Vosotros no sabéis —pone Malraux en labios de uno de sus personajes— lo que es el destino límite, irrefutable, que cae sobre vosotros como un reglamento sobre un pri-

²⁹ *Les Voix au Silence*, p. 129.

³⁰ *Ibid.*, p. 625.

³¹ *Ibid.*, p. 601.

³² *Espoir*, p. 90.

³³ *La Voie Royale*, p. 130.

sionero: la certidumbre de que seréis eso y no otra cosa, que *habréis* sido eso y no otra cosa, que lo que ya no habéis tenido, no lo tendréis jamás".³⁴ La muerte es el instante privilegiado en que el destino se consume, anti-destino, ella da como resuelto lo imprevisible. En ella lo finito se convierte en absoluto, lo infinito ocupa un lugar en el destino individual. Los héroes de Malraux, aceptando, profundizando, horadando lo precario del instante de su muerte, encuentran, viviendo "su" destino particular, su verdad y un absoluto. Por la muerte, el héroe es la integridad de sus posibilidades. Los últimos instantes son el riesgo absoluto del fin, que dan un aspecto eterno o inmóvil a lo que no era más que una tregua.

Es la imposibilidad misma de mantenerse en esta presencia precaria lo que termina en la muerte. La muerte querida es la apuesta suprema: perder todo para ganarlo todo: "lo que es sorprendente, en la presencia de la muerte... es que se sabe de repente lo que se quiere, sin la posibilidad de una duda".³⁵ A este propósito, el personaje más típico de las novelas de Malraux, es Tchen en *La Condición Humana*, que espera de la muerte la revelación del ser, el milagro, la presencia total y el librarse de la dispersión. Seres de presencia íntegra, Tchen o Perken quieren la muerte, como Katow quiere la tortura, cuando da el cianuro a sus compañeros, no guardándolo para sí mismo. Así pues, tanto los unos como los otros, no pueden morir más que por la imposibilidad de mantenerse en la existencia empírica dando un sentido a la vida.

También el ser interrogativo que vive en el atoladero de la existencia-para-la-muerte (cf. Heidegger), hace de ésta la revelación del ser. Por la acción sin esperanza, por el riesgo total, se asume lo imposible de la presencia y ya no se sufre al tiempo. Kyo, cuando absorbe el cianuro, resume esta actitud: "no, morir podía ser un acto exaltado, la suprema expresión de una vida a la que esta muerte se parecía tanto".³⁶

Así, el fracaso y el rechazo de la conciencia temporal se concentran para Malraux en un humanismo de lo precario, del desafío y de lo imposible, de la urgencia y de la interrogación. El único modo auténtico de existir es superar el tiempo buscando incansablemente una presencia total. No se sale del tiempo, se le acepta en cada una de sus parcelas, no por una distensión horizontal o vertical, sino profundizando en lo inmediato, que consiste en hun-

³⁴ *Ibid.*, p. 59.

³⁵ *Ibid.*, p. 153.

³⁶ *La Condition Humaine*, p. 363.

dirse en la intensidad del instante. Lo fundamental se excava y se dispersa en instantes únicos e incommunicables que tienen el aspecto de lo absurdo. Asumir el absurdo del tiempo, es decir, el instante, aceptar el abismo trágico de la íntegra soledad, es resolver por el tiempo y en el tiempo el desorden metafísico. El artista y el héroe son las potencias anti-temporales; la acción heroica y el instante de la muerte, como el arte, valorizan lo precario, y los "héroes del destino" de Malraux se juntan a las obras del *Museo imaginario* en esta forma particular de conciencia metafísica. Esta invulnerabilidad temporal duramente adquirida, este acto de fe en la urgencia peligrosa se resuelven, en fin de cuentas, en un acto de fe en el ser humano.

¿A qué conclusión se llega ante estas tres formas de pensamiento, que son en un sentido bastante análogas?

Se trate de la interrogación creadora de J. Wahl, del "yo-no-sé-qué" de V. Jankélévitch, del ser interrogativo de A. Malraux, resulta que el filósofo resuelve, como el artista, el desafío metafísico. La unión entre arte y filosofía se ha presentado en todas las épocas. Sin embargo, más que nunca actualmente, es imposible disociarlos en la investigación de la presencia. El uno como la otra desembocan en una misma experiencia del riesgo. Y este lazo eterno arte-filosofía, llega en la época contemporánea a la perspectiva de un *humanismo de la presencia inmediata*, que se encuentra equidistante entre un *diletantismo íntegro* y una *exigencia de eternidad*, que se funda en un cierto modo de conciencia metafísica existencial, sujeta a la experiencia estética y que aparece en la interrogación. La vida es una cierta forma de arte. El fracaso de la conciencia temporal encuentra su salida en un desafío estético capaz de realizar la fusión de los contradictorios.

Es, pues, una especie de *curiosidad existencial* y un cierto *esteticismo de la experiencia metafísica* quienes nos abren el acceso hacia el ser, en el callejón sin salida en que se halla la conciencia temporal actual. Ya sea por lo sentido (Wahl), por la improvisación (Jankélévitch), o por el destino (Malraux), el filósofo ha de hacerse artista. No podrá resolver el desafío temporal y el problema de la aspiración a la presencia más que a la manera del artista, por un esteticismo temporal que sustituya a una presencia de distensión una *presencia de tensión*. Podría decirse que de una ontología de la temporalización se pasa a una ontología de la presencia, que se resume en una "ontología estética de lo precario". Todo viene a la elección de los instantes, en el cuadro de una civilización de lo trágico, que hace de lo inmediato más que un mito o una ilusión, el único acceso al ser y a lo absoluto.

J. Wahl ha definido de la siguiente manera este absoluto de lo efímero que es lo absoluto de nuestros días: "el pensamiento de algunos escritores contemporáneos que acaso se creen muy alejados de la idea de lo absoluto, está dominado por esta idea; lo que ellos buscan en la desesperanza es la pureza que no pueden encontrar ya en la esperanza; lo que buscan en la aventura es la absoluta separación de todo, un radical soltar de amarras y la entrada en un ambiente absolutamente distinto donde son cogidos por algo, en absoluto trascendente a ellos".³⁷ La única salida a la angustia temporal está en una estetización de la conciencia metafísica. Todo reposa: —en la elección de los instantes que caracterizan esta presencia precaria— en la profundidad de estos instantes. Es decir, que en el interior de esta ontología estética de lo inmediato, que es la controversia de la época contemporánea, el hombre se empeña sobre todo en un desafío consigo mismo.

³⁷ *Existence humaine et transcendance*, p. 61.

DESARROLLO ECONÓMICO, AHORRO Y EQUILIBRIO EXTERNO

ALFREDO Navarrete expone en este libro así intitulado, un conjunto de ideas sobre el desarrollo económico de México y sus interrelaciones con las cuentas exteriores, los medios de financiamiento y volúmenes de ocupación, cuyo valor se puede apreciar en la actualidad, ya que sus principales argumentos, opiniones y recomendaciones se confirman y tienen validez al compararse con los fenómenos acontecidos en la última década en la economía mexicana al mismo tiempo que son ideas que continúan teniendo una actualidad y una enseñanza útil para el futuro desarrollo del país.

El primer artículo "Una Hipótesis sobre el Sistema Económico de México", que extracta los principales argumentos de su tesis doctoral, es quizá el trabajo más orgánico y comprensivo de la problemática del desarrollo económico y sus relaciones con la balanza de pagos. El *sólido instrumental teórico* lo maneja para explicar la realidad de la economía mexicana de la década de los 30's y la 1ª mitad de los 40's.

Explica cómo la economía mexicana presentaba un desequilibrio estructural interno, caracterizado por la convivencia de dos tipos de economías cerradas; el sector de exportación, moderno, dinámico y de alta productividad, y el sector interno, que mostraba bajos niveles de productividad, escaso dinamismo y técnicas obsoletas de producción. Las relaciones entre estas dos economías se establecen a través de los efectos, precio e ingreso más que a través de relaciones de producción. Es decir, no existía una transmisión productiva de los efectos de las transacciones internacionales, que expandiera o multiplicara la de inversión y producción, sino más bien provocaba una alta inestabilidad al sistema al no poder responder la planta productiva nacional, a las demandas generadas en el sector de exportación debido a la alta inelasticidad de la oferta, generándose fuerzas inflacionarias.

Esta inestabilidad inherente al sistema de tipo estructural, se ve agravada al entrar la economía en contacto comercial y financiero con el resto del mundo. La necesidad de un monto mínimo de importaciones que requiere un país en proceso de desarrollo, y la alta sensibilidad de éstas a movimientos ascendentes del ingreso y producción internos, se enfrenta a una estructura de exportaciones (materias primas y alimentos con poco o nulo contenido de manufactura) altamente inelástica a movimientos en los precios. De esta forma el ciclo económico de las economías industrializadas

al transmitirse al país a través de las transacciones internacionales, no tiende a estabilizar el sistema, sino al contrario se agrava su inestabilidad, ya que tanto a la baja como al alza de la actividad mundial, persistía una tendencia crónica al desequilibrio de la balanza de pagos.

Estas conclusiones que ahora parecen naturales, puesto que lo hemos observado, en aquel entonces constituyeron un reto a las teorías del comercio prevaletientes del comercio internacional, que proclaman a éste como un instrumento de equilibrio interno y externo. Por lo que respecta a las conclusiones, esta situación solamente podría aliviarse a fondo a través de un desarrollo económico sostenido, basado en una diversificación en la producción que pudiera permitir un grado razonable de sustitución de importaciones y una diversificación de exportaciones. Los instrumentos temporales se caracterizaban por el uso discriminatorio del control de importaciones, modificaciones en el tipo de cambio y lo más importante por un uso significativo y temporal de créditos del exterior que permitirá al país un crecimiento económico con estabilidad interna y externa, al tiempo que se realizan los cambios estructurales necesarios.

La simple observación de los fenómenos actuales proporcionan elementos suficientes para juzgar este trabajo atinadamente visionario. Aún más, debe considerarse que su tesis no solamente se ha visto confirmada con la realidad de México, sino también por estudios de organismos internacionales como la CEPAL, destacándose el hecho de que antes que la CEPAL diera a la luz su estupendo trabajo sobre América Latina en 1949, ya las ideas del autor estaban planteadas en su tesis elaborada durante 1947 y 1948.

Un problema central de nuestros días es el de lograr un volumen de empleo creciente a niveles adecuados de productividad. Así el problema de la ocupación es tratado por el autor en artículo aparte en relación con el desarrollo económico. La economía mexicana presenta un cuadro de desocupación abierta que no es reflejada fielmente por las estadísticas además del problema de la ocupación disfrazada, es decir, el de empleos con una productividad cercana a cero. El desarrollo económico del país no tendría sentido si no fuera un instrumento que ofreciera oportunidades crecientes de empleos remunerativos a nuestra creciente población. Se observa el lento crecimiento de la productividad del trabajo y un rezago de ésta con respecto a la producción total que puede deberse a características inherentes al sistema, lo que ha provocado un lento dinamismo en las fuerzas económicas que permitieran un ritmo de ocupación mayor.

Quizá lo más destacado de este trabajo, junto con la argumentación teórica con que establece los factores que determinan el crecimiento de la ocupación, es la estimación de las necesidades de inversión que requeriría el país para obtener un crecimiento de la producción que permitiera un ritmo de empleo remunerativo adecuado al ritmo de aumento de la pobla-

ción, al aumento en la productividad y en primera instancia al mejoramiento del nivel de vida del trabajador. Al concluir que para lograr este objetivo (la estimación fue hecha en 1956) la tasa de inversión necesaria debería ser del 16 al 18% de P.N.B. viene a confirmarse casi 7 años después, cuando documentos oficiales como el Plan de Acción Inmediata del Gobierno de México señala la necesidad de aumentar el coeficiente de inversión al 17% en 1965 para poder crecer a un ritmo de 5.4 a 6% en la década de los 60's. La diferencia en rapidez en el crecimiento de la producción a obtener en ambos cálculos (7% en Navarrete, y 6% en el documento mencionado) se debe a la diferencia en el coeficiente de capital que ha venido aumentando.

Con interés continúa uno leyendo los artículos cuando analiza ya más específicamente el problema de un financiamiento adecuado de la inversión. Analiza la inversión pública en el período 1939-55, destacando su importancia como impulsora de la infraestructura económica la que ha permitido el crecimiento de la inversión privada, y su efecto en demanda global. Pasa enseguida a analizar el problema de su financiamiento subrayando la necesidad de que la inversión pública se financie adecuadamente "a fin de elevar al máximo su impacto en la producción nacional y reducir al mínimo su efecto sobre los niveles de precios".

Uno de los conceptos centrales señala que la mayor parte de las veces se atribuye al exceso de inversión pública sobre ahorro público la generación de presiones inflacionarias, pero que no se analiza del mismo modo el exceso de inversión privada sobre su ahorro. Lo que interesa es el problema en conjunto, es decir, que cualquier exceso de inversión sobre ahorro de un sector se compense con el exceso de ahorro financiero de otro sector sobre su inversión real, a través de los mecanismos financieros y crediticios que trasladen los ahorros del sector superavitario al deficitario. Navarrete señala el hecho fundamental de que se ha dado especial atención a las políticas crediticias, comerciales y de gasto público, faltando por desarrollar —dice en 1955 el autor— una "*política impositiva y sobre todo la política financiera, que es la que tiene que ver primordialmente con el manejo adecuado de los activos financieros, que incluyen además de los recursos propios de organismos y empresas públicas el nivel y la estructura de sus deudas y el de la circulación de sus valores*".

Estas ideas son de las que tienen actualidad, gran significación.

Sostiene el autor que en una economía en desarrollo no es perjudicial *per-se* que la inversión exceda al ahorro total, sino que al contrario es parte del mecanismo que explica el desarrollo; pero que lo importante es que los aumentos generados del ingreso se traduzcan en ahorros, y éstos sean canalizados adecuadamente hacia inversiones productivas, disminuyendo así gradualmente las presiones inflacionarias. México ha generado considerables ahorros, en su proceso de desarrollo. Lo que es necesario es su ade-

cuada canalización. Concluye que el problema no es disminuir la inversión pública, sino acelerar su crecimiento acorde con las necesidades que implica el desarrollo económico, manejando su estructura de acuerdo con los *estrangulamientos* que se vayan presentando, y jerarquizando en el tiempo su composición y muy particularmente financiando su monto con recursos internos no inflacionarios, complementados con recursos del exterior.

Destaca la venta de acciones al público de empresas públicas y privadas al inversionista mediano y pequeño como un instrumento no sólo de financiamiento sano, sino como un factor crucial en la democratización de la propiedad industrial.

En el siguiente trabajo sobre política financiera externa se señala que la muy socorrida política de reducir el desarrollo económico para lograr un balance en las cuentas externas es un enfoque radicalmente equivocado, ya que la devoción excesiva a la estabilidad como objetivo supremo de la acción gubernamental no es en sí mismo un fin, sino que la política a seguir debe tender "a reducir al mínimo el grado de inestabilidad, al tiempo que se mantiene la tasa máxima de expansión consistente con los recursos disponibles internamente y los obtenidos del exterior". El problema de financiar un mayor volumen de inversión en nuestro país lo concreta el Dr. Navarrete en los siguientes puntos centrales, los que siguen constituyendo una orientación a seguir en la política financiera del país:

1. Un mayor énfasis en la política de ahorro privado con el fin no sólo de incrementarlo, sino canalizarlo adecuadamente a fin de lograr la estabilidad y el crecimiento.

2. Un perfeccionamiento constante y progresivo del sistema fiscal y un mejor manejo de las empresas públicas.

3. Una política de emisión de nuevos valores que capten volúmenes mayores de ahorro privado protegiendo razonablemente el capital del pequeño inversionista. Si los esfuerzos en este campo tuvieran resultado, dice el autor, podría inclusive liberalizarse más el crédito a la producción.

4. Una mayor flexibilidad en nuestras importaciones mediante una selección dinámica y razonable de éstas, procurando desarrollar un programa realista de sustitución de importaciones y la preparación de un ambiente adecuado para las inversiones nacionales que tiendan a diversificar nuestras exportaciones.

5. Mantenimiento del papel complementario del ahorro externo buscando nuevas formas de financiamiento internacional, que permitan utilizar los préstamos y divisas para gastos en moneda local y el pago de éstos en moneda local en parte o totalmente.

6. Enmarcar las medidas anteriores dentro de un programa coordinado y flexible de desarrollo económico.

Al hablar sobre las inversiones extranjeras el autor después de definir conceptos sobre la posición deudora de un país y encontrar las relacio-

nes técnicas de los efectos de la inversión extranjera en la balanza de pagos, concluye con una serie de criterios que podrían ser orientadores de una política nacional en materia de inversiones extranjeras a saber:

a) Criterio de complementaridad. El capital debe ser complementario cuantitativa y cualitativamente de los ahorros nacionales. Señala el hecho de que en México juzgando las cifras anualmente, el capital del exterior ha sido complementario y ha existido capacidad de pago para su estricto y puntual cumplimiento.

b) Criterio de flexibilidad. Debe existir un criterio de flexibilidad, ya que no es posible manejar una política de inversión extranjera a base de reglas rígidas (mas no principios), cuando las condiciones en los mercados internacionales de capital público y privado son cambiantes, en el tiempo y en su forma.

c) Criterio de equilibrio. Este criterio debería tender a que en el tiempo se compensen los años de fuertes entradas de inversión con un mayor uso de recursos nacionales en otros años. Equilibrio entre las inversiones extranjeras y los créditos. Señala la necesidad de buscar nuevas formas de financiamiento, como la colocación de valores públicos y privados en los mercados exteriores.

En su último artículo llamado "Una Política Financiera Continental", escrito en 1960, apunta ya los principales lineamientos que en materia financiera contiene la carta de Punta del Este. Reconoce que el principal medio de colaboración financiera continental debe realizarse a través de un mejor tratamiento en los precios de nuestras exportaciones y el acceso a los mercados de los países avanzados de nuestras exportaciones industriales. Por lo que respecta a los créditos internacionales señala que deben ser complementarios y cuidadosamente seleccionados y programados. Que los préstamos al sector público cuando se han manejado eficientemente han probado ser medio adecuado para acelerar el desarrollo económico de México. Cabe destacar esta afirmación del autor "*Esta consideración deberá tomarse en cuenta para cubrir las necesidades de inversión que plantea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio*". Continúa sugiriendo que los créditos exteriores permitan la compra de materiales y equipo cuando éstos se produzcan en el país beneficiario. Que se consideren en algunos casos la capacidad global de pago del país, sobre todo cuando la rentabilidad de un proyecto específico aislado no sea adecuado. Es decir, Navarrete delineó en pocos conceptos el tipo de crédito que ahora se puede obtener dentro del programa de la Alianza para el Progreso.

La reflexión sobre la naturaleza clave de los problemas tratados, el sistemático análisis de que los hace objeto y las útiles sugerencias, nos llevan a considerar este libro como una obra valiosa para los estudiosos de los problemas económicos del país.

La mayor parte de sus conceptos y sugerencias forman ahora un cua-

dro de problemas y soluciones claramente definido, cuando no aceptado, pero el mérito estriba en haberlos presentado y sistematizado con anterioridad a los hechos y a la posibilidad de que en el futuro éstos se agraven. Por otra parte lo valioso de su explicación consiste en su fundamentación científica.

E. LL.

Presencia del Pasado

MANCO II. EL FUGITIVO

Por F. COSSIO DEL POMAR

CUANDO Atahualpa, el último inca del imperio del Tawantinsuyo, muere "ajusticiado" por los conquistadores, los sacerdotes y altos dignatarios del Cuzco, al confrontar las guerras y calamidades que asolan al imperio por causa de los quiteños, entregan el cetro de mando al joven Manco, uno de los hijos de Huaina Capac en su segunda mujer legítima, la coya Shushui Chimpó Rontocay. Manco hace un año vive en la región de Mojos dedicado a "recio batallar" contra las tribus selváticas del Inti (Amazonas). "Este Manco —dice el cronista Pedro Sancho— era él quien de derecho le venía el reino, y al que todos los caciques querían por señor".

El Cuzco con su fasto cortesano, esplendor y comodidades, ofrece mayores atractivos que las arboledas de Paititi, el amor y las fiestas a las orillas del río Huapai. Sin recapacitar en los sacrificios que le impondrá el gobierno, el nuevo emperador, acompañado de sus concubinas y diez mil guerreros, no tarda en emprender la marcha hacia la capital de su imperio.

Manco II es un inca pintoresco. Menudo, pálida piel transparente, la nariz aguileña de los qeshwas, flaco, fibroso y vivaz en los modales, lleva prendido en los ojos, negros como brea, su inclinación por los placeres que no la madura reflexión que impone la responsabilidad del poder. Poco preocupan a Manco II los prudentes consejos del Sumo Sacerdote, el astuto Huillac Huma, antiguo confidente de su hermano Huascar. Prefiere las marejadas de su fantasía. Imaginar mejores días sin tomar en cuenta las especiales condiciones de tierra invadida que presenta su imperio. Una vez en el trono, olvida castigar a los quiteños y vengar la muerte de Huascar. Su principal preocupación estriba en las ceremonias religiosas, las fiestas cortesanas y ejercer un gobierno casero que asegure las condiciones materiales de la corte. Ninguno de los planes de sus antecesores le importan, sin dejar de reconocer las trágicas perspectivas que ofrece la presencia de soldados extranjeros en el Reino del Perú.

A mediados de noviembre de 1533, Manco llega a la ciudad del Cuzco ocupada a la sazón por Quizquis, el quiteño. La historia nada

nos dice sobre las razones que detienen a estos dos jefes rivales, igualmente poderosos, de pactar entre sí, ni por qué Manco al frente de los diez mil veteranos que lo acompañan, a los que se unen más de cien mil hombres, emprende la marcha hacia el norte, al encuentro del ejército de Pizarro, que se dirige al Cuzco acosado de cerca por las huestes de Quizquis.

Tiemblan los invasores al saber el avance de Manco. Si los atacara de frente, el ejército indio daría buena cuenta de los ciento cincuenta hombres de Pizarro, a pesar de estar reforzado por considerable número de indios auxiliares. Cortada la retirada por los quiteños, los españoles estarían abocados a un exterminio inevitable. Pero Manco II viene en son de paz. Es más, viene a ofrecer ayuda al conquistador. Ha tomado el camino conformista de los débiles; presume que su habilidad de simulador podrá engañar a Pizarro. Por eso pacta con él, para ganar terreno mientras acumula fuerzas capaces de derrotar a los hombres blancos que han osado interponerse a la misión histórica de los incas.

No hay duda que su intención es la de salvar el imperio, y es factible admitir que sus propuestas de paz oculten verdaderos propósitos de venganza. Los incas siempre aparecen vengativos, desde la leyenda de los hermanos Ayar, fundadores del primer ayllu. Pero son los españoles los que saben aprovechar las tácticas engañosas y sacar ventaja de los odios entre quiteños y cuzqueños.

En Xaquizahuana, cuatro leguas antes del Cuzco, encuentra Manco a la expedición de Pizarro. El inca desciende de las andas de oro y se apea del caballo el conquistador para unirse los dos jefes en un freudiano abrazo de paz que oculta mortales intereses. El Marqués trae para Manco, además de una corona de rey vasallo, otro valioso presente: Calcuchima, el general atahualpista derrotado. Y agradecido el inca le ofrece en cambio "ayuda para echar por tierra a todos los de Quito. . ." "El Marqués entregó a mi padre a Calcuchima diciendo: ¿veis aquí, señor Manco? os traigo a vuestro enemigo capital. Ved lo que mandáis que se haga con él. . ." "Y mi padre luego que lo vio, mandó que fuese quemado vivo". (*Relación de la conquista del Perú y hechos del inca Manco II*, por O. Diego de Castro. *Tito Cussi Yupanqui. Inca*. Colección O. H. Urteaga y C. A. Romero, Lima).

La estúpida venganza del primer inca vasallo, marca el comienzo de una serie de desaciertos que hacen perder a sus súbditos toda esperanza de salvación; la mayoría de la corte descubre en Manco a un hombre "sin prerrogativas de Sapay Ynga".

En efecto, los actos del nuevo soberano lo muestran desacertado; sus decisiones salvan a los Pizarros al rendirle su ejército y

cederles doce mil indios prisioneros de sus campañas contra Quizquis. Y no contento con entregar a los españoles su reino, les ayuda a llegar hasta cerca de la frontera de Charcas en son de conquista y, por último, les da "gran suma de tesoro que de sus antepasados tenía". Pero nada pueden sus súbditos contra las disposiciones del monarca. La ley del imperio es obedecer siempre.

¿Cómo recompensan los españoles la sumisión incondicional del nuevo inca? Reconociéndole emperador vasallo de Carlos V. Sobre las negras trenzas de la Masca-Paicha le colocan una corona de chafalonía, en sus espaldas un manto bordado de lentejuelas, una espada toledana y espuelas de oro. Púrpura de emperador sin imperio. Pompa de hojarasca y cetro con falsa pedrería.

En la gran plaza de la capital del imperio, Manco presta juramento de fidelidad y sumisión a la suprema autoridad del rey de España. Después de los ayunos y vigiliias, de acuerdo con la costumbre incaica, a la que vino a añadirse la comunión católica, el nuevo soberano bebe en *aquilla* (copa de oro), la espumante chicha y, como señal de supremo acatamiento, agita sobre límpido cielo andino el morado pendón de los Reyes de Castilla. Pero la entrega incondicional que hace el inca cristiano a la autoridad española de poco le vale; la plácida vida que soñó a la sombra protectora de los nuevos amos del imperio, se ve cada día perturbada por la creciente ambición que demuestran. A diario contempla asesinatos, violaciones y robos; los templos saqueados, desbaratadas las instituciones del imperio y, por último, soporta que su esposa favorita pase de los brazos de Hernando Pizarro a satisfacer la lujuria de sus capitanes y soldados, convertida en *hauasipascuna* (mujer desechada).

Manco II sabe que nada puede esperar de estos hombres endurecidos en la guerra. De vez en cuando ruedan por sus hundidas mejillas gruesas lágrimas de impotencia. ¿Qué podrá hacer un monarca prisionero? De nada le servirán las súplicas para conseguir la restitución de su autoridad real; el único camino que le queda es recurrir al ardid para asestar un golpe mortal a los usurpadores. Poner en juego los recursos que demostraron ser tan eficaces en los propósitos políticos de sus antepasados: disimulo, astucia, paciencia y, sobre todo, prudencia y valor. Rodeado está de espías y enemigos; toda cautela es poca para librarse del espionaje que lo rodea. Los cañaris son vigilantes infatigables, de manera que ninguna de las acciones del inca, ninguna de sus entrevistas, ninguno de sus mensajes pasan desapercibidos.

Huillac Huma, el infatigable sacerdote del incario, acaba de llegar disfrazado al Cuzco, y consigue entrevistar al inca con bastante frecuencia. ¡Cuántas veces le encuentra con las muñecas desgarradas!

das por las cadenas y sangrantes los talones por los grillos! "Parece —le dice— que andan contigo jugando a juego de niños; pero no me maravillo que te traten de esa suerte, pues tú lo quisiste, metiendo en la tierra, de tu voluntad y sin nuestro parecer a gente tan mala". El sabio sacerdote, apiadado por la condición de Manco, hará todo lo posible para liberarlo, "porque entiendo que soy el que solía ser, dame licencia, que yo te soltaré, y a estos barbudos los acabaré en breve".

Los españoles tienen un punto vulnerable: la ambición. Por ahí encuentra Huillac Huma el punto débil, atacable; los grillos, las amenazas, las recriminaciones han dado pingües resultados a los captores, gracias a la indecisión y falta de carácter del inca. A los tributos suceden los castigos, a los castigos los tributos. Pocas joyas quedan en los templos y en los palacios, y los "barbudos" llegan hasta requisar la propia vajilla de Manco. El señor "Sapay Ynga" tiene accesos de impotente rabia y desesperación, pero siempre quedan recursos a Juan y Gonzalo Pizarro para arrancarle el resto de sus tesoros; conocen viejas artimañas para descubrir secretos y hacer confesar a los recalitrantes. Con excusas hipócritas, después de los tormentos, socarrones, lamentan la rudeza empleada para exigir más oro: "Sosiegue, sosiegue, señor Zapay Ynga, repose un poco, que está agora con mucha cólera. Mañana hablaremos largo". Y al día siguiente, "hablando largo" le convencen: "Han nos dicho que nos quereis matar, y por eso te hemos preso. . . Si no es así, bueno será que redimas la vejación y nos des algún oro y plata, que eso es lo que venimos a buscar, que dándola te soltaremos".

El nuevo gobernador Hernando Pizarro se muestra más humano en su trato con el inca, pero después de muchas protestas de amistad sigue los mismos métodos de extorsión, y da pruebas de ser tan insaciable como sus hermanos. Al fin Manco, por indicación de Huillac Huma, hace creer a su captor "que tiene gran cantidad de estatuas de oro de un estado de alto, y del peso de dos quintales, de los emperadores sus antepasados, y que de placerle iría a por ellas, siempre que fuesen con él, para removerlas, tres mil indios y cierta cantidad de maromas" (Oviedo, *Historia de las Indias*, M. S.).

En realidad Manco ofrece a Pizarro "la estatua en oro de su padre"; o a lo mejor se refería a las momias de sus antepasados o a la famosa cadena de oro de doscientos metros de largo que Huaina Capac hizo fabricar para conmemorar el nacimiento de su hijo Huascar. (Cuerda).

Ante la deslumbrante oferta, Hernando Pizarro cede a todas las condiciones que le impone Manco, y comete la imprudencia de dejar que el inca partiera custodiado solamente por dos soldados españoles.

Al día siguiente, al rayar la aurora, sale el cortejo del Cuzco por la colina de Sajsawaman tomando el camino del Intisuyo; como vanguardia, oculto en las sombras de la madrugada, marcha el Gran Sacerdote Huillac Huma con una pequeña tropa. Pequeño, ancho de espaldas, carilleno, pómulos pronunciados y pequeños ojos vivaces, representa bien el tipo colla. Conforme se aleja de la capital va despachando chasquis (correos) a todos los confines del Tawantinsuyo. La orla carmesí de su larga túnica flota al viento como una bandera.

Transcurre el tiempo. Pasan tres semanas sin ninguna noticia de la expedición. El jefe español inquieto por tan larga espera, envía mensajeros para indagar la causa de tan prolongado retardo. Hace tiempo, dada la distancia donde se supone que esté el tesoro, a una corta legua de la capital, ya Manco debería estar de vuelta. Un buen día el gobernador conoce la verdad; en vez del tesoro llegan de todas partes noticias de una vasta sublevación y tiene que aceptar como verdaderos los informes que traen al Cuzco los indios aliados: Manco se encuentra a la cabeza de la conspiración.

Ante el peligro que representa la rebelión del inca fugitivo, Hernando Pizarro decide salir en persona a capturarlo. Primero lo busca en los ayllus y tampus de los alrededores, y al recibir la noticia de que en Calca, ciudad a unas diez leguas del Cuzco, en la quebrada de Urubamba, ha establecido su cuartel general, hacia allá se dirige en marchas forzadas al frente de sesenta jinetes.

Por la desolación del altiplano, bajo el viento helado de las cumbres, galopa la pequeña tropa en el silencio de la puna cubierta de hierba dura y amarillenta. En el camino encuentra a los dos soldados que escoltaron a Manco; vuelven en calamitoso estado, magullados, pero con vida gracias a la generosidad del inca.

Pronto frena su impulso el gobernador al verse acosado por partidas de indios armados, pero no deja de avanzar presentando pequeños combates y emprendiendo retiradas para librarse de ser copado. Tras esquivar ataques, bajo una lluvia de flechas, después de conquistar terreno palmo a palmo, llegan por las orillas del río Wilcanota a Calca donde quedan materialmente encerrados en una compacta muralla de indios que rechazados una y otra vez, sin cejar en su porfiado empeño, vuelven a la carga a pesar de la terrible resistencia que les oponen. "Es gente muy diestra, sus armas son picas, e hondas, porras e alabardas de plata e oro, e cobre" (Oviedo, *Historia de las Indias*. M. S.). "Algunos jefes llevan cascos adornados con oro y joyas como los mexicanos, y otros máscaras fantásticas imitando animales salvajes, mostrando terribles dientes sobre la cara de los guerreros" (Prescott).

Por primera vez los soldados españoles se enfrentan a un

ejército organizado, resuelto a pelear empleando algunas tácticas aprendidas a los europeos. Al caer la tarde cesan las boladas de flechas, los golpes de lanza y los estridentes gritos de los guerreros indios que con las sombras desaparecen por las laderas de los cerros. Los españoles a cada retirada del enemigo lanzan el orgulloso grito de victoria: "¡Santiago! ¡Santiago!" Los pututos (trompetas hechas de caracolas marinas) responden en la lejanía con su ronco alarido.

Al día siguiente, con la alborada, vuelven a relucir en las colinas las armas de los incaicos y retumba el horizonte en clamor guerrero. Ahí está otra vez Huillac Huma haciendo rodar las mortíferas galgas. Las rociadas de flechas cobran tal intensidad que a la pequeña tropa no le queda más remedio que abandonar la ciudad de Calca. Sigilosamente salen de las casas y de la iglesia a medio construir. "Y comenzaron a mirar a una y otra parte, así mirando, pusieron piernas a sus caballos, y a más correr a pesar de sus enemigos abrieron aquel portillo que como muro estaba cerrado y echaron a huir por la cuesta arriba" (Relación de Titó Cussi). A matacaballo—como dice el cronista—llegan a la capital para encontrar la amarga sorpresa de verla rodeada por un ejército de trescientos mil hombres. Los doscientos españoles de Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro están totalmente cercados.

¡El espíritu del imperio ha resucitado!

La tropa de Hernando, sin ser notada, se desliza entre los campamentos indios en las colinas que rodean el valle del Cuzco. Aprovechan el jolgorio y descanso de los sitiadores que desde el atardecer encienden grandes luminarias y fogatas, "que de noche eran tantos los fuegos que no parecía sino un cielo muy sereno lleno de estrellas" (Relación de Pedro Pizarro). Logran llegar a la plaza mayor y al palacio de Wiracocha donde los sitiados han concentrado la defensa. Sobre esta plaza y los edificios contiguos caen incesantemente, noche y día, flechas incendiarias, "unas piedras redondas y echallas en el fuego y acellas asquas embolvian en unos algodones y poniéndolos en hondas las tiravan a las casas sin entendello. Otras veces con flechas encendidas tirándolas a las casas que como eran de paja luego se encendían" (Pedro Pizarro. *ob. cit.*).

El memorable sitio del Cuzco comienza en los primeros días de febrero del año 1534. La lucha dura dieciséis meses. Carméncca es el primer barrio de la ciudad que cae en manos de los valientes capitanes indios Coriato, Taiti y el fornido Kullasch quien más tarde pasará a la historia como héroe legendario y popular del antiguo Perú con el nombre de Cahuide. Así queda cerrado el

camino de Chinchasuyo; el de Collasuyo lo ocupa el príncipe Roca Yupanqui; el de Contisuyo está bloqueado por las tropas de Huaman Willca y otros capitanes huascaristas; mientras el esforzado Llincllin con su ejército impide el paso por el Antisuyo.

Al parecer los sitiados llevan la partida irremediablemente perdida. El cerco va estrechándose sobre la guarnición; la caballería apenas tiene lugar para maniobrar sobre las tierras inundadas hasta los andenes. Sólo les quedan las murallas del palacio de Wiracocha, una capilla a medio construir, que luego la llamarán el triunfo, y los edificios alrededor de la gran plaza. Ahí la tropa se mantiene parapetada durante meses ayudada por los indios aliados. Los sitiadores en vez de asaltar estos baluartes prefieren ir destruyendo la Ciudad Santa por medio del fuego. Si el incendio consume a los enemigos, bienvenida sea esta lenta destrucción de la capital del imperio.

En la lucha la figura de Huillac Huma toma cada día mayor relieve de jefe. Partidario de atacar cuanto antes, incansable recorrer, hasta en las noches, las colinas inspeccionando los campamentos iluminados por el resplandor de las llamas; da ánimo a los pusilánimes y pone orden en los revoltosos. Pero su decisión se estrella contra la inercia de Manco. ¡Con cuánta amargura ve que sus consejos no son tomados en cuenta por el soberano! ¡Con cuánto despecho escupe la verde saliva de su coca después de invocar la fuerza de los Apus protectores para despertar energías en la mentalidad mítica del inca incommovible! En los más graves momentos Manco está "haciendo una fiesta" (en el sentido de ceremonia religiosa). "Otro día será —responde—, otro día los acabaremos sin que queda ninguno, y quitaremos esta pesadilla de sobre nosotros y holgarnos hemos".

Con ojos llenos de amargura Huillac Huma mira de hito en hito a su señor. El inca lleva prendida la holganza en su cara de adolescente. Sumiso y visiblemente atormentado, el sacerdote termina por inclinarse ante las órdenes de Manco. No le queda más que esperar en la inacción, invocar a los *uauge* (protectores sobrenaturales), frente a las luminarias.

Mientras tanto las escaramuzas y batallas se suceden interminables y feroces. De vez en cuando entre sitiadores y sitiados se cambian macabros presentes. Por unas cuantas cabezas de "barbudos", los españoles retornan cientos de manos cortadas, y hay ocasiones en que las "boleadoras", arma desconocida en Europa, "unas sogas hechas de nervios de piel, con tres ramales y en cada ramal una piedra atada y con aquéllas enredaban a los más de caballos que no había casi quien pelease y a los caballeros asimis-

mo los guiaban con aquellas sogas que ellos llamaban *aillos* que no eran señores de rienda ni de espada, ni de lanza, ni de sí" (*Relación de los sucesos del Perú comprendidos entre 1535 y 1539*. Anotados R. Levillier en el Archivo de Indias). Esta arma de vez en cuando desmonta algún caballero que se aventura fuera del cerco pagando caro su imprudencia; dando tumbos no tarda en caer en manos de los sitiadores. Por eso no es raro ver indios galopando a caballo por las cumbres. Orgullosos muestran espadas de acero, escudos y cascos europeos.

Pero las tácticas guerreras del ejército incaico siguen siendo inferiores a las de los conquistadores. Lo demuestra el ataque y captura de la fortaleza de Sajsawaman (Halcón Ahíto), una proeza que dura tres días. Inútiles resultan las altas murallas dentelladas y el valor de los defensores contra la audacia temeraria de los atacantes. Nada puede la incansable voluntad de Huillac Huma, jefe de la defensa, conocedor de los pasajes subterráneos para movilizar a los defensores y reemplazar a la gente fatigada. Su habilidad de estrategia se limitará a regular la entrada y salida de los relevos de soldados y de los cuerpos auxiliares portando galgas y flechas a la vez que provisiones para los combatientes. A pesar de todo, los torreones caen uno a uno después de ser defendidos hasta el último hombre.

El asalto nocturno, desconocido hasta entonces por los incas que jamás guerrearón de noche, permite a los españoles perforar las últimas murallas y llegar hasta el torreón llamado Puccar Marca (Recinto Precioso), imponente torre cuadrada que descue-lla en la cima de la fortaleza. "Esta batalla de una parte y de otra ensangrentada por la mucha gente de indios que favorecía a los españoles, entre los cuales estaban dos hermanos de mi padre, el uno Inquill y el otro Huallpa, con mucha gente de su bando y chachapoyas y cañaris" (Tito Cussi, *ob. cit.*).

¡Los horrores de la guerra civil! ¡Nada es comparable a la bestialidad desatada en una lucha entre hermanos! ¡Ninguna guerra entre pueblos llega a desencadenar odios tan feroces! La prolongación de la lucha entre quiteños y cuzqueños se desarrolla entre salvajes represalias y tiene su epílogo en este feroz ataque a Puccar Marca, el último baluarte de Sajsawaman. Lo dirige Juan Pizarro y lo defiende Cahuide, el jefe indio que hemos mencionado, fuerte y flexible como el "champi", ancho pecho cubierto por rodela, en la diestra esgrime una inmensa *macanagana* (maza de guerra) y no hay quien se le acerque sin ser desbarrancado; las escaleras que los españoles logran prender en las murallas las arranca con la poderosa fuerza de sus brazos. En lo más recio de la lucha, Juan

Pizarro sofocado por el calor y el cansancio se quita el casco para limpiarse el sudor; basta este segundo para caer herido de muerte por una pedrada en la cabeza. La pérdida del jefe español no disminuye el valor temerario de los atacantes. Tampoco los soldados de Manco cejan en su pelea desesperada. Los anima Cahuide: "Andaba donde estaba, como un león, de una parte a otra del cubo". A sus mismos soldados que le aconsejan rendirse los abate sin piedad: "este orejón tenía una adarga, y una espada en la mano y una porra en la mano de la adarga y un morrión en la cabeza. Estas armas las había conquistado a los españoles que habían muerto en los caminos".

Tan admirado queda Hernando Pizarro del valor y la destreza del guerrero incaico que da orden de respetar su vida: "Y manda a los españoles que subían que no matasen a este indio sino que lo tomasen vivo" (Pedro Pizarro, *ob. cit.*).

No es fácil empresa someter a Cahuide. Después de mucho batallar, de matar cantidad de indios aliados que forman la vanguardia del ataque, Cahuide viéndose irremediamente perdido, lanza la ensangrentada macana a los pies del capitán enemigo que le intima rendición. "Visto este orejón que se lo habían ganado y le habían tomado por dos o tres partes del fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo más de cien estados y así se hizo pedazos" (P. Pizarro). Prescott, al comentar este dramático episodio dice: "Murió como un antiguo romano, combatiendo hasta el último momento por la libertad de su país. Prefirió matarse a vivir sin honor".

El sitio del Cuzco va disolviéndose como hielo bajo el sol. Con la ayuda de Paullo inca, otro hijo de Huaina Capac a quien algunos historiadores contemporáneos califican de "miserable y rastro", los españoles no tardan en romper el sitio. Manco no tiene por qué reprochar al hermano su ambición por la corona de hojarasca, ni merece un rival de mayores quilates, ya que fue el primero en aliarse a los Pizarro. Paullo no hace más que seguir el ejemplo y ayudar con su gente y las tribus bajo su mando, a aliviar la situación de los extranjeros sitiados. En ataques por sorpresa quema los graneros imperiales e interrumpe las comunicaciones, dañándolas a tal punto que a los capitanes de Manco no les queda otro camino que levantar el sitio, no sin dejar antes a la Ciudad Santa destruida en gran parte por los incendios, después de causar grandes pérdidas a los invasores. "Manco fue el indio que mató mayor número de españoles, y si esto se estudiara con documentos y cifras, daría un mentís a los que sostienen la mansedumbre del indio peruano ante la ferocidad del araucano" (Rafael Loredó).

Cuenta Garcilaso de la Vega en *Los Comentarios Reales*, que fray Vicente Valverde, entonces obispo del Cuzco, en carta a Carlos V describe las magnificencias de la capital cuando la dejó, y cómo la encuentra después de un año de ausencia:

"Despojada de sus hermosos suburbios y de sus pasadas glorias..." "Si no hubiera conocido el sitio donde se encuentra no hubiera creído que era la misma..."

Sin embargo, no todo está perdido para los sublevados. Huallpa Roca Tupac Yupanqui (capitán que gobierna la tierra de Lima), tiene orden de "dar con su gente sobre los que allá hubiere". Cual vendaval bajan escuadrones de indios por las montañas que bordean el río Rimac "matando a los indios adictos a los españoles que hallaban a su paso" (R. Cúneo Vidal, *Historia de las guerras de los últimos indios peruanos*).

Cunde la alarma entre las gentes de la "Ciudad de los Reyes", llamada así por haber sido fundada en la Epifanía (1535). Inmediatamente los habitantes se emplean en transformar en baluartes los edificios a medio construir, y al ver cercado el valle, Francisco Pizarro y su medio hermano Martín de Alcántara, toman disposiciones para defenderlo de los atacantes que acuden cada día en mayor número. El pelado cerro de San Cristóbal "negrea" de indios que hacen pedazos la cruz de madera erigida en su cumbre; en los cerros vecinos hay luminarias, fogatas y ceremonias religiosas—como aconteciera en el Cuzco—pidiendo la ayuda de Pachacamac para destruir a los trescientos arcabuceros y unos mil indios aliados, que por su parte también ruegan noche y día invocando el auxilio de Dios.

No tardan en producirse cambios favorables a los sitiados al cundir la división entre algunos jefes; por otra parte, pierde vigor la fe de los indios ante la imponente liturgia de la Religión Católica. Opacados los mitos del Tawantinsuyo, disminuye su autoridad al no responder a la urgente llamada de los sacerdotes incaicos para acabar con los destructores de sus santuarios, los usurpadores de sus tierras y sus tesoros y tantas otras cosas.

Seis meses dura el cerco. Huallpa Roca comprueba la llegada de refuerzos para los sitiados. De Panamá desembarca una expedición portando armas, caballos y dinero, y de Jauja acude Alonso de Alvarado al frente de quinientos hombres de tropa. Ante esta situación, el jefe indio decide hacer un último esfuerzo; reúne a sus capitanes y les dice: "Yo quiero entrar hoy en el pueblo, cueste lo que costare, y matar a todos los españoles que están en él; y tomaremos a sus mujeres con quienes nos casaremos y haremos

generaciones fuertes para la guerra" (relato de un soldado anónimo, citado en la obra de Cúneo Vidal).

Entusiasmados por tan halagüeñas promesas, el odio al rojo vivo, los sitiadores comienzan por inundar los campos para neutralizar la temida acción de la caballería. Al rayar el crepúsculo matutino miles de guerreros caen sobre los sitiados; Tempaguir —como llaman a Huallpa los españoles— y sus capitanes cumplen el juramento de vencer o morir. Ahí quedan bajo la garua del invierno costeño, entre terribles gritos de furia y dolor. No hay estrellas ni luz de luna para los caídos héroes del incario. Al amanecer copiosas bandadas de buitres rondan miles de cadáveres en los campos encharcados del río Rimac.

Con la derrota de los sitiadores de Lima se extingue el brillo del viejo dominio imperial. Muere toda esperanza de libertad y recuperación. El poder español queda definitivamente establecido, y Manco cargado de efigies y rodeado de concubinas desaparece rumbo a los bosques del Inti. Antes de partir, refiere Tito Cussi Yupanqui, se despide con tiernas y amorosas palabras de sus capitanes. El pueblo responde con alaridos "que parecía que se hundían los cerros".

La retirada de Manco de la escena del Cuzco evidencia dos realidades históricas indiscutibles: por una parte, un inca sin clara responsabilidad de su misión, infantil y abúlico; por otra, una almáciga de hombres imponderables representantes de las virtudes morales del Tawantinsuyo, con la profunda convicción de que aquello que no nace de la sangre americana, tendrá que morir agostado en su propio fuego.

Manco es sólo un partiquino sostenido por héroes: Huillac Huma, encarnación de la astucia y de la fidelidad tesonera; Cahuide, representación del valor temerario; Huallpa Roca, del deber y la decisión; Cura Occllo del coraje femenino. Forman legión los que mueren por este inca crédulo y caprichoso, renuente en admitir que lo durable sólo se logra en continua lucha. Hemos visto su orgullo reaccionar solamente cuando siente las "cadenas en el pescuezo", al faltar los recaudos para satisfacer a sus codiciosos carceleros. Cuando interviene en los planes de sus capitanes, es para dañarlos o contrariarlos. Y cuando Manco decide huir, por más inquietante que sea recibir órdenes de un mentecato, Huillac Huma le sigue con la pequeña tropa de derrotados que llevan los pies sangrantes en las ojotas rotas, vacías las chuspas de coça y en las espaldas los arcos inútiles.

¿Dónde hace alto el inca cuando entre pascanas y fiestas desaparece por la quebrada de Urubamba? La historia ignora el lugar

preciso donde Manco se retira acompañado de Huillac Huma, Ticio Huallpa Yupanqui, Curi, Hatta y otros capitanes librados con vida. Sin duda va hacia el "Nido de Cóndores", el mismo que alberga a sus remotos antepasados en días gloriosos para el imperio; sitio que jamás será revelado ni por el hijo de Manco, el diligente cronista Tito Cussi, ni por los muchos nobles que sin resultado fueron martirizados para hacerles revelar el lugar y que "gracias a unas hierbas que usaban eran insensibles a los mayores tormentos".

En realidad, Tito Cussi—quien escribe una minuciosa biografía de Manco—no da a conocer el lugar donde se oculta su padre; en lo que a esto se refiere hace muy vagas referencias, sin duda por un sagrado pacto de silenciar la existencia de la misteriosa capital del reino de Wilcabamba, el mismo lugar que cuatro siglos después un sabio arqueólogo norteamericano presentará a la historia con su antiguo nombre: Machu Picchu, "Viejo Pico".

La escolta de Manco desbroza ocultos senderos que conducen hasta las graderías con un total de tres mil escalinatas hasta las murallas y andenes de la ciudad-fortaleza construida sobre el plano inclinado de las montañas.

Desde las ventanas trapezoidales de su palacio, Manco puede contemplar el vasto acéano de verdura que se pierde en la región amazónica. A lo mejor de esa selva gigantesca partieron, miles de años antes que los incas, los forjadores del imperio. Quizá estas ventanas correspondan al mitológico Pakarectampu de donde—según la leyenda—salen los hermanos Ayar para fundar este Tawantinsuyo que le ha tocado heredar en una época de sangre, cadáveres y víctimas.

Al terminar la primera jornada de la retirada, Manco hace alto en Vitcos; relata Cussi que "después de llegar a ese lugar ordena una fiesta que pone en grave trance a los fugitivos: Ya mi padre estaba quieto y sosegado y descuidado de que nadie había de entrar en esta tierra, quiso hacer una fiesta muy solemne". Inesperadamente caen en ella los españoles al mando de Diego de Almagro y el capitán Oñate. "E mi padre escabullose lo mejor que pudo con algunos de sus indios". No sin perder gran parte del tesoro de sus antepasados y dejar prisionero a Tito Cussi, el avisado heredero que escribirá más tarde las memorias de su padre. Fernando de Oñate lleva consigo al príncipe y le retiene cerca de cuatro años en el Cuzco donde "le hizo mucho regalo y buen tratamiento", hasta ser raptado por las gentes de Manco, "porque el inca no podía pasar sin él".

Manco II termina por aprender una dura verdad: un pueblo

que se niega a resistir cuando se le ataca, que se deja maniatar sin recurrir al derecho de legítima defensa está perdido. Perdido para el presente y para la historia. Cuando Manco decide dejar de ser vasallo, gobernar como soberano una de las regiones agrícolas más ricas de la sierra peruana, región que se extiende hasta la "cabecera de montaña" de Wilcabamba, "Pampa de los Jefes", el imperio está deshecho por la guerra civil y la invasión. Sólo podrá ejercer un remedo de gobierno. Establece el centro administrativo y comercial de su estado en la pequeña población de Vitcos, vigilada en todos sus accesos por centinelas apostados en lugares estratégicos, de manera que cuando avistan tropas españolas, los pututos dan la voz de alarma de puesto en puesto, hasta Yucay.

Manco "El fugitivo", hace todo lo posible para detener la conquista que se ha propuesto realizar el invasor: obstaculiza la función política de los oficiales coloniales, anulándola en muchos casos, asalta, tiende emboscadas, castiga, cobra tributos. Sus gentes recorren la cordillera andina, las quebradas, espían en las ciudades y en ocasiones, llegan hasta los valles de la costa. Sus tropas incursionan por las cuatro partes del antiguo imperio, siempre derrotadas y siempre presentando nuevas batallas. Así, Manco va logrando cierto prestigio gracias a la enmienda de su conducta, a la lucha que la vida le proporciona y a la ayuda que le presta su pueblo.

Entre refriegas, huídas y fiestas (ceremonias religiosas) transcurren años. "Por tenerle las espaldas seguras" caen sucesivamente Huillac Huma, Huallpa Yupanqui, Tito y Taiti y, por último, la coya Cura Occllo. "Los españoles mandáronlos quemar a todos". (Esta relación de Tito Cussi—es bueno recordar— fue escrita por el escribano Martín Pando).

De vez en cuando el inca Manco deja su fortaleza para recorrer las zonas de producción y disponer el cultivo de cada región, según las conveniencias de los habitantes. Sabemos que en el antiguo imperio "no hay moneda, no hay mercado y no hay esclavitud", el Estado es dueño de las tierras y el único que puede ejercer lo que suele llamarse "comercio". En vez de mercados hay grandes almacenes de aprovisionamiento para el ejército, en caso de guerra, de imprevistas sequías, inundaciones y catástrofes. El inca es el encargado de repartir mantas, ganados, herramientas, semillas, ornamentos y hasta los objetos más insignificantes. Esta distribución sigue reglas establecidas, y por poco que disponga Manco para repartir, bajo su gobierno sigue vigente esta legislación, aunque sus súbditos imiten, en algunos casos, lo que se llama "comercio" entre los europeos, iniciando un cambio o trueque de productos;

transportan mercadería y comestibles que exhiben en improvisados mercados: hojas de coca, papas, ajíes, maíz, piñas, paltas, papayas, chirimoyas, y otras frutas indias, ácidas y sombrías, alternadas con hierbas medicinales y piedras para sortilegios.

A veces llegan al pueblo de Vitcos parlamentarios portando mensajes del gobernador del Cuzco. Al hacerse cargo del gobierno del Perú el nuevo virrey Blasco Núñez de Vela (1544), quiere atraer, al inca por medios pacíficos. El obispo del Cuzco está encargado de entablar las primeras negociaciones. Hay que hacer todo lo necesario para que la población desobedezca las órdenes del inca y desconozca la autoridad del Koyama, escogido entre los individuos más fuertes de la comunidad para servir los intereses del ayllu y sabotear, en lo posible, las órdenes de los gobernadores cuando tratan de reclutar gente para trabajos agrícolas o mineros.

Manco II acepta la cita en el Valle de Yucay, pero no quiere tratar de paz con el obispo por razones que nos demuestran cierta perspicacia del monarca fugitivo: "preguntando al mensajero del inca si él sabe que yo soy venido de la tierra en nombre de su majestad para defenderlos, dijo que muy bien lo sabía; y preguntando por qué no se venía a mi paz, dijo el indio que decía el inca que porque yo hice la mocha al gobernador, quiere decir que le quité el bonete; que el no había de venir de paz sino a uno que viniese de Castilla que no hiciese la mocha al gobernador, porque le parece a él que éste le podrá defender por lo que ha hecho y no otro" (Carta del obispo Valverde a Carlos V).

Las semillas rojas de los molles serranos anuncian la primavera del año 1542, cuando se libra la batalla de Chupas entre pizarristas y almagristas. Varios fugitivos de los derrotados almagristas andan dispersos por el sur del país. A Wilcabamba llega el capitán Diego Méndez y cinco soldados harapientos, hirsutas las barbas, manchadas las armas de sangre hermana: son heraldos del mal presagio. La espada de Diego Méndez es la que hiere en la garganta a Francisco Pizarro en el asalto al palacio del gobernador en Lima.

Bajo el cielo plomizo de lluvia, la pequeña tropa marcha por las faldas de la quebrada; aparecen y desaparecen entre vándalos y breñas seguidos por los ojos avizores de los centinelas de Manco que no tardan en hacerlos prisioneros. Llevados a presencia del inca, éste se deja ablandar por la simpatía que siempre le inspiran los españoles. Olvida cómo le pagaron otrora, "atándome como a perro los pies y el pescuezo". A ese olvido le lleva su admiración por la valentía, a la vez que la confianza que le inspira la sonrisa

fácil, dadivosa de amistad, de los españoles y aquel castellano rondando de la conquista que ya Manco maneja con decisión. Pero le falta malicia para percatarse de la peligrosa arma que ocultan: la felonía.

"Viendo que venían de buena laya, Manco oye sus ruegos para que los dejaran estar en su tierra y acabar en ella sus días". Apiadado por su mísero estado, el inca manda que los instalen en su refugio "que las mismas mujeres del dicho mi padre les hicieran comida y la bebida, y aún él mismo les traía consigo..."

Para los fugitivos la puerta que conduce al mundo conquistado estaba definitivamente cerrada. No les es permitido salir de la ciudadela, de manera que nunca podrán revelar el secreto de su existencia. Pasan varios años; los refugiados disfrutan de bucólica tranquilidad, disponen de mujeres, criados y tierras. Pero el buen vivir sin peligro y el odio en las entrañas no sienta bien a estos hombres excesivos, acostumbrados a codear la muerte. Están como lobos enjaulados, en irritante espera, pronta la injuria en los labios y alerta la mano en el puñal. Una tarde Gómez Pérez y el capitán Diego Méndez juegan con el inca una animada partida de bolos, con una especie de "perinola, aunque no anda, al arrojarla descubre el punto, como la taba o dado". Probablemente se trata del Wayru, un juego inspirado por las costumbres españolas, pues no existían juegos de azar entre los indios.

En el calor del juego surge una agria disputa que termina en el supremo argumento de esta clase de pendencias: desenvainar la espada o empuñar la daga. Y como Diego Méndez ya tiene el hábito de matar, con violenta puñalada hiere mortalmente al inca por la espalda, que "con la rabia de la muerte procura defenderse de una parte y otra: mas como era solo y no tenía arma ninguna, al fin lo derrocaron con muchas heridas y lo dejaron por muerto" (Tito Cussi).

Consumado el asesinato los españoles escapan. ¿Pero cómo dar con la salida en ese laberinto de pasadizos que circundan la tupida selva de la montaña? Los indios de la guardia no tardan en interceptarles el paso, "de tal suerte que antes que pudiesen huir mucho trecho, a unos tomaron el camino mal de su agrado derrocándolos por la fuerza para hacer de ellos sacrificio. A todos los cuales dieron muy crudas muertes, y aún algunos quemaron" (relación de Tito Cussi).

La historia no aclara si los matadores del inca son realmente fugitivos o si se trata de agentes enviados por el gobernador, lo que puede ser probable, para eliminar al inca fugitivo. Como los indios no están al tanto de las prácticas "renacentistas" y las intri-

gas de aquellos tiempos, no sospechan, ni el mismo Tito Cussi, que pudieran ser criminales a sueldo. "Hay tantas versiones sobre la muerte de Manco que sería bien interesante averiguar con documentos y cifras la verdad", dice Loredo. De todas la más aceptable es la de Tito Cussi que a la sazón vive al lado de su padre.

El cuerpo de Manco termina en manos de los embalsamadores de oficio. Con vendas de algodón ligan su cuerpo mortal traspasado de puñaladas, lo cubren de ricas mantas y lo instalan en una huaca para el eterno viaje.

Así termina el reinado de Manco II "El fugitivo", víctima de su poca prudencia como soberano y de su infantil capacidad como hombre. Nunca aprende a desconfiar lo bastante de la palabra de los invasores, y nunca tiene cabal idea del deber y sacrificio que entraña ser soberano de un imperio como el Tawantinsuyo.

Tito Cussi, creyente ya del dolor redentor, coloca sobre su tumba una cruz de madera, símbolo de abnegación cristiana y de fe en la resurrección de aquel reino infeliz que termina el año 1546.

EL IDEAL BOLIVARIANO EN LA CARTA DE JAMAICA

Por Enrique FLORES CANO

CIERTAMENTE, desde su descubrimiento, América fue señalada como el lugar de la Utopía. Ahí cobró vida la Edad de Oro, el Reino de Saturno de los antiguos, el estado de inocencia natural. Todo el cúmulo de ideas y posibilidades que durante siglos habían quedado frustradas en la mente del europeo, se volcaron sobre América. Los humanistas y el Renacimiento vislumbraron en la nueva tierra y en los nuevos hombres el lugar ideal para la república soñada. Libertad, justicia ideal, constituciones y leyes maravillosas e intemporales se le ofrecían al Nuevo Mundo para que por ahí encauzara su vida y cumpliera con el más antiguo sueño que la humanidad ha anhelado.

Sin embargo, no son estas las ideas esenciales que dieron cuerpo al ideal bolivariano, sino más bien otras: las que provienen y son consecuencia de la propia circunstancia americana. Recordemos que el despertar de una *conciencia americana* se percibe ya, claramente, en la famosa *Carta a los españoles americanos*, donde se prefiguran los rasgos que serán comunes a los criollos americanos y sobre los cuales se asentará una conciencia nueva, distinta a la española. Más tarde, la lucha independiente reforzará esa corriente delimitando fronteras geográficas y espirituales. En este sentido, los proyectos de Miranda, de Rozas, José Cecilio del Valle y Monteagudo, entre otros, revelan una comunidad de intereses y una similitud de anhelos que anteceden al hispanoamericanismo. Sobre todo los dos últimos, que restringen la participación en sus proyectos a sólo los países de habla española.¹ De esta tradición y de la circunstancia real americana es de donde proviene y se alimenta el ideal bolivariano.

El Bolívar viajero y diletante, romántico y aventurero que sale un día de Caracas a recorrer el mundo, pronto ha de cobrar conciencia de las diferencias existentes entre el mundo que contempla

¹ Cf. al respecto GÓMEZ ROBLEDO, A., *Idea y experiencia de América*, México, F. C. E., 1958, pp. 35 a 43.

y aquel otro de donde es originario. Así, cuando regresa a América, su mentalidad va a transformarse al mismo ritmo violento con que se suceden los acontecimientos. Dentro del torrente revolucionario que sacude al continente, la conciencia de clase original del libertador va a ser sustituida por una conciencia que entiende que el triunfo definitivo sólo será posible si se identifican y confluyen en la lucha la totalidad de las clases americanas. Esta conciencia, como veremos en seguida, se arraiga en el espíritu del Libertador durante su estancia en Jamaica. Ahí, Bolívar reflexiona sobre lo que fue más que su vida: América. La historia toda del Nuevo Mundo transcurre lúcida y completa por su mente. El resultado de estas meditaciones se sintetiza en la llamada *Carta de Jamaica*, la "epístola genial", como acertadamente se le ha calificado.² La referida carta es, en esencia, el descubrimiento, la síntesis y la proyección del ideal americano del Libertador. Ahí está expuesta con toda nitidez y profundidad lo que consideramos sea la auténtica idea bolivariana acerca de América y su tarea histórica.

Jamaica, 1815

CUANDO Bolívar desembarca en Jamaica, el desaliento y la desilusión lo acompañan. Atrás, en Venezuela, y en Nueva Granada, en su querida Tierra Firme, las posibilidades de continuar el movimiento independiente se han reducido a la nada, sin que apenas queden esperanzas de revigorizarlo o darle nuevo impulso.

Por otro lado, en el exterior, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos se han mostrado reacios a conceder algo más que meras simpatías y promesas a la causa independiente. En el interior, en Venezuela y en Nueva Granada, las condiciones que habían mantenido vivo el fuego de la rebeldía declinaban o estaban en vías de desaparecer. Bolívar se ha percatado de ello y le dice a Maxwell Hylsop que "si el general Morillo obra con acierto y celeridad, la restauración del gobierno español en América del Sur parece infalible". Y aun cuando el clima resulte adverso al ejército europeo y le ocasione bajas, el país le dará reemplazos con ventaja, "pues, no debemos alucinarnos: la opinión de América no está aún bien fijada, y aunque los seres que piensan son todos, los independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses".³

² CUEVAS CANGINO, F. BOLÍVAR, *El ideal panamericano del Libertador*, México, 1951, p. 101 y s.

³ "Carta a Maxwell Hylsop", cit. por LIÉVANO AGUIRRE, I., *Bolívar*, México, E. D. I. A. P. S. A., 1956, p. 145.

Así, cuando Bolívar se da cuenta que las condiciones internas necesarias para mantener y continuar la revolución se esfuman, busca entonces la ayuda externa que le dé nueva vida al movimiento libertario y rompa el equilibrio político que en favor de España se estaba consolidando en América. De ahí que piense en el apoyo británico, porque dice, "si me hubiese quedado un solo rayo de esperanza de que América pudiera triunfar por sí sola, ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país sin degradarlo a la humillación de solicitar una protección extraña".⁴ Tales son las condiciones en que se encontraba el movimiento insurgente cuando Bolívar arriba a Jamaica y emprende su enérgica campaña epistolar, con el objeto de interesar a las potencias extranjeras en la suerte y salvación de América.

Vencido por los españoles en el combate, expulsado de su patria por las insubordinaciones y la discordia, angustiado por las negras perspectivas que se abaten sobre el Nuevo Mundo, Bolívar atraviesa en Jamaica por una situación extremadamente difícil. Y además de todo esto, su posición económica es tan precaria que no tiene dinero ni para pagar a su criada, mujer "maldiciente, perversa y habladora", quien llega al extremo de injurarlo. Después de buscar trabajo infructuosamente y de vivir ocultándose de las personas que lo conocen, para no descubrir su total miseria, se ve obligado a dirigirse al único hombre en quien confía: Maxwell Hylsop. "Obligado por la más absoluta necesidad —le decía el 30 de octubre— me tomo la libertad de molestar a usted confiado en las ofertas generosas que a nombre de usted me ha hecho nuestro amigo común el difunto general Roberttson y Mr. Chamberlaine. Ya no tengo un duro; ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonja otra esperanza que la que me inspira el favor de usted. Sin él, la desesperación me forzaré a terminar mis días de un modo violento..."⁵

Y es precisamente dentro de este marco circunstancial donde Bolívar ha de producir uno de los documentos más trascendentales en la historia del pensamiento político americano. Bolívar, aquí en Jamaica, con la perspectiva que le da el mantenerse a distancia de los turbulentos sucesos de Tierra Firme, realiza la prodigiosa tarea de meditación y examen que lo conduce a sintetizar, en su sentido más objetivo y real, sin quitar un pie de la tierra, todo el desarrollo histórico del Nuevo Mundo, desde los

⁴ "Carta al señor don Ricardo Wellesley". Kingston, mayo 27 de 1815, en *Bolívar*. Selec. y Pról. de FRANCISCO MONTERDE, México, Ediciones de la Sría. de Educ. Pública, 1943, p. 155.

⁵ Cit. por LIÉVANO AGUIRRE, *ob. cit.*, p. 146-7.

tiempos precolombinos hasta el presente de Jamaica, para de ahí deducir el posible derrotero histórico-político de Hispanoamérica. Solamente por esta formidable vivisección que Bolívar hace del cuerpo americano, apoyándose en el estudio real de la circunstancia histórica, política y sociológica, es como podemos explicarnos la portentosa visión que nos entrega de América.

Antes de iniciar el estudio de la carta de 6 de septiembre de 1815, digamos aquí que si algunos comentaristas, biógrafos o historiadores de Bolívar se preocupan por indagar el misterio que entraña su destinatario, nos parece que pierden lamentablemente su tiempo. Para nosotros resulta obvio que la célebre carta iba dirigida a Bolívar mismo. Es decir que, sobre todas las cosas, lo que Bolívar perseguía al redactar esta carta era volver coherentes, ordenadas, todo el conjunto de ideas nacidas y desarrolladas al calor de su experiencia revolucionaria. El que haya sido el duque de Manchester o algún otro personaje el destinatario de la carta, no importa. Lo que es visible en ella es el esfuerzo de un hombre por poner claras sus ideas acerca de una realidad que constituía la preocupación esencial de su vida, y de ahí derivar, posteriormente, las conclusiones pertinentes para una posible acción futura.

La carta

BOLÍVAR inicia el examen de la realidad americana con la premisa fundamental que guiará a todo su penetrante estudio: "el destino de América se ha fijado irrevocablemente: el lazo que la unía a España está cortado...", "...lo que antes las enlazaba ya las divide".⁶ Bolívar ha meditado y ha visto clara la situación. Sabe lo que tres siglos de dominación significan para el americano. Ha visto a los indios morir golpeados, torturados, asimilados a la calidad de bestias. Sabe también que son la mayoría pero que no tienen conciencia de su fuerza ni de sus intereses. Sin embargo, ha percibido ya, como veremos adelante, que constituyen una fuerza y que pueden ser un elemento formidable si se les incorpora a la revolución. Vivió entre los pequeños círculos de criollos y conoce cuáles son sus ideas y sentimientos hacia España. Sabe de las trabas de todo género que impone la metrópoli a esta clase discriminada y de la insatisfacción que ha arraigado en ella. Sabe, en fin, que todo este contingente humano, unido a las castas

⁶ "Carta a un caballero que tomaba gran interés en la causa republicana de la América del Sur". Kingston, 6 de septiembre de 1815, en MONTERDE, *ob. cit.*, p. 158. Todos los entrecomillados siguientes se refieren a este documento, salvo cuando se indique otra cosa.

y negros, no aceptará, aun vencedoras las tropas de Morillo, una situación permanente en la que ellos sigan siendo los explotados.

Además, Bolívar es un formidable catalizador de todo lo que ocurre a su alrededor e interesa a la causa americana. Todo hecho importante lo guarda, lo acumula, y en su oportunidad, se vale de él eficazmente. Por ello conoce que las fuerzas independientes de Río de la Plata han llegado vencedoras al Alto Perú, sembrando la inquietud en Lima y Arequipa. Un millón de hombres, dice, disfrutan ahí de libertad. Y en Chile, 800,000 hombres luchan por adquirirla. Nueva Granada, Perú, Venezuela, Panamá y Santa Marta sumisos unos, devastados por la lucha otros, todos se contagiarán finalmente del ímpetu libertario y lucharán. Inclusive Puerto Rico y Cuba, que por su insularidad permanecen alejados de los independentistas. ¿Pues no acaso son americanos? ¿No son vejados por el mismo poder? ¿Y Nueva España? Bolívar sabe que ahí el movimiento revolucionario se ha acelerado y que Rayón y Morelos continúan triunfantes.

Todo eso sabe Bolívar. Los acontecimientos pasan por su mente como una película y él los analiza y sopesa sabiamente. Su mente contempla a todo el mundo americano levantado en armas, incontenible. Son 16 millones de americanos los que defienden sus derechos ante la opresión española. Y no hay duda de que España fue en otro tiempo "el más vasto imperio del mundo, pero ahora sus restos son impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo".

Y Europa, ¿qué pasa con Europa que no ve todo esto que es tan evidente para Bolívar? "Acaso la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, ¡permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte del mundo!" Bolívar confiesa que cuanto más medita sobre esto más se confunde. Y es que se resiste, no quiere aceptar —sino quizá hasta el fin de su vida— que las relaciones entre las naciones no han sido relaciones basadas en la bondad, la buena fe o la simpatía, sino en intereses muy concretos y perceptibles. Por ello esperará en vano la ayuda de la Francia ilustrada, de Inglaterra, de los Estados Unidos.

Sin embargo, España está obstinada en su loco sueño de reconquistar la América. Como todas las grandes potencias en decadencia es incapaz ya de comprender el curso histórico. Se niega a ver que la historia camina en su contra y convierte el desarrollo histórico en algo estático. Ciega, no ve el cambio operado ni la nueva realidad. Es ya una España irracional la que contemplamos y la que va a acelerar ella misma su destrucción. "¡Qué demencia

la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados!"

Así, paso a paso, a través del estudio de la realidad americana y de la situación internacional, Bolívar va señalando con fría objetividad todas las causas que impulsarán y harán irremisible el movimiento libertario.

El americano: un ser "abstraído"

PASEMOS ahora al examen de un tema por demás importante y sugestivo y al que no por casualidad se les olvida mencionar a los comentaristas de Bolívar. El Libertador va a hablarnos aquí de uno de los grandes temas que la filosofía americana ha de manejar en nuestros días con insistencia, y a nuestro modo de ver, falseando el planteamiento.

"Nosotros —dice Bolívar— los americanos somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil", "nosotros, los americanos, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue y que, por otra parte, *no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles*;* en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país, o que mantenernos en él contra la invasión de los invasores". "Así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado". Aquí, Bolívar subraya una parte tan sólo del problema del ser americano: la división del ser del criollo.

Y prosigue, abundando sobre el mismo tema: "La posición de los moradores de este hemisferio ha sido, por siglos, *puramente pasiva; su existencia política era nula; nosotros estábamos en un grado más abajo de la servidumbre* y, por lo mismo con más dificultades para elevarnos al goce de la libertad". "Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, *nos dejaba en una especie de infancia permanente*" . . . "Tan negativo era nuestro estado, que no encuentro semejante en ninguna asociación civilizada. . . Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, *sea meramente pasivo* ¿no es un ultraje y una violación a los derechos de la humanidad?"

"*Estábamos, como acabo de exponer abstraídos y digámoslo así, ausentes del universo*".

* Todos los subrayados son de E. F.

Indudablemente los anteriores conceptos de Bolívar no se refieren únicamente al manido problema de la relación entre el peninsular y el criollo, sino que van más allá del simple problema político que entraña la acumulación de todos los derechos y prebendas en favor de la persona del peninsular. Los conceptos "existencia pasiva", "infancia permanente", "abstraídos", "ausentes del universo", revelan algo más profundo y trágico en la situación existencial de los americanos. En realidad lo que Bolívar nos expone aquí de manera magistral son los efectos que el sistema colonial causa en la existencia toda del pueblo dominado. El meollo del asunto que enuncia Bolívar reside, a nuestro parecer, en el carácter de la relación que se establece entre ambos mundos: explotadores y explotados, colonos y colonizados. Y si bien las consecuencias de este conflicto alcanzan a los criollos, el problema se vuelve especialmente agudo para los otros grupos: indios, mestizos, negros, etc. Es este, además, un tema caro al Libertador, y por lo que se observa de constante meditación y análisis. Lo ha desarrollado ya, que sepamos, el 23 de enero de 1815, en Bogotá, y lo reitera más tarde en Angostura, el 15 de febrero de 1819.⁷

Recordemos que América hace su entrada en el mundo moderno como consecuencia del encuentro de dos mundos que se contraponen. Desde el principio de su historia su vida es una vida trágica. Y ello es así no tanto porque entre uno y otro mundo medie un abismo, como se dice, sino más precisamente por el carácter de la relación que se establece entre ambos: conquistadores y conquistados.

Occidente irrumpe en América avasallando al hombre americano, destruyendo su cultura, apoderándose de la tierra y de las riquezas que ese hombre produce. Lo despoja, en suma, de su *humanidad*, lo deja, como dice Bolívar, en un "estado de infancia permanente". El hombre del país colonial es un ser explotado, enajenado, porque ha perdido su relación humana con el producto de su trabajo, que se ha convertido en algo *extraño* a él, en un poder ajeno. Su humanidad se ha perdido para convertirse en una mera mercancía. Es considerado como una cosa *útil*, capaz de producir riqueza, pero nunca como un *hombre*. De ahí, pues, que diga Bolívar que los americanos viven como abstraídos, "ausentes del universo" y que su vida sea puramente "pasiva". Pero además de que se le enajena mediante la expropiación de su trabajo, que es la forma

⁷ Cf. el discurso pronunciado el 23 de enero de 1815 en Bogotá, y el discurso de Angostura de 14 de diciembre de 1819, en MONTERDE, *ob. cit.*, p. 10 y s. y p. 54 y s.

como se objetiva su humanidad creadora,⁸ se le imponen otras formas externas que impiden que ese hombre sea lo que realmente es, y que, por otro lado, tampoco logran hacerlo como se quiere que sea. Tales imposiciones son, en el caso de la mayoría de los países que son o fueron colonias: lengua, religión, instituciones, cultura, etc., todas, formas de vida pertenecientes a una cultura extraña que el pueblo dominado se resiste a aceptar, y que al no ser asimiladas sino impuestas, acaban por falsear su expresión. A este fenómeno se refiere Hegel cuando dice en su *Filosofía de la Historia* que "América no es más que el eco del Viejo Mundo... su vida es reflejo de ajena vida".

En la culminación de este proceso nos encontramos con la negación que el país dominante hace de los valores y la cultura del pueblo dominado.⁹ En primer lugar el hombre de los países coloniales es considerado como no humano enteramente: "infrahumano", "carente de humanidad", etc. El contenido político de tal negación es, más que claro, evidente. Salta a la vista que al negarles "plena humanidad" a los pueblos dominados, pueden entonces las potencias colonialistas continuar con la explotación, intervenir en los gobiernos, apoderarse de los territorios, mantener a los hombres en sumisión y negarles su derecho a la soberanía, a la autodeterminación, a ser libres política y económicamente. La negación cultural es correlativa de la política, puesto que si se reconoce la capacidad a los dominados de crear arte, belleza, "valores espirituales", es decir, de ser "plenamente humanos", entonces tendrá que reconocerse inevitablemente su capacidad para regirse y gobernarse autónomamente.

Este problema, que hemos tratado de bosquejar aquí empleando la terminología moderna, está claramente expuesto en todo lo largo de la Carta de Jamaica y constituye, en nuestro tiempo, un tema de constante actualidad.

⁸ Cf. LÓPEZ CÁMARA, F. "El concepto de enajenación en los orígenes de la sociología marxista", en *Ciencias Políticas y Sociales*, Revista de la Esc. Nac. de Ciencias Políticas y Sociales, octubre-diciembre de 1960, Núm. 22, p. 589 y s. y también en la misma revista la traducción de López Cámara de "El trabajo enajenado", de CARLOS MARX, pp. 605-617.

⁹ Sobre los problemas que origina la negación de los valores culturales en los países coloniales, ver el excelente ensayo de JEAN-PAUL SARTRE: "Orfeo Negro", en *Revista de la Universidad de México*, abril 1960, Núm. 8, pp. 4-15; también JUSTINO FERNÁNDEZ, *Coatlícue*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, U.N.A.M., 1959, pp. 53-74, y LEOPOLDO ZEA, *El Occidente y la Conciencia de México*, México, Porrúa y Obregón, 1953.

La Independencia

Así, pues, dadas todas las premisas anteriormente desarrolladas por Bolívar y siendo América una especie de "propiedad feudal" de los conquistadores, y los americanos siervos, sin otro destino mejor, era natural que al presentarse los felices sucesos de Aranjuez y de Bayona, se aprovechara la coyuntura para dar salida al anhelo libertario que permitiera cambiar la situación oprimida de las clases americanas.

Sólo que, como claramente lo percibía Bolívar, las mismas condiciones señaladas con anterioridad hacían ver que "la América no estaba preparada para desprenderse de la Metrópoli como súbitamente sucedió". Y por ello los americanos "subieron de repente, sin los conocimientos previos y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores, etc."

Y aun cuando, continúa el Libertador, "en el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió el cuidado a la seguridad exterior, se establecieron autoridades... encargadas de dirigir el curso de nuestra Revolución y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un Gobierno continental, digno del presente siglo y *adecuado a nuestra situación*".

Al principio, agrega, "todos los gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares y más tarde formaron congresos que dieron lugar, en algunos casos, a diferencias y alteraciones en la organización". Hace, inmediatamente después, una caracterización del tipo de gobierno que han asumido algunos países como Venezuela, Nueva Granada, México, etc., para concluir diciéndonos que, sin embargo, "los acontecimientos de Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales", ejemplificando lo anterior con lo ocurrido en Venezuela y Nueva Granada. "Es decir, que en tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, *los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina*".

Bolívar percibió con gran nitidez el peligro que acechaba a las nacientes repúblicas tan pronto como fueran enteramente libres. Sabía, probablemente como ninguno, las terribles consecuencias que traería consigo una guerra civil entre las distintas clases de la socie-

dad americana. Veía también con lucidez la ambición de las clases minoritarias criollas, la formación de las funestas castas militares y el nacimiento de los pequeños grandes caudillos. Y sabía, igualmente, lo difícil que sería refrenar esas pasiones.

Por ello se explica que diga que, "si los pueblos de este Continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aún perfectas, ello es sin duda por el efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a la mayor felicidad posible, la que se alcanza, infaliblemente *en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre la base de la justicia, de la libertad y de la igualdad* Lo que no es concebible dentro de las condiciones especiales que padecen los pueblos americanos".

Dejemos la vista puesta sobre este último párrafo para analizar ahora un punto fundamental sobre el que Bolívar ha de ordenar toda su acción futura al abandonar Jamaica, cuestión que por lo demás se ha venido prefigurando a lo largo de este desarrollo de las ideas del Libertador, aun cuando sin salir plenamente a la luz.

La nueva estrategia

COMO habíamos señalado al iniciar este escrito, cuando Bolívar arriba a Jamaica, la lucha insurgente, hasta el momento lucha de las minorías criollas, protesta de las clases dirigentes contra la administración colonial española, se inclinaba favorablemente a los peninsulares. Por otro lado, "para detener la empresa revolucionaria, los españoles levantaron contra ella a las masas populares, a las clases de color, contrarrestando una revolución con el impacto de otra más poderosa y rica en efectos políticos".¹⁰ Sin embargo, al advenir el triunfo de las armas realistas y no mejorar en nada la situación de las masas populares, desatadas además las ansias de venganza de las razas de color contra las minorías blancas, la situación se tornó difícil y complicada para los españoles. Este hecho fue sagazmente percibido por Bolívar, quien pensó que este nuevo estado de cosas, al modificar sustancialmente la correlación de fuerzas, podía conducir a una fermentación social capaz de engendrar, en aquellas horas difíciles, condiciones políticas favorables al movimiento insurreccional. Así se lo hace saber Bolívar al director de la *Gaceta Real* de Jamaica, a quien le explica que, "por un suceso bien singular, se ha visto que los mismos soldados, libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas se han vuelto al partido de los insurgentes que no habían ofrecido

¹⁰ LIÉVANO AGUIRRE, *ob. cit.*, p. 149.

la libertad absoluta de los esclavos, como hicieron las guerrillas españolas. *Los actuales defensores de la Independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa*.¹¹ Bolívar es consciente ahora de que las masas americanas no consentirán volver a la situación anterior a 1810 y que continuarán en la lucha hasta no ver atendidos sus derechos y necesidades. Comprende también que ha quedado abierta la puerta para que la Revolución americana se identifique con las realidades del continente, y se haga fuerte por representar no los intereses de una clase privilegiada, sino las aspiraciones de toda la población.¹²

No obstante, puede decirse que la conciencia de clase criolla está todavía viva en el Libertador cuando advierte a Europa que, "El abandono en que se nos ha dejado es el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar al Partido Independiente, hasta hacerle proclamar máximas demagógicas para atraerse a la causa popular".

De ello se desprende que Bolívar, en este tiempo, era ya consciente de que una vez desatado el ímpetu revolucionario y encendidos los anhelos libertarios de los grupos más oprimidos, se hacía tremendamente difícil canalizar toda esa fuerza a través de cauces propios y consecuentes con los intereses independentistas. Si por un lado Bolívar avizoraba el triunfo, por otro, no dejaba de contemplar los temibles peligros que para el porvenir de América podían resultar de la explosión revolucionaria.

Sobre lo dicho conviene apuntar que, aun cuando es bien sabido, no se acostumbra subrayar lo suficiente el hecho de que la Revolución americana de Independencia no se inicia con la participación directa de las masas populares, sino de las *élites* directivas de las clases criollas, y que las primeras, en ocasiones, fueron el principal enemigo de la insurgencia, como ocurrió en Venezuela.

Las masas americanas no eran revolucionarias porque en ellas no se había cristalizado ni la conciencia de su poder ni la capacidad política necesarias para determinar, con su presencia en el escenario político del continente, un cambio renovador en la estructura de la sociedad. Cuando más eran fuerzas eficaces para la protesta violenta y anárquica, pero no representaban energías sociales organizadas, encaminadas a crear un nuevo orden social. Por ello, cuando Bolívar se decide a dar el paso trascendental que cambiará la base de sustentación de la Revolución americana, cuando convencido de la incapacidad de las clases criollas para continuar por sí solas la empresa libertadora, opta por conquistar para su causa a las masas

¹¹ Cit. por LIÉVANO AGUIRRE. *ob cit.*, pp. 149-50.

¹² *Ibid.*, p. 150.

que un día comandara Boves, lo hace consciente de que esas fuerzas requieren ser dirigidas y muchas veces forzadas a encaminarse a objetivos concretos y revolucionarios. Este proceso marca en Bolívar las etapas por las que otros grandes líderes revolucionarios tuvieron que pasar, hasta convertirse, de intérpretes de un reducido grupo social, en dignos representantes de los intereses de toda la sociedad. Al mismo tiempo, tal proceso descubre el momento de conjunción en que se unen las necesidades de las mayorías y el pensamiento director del guía que las abandera e interpreta. Señala, en suma, el momento en que Bolívar deja de ser criollo para convertirse en *americano*.

Por tanto, el problema de cómo *consolidar* la victoria de una revolución cuya base son las grandes masas humanas no organizadas, sino simplemente rebeldes, lo enfoca Bolívar, desde Jamaica, en la forma siguiente: "Yo deseo, más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del Gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea, por el momento, regido por una gran República... y menos deseo una monarquía universal de América... Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra".

La experiencia, con toda crudeza, lo ha llevado a este convencimiento: "En Cartagena, aún bastante joven, en 1812, expone sus razones sobre la caída de la Revolución de Caracas por un divorcio entre las necesidades efectivas del ambiente social y las quimeras teóricas de los revolucionarios. No eran los revolucionarios gente práctica sino hombres imbuídos en doctrinas 'de buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano'".¹³

Ahora, creemos, será más fácil comprender la enorme preocupación, el inmenso y laborioso esfuerzo de Bolívar por encontrar soluciones constitucionales adecuadas, racionales y adaptables a la realidad americana, que permitan, en una forma elástica y firme a la vez, contener la compleja composición social americana y elevar las condiciones económicas, políticas y sociales a niveles más altos. Por ello ha de desechar la idea de una monarquía o la de una "República Universal" que albergue a toda la población hispanoamericana, y aconseja, apoyado en numerosos ejemplos, la forma republicana como la mejor para las jóvenes naciones. Y percatándose del

¹³ BLANCO FOMBONA, Rufino, *El pensamiento vivo de Bolívar*, Buenos Aires, Losada, 1958, pp. 25-6.

terrible atraso de la mayoría de la población en las cuestiones cívicas y políticas, declara que no está de acuerdo con "el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos superiores a los nuestros; por igual razón rechazo la monarquía mixta de aristocracia y democracia que tanta fortuna y esplendor ha procurado a la Inglaterra".

El anbelo final

HASTA aquí, el Libertador ha apuntado en su carta todos y cada uno de los problemas que se derivan o son consecuencia de la dependencia que durante tres siglos mantuvo a América "ausente del universo". Ha señalado también los problemas que nacieron a raíz de la lucha independentista: los intereses de las minorías, las luchas sociales, el caudillismo, la falta de adecuación entre los ideales de los revolucionarios y las necesidades de Hispanoamérica, la carencia de preparación y conocimientos en los ciudadanos americanos para enfrentarse a las serias y graves cuestiones políticas, económicas y sociales que tendrán que encarar las nuevas naciones, etc. Del ahondar en tales asuntos y de la cavilación constante el Libertador deduce que la única solución para ellos es la formación de una *conciencia americana*, conciencia que tendrá que fundamentarse en la *unión*, en el convencimiento de que los problemas que encaran y los peligros a que se enfrentan son, en esencia, comunes. La unión le permitirá a las jóvenes naciones resolver con éxito los graves problemas internos y también los externos, que Bolívar ya avizora. Por ello dice:

"Es una idea grandiosa formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse. . . ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo".

"Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente, entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio

de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados... Por fortuna, entre nosotros, la masa a seguido a la inteligencia".

Esta idea de unión que Bolívar "tenía bien precisa en la mente por lo menos desde el año de 1810, cuando publicó un artículo sobre este tema en el *Morning Chronicle* de Londres",³⁴ y que aquí en Jamaica se expresa cabalmente no era un ideal que pudiera ser alcanzado merced a la acción y los esfuerzos personales de un individuo, héroe o dios, o en virtud de acciones subjetivas, ideales, como asevera el desconocido interlocutor de Bolívar, sino, como dice el Libertador: *esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos*.

Estos "efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos" son los que realiza Bolívar a partir de 1822, al concertar una serie de tratados bilaterales que darían luego cuerpo y sentido a la *Circular de Lima* y que culminarían, finalmente, con el Congreso celebrado en Panamá del 22 de junio al 15 de julio de 1826.

En resumen, de lo dicho hasta aquí podemos concluir que el ideal bolivariano es un ideal *hispanoamericano*. Nace y surge a la vida de la tradición hispanoamericana y de la circunstancia propia en que se debaten los pueblos americanos de habla española. No es una idea nacida de los sueños, sino una idea que se apoya y brota de una realidad viva, que se asienta en una similitud de factores sociológicos, económicos y espirituales y que adquiere una unidad ante un peligro común (interno y externo). Bolívar no fue americanista por simple idealismo. Lo fue por comprender que los problemas básicos del hemisferio no podían solucionarse dentro de los marcos estrechos del regionalismo que tantos atractivos tenía para sus contemporáneos. Siempre se resistió a aceptar que la unificación del continente fuera un nebuloso ideal, al que podía llegarse o no en un futuro dudoso. Creyó, por el contrario, que su integración era el supuesto esencial de toda solución auténtica de los problemas americanos.

"La historia ha dado la razón a Bolívar. El falso nacionalismo que dividió al continente y aseguró la hegemonía de las minorías criollas que buscaran la independencia sólo para sustituir a los españoles en sus privilegios, no ofreció solución valedera a los problemas sociales y políticos que determinaron el movimiento de emancipación; por el contrario, creó el clima propicio para que los peores defectos del régimen colonial pudieran supervivirse, agra-

³⁴ GÓMEZ ROBLEDO, *ob. cit.*, p. 44.

vados por falsas esperanzas y engañosos disfraces".¹⁵ Más aún, dejó indefensas y divididas a las repúblicas americanas que, después de los sucesivos fracasos en sus intentos de unificación, tuvieron que hacer frente en condiciones desfavorables a la vigorosa acometida de los Estados Unidos, quienes desde tiempos de Henry Clay, ya aspiraban a ser la "cabeza natural de la familia americana". A partir de este momento y hasta el presente, la historia de nuestra América es la expresión del choque entre esas dos fuerzas.

Vuelta a la Utopía

RESULTA oportuno terminar estas líneas con las palabras de un insigne humanista americano: Alfonso Reyes. "Así pues —decía don Alfonso— hay que concebir la esperanza humana en figura de la antigua fábula de Osiris: nuestra esperanza (América Unida) está destrozada, y anda poco a poco juntando sus *disiecti membra* para reconstruirse algún día. Soñaremos como si nos acordáramos de ella (Edad de Oro a la vez que Tierra Prometida), en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América".¹⁶

"Este empeño, agrega el humanista, de solicitar la realidad hacia un estado más maduro es, después de todo, el esfuerzo característico de la política". "Esta manera de apoyarse en la esperanza ¿no descubre un cierto paralelismo entre los que he llamado 'padrinos europeos' y los que hoy llamamos 'hombres de izquierda'? El confiar en América ¿no era por aquellos tiempos una manera de izquierdismo? . . . Ninguno de los elementos esenciales del izquierdismo está faltando: por una parte cierta sublevación, cierto disgusto contra lo que nos rodea, unido al propósito de mejorarlo; por otra parte . . . cierta fe . . . en lo que, prácticamente hablando, todavía no existe".

"Para venir de Europa a América, había que viajar hacia la izquierda, hacia el Occidente. Tal es el bautismo de las Indias Occidentales".¹⁷

¹⁵ LIÉVANO AGUIRRE, *ob. cit.*, p. 475.

¹⁶ *Ultima Tule*, México, Imprenta Universitaria, 1942, p. 124.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 128-9.

EL CAUDILLO DE LA GUERRERA AZUL

(Breve historia de Juan José Flores y otros generales)

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

Los lanceros negros, engalanados con vistosos uniformes, custodiaban la entrada del Palacio de Gobierno, antigua residencia de los Magistrados coloniales de la Real Audiencia de Quito. En uno de los salones, cuyos ventanales daban sobre la histórica Plaza Mayor —cuya fuente de piedra levantaba sin descanso su palma de líquida plata— un grupo de oficiales vestidos de gran parada rodeaba respetuosamente a un hombre de mediana estatura, ataviado con una guerrera de paño azul, sobre la que relucían los galones de general y algunas condecoraciones de oro. En su semblante fino y aguloso lanzaban un resplandor de juventud los ojos pequeños y chispeantes, bajo la frente abombada, mientras un mostacho elegante y sedeno seguía las ondulaciones de su discreta sonrisa. Este hombre de galana apostura era el General Juan José Flores, amigo y compañero de armas del Libertador Simón Bolívar y Jefe Superior del Distrito del Sur, nombre en ese entonces de la nación que hoy se llama Ecuador.

El general recibía a los ciudadanos de una comisión enviada por la Asamblea de Notables de Quito, reunida en el Salón Máximo de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, para ofrecerle el título de Encargado del Poder hasta que pudiera sesionar la Convención, destinada a dar una forma legal al nuevo "Estado libre e independiente", separado de la República de Colombia. Flores vio ascender la estrella de su destino: muy joven había obtenido las más altas distinciones militares: a los veinticinco años era el "Pacificador de Pasto"; poco después gobernaba las provincias del Sur como Jefe Superior y formaba un hogar con una dama quiteña del linaje de los Condes de Casa Gijón. Ya no existía la Confederación Gran-colombiana, por la separación de Venezuela. Bolívar había sido desterrado.

Flores no necesitó reflexionar mucho: su aceptación benévola del cargo floreció en sus labios. Debía cumplirse la voluntad del pueblo. Los comisionados jubilosos salieron a divulgar la gran no-

ticia, recibida con alegría estrepitosa por las muchedumbres. El general de la guerrera azul hizo una breve aparición por las calles con su escuadrón de fieles lanceros, y la independencia del país quedó consumada.

A las pocas semanas de este acontecimiento, el Encargado del Poder decretó la convocación del Congreso Constituyente y dictó el reglamento electoral para la designación de sus diputados. Este Congreso estaba formado en su mayoría por los amigos del gobierno. El poeta Olmedo fue nombrado Vicepresidente de la Legislatura, y el General Febres Cordero, secretario. Después de prolongados y laboriosos debates los honorables legisladores expidieron la Carta Fundamental del país, al cual llamaron "Estado del Ecuador".

Como todos lo esperaban, fue nombrado Presidente de la República el "Benemérito General Flores", aunque para ello hubo necesidad de insertar ciertas cláusulas especiales en el artículo de la Carta Fundamental referente a las condiciones que debía reunir un ciudadano para ascender a la Primera Magistratura de la Nación. En efecto, el artículo 33 expresaba que se requería ser ecuatoriano de nacimiento, pero luego añadía: "esta disposición excluye a los colombianos que hubiesen estado en actual servicio del país al tiempo de declararse en Estado Independiente y que hayan prestado al Estado del Ecuador servicios eminentes y que estén casados con una ecuatoriana de nacimiento y que tengan una propiedad raíz de treinta mil pesos..."

Flores instauró un régimen militarista, apoyado en su guardia pretoriana de lanceros negros—a los que el pueblo llamaba "jenízaros"—y en un numeroso ejército. El nuevo Estado soportaba el peso de un presupuesto absurdo, dedicado en su mayor parte al sostenimiento de la costosa armazón militar: 15 generales—de los cuales 13 eran extranjeros—; 3 comandantes generales—un venezolano, un irlandés y un inglés—; 1 inspector general del ejército, de nacionalidad francesa. De los innumerables coroneles, sólo tres eran ecuatorianos. Todos los jefes principales de los cuerpos eran de origen extranjero. Con esta máquina de guerra, el general originario de Puerto Cabello iba a imponer su dominación en el país durante más de quince años.

La dignidad nacional reaccionó naturalmente y se manifestó en actos de oposición al régimen. Por su parte, el General Flores adoptó una actitud orgullosa y despreciativa hacia el pueblo que no sabía apreciar "la felicidad de ser gobernado por un hombre superior". No dejó pasar ocasión alguna para hostilizar a los elementos nacionalistas y ridiculizar la historia del país. Hizo destruir los retratos de los gobernantes españoles que decoraban los salones del

Palacio de Gobierno, entre ellos los de los Presidentes Mon, Diguja y Carondelet, y adoptó el título de "Fundador de la República del Ecuador".

El Presidente puso en boga un estilo de gobierno aristocrático y fastuoso, para lo cual se vio obligado a disponer de considerables sumas del tesoro nacional. Mientras tanto, no se pagaban los sueldos a los empleados inferiores y aun a los soldados, circunstancia que produjo algunas insurrecciones, siendo una de las más dramáticas la del Batallón "Araure". Las tropas sublevadas recorrieron las calles de Quito sembrando el terror y entregándose al saqueo. El General Flores salió del palacio a caballo, seguido de sus lanceros y atacó a balazos a los rebeldes, en un combate rápido y violento del que salió triunfador. Igualmente por falta de pago de sus sueldos se sublevó el Batallón Vargas y se negó a obedecer a sus jefes, poniéndose en camino hacia Nueva Granada. El Presidente envió en su persecución al Coronel Juan Otamendi con un numeroso destacamento de "jenízaros". Otamendi, con astucia selvática, cercó a la columna en marcha y la sacrificó implacablemente, sin dejar con vida un solo soldado del "Vargas". El lancero negro se convirtió en el símbolo del régimen y en el único señor de las calles y los campos desiertos.

La oposición transformó la Universidad en su reducto. Los estudiantes de Derecho se organizaron y fundaron una sociedad para luchar contra el "despotismo militar que marchaba sin ley, sin reglas y sin principios". La voz de los jóvenes encontró eco en los círculos democráticos e intelectuales. Muy pronto se fundó un periódico doctrinario, *El Quiteño Libre*, como órgano de la sociedad patriótica del mismo nombre. Sus redactores eran ciudadanos de alto prestigio y de probidad reconocida. Figuraban entre ellos Pedro Moncayo, Vicente Rocafuerte, Barrera, Azcáubi, el irlandés Francisco Hall, Zaldumbide, Ontaneda y otros. La presidencia de la sociedad se confió al General Sáenz, y la secretaría a José Miguel Murgueitio. *El Quiteño Libre* acusó al gobernante de complicidad en el asesinato del Mariscal Sucre y de entregar el país al militarismo extranjero.

Los diversos sectores de la oposición habían encontrado su jefe en Rocafuerte, hombre decidido y liberal, cuya influencia en la vida política de México durante su permanencia en ese país le había dado un gran prestigio en los círculos democráticos y civilistas. Sus partidarios surgían por todas partes, a lo largo y ancho de la República, y algunos de ellos ofrendaron su vida por la causa o marcharon al destierro, como Pedro Moncayo que, desde Chile,

alumbraba el camino del honor y del patriotismo con su periódico *La Linterna Mágica*.

El pueblo llamaba "chihuahuas" a los partidarios de Rocafuerte, aludiendo a su valor—comparable al de los campesinos del Estado mexicano de ese nombre—y, al mismo tiempo, a la explosiva máquina que lanza sus cohetes en las fiestas de los indios de la Sierra del Ecuador. La popularidad de Rocafuerte se extendía por el país como un reguero de pólvora.

El Presidente Flores obtuvo del Congreso Nacional las facultades extraordinarias y las empleó para perseguir a los hombres de la oposición, logrando apresar a algunos, aunque escaparon los principales. En Guayaquil hubo una intentona de insurrección contra el gobierno. El General Flores se puso en marcha para debelarla y dejó en Quito, encargado del poder al Vicepresidente Larrea. Se tramó una conjuración—con el disimulado conocimiento de las autoridades—en la cual se ofrecieron dos sargentos de la Guarnición de Quito "para servir de anzuelo" a los incautos patriotas, aprovechándose de la buena fe de éstos para atraerlos bajo el fuego de los rifles y la punta de las lanzas de la soldadesca.

Envueltos en las sombras de la noche, tomaron posiciones los grupos sediciosos en las calles vecinas al Cuartel de Artillería, en una casa de San Francisco y en el atrio de la Catedral, pero no habían llegado aún a protegerse a lo largo de los muros de piedra, cuando sonaron los disparos que les hacían los soldados desde las ventanas del cuartel, obligándoles a retirarse en la mayor confusión, dejando en medio de la calle algunos muertos y heridos. Los carabineros y los jenizaros salieron luego a disolver los grupos de conjurados, haciéndolos blanco de sus armas de fuego y de sus lanzas. Al día siguiente, apareció colgado de un poste de alumbrado el cuerpo del filósofo Hall, despojado de sus vestidos y acribillado a lanzazos. En el trayecto de la Catedral a la iglesia de San Francisco, yacían sobre el empedrado los cadáveres de Nicolás Albán, prócer del 2 de agosto de 1810; Echanique, Conde y otros patriotas sacrificados por la tropa mercenaria.

Más allá de la ciudad, en el camino del Norte, por los campos con linderos de agaves, por entre los árboles y maizales, los soldados persiguieron al General Sáenz, a Ignacio Zaldumbide y a sus hombres hasta alcanzarlos en la hacienda de Pesillo, en cuyos corredores y claustros, que habían sido en otra época propiedad de los frailes de La Merced, los victimaron sin piedad "como escarmiento para los que se atrevieran a hacer resistencia al gobierno".

El país clamaba por una transformación política. Flores, cazurro y maquiavélico, se adelantó a los acontecimientos y dio un

golpe de Estado, proclamando a Rocafuerte como Jefe Supremo de la Nación y guardando para sí el mando del ejército, o sea conservando en sus manos el verdadero instrumento del poder.

Las muchedumbres reaccionaron violentamente contra esta usurpación del gobierno que hacía fisga de la voluntad popular. Aun el Congreso Nacional protestó contra tal revolución pretoriana y ordenó el levantamiento de tropas de voluntarios. Los vecinos de la ciudad de Ibarra, en franca rebelión contra el gobierno, proclamaron Jefe Supremo a José Félix Valdivieso, quien organizó las milicias de jóvenes patriotas, con el nombre de "Ejército Restaurador", cuyo mando se confió al General Barriga, figura de caudillo impetuoso que había obtenido la mano de la viuda del Mariscal Sucre, la nobilísima e inconsolable Marquesa de Solanda. El general doblegó bajo los cascos de sus caballos y bajo las botas de su infantería la voluntad de los pueblos del Chimborazo, Azuay y Cañar y fue a estrellarse contra las fuerzas de su compadre Juan José Flores en los arenales de la llanura de Miñarica, donde quedaron tendidos millares de jóvenes "restauradores", y corrieron ríos de sangre a los pies del General de la Guerrera Azul. Y, mientras la juventud patriótica ponía a precio la cabeza de Flores ofreciendo una recompensa de mil onzas de oro, el poeta Olmedo vestía otra vez la clámide romana para entonar un himno en loor del vencedor, "héroe de la espada relumbrante".

Vicente Rocafuerte, el pensador civil, se negó a ser un fantoche en las manos del general. Inauguró un nuevo estilo de gobierno en el cual la educación popular ocupaba lugar preponderante. Quiso modernizar el país y creó el Instituto Agrario. Estableció la tolerancia de cultos. Acometió la noble empresa de la educación de la mujer. Volvió a dar vida al viejo proyecto del "camino de Malbucho" para proporcionar una salida al mar a las provincias septentrionales de la República.

Rocafuerte era un hombre de la talla moral de Francisco de Miranda. A semejanza del ínclito patriota venezolano, concebía a América como una entidad unida y solidaria en todas sus partes, "una sola Patria desde México hasta la Patagonia". Durante su permanencia en Europa, prestó al Gobierno de México sus servicios como representante diplomático y facilitó la organización de una escuadrilla naval que se trasladara a las aguas de América y "obligara a los españoles a desocupar el Castillo de San Juan de Ulúa". Asimismo, efectuó hábiles gestiones ante los gobiernos europeos que se resistían a reconocer a las naciones americanas emancipadas.

Desde la Presidencia de la República del Ecuador, el gran pa-

tricio ejerció una acción civilizadora. Su lema de gobierno era: "Primero la instrucción, después las herramientas". Hombre amante del progreso, proyectó la instalación de luz de gas en las ciudades ecuatorianas y levantó fondos para la adquisición del primer submarino. En la esfera de la política interna, inició la lucha contra la preponderancia del militarismo, lo cual llenó de indignación al General Flores que volvió a apoderarse del Capitolio, al finalizar el período presidencial de Rocafuerte, y se valió de la Asamblea Nacional para dictar una nueva Constitución de la República, en la que se prolongó a ocho años la duración de las funciones presidenciales. El pueblo ecuatoriano calificó a esta Constitución arbitraria de "Carta de Esclavitud".

La situación económica del país era muy grave. A la desorganización y la miseria vinieron a sumarse los impuestos que pesaron como un fardo sobre las espaldas del pueblo. La industria y el comercio estaban paralizados y no existía negocio mejor que el de la fabricación clandestina de moneda. Entre los falsificadores se señalaba aun a los parientes cercanos del Presidente de la República. La conspiración ganó hasta el último rincón del país, bajo la dirección de la "Sociedad Filotécnica". El descontento reinaba en todas las clases sociales, incluso entre los militares, como lo probó la insurrección del Batallón de Artillería bajo el mando del General Elizalde, en Guayaquil. El seis de marzo estalló una revolución popular en ese mismo puerto y se constituyó un gobierno provisorio, formado por Roca, Noboa y Olmedo, que parecía redimido definitivamente de su "floreanismo", aunque más tarde prestaría varios servicios a Flores en el destierro, recomendándole al Ministro español Martínez de la Rosa y al Duque de Rivas.

Como antaño, el General de la Guerrera Azul se puso al frente de sus lanceros, ayudado por su fiel Otamendi y acudió con presteza a castigar el movimiento insurreccional. Pero, los patriotas estaban mandados por generales como Urbina, Elizalde, Wright y Ríos y combatieron con estrategia y valor, logrando derrotar a las tropas de Flores entre los cañaverales y los árboles de cacao de la hacienda "La Elvira". El General Otamendi fue asesinado por sus propios soldados mientras Flores firmaba una capitulación, según cuyos términos convenía en salir al destierro, para lo cual recibiría veinte mil pesos de indemnización y una renta durante dos años, pudiendo al cabo de ese tiempo regresar al país.

El astuto general se retiró con las escarcelas repletas a gozar tranquilamente de sus dineros en París, en compañía de su familia. Había tomado muy en serio su papel de "Fundador de la República" y puso todo su empeño en educar a su hijo Antonio para el

oficio de Presidente o continuador de la dinastía "floreana". Así, su obra le sobreviviría y su voluntad política seguiría orientando al país hasta después de su muerte. El "Fundador" ocupaba sus momentos libres en componer silvas y odas que luego Olmedo hizo reimprimir en París bajo el título de *Ocios poéticos del General Flores*. La obrilla da comienzo con una "Epístola a J. J. Olmedo invitándole a cantar la naturaleza del Ecuador". A continuación figura una silva intitulada "Discurso moral sobre la templanza en los deseos", composición que no pasa de ser en efecto un discurso rimado, fatigante y prosaico:

Yo consagré mis juveniles años
 A buscar fama y gloria
 En los campos de guerra y de victoria;
 Y no serán por cierto malogrados
 Si permiten los hados
 Que firmes vivan de la patria amada
 Que fundé con mi espada
 Las leyes propias y virtudes claras . . .

Flores no permaneció inactivo en la corte de Luis Felipe Se hizo presentar al rey, en ocasión memorable y obtuvo su recomendación para la reina de España. Pasó a Madrid. El Duque de Rivas y Martínez de la Rosa, ministros de la Reina Cristina, le dieron todo su apoyo. Y el pequeño general de Puerto Cabello empezó a alimentar los más extraños sueños, en un agitado delirio de grandeza: Al frente de una expedición naval reconquistaría el Ecuador y parte de América del Sur para la Corona Española y enmendaría así el error de la emancipación. Este acto le daría más gloria que a su compatriota Bolívar, elevándole al nivel de los conquistadores.

La familia real y los gobernantes españoles vieron con buenos ojos las maniobras de Flores. El Ministro de la Guerra se encargó de transformar el sueño en realidad: España proporcionaría algunos navíos—que se encontraban entonces en Inglaterra—y las tropas expedicionarias se embarcarían en el Puerto de Santander. El objeto de la expedición sería "colocar en un trono del Continente americano a uno de los hijos del Duque de Rianzares, con el nombre de Juan I". En realidad, Flores había ofrecido la "Corona del Ecuador" al propio duque, don Fernando Muñoz, esposo morgánico de la reina María Cristina de Borbón, pero, al obtener su negativa, intentó interesar al joven Juan de Montmorot. La corte se transformó en un avispero cuando se conoció esta noticia. El mundo diplomático, los partidos políticos y la opinión pública en general tomaron cartas en el asunto. El Senado hizo comparecer

al Ministro de la Guerra, quien fue interpelado por Ros de Olano, en una sesión histórica. Y el gobierno inglés no autorizó la salida de los navíos, a pesar de las gestiones que fue a realizar Flores personalmente en Londres. Así se esfumaron para siempre los sueños de la reconquista, entre las brumas del Támesis, y Flores desilusionado salía para Costa Rica, en busca de un ambiente más propicio para sus planes.

Los habitantes de Guayaquil despertaron sobresaltados, a medianoche, con el estruendo de los cañonazos. En el súbito relampagueo de los disparos se veían claramente, en las aguas del golfo, cinco naves que atacaban el puerto. La pequeña flota se había acercado en silencio, al amparo de la obscuridad, obedeciendo las órdenes del General Flores que dirigía las operaciones a bordo del navío "Chile". El bergantín "Almirante Blanco" y tres goletas le seguían, apoyando la acción con el fuego de sus cañones. Se repetía el viejo cuadro de piratería, tan común en la época colonial; pero, esta vez, el corsario era nada menos que el Caudillo de la guerrera azul, atraído por un botín más importante: el Gobierno de la República.

La suerte le fue adversa a Flores en ese 4 de julio de 1852. Los humildes campesinos de Machala, con unas pocas armas les cerraron el paso a los soldados expedicionarios mientras la deserción del navío "Chile" y la fuga de los "enganchados" completaban el cuadro de la derrota. El General tuvo que regresar al Perú, adonde había sido llamado por los nobles criollos cuando se hallaba en Costa Rica. La aristocracia peruana, que supo de los fracasados planes de la reconquista, creyó más fácil la captura de Guayaquil para el Perú que para España y se valió de la espada del Caudillo. Pero en estos cálculos habían olvidado un factor decisivo: el pueblo ecuatoriano. Los barrios se habían vuelto a organizar en Quito, al anuncio del peligro, como en los días coloniales, y todo el país se aprestaba a rechazar al invasor. Flores volvió maltrecho a buscar amparo en la antigua ciudad virreinal.

El General Urbina era el nuevo Presidente del Ecuador. Desde la expulsión del Caudillo, se habían sucedido tres ciudadanos en el solio presidencial: Roca, Azcáubi y, finalmente, el conservador Diego Noboa, quien, durante su visita a Guayaquil había sido apresado sorprendentemente por sus adversarios y embarcado con gran secreto en una nave destinada a Panamá. Jefe Supremo al principio, Urbina fue elegido Presidente de la República por el Congreso. Su acción política fortaleció el militarismo nacional, pero también tuvo

iniciativas dignas de aplauso como la abolición de la esclavitud. Los esclavos negros del Chota y de otras regiones, ya liberados, fueron a establecerse en la Provincia de Esmeraldas, mientras muchos otros se enrolaron en la guardia del presidente. Estos negros libres, vestidos de uniforme, recibieron el mote popular de "canónigos", en contraposición a los "jenizaros floreanos".

En la época de Urbina se presentó frente a Guayaquil el Contralmirante de la Flota francesa en el Pacífico exigiendo del gobierno una indemnización por los daños causados al comerciante francés Landreau. La alarma y la confusión reinaron en el puerto, y las cosas hubieran tomado un mal giro si los navíos no se retiraban como resultado de una negociación diplomática.

Terminado su período constitucional, Urbina hizo elegir Presidente de la República a su amigo el General Francisco Robles. Pero, la revolución encendía sus llamaradas por todas partes, mientras el General Castilla, Presidente del Perú, organizaba una gran expedición para invadir el territorio del Ecuador. El país estaba prácticamente desgarrado y amenazaba fragmentarse más por la coexistencia de cuatro gobiernos que se hostilizaban mutuamente: el Gobierno de Loja, con Manuel Carrión como Jefe del Distrito Federal; el Gobierno de Cuenca, presidido por Benigno Malo; el Gobierno de Guayaquil, en manos del General Franco, y el Gobierno provisional de Quito, constituido a raíz de un pronunciamiento de los conservadores o "godos" y en el cual la figura central era García Moreno, Director General de la Guerra.

El Presidente Robles llamó en su auxilio a su compadre Urbina y le dio el nombramiento de Jefe del Ejército. El general de los "tauras" o "canónigos" marchó a la sierra, en busca de las fuerzas de García Moreno, y las derrotó cerca de Guaranda, en el campo de batalla de Tumbuco. El Director de la Guerra escapó con vida por milagro, gracias a su caballo que le alejó del escenario de la matanza.

La hora era verdaderamente dramática para la República del Ecuador. Se decía en voz baja que Colombia y Perú se habían puesto de acuerdo "para hacer desaparecer el Estado ecuatoriano". En esta conspiración internacional, el papel del gobierno peruano consistía en adueñarse de Guayaquil, Manabí y Loja y proporcionar armas al gobierno colombiano que debía ocupar las provincias del norte del Ecuador. Por su parte, el General Franco quería anexionar Guayaquil al Perú, mientras García Moreno intentaba ceder las Islas de Galápagos y la región amazónica al Imperio Francés, a cambio de la protección de Napoleón III. Las gestiones del gobierno eua-

toriano con el Ministro Trinité y con Fabre, Cónsul General de Francia en Quito, son reveladoras de la angustia nacional.

Al fin, el General Castilla cumplió sus amenazas y entró con sus navíos en el Golfo de Guayaquil. No le fue difícil llegar a un acuerdo con el General Franco y completar el bloqueo del Ecuador. Atormentado por un arrepentimiento tardío, y dolido por la situación de la República, el General Flores ofreció su espada al Gobierno Provisional de Quito y fue nombrado General en Jefe del Ejército. La dirección de la guerra continuaba en manos de García Moreno, que comprendió que el tratado Franco-Castilla facilitaba su tarea, pues al combatir contra las fuerzas del supuesto gobierno de la costa combatía al mismo tiempo contra el invasor extranjero.

Flores ya no era el caudillo de otra época. La vejez y la fatiga le habían despojado de sus antiguos bríos. Pero, con todo, conservaba sus conocimientos y virtudes militares, que se mostraron con evidencia en su marcha hacia Guayaquil. Como remate de una campaña ejemplar, logró tomar la ciudad por sorpresa, entrando con sus tropas por el Estero Salado, cuyos meandros pantanosos se consideraban una barrera infranqueable. Este acontecimiento llenó de júbilo al país, mientras el Gobierno provisional le reponía al vencedor en el empleo vitalicio de General en Jefe del Ejército Ecuatoriano. El Caudillo de la Guerrera Azul volvía a aureolarse una vez más con el resplandor de la victoria militar.

La Asamblea Nacional Constituyente eligió a García Moreno, Presidente de la República. Desde su juventud, se había distinguido este hombre esencialmente político por su energía y tenacidad apasionada. Estudiante universitario, hizo oír su voz contra el "militarismo antijesuítico" del General Urbina, quien le desterró a Francia. De regreso a la patria, el pueblo le eligió Senador por Pichincha y, en esa calidad, usó de todas las armas contra el régimen de Robles, llegando a afirmar que no era verdad la rumoreada invasión del General Castilla y que no se trataba sino de un ardid y un pretexto del régimen para solicitar las facultades extraordinarias al Congreso y afianzarse en el poder.

Figura de inquisidor y de cruzado, puro como Savonarola y valeroso como un príncipe florentino, fanático e intrépido como un conquistador, idealista y práctico al mismo tiempo, civilizador, verdugo implacable y paradigma de virtudes, García Moreno es uno de los personajes más paradójicos de la historia ecuatoriana. Constructor, eleva el edificio del Panóptico de Quito, como un monumento a la gloria de un régimen carcelario, en que se intentaba encerrar entre cuatro muros no sólo al hombre sino a la con-

ciencia misma. La primera finalidad de su gobierno es lograr la obediencia social. Solamente la obediencia puede conducir a la unificación material y espiritual del país: una sola autoridad, una sola ley, una sola religión. No hay tolerancia ni perdón ni olvido. Sólo hay justicia implacable, justicia según el concepto gubernamental. Así, cuando se produce el levantamiento de los Generales Urbina y Robles en el Golfo de Guayaquil, el Presidente les declara piratas, asume en persona el mando del vapor inglés "Talca", toma al abordaje la nave sublevada y hace fusilar allí mismo a veintisiete insurgentes. La sangre vertida lo purificará todo. . .

El Conde de Gabriac llegó a Guayaquil en el mismo vapor que había servido al Mandatario para su victoria naval. El barco hacía el servicio regular de pasajeros en la única línea de vapores que existía entre Panamá y Valparaíso. Tal línea era la "British Pacific Steam Navigation Company", cuyos viejos buques tardaban una eternidad en hacer la travesía. El "Talca" empleó cuatro días desde Buenaventura hasta Guayaquil, deteniéndose en Esmeraldas y en Manta. El viajero se sorprendió del aspecto pintoresco del puerto, "cuyas casas de madera se podían comparar únicamente a pabellones chinos" y por cuyas calles marchaban los soldados vestidos con el mismo uniforme de la artillería francesa. El señor García Moreno era un hijo espiritual de la Francia imperial y católica, y cuidaba de introducir en su país no sólo las vestiduras monacales y la ilustración de los jesuitas franceses, sino también las armas y los adornos militares de los regimientos de Napoleón III.

"El terror para refrenar a los malvados" dice el Presidente de mirada sombría. Este hombre que habla de terror es un católico fervoroso. Cada día, antes de entrar en el Palacio de Gobierno, acude a la iglesia para oír misa y comulgar. No cumplido un año todavía en la Presidencia de la República, firma ya el Concordato con la Santa Sede. Mantiene las mejores relaciones con las potencias católicas, principalmente con Francia. Por eso ha puesto su veto al plan presentado por una compañía de Terratenientes de Imbabura, en socio con la Compañía Inglesa del Paylón —es decir con los "herejes luteranos"— para la construcción de una carretera entre Paylón e Ibarra, antiguo anhelo de los magistrados coloniales para acercar Quito al Istmo de Panamá, donde se cruzan todas las rutas del mundo.

Niega igualmente la autorización, por motivos ignorados, a Daste y Gouin que intentan construir un camino desde Quito hasta Esmeraldas, a través del inmenso bosque de Malbucho. Hace venir de Francia al Vizconde Onffroy de Thoron, dándole el título de Ingeniero del Gobierno del Ecuador, para que informe sobre la

carretera proyectada a la costa. El vizconde francés, emir del Líbano, virrey de Siria y de Egipto y Jefe del Estado Mayor General del Ejército turco-maronita, es una figura romántica y novelesca con todo el impulso del guerrero, la elevación del hombre de ciencia y la fantasía del poeta. "He tenido ocasión de pasar repetidas veces por la selva virgen de Malbucho —dice el singular emir— y cada vez que he entrado en ella he experimentado una sensación muy agradable por su atmósfera vaporosa... Apenas comenzaba a transpirar mi cuerpo, sentía una impresión de bienestar general... Aquí hay menos enfermedades que en Europa".

Observador imparcial, Onffroy de Thoron habla de "la ceguera y la inercia del Gobierno ecuatoriano que se obstina en no querer abrir el puerto de Paylón y la ruta que lo pondrá en comunicación con la provincia de Imbabura y con Quito". Narra la historia de la fundación de "Campana" o "Puerto Inglés", debido a las especulaciones de Villavicencio que se adueña de las tierras de San Lorenzo para revenderlas a la Compañía Ecuador-Land, formada por israelitas. Explica los detalles del Tratado de los Tenedores de Bonos de Londres con el Gobierno del Ecuador y el origen del Tratado Pritchett-Icaza, firmado en Quito en 1857.

Recorre y estudia la región de Esmeraldas-Imbabura, contempla el pueblo de Mira "rodeado de montañas auríferas", examina las minas de plata de Tulcán y se detiene admirado ante los pastos de Cahuasquí. La sierra ecuatoriana le fascina. "Si esta región central de las mesetas del Ecuador —escribe en su libro de viaje *Amérique équatoriale, son histoire pittoresque et politique*, publicado en París— contuviera una población numerosa, densa como la de Francia, podría ser la soberana de la América Meridional".

El vizconde y emir navega por la bahía del Paylón, que es "el mejor fondeadero del Pacífico", por el Golfo de Ancón, donde se sorprende del gran número de criaderos de ostras, cangrejos y tortugas, y por las aguas de la desembocadura del río Matajé, en cuyas orillas encuentra por primera vez unos extraños peces que producen sonidos musicales. En la inmensa selva de Malbucho, el viajero permanece maravillado al escuchar la sinfonía de la Naturaleza, al caer de la tarde. Luces volantes cruzan el espacio y un coro de voces se eleva de los árboles y las malezas, que parecen desperezarse en la atmósfera húmeda y tropical. Hasta los animales parecen articular palabras y aun frases breves, como el pájaro que modula claramente "Dios-te-de" o la rana que canta, más bien dicho cuenta sin cesar: "cuatro-pesos-son", "cuatro-pesos-son". Los lamentos del "perezoso" le sugieren al emir esta observación humorística: "seguramente esta bestezuela no hizo el viaje de los animales antedi-

luvianos que acudieron al arca de Noé, y si escapó al gran cataclismo no fue por propio esfuerzo sino flotando sobre las aguas, sujeto a la rama de un árbol".

Al conocer los planes del gobierno ecuatoriano para poner el país bajo el pabellón francés, el vizconde manifiesta su reprobación desembozada. Con sonrisa irónica escribe: "La primera obligación de Francia, en el caso de aceptar al Ecuador como protectorado, sería proteger al pueblo de esta República contra su propio gobierno".

Finalizado su período constitucional, García Moreno hizo elegir Presidente de la República a su amigo Jerónimo Carrión; pero descontento de la actitud conciliadora adoptada por el nuevo mandatario, le pidió la renuncia de su cargo valiéndose del Jefe del Ejército. Otro de sus amigos fue esta vez el favorecido: Javier Espinosa. La independencia de carácter demostrada por este último en el ejercicio de sus altas funciones no fue tampoco del agrado de su protector, quien nuevamente se adueñó del poder mediante un golpe de estado y convocó una Asamblea Constituyente para la expedición de una Carta Fundamental Reformada que, por su espíritu reaccionario, mereció el nombre popular de "Carta Negra".

La Asamblea eligió Presidente de la República, por segunda vez, a García Moreno. En este período presidencial se agudizó aún más su clericalismo, pero también puso en acción los medios más eficaces para destruir el cáncer militarista que corroía las entrañas de la nación. El látigo, la cárcel y el patíbulo fueron los instrumentos característicos de su gobierno. Sin embargo, no descuidaba la cultura. Fundó un Instituto Politécnico y llamó a varios sabios europeos para que vieran la forma de mejorar la educación pública. A pesar de todos sus esfuerzos, el aislamiento del país era cada vez mayor. La indiferencia de Francia no aminoraba el fervor de García Moreno que consideraba a ese país como la única esperanza de redención y grandeza futuras. En ningún momento descuidó de preparar el ambiente internacional para la consumación de sus designios que consistían en la formación del Reino Unido de los Andes—Ecuador, Perú y otros países vecinos— gobernado por un monarca de Francia. Al Ministro del Ecuador en París, Antonio Flores, le había confiado la misión de obtener la ayuda de Napoleón III para ese Reino Unido de los Andes "con un príncipe francés designado por Su Majestad el Emperador".

El carácter inflexible, violento y orgulloso del Presidente, arrastró al país a desastrosas aventuras internacionales, entre ellas la campaña contra los guerrilleros de Colombia. García Moreno organizó un ejército de reclutas y marchó al Norte, encontrándose en Tulcán con la avalancha arrolladora de las fuerzas del general

conservador colombiano Julio Arboleda. Las tropas bisoñas abandonaron el campo ante el empuje del adversario, y el presidente de la República fue apresado en compañía de su Estado Mayor. Esta derrota no la olvidaría fácilmente García Moreno, aunque recobró en seguida la libertad con todos los honores de su rango. Pocos meses más tarde, llamaría al Caudillo de la Guerrera Azul para confiarle una nueva acción militar en las breñas del sur de Colombia.

Las fuerzas de Flores, victoriosas en las primeras escaramuzas, fueron atacadas por sorpresa al pasar por los desfiladeros y precipicios de Cuaspud, donde habían tomado posiciones las tropas del Presidente colombiano, General Mosquera. La muerte y su cortejo de buitres se regalaron ese día con un festín mayor debido al gran número de soldados que perecieron en esos pavorosos barrancos. Vencido y decepcionado, el General Flores, después de firmar con Mosquera el Tratado de Pinsaquí, se retiró a la vida privada, de donde se le llamaba de tiempo en tiempo para exigirle el cumplimiento de las funciones de su empleo vitalicio de Jefe del Ejército Ecuatoriano, en cuyo ejercicio le sorprendió la muerte cuando navegaba a bordo de la nave "Smirk" en las aguas de Jambelí.

Los elementos democráticos y progresistas del país manifestaron su descontento contra el Gobierno de García Moreno acusado de teocrático. Pimentel organizó una conjuración contra el Presidente. Pero, los sabuesos del régimen olfatearon el pastel y descubrieron el lugar de las reuniones clandestinas, de donde los conjurados escaparon a duras penas. Cornejo Ceballos fugó a Europa. En El Havre publicó su opúsculo *Ecuador, Carta de un Proscrito*, en que califica a García Moreno de "ambicioso afortunado, inteligente, que ha sabido imponerse por la audacia, por el engaño y por el miedo". El escepticismo del proscrito se condensa en frases amargas: "Flores nos liberta de los españoles y el pueblo agradecido se echa en sus brazos; Urbina nos liberta de Flores, y las sociedades democráticas le hacen Presidente; García Moreno nos liberta de Urbina, y los hermanos de San Vicente de Paúl le entregan la Nación. Nuestras libertades han perecido siempre en manos de nuestros libertadores".

La oposición contaba con voces prestigiosas y elevadas que difundían sus ecos por todo el país. El pensamiento de Juan Montalvo se levantaba como una llamarada, convirtiendo en cenizas los prejuicios y obligando a meditar a los jóvenes. Los estudiantes de la Universidad volvieron a escuchar las doctrinas de emancipación espiritual como en los días de Hall y de Rocafuerte. Y, un buen día, por la escalinata del Palacio de Gobierno aparecerían los con-

jurados —Moncayo, Cornejo, Andrade, Astorga, Polanco— y atacarían al Presidente García Moreno a balazos, cuando éste salía de la iglesia y se encaminaba al despacho presidencial. Pero, sería el machete de un hombre del pueblo —Faustino Lemus Rayo— que descargaría el golpe mortal. Los jóvenes conjurados huirían a ocultarse en San Blas, en el Quinche, en Cayambe y finalmente, Colombia. Y la soldadesca saldría del cuartel vecino al Palacio de Gobierno y mataría con los disparos de sus fusiles al victimario, cuyo cadáver quedaría en la plaza, al lado de su víctima, en la extraña promiscuidad de la muerte, la Suprema Niveladora.

Dimensión Imaginaria

TOISON OSCURO

Por *Henri DE LESCOËT**

CONSTRUIR

A *Gisele Lombard-Mauroy*

CONSTRUIR
a partir de aquí
ese perfil
del cuerpo múltiple,
ese complejo
del infinito,
a ese hombre,
con sus iluminaciones,
y hallar, por fin,
el punto vital
de las voces,
moneda de ciego,
quizá de loco.

Pero los árboles,
las piedras,
las líneas,
todas las formas
visibles e invisibles
y también tu
recuerdo,
a cada instante
de tu espíritu,

* Poeta francés de vigorosa y moderna expresión, ha publicado una decena de libros en nuestro idioma (España y América Latina). Cultiva el teatro, el cuento y la crítica. Es autor de *Visión de la nueva poesía en Francia* (1860-1960), publicada en español a fin de servir mejor a los escritores latinoamericanos; preocupación esta ya revelada en su revista bilingüe *Profils Poétiques des Pays Latins* (*Perfiles Poéticos de los Países Latinos*).

encuentran igual mutismo,
 el mismo imperturbable desacuerdo
 del paisaje oculto,
 la misma irrevocable efigie
 en su cósmica cosecha

CON TU MANO DE VIDRIO

A Ariel Ferraro

ME rodea un llanto confuso,
 un aliento, un murmullo,
 un ritmo muy vago,
 tal como las rutas
 de las aguas imaginarias
 o las incansables alas
 de la fantasía.
 En la jaula monstruosa del tiempo
 vienen y van mil reflejos
 como esos mil gusanos
 en acecho entre la piel encendida
 de la materia,
 milagrosa utopía
 de la vida desgarrada
 e inmutable hermetismo
 de la atmósfera.
 Hoy, único objetivo,
 en ese interhumano clima.
 Hoy, coger ya el asustado trigo
 del fulminante universo
 con tu mano de espuma,
 tu recuerdo de vidrio limpio,
 tu deseo genuino y generoso.

P A I S A J E

A Manuel Suárez-Miraval

ENTRE los huesos una lágrima
 como en una jaula, tu rostro,

y cerca del paisaje lacerado,
una boca azul pestañeando.

En la hora encarnada,
el ronco murmullo de la tarde.
Ardiente, clavada la línea
por la atónita mirada.

En el polvo de nuestra memoria
sin letras, un nombre,
como una serpiente de luto.

Solitaria, la vida florece
detrás del tabique,
con todos los anhelos del mundo.

Más allá, tenaz espectro,
la chimenea de la fábrica,
con la muda canción de la tierra
espesa, tranquila, olvidada.

El amor de los hombres de espaldas está.
Un obrero largamente mira al cielo.
Se hace pequeña y vieja la vida.

E J E R C I C I O

EL viento
hace del grito
los pies desnudos.

Desde
el crepúsculo
la cabeza
traidoramente
brota
y la voz azul
del silencio
en el trasmallo
de su capricho
se agosta.

He aquí
 en fin
 una letra
 invencible
 por la espuma
 del recuerdo.

Afuera,
 del trueno,
 la mano
 heroicamente
 sostiene
 el dolor
 de la hierba.

S Ó L O R E C U E R D O

U NA sombra por la sombra
 de tu amor: guijarro.
 Siempre como tu morada
 palabra, algo viscoso,
 sin peso, en la tronada.

Evasión del color
 en el musgo. Vacío
 de tu ala. Fiel silencio
 que heredamos sin calor.

Pobre gloria del momento
 cuando la lámpara queda
 solo grito de tu amor.

A N I M A L U B I C U O

A Germán Pardo García

E N la boca, la palabra, ala de la ira.
 Las espumas de la nube, en la mano,

Como un anillo inútil. Mi vuelo.
Mientras aquella araña me devora.

Tu cara, espíritu de la seria aurora.
Mi pensamiento, en su anhelo ubicuo.
Un hombre-ilícito encuentra el espacio.
Adonde huye la inverosímil burbuja.

De la sombra, llena de musgo de fuego,
De la tierra que abre ojos de polvo,
Soy al peregrino, la luciérnaga absorta.

A lo largo de ese mundo mágico,
Contra la materia fría, qué ángel avieso
Los hilos mezcla de mi caótica memoria.

NUESTRA PALABRA POSTIZA

A Manuel Pinillos

TENEMOS
un rostro,
el movimiento,
los días,
las noches,
todo,
de pronto,
cae
en el viento.

Previsto,
todo es
en tu gesto,
en tu voz,
en el intangible
murmullo
de la vida
interior.

Todo es
todo

ese silencio
de tu sangre,
de tu nombre
presentido.

¿En tus huesos
quién
desarrolla
solapadamente
la raíz
inútil?

Sí,
venimos,
niebla alucinada
y
ya cae
el miedo
en nuestra negra
palabra postiza.

YA APARECIÓ AQUELLO

A Nicolás Guillén

EL día transforma
de la noche los sonidos
en ese exacerbado aborto
mientras un teléfono suena
burlescamente
en torno al hacinamiento
de las encenagadas palabras
de los movimientos irresolutos.

Como esas infames pesadumbres
adentro del sediento torbellino
de la naturaleza
resultó ser el sol
en el prólogo de la risa
una mentira monumental
porque tiene la idea

su religión propia
su legítimo silencio
y secretamente inútil su hilo
por la muerta constelación
de la memoria.

Cuando hace entrar el poema
la más lúcida música
en los nervios augustos
el fermento
de la invisible especie
queda la preocupación compacta
trascendental y triste
de las alas imperiosas.

¿Adentro de la increíble inmundicia
¡ay!, qué maldición otra vez germinará?
¿Qué torre de Babel
en la alquimia de las cosas
fríos espejismos
sin casa de maternidad
sin perdurable contenido?

¿Oh cuándo cantarás
tierra libre tu plenitud?
Cantad cantad sin embargo
martirizados hermanos.

Sí, de veras cantad sobre la cúpula
de aquella extraña época
destruyendo sus cohetes y cuchillos.

Aguarda Tú quizás
mañana pan serás
para tu pueblito renovado
abriendo camino nuevo por el mundo
y el violín de ese mar estupendo,
desde Cuba vela encendida del Trópico.

OTOÑO FUEGO SECRETO

A E. G. Albelo

UN vuelo de la sangre
por las nervuras del poema.

La progresión de la savia
en el interior
del último amor.

El cielo corre
en su fantástico color.

Una ola desgarrar a tus músculos,
saja a tus huesos, a tus ojos,
a tu pensamiento, Ocaso mágico.

Buscas, examinas
las ascuas de todas las miradas,
pero nada coges corriendo.

El hombre de carne,
de pronto, desaparece
al encuentro del hombre
de niebla y viento.

NO MORIRÁ LA PALABRA

A Vicente Aleixandre

NO morirá la palabra
en la hoja de tu rostro
inalterable,
en el sol puro,
infatigable
de tu guitarra.

No, de tu hambre
la espiral no morirá.
Tenemos que comprenderlo:

la esperanza es posible
al borde de nuestro abismo.
Tu fertilidad sagrada queda.

Sí, no morirá tu inconmensurable
alegría andaluza
y no cesará
de tus ojos el rumbo.
Toma a la desnuda Noche.
Ese aburrido planeta es tuyo.

Quedará tu contagiosa palabra
en el galope atómico del viento.

PENSAD EN MÍ

In Memoriam: *Leopoldo Panero*

DESCONOCIDAS raíces de la tierra,
pensad en mí. Soy el eterno amigo.

Ay esa criatura
por este Universo
extraño y sin fin.
Enrico, Luis, Francisco
es su nombre enharinado.

En el fondo de sus vísceras
hacen rabiarse las guitarras todas
con el mar ajeno
golpeando sutilmente
su amargura indecible,
como tú, subterráneo insecto
de este día,
en medio de su esqueleto haciendo
un monstruoso nido,
mientras se agita
su increíble dulzura

por esta mañana
desheredada y sin fin.

¡Ah laborioso poema!
mi poema,
mil veces
a mis sangres
exaltadas desgarrando,
¿en tu serenidad se despereza
sin fin y tan pura
mi victoria alucinada?

¡Ay! una mirada
se apaga
y se cierra
otro labio.
Para siempre
es de noche.
LEOPOLDO,
mi amigo.
Para siempre.

EN CONCHAS LEJANAS

A Juan Jacobo Bajavlia

CON esta muerte repentina
se quedaron silenciosas,
muy perplejas las horas,
unos momentos,
buscando frágil resonancia
y tácitos consentimientos.

Todavía las cosas vagas,
entre su frente abierta
y la nieve negra,
ya nombran a otra prenda,
a prodigiosas Alianzas
en conchas lejanas.

BORBORIGMOS

A Mario Angel Marrodán

MUDAR los ruidos en prodigio ardiente,
toda esa sorda agitación
en experiencia abigarrada,
la exacerbación
de las corolas
en maternidad y alegría.

El espacio —el tóxico—
la tribulación burlesca,
no pueden nada. No.
Yo tiemblo, vacilo
adentro de mi fuego equilátero,
cuando la flor de mi quietud se suicida
como un hijo extraviado del otoño.

Mi alma enterada,
precipitadamente,
a su imposible víctima, renuncia.

Ahora os invito furtivamente
a entrar en mi piel llena
de cohetes,
de domingos singulares,
pues no busquéis la razón
de mi tempestuoso renacimiento,
de mi psíquico paso fuera de sazón,
transformando simultáneamente
mi subterránea zozobra
en florida escalera,
mi cogitación de piojo
en brujería de uso campesino.

Desierto Mallarmé,
trepidante vocación,
mi esfinge de equívoca dulzura,
heme aquí,
así como así,
un aborto invisible del viento

ya hablando de su ciega belleza,
de la cobardía de la lluvia.

La luna equivaldría,
finalmente,
a una frase sacramental
y triste
de la conmovida naturaleza,
(ambigua pasión),
a la máquina de coser rota
del torbellino hipodérmico,
cogido por una gaviota de piedra,
en los talleres del aire impersonal:
nuestro salario de huraña ficción
y nuestra comida
de mártir heteróclito,
irreductible enigma.

Todavía la cabeza se levanta,
la voluntad toma cuerpo,
la amenaza rueda florida.

TU NOMBRE CLARO PARA SIEMPRE

DE silencio en piedra,
de piedra en espera,
tu nombre imperioso,
Ileana Espinel,
como el río del atardecer,
como la tierra alucinante,
atando esa fábula
entre sus quiméricos latidos,
como el trueno inalcanzable
en la lejanía dolorosa,
como el perfume sonámbulo
de la sombra de rodillas
y junto a tu rostro maravillado.

Tu nombre de siempre,
itinerario y reloj,
murmullo, rezo, ángelus

del viento unánime.
Tu nombre-aleluya,
secreto, música y descubrimiento.
Tu nombre, risa, herida
del otoño anónimo.
Tu nombre fascinante
como el surco morado
del cohete vagabundo
alrededor del pensativo planeta.
Tu nombre paisaje-presagio
de tu alegría sin reproche,
donde mis dedos ahora
se deslizan con delicia,
donde mi idea lava
su fangoso perfil,
su indecisa confianza,
sus innumerables mitos.

Tu nombre: delirio y sabiduría,
en los imanes de los anhelos,
relámpago y bondad,
sobre la triste y angélica mano
del mendigo universal.

TENDENCIAS DEL TEATRO ESPAÑOL DE HOY: ANTONIO BUERO VALLEJO Y "EL BUERISMO"

Por *Jacqueline VAN PRAAG CHANTRAINE*

EL veterano del teatro español contemporáneo, don Jacinto Benavente, se complacía en decir que había enterrado a cuatro generaciones de críticos dramáticos, y añadía maliciosamente que "si es posible que un español no carezca de talento, no admitirá sino a regañadientes que otros lo tengan".

Semejante salida se explica en un autor que fue ídolo hasta su muerte del público de España, pero sin que allí se le dedicara nunca una reseña francamente entusiasta. Después de su muerte, a los ochenta y ocho años, y dejando una obra de ciento sesenta y seis piezas de teatro, los críticos se pusieron a compararlo con Oscar Wilde, Bernard Shaw, Ibsen y Pirandello; pero no para ensalzar su memoria, sino para censurar aún más su falta de originalidad y sus éxitos.

¿A quién hay que poner en el banquillo? ¿A Benavente, dramaturgo sumamente hábil, que nunca tuvo la pretensión de competir con sus ilustres contemporáneos, o al público español, que lo aplaudió durante medio siglo? ¿Puede hacerse responsable de la inercia en que estuvo sumida la dramaturgia española, o de haber mantenido en la sombra el teatro esencialmente literario y poco escénico de un Unamuno o de un Azorín?

Se dirá, claro está, que existe el teatro rutilante de imágenes del inconfundible Federico García Lorca y el deliciosamente poético de Alejandro Casona, el autor de *La dama del alba*, *Los árboles mueren de pie* y *La barca sin pescador*. Pero ni uno ni otro ejercieron influencia decisiva sobre la literatura dramática española. En España se aprecia más a García Lorca como poeta, y en cuanto al teatro de evasión de Casona, es más conocido en el extranjero que en su propio país. Más aún que en los otros géneros literarios, la guerra civil ejerció una censura radical en el dominio del teatro.

Terminadas las hostilidades, se abrieron dos teatros en Madrid: "El Teatro español" y "El Teatro María Guerrero". Quiso este último arrancar al espectador español a su conformismo, presentándole obras de autores franceses como Camus, Sartre, Jean Anouilh y también norteamericanos como Tennessee Williams y Arthur Miller.

Como en todas partes, los "teatros de cámara" apasionaron al público con las obras vanguardistas de Becket, de Adamov y de Ionesco. De la joven generación empezaron a destacarse dramaturgos autóctonos: los talentos innovadores de Antonio Buero Vallejo, de Alfonso Sastre y de Miguel Mihura.

Nos concretamos al dramaturgo más reputado del actual teatro madrileño: Antonio Buero Vallejo, hijo de Guadalajara. Su obra *Historia de una escalera*, representada en el "Teatro español", en 1949, distinguida con el premio Lope de Vega, alcanzó desde un principio un éxito fulminante. Este estreno respondía al ansia de un público cansado ya de convenciones teatrales y ávido de autenticidad. Fue la primera de sus obras que se llevaba a la escena.

Vallejo es el primer dramaturgo después de la guerra civil que habría de distinguirse por la continuidad del estilo, por su inteligencia aguda, su don poético refinado, su viva intuición psicológica y una virtuosidad técnica que inspira confianza.

Sitúa Vallejo su intriga en el caserón de un barrio popular madrileño. La escalera de esta vivienda es el lazo de unión o la manzana de la discordia entre los personajes. Se desarrolla este fresco en tres épocas diferentes: 1919, 1929 y 1949. Drama social que ignora la lucha de clases, la obra huye lo mismo de demostraciones que de requisitorias, y no opone nunca a sus lastimosos héroes un grupo humano más favorecido que cargue con la responsabilidad de aquella miseria. Los personajes, encadenados por la herencia, tienen el mismo sino: son los enemigos de sí mismos. El autor aparta deliberadamente la tesis del determinismo social.

La escalera es la comunicación entre los pisos en que se alberga el infierno cotidiano de un mundo pobre con esperanzas quiméricas, y el correr del tiempo ensancha más y más el alcance de estas escenas populares. En el tercer acto, los héroes, envejecidos, vuelven a ser los testigos ariscos pero impotentes de los errores de sus hijos, que heredan sus taras y les devuelven así la imagen de un pasado infamante. Esta escalera evoca más bien una chimenea conductora de miasmas asfixiantes que un medio de ascender hacia el aire y la luz, y hace pensar en *La colmena* y en *El molino de viento*, de C. J. Cela, así como en *La noria*, de Luis Romero.

Otro espacio exiguo, otra promiscuidad constituye el tema de

Hoy es fiesta, tragicomedia en tres actos, representada en 1957: el mismo medio, idénticos héroes, aspiraciones igualmente restringidas. Los personajes están animados de una esperanza a la que falta el empuje de una acción positiva; vegetan y sueñan en el premio gordo de una de aquellas loterías que tanto abundan en España. Aquí, las intrigas, esbozadas por los inquilinos de una vivienda ruinosa, se tejen y anudan definitivamente en la azotea del caserón cuyo acceso les está oficialmente prohibido y adonde se precipitan para respirar "el buen aire", este aire madrileño, tan sutil que, según el proverbio, "mata a un hombre y no apaga un candil".

Esta azotea será el testigo de sus comadreos, sus disputas, sus amores tímidos y callados; de sus odios, tan imprecisos que ni de odios tienen el honor. Su clima natural será la espera, que sólo se cifra en el sorteo de la lotería o en la realización de las profecías de una echadora de cartas.

Sólo Silverio, dolorosamente consciente de su condición de ser responsable, escapa a este estado larval. Paga su lucidez con la soledad porque, a pesar de cuanto hace para conseguirlo, se le niega la gracia de comunicarse con el prójimo. Hasta su mujer, que lo adora, no llega nunca a su mundo interior. Acaba la obra la letanía de la vidente titulada de la casa, que salmodia: "Hay que esperar . . . Esperar siempre . . . La esperanza nunca termina . . . La esperanza es infinita . . ."

Nadie ganará a la lotería, pero todos vuelven los ojos de nuevo a un porvenir incierto. El tornillo del destino se cierra; es el eterno retorno, inexorable como la vida.

El problema de la fe se acomete en una pieza simbolista, *La señal que se espera* (1952). Se desarrolla la intriga en un pueblo gallego donde la superstición y la magia ejercen tal fascinación sobre una población primitiva, que llega a influir en el comportamiento de los turistas veraneantes.

Un músico, en busca de inspiración, se imagina que el harpa que él mismo ha construido le hará oír, sin intervención humana, las melodías que siente pero que se le escapan. Finalmente la heroína, su novia de antaño, desafiando a lo irracional, reemplaza al prodigio esperado, haciendo mentir el mito del harpa eólica. La obra es semirrealista (el autor toca el tema de los celos) y semifantástica. Pero aquí Vallejo no consigue siempre unir de una manera convincente el mito y lo cotidiano.

Más acertada será esta fusión en *Irene y el tesoro* (1956) donde la maternidad frustrada de una joven viuda se materializa en un duende con quien se traba el diálogo. El espectador ignora si este personaje —encarnación del niño muerto al nacer— es una

criatura real o el fantasma de esta mujer obsesionada, obligada a vivir en un medio hostil. El genio-niño permite a Irene soportar esta existencia con la promesa de descubrir un tesoro que no es sino la esperanza. Pero cuando la familia política de la heroína, refractaria a lo maravilloso, quiere secuestrarla en un manicomio, Irene se da la muerte.

Varias obras de Buero Vallejo son de esta vena fantástico-realista: *Casi un cuento de hadas*, variante del tema de "Riquet a la houppe" y, sobre todo, esa delicada obra maestra que se titula *La tejedora de sueños* (1952).

Aquí el autor renueva el antiguo mito de Penélope, introduciendo entre los pretendientes de la reina un joven caballero, Anfino, que defiende a la reina contra todos. Al igual que los otros pretendientes, el joven héroe será sacrificado por los celos de Ulises, pero los sueños de Penélope seguirán siendo siempre su obsesión. Sola, con su esposo, le hace esta confesión:

Ahora debo decirte que tu cobardía lo ha perdido todo. Porque nada ¡entiéndelo bien! ¡nada! nada había ocurrido entre Anfino y yo antes de tu llegada... salvo mis pobres sueños solitarios. Y si tú me hubieses ofrecido con sencillez y valor tus canas ennoblecidas por la guerra y los azares, tal vez yo habría reaccionado a tiempo. Hubieras sido, a pesar de todo, el hombre de corazón con quien toda mujer sueña... Ahora te queda tu mujer, sí, a los ojos de todos; pero teniéndome no tienes ya nada. ¿Me oyes? ¡Nada! Porque él se lo ha llevado todo para siempre. Una apariencia, una risible cáscara de matrimonio te queda...

De hoy en adelante, esta refundición inteligente y poética de la vieja fábula se contará al lado de la *Antígona*, de Anouilh, de las evocaciones poéticas de Giraudoux y de *L'a matrone d'Ephese*, de Georges Sion.

En *La ardiente oscuridad*, Buero Vallejo sitúa la acción en un asilo de ciegos. Todos sufren de ceguera, incluso el director. En este mundo frustrado, el autor opone el universo, siempre inacabado del sueño, al mundo no menos incomprensible de la realidad. La dicha ilusoria de los ciegos consiste en vivir como si su enfermedad no fuera una desgracia.

Este mundo frágil, cuya armonía se turbará por la irrupción de Ignacio, solitario y amargo, lo encarna Carlos. Ignacio no representa un personaje negativo; en él, la renunciación de la esperanza es el precio de una exigencia demasiado grande; su odio, la transformación del amor que no llega nunca a cristalizar.

Por su dominio excepcional de la técnica dramática, Buero Vallejo puede triunfar con *Madrugada* (1953). Utiliza hasta el límite las reglas aristotélicas, creando un estado de densidad y de tensión muy difícil de soportar. *Madrugada* es el tipo de una obra depurada de toda influencia extrateatral. El teatro moderno —llamado por el autor teatro "funcional"— toma muy a menudo sus efectos de la técnica del cine, multiplicando las escenas breves, las mutaciones rápidas, los *flash-back*, reemplazando lo más posible el diálogo puro por los efectos plásticos.

Por su clima opresor, ciertos críticos consideraron *Madrugada* como una comedia de intriga o policiaca, olvidando que el resorte único de la obra es el conflicto que desgarrar el alma de la protagonista. Amalia, viuda de un pintor, que sólo le manifestó frialdad durante los últimos meses de su vida, ansía saber si el difunto testó a su favor por condescendencia o por amor.

Los únicos que podrán darle la llave del enigma son sus padres políticos, que la odian y la desprecian. Amalia les oculta el fallecimiento de su marido, y los invita a su casa para arrancarles el secreto. Este episodio dramático se desarrolla en pocas horas, no lejos de la cámara mortuoria. El inquietante riesgo de que descubran el cadáver los que aún creen que el artista está vivo, constituye un elemento teatral que, sin el talento del autor, pudiera hacer de la obra un melodrama.

Si Vallejo no vacila en utilizar algunas veces recursos de las piezas de espanto, de "suspenso", no retrocede ante ningún medio para mantener en vilo al espectador. No por ello *Madrugada* deja de ser un drama con hondas resonancias humanas.

Después vuelve Buero Vallejo, a la vena realista de *Historia de una escalera* pintando en *Las cartas boca abajo* los problemas de una familia deshecha por el egoísmo de uno de sus miembros. La obra, estrenada en Madrid en 1957, alcanzó un éxito rotundo, sonoro y merecido y, según los críticos, pasará a la historia del teatro como modelo del bien escribir para la escena.

Este drama burgués se desarrolla en un piso moderno de la capital. Viven o, más bien, se someten a la vida el matrimonio formado por Adela y Juan, su hijo Juanito y la tía Ana, hermana de Adela. Se levanta el telón cuando una crisis latente, ya muy vieja, va a estallar. Los personajes ni se quieren ni se estiman. El clima psicológico y el ambiente son asfixiantes, la atmósfera insoportable. El talento del dramaturgo está en ofrecer el efecto de curiosidad revelándonos poco a poco el carácter de los protagonistas: así se vuelven las cartas de cada uno mostrando lo trágico

que se esconde bajo las apariencias tranquilizadoras de la vida cotidiana.

El secreto del drama se oculta en el corazón resentido de Adela. ¿Por qué se siente perseguida por la mirada acusadora de su hermana Ana, personaje siempre mudo? El drama empieza cuando ninguno puede disimular más tiempo lo que encierra, lo que lleva dentro.

Adela de joven fue muy coqueta y quiso seducir al novio de su hermana mayor. Acertó atraerse a Carlos, pero éste se dio cuenta de la futilidad de su nueva conquista y se alejó para siempre de las dos mujeres. Por despecho Adela se casó con el propio amigo de Carlos, el buen Juan, esperando que un bien escogido marido la vengara del hombre que despreció su amor.

Pero si Carlos Ferrer triunfó plenamente en la vida y si la fama de sus trabajos universitarios traspasa las fronteras patrias, el pobre Juan sigue siendo un oscuro profesor, que, además, lucha con una terquedad enternecedora para vencer el desprecio de su mujer y de su hijo, a quien la madre ha inculcado la indiferencia hacia un padre honesto pero mediano. Juan, profesor ayudante en una facultad, pretende ganar ahora la cátedra de profesor y prepara sus oposiciones a pesar de sus cincuenta años.

Aunque Carlos Ferrer no aparezca nunca en escena, su papel es importantísimo, pues él es la causa inocente de la desgracia de todos, el símbolo de la felicidad, el mito de un destino fausto. Durante cuatro actos se sostiene entre los personajes una lucha mezquina y despiadada por la presencia de otros dos seres: Anita y Mauro. Anita, una solterona neurótica, que ha llevado su inhibición ante la vida hasta encerrarse en una mudéz persistente.

Muy acertada me parece también la opinión que hace de Anita un personaje investido de un simbolismo tácito: representaría en cierto modo la encarnación de la conciencia de su hermana. Adela lee cada día en los ojos fraternos su condenación, su propio reflejo odiado, la imagen de su vida atormentada. Este personaje hace más patente la desoladora concepción del autor: cada uno es responsable de sus actos, y no hay nadie para perdonarnos.

El segundo comparsa de este drama es Mauro, vividor sin malicia, hermano de las dos mujeres, apenas tolerado por Juan, su suegro. A cambio de falsas promesas que halagan el orgullo estúpido de Adela, logra que ella lo ayude.

Mauro es un pícaro, hermano del Malvado Carabel, de Fernández Flórez, cuyo lema pudiera ser "No es bribón quien lo quiere". Desecho social, consciente de su fracaso, vuelve a ser muchas veces el portavoz del autor, el cual, como buen moralista indivi-

dualista, cultiva una cierta ternura para los fracasados. Le deja la clave de su moral pesimista.

Gracias a la lucidez y la sinceridad conquistadas, los personajes habrían podido conocer, si no la dicha, por lo menos la paz. Así lo expresa Juan:

Quizá esta noche logremos lo que no hemos logrado durante años: poner las cartas boca arriba, confiar el uno en el otro, aprender en definitiva... a envejecer juntos.

Adela expresa el mismo impulso de sinceridad, suplicando a su hermana:

Bien podemos tocar por primera vez las viejas espinas y hasta probar arrancarlas juntas... Estamos las dos tan necesitadas de paz.

Adela reitera su llamado ante Mauro:

Algo más queda que tú no puedes tener: la seguridad de que la vida es cosa espléndida y bella, aunque la nuestra se haya manchado...

Y Adela, para buscar socorro, escucha, a los pájaros:

MAURO: Esos no son cantos: son gritos.

ADELA: ¿Qué dices?

MAURO: Gritan de terror. Todo eso que a ti te parecía un delirio de felicidades es un delirio de miedo... Al cabo del día han tenido tiempo de recordar que están bajo la dura ley del miedo y de la muerte.

Y el sol se va, y dudan de que vuelva. Y entonces se buscan y giran enloquecidos, y tratan de aturdirse... Pero ya no lo consiguen. Quieren cantar, y son gritos los que les salen.

Este fin tan desolador nos deja sorprendidos, un tanto frustrados. A pesar de la poesía que contienen estas páginas, son algo literarias, poco naturales. Este drama, empezado bajo el signo del fracaso, acaba con la visión de un mundo sin esperanza.

Sigue después Buero Vallejo la tradición lopesca y va a escoger sus temas en el pasado nacional para darnos *Un soñador para un pueblo*, drama representado en Madrid en 1958. La obra está dedicada a la memoria de Antonio Machado (que soñó en una España joven). Se desarrolla en 1766, en el reinado de Carlos III

y pone en escena el levantamiento popular contra un grupo de intelectuales de élite, "Los ilustrados", que, seducidos por los enciclopedistas franceses, quisieron hacer de España una nación moderna.

A pesar del apoyo real, sus esfuerzos fracasaron. Los tradicionalistas no podían admitir que se importaran a España ideas nuevas y formas nuevas, que, según ellos, ponían en peligro las características nacionales. Manejaron fácilmente al pueblo y se valieron de él para anular los intentos de los innovadores.

Para enardecer a las masas, la hostilidad no se cristalizará en la persona del rey Carlos III, sino contra sus consejeros extranjeros y principalmente contra el siciliano Esquilache. Este se esfuerza en vano en apoyar de su política a los personajes más influyentes del reino.

ESQUILACHE: ... (Soy) un hombre capaz de enemistarse con toda la nobleza española si tiene que defender cualquier medida que pueda aliviar la postración de un país que organizaba.

Su interlocutor, el Duque de Villasanta, le replica:

Y que tiene que afrancesarse para revivir, ¿no?

ESQUILACHE: Por desgracia, es verdad. ¿Cree que soy enemigo de lo español? He aprendido a amar a esta tierra y a sus cosas. Pero no es culpa nuestra si sus señorías, los que se creen genuinos representantes del alma española, no son ya capaces de añadir nueva gloria a tantas glorias muertas...

VILLASANTA: ¿Muertas?

ESQUILACHE: Créame, duque: no hay cosa peor que estar muerto y no advertirlo...

Pero a pesar de sus esfuerzos y del apoyo del rey, Esquilache, abandonado de todos, tendrá que seguir el camino del destierro. Este drama histórico, de acentos tan actuales, impresionó al público y a los críticos de tal modo que suscitó violentas polémicas en España. Se llegó incluso a acusar a Vallejo de reaccionario en vista de su concepto de la ceguera popular.

Mas la clave de la obra está sin duda en las palabras resignadas que Esquilache dirige a su joven criada, Fernandita, graciosa encarnación del pueblo hispánico, que sigue fiel a su sueño:

¡Creo en ti, Fernandita! El pueblo no es el infierno que has visto:
 ¡El pueblo, eres tú! ... Tal vez pasen los siglos antes de que comprenda... Tal vez nunca cambie su triste oscuridad por la luz...
 ¡Pero de vosotros depende! ¿Seréis capaces?...

El último gran éxito de Buero Vallejo es *Las Meninas*, estrenado en diciembre de 1960, que rescita a la España de Felipe IV. La acción se desarrolla en la Corte, en 1656, cuatro años antes de la muerte del pintor. Ya tiene Velázquez cincuenta y seis años y hace mucho tiempo que goza —por su desgracia— de aposento en la llamada Casa del Tesoro, prolongación oriental del viejo Alcázar madrileño, donde se desarrollará la fantasía velazqueña.

A lo largo de la obra se evocan los elementos biográficos que ayudan a esclarecer la personalidad, tan misteriosa, del pintor oficial de Felipe IV. ¿Fue Velázquez "el criado que salta como un perrillo" o, más bien, fue el rey quien, turbado por la serenidad de su genial protegido, le echó muchas veces en cara: "Yo os he amado... Ahora veo que vos no me amasteis"? Buero Vallejo insiste, con ternura, en el amor fiel de Velázquez hacia su esposa, a pesar de que la hermosa Juana Pacheco sólo le inspiró sus retratos femeninos más fríos.

Se evocan sus dos viajes a Italia; su vuelta, sin alegría, a la patria: "Y a España se vuelve siempre, pese a todo. No es tan fácil librarse de ella". Ya ha comenzado la decadencia del imperio de Carlos V y la gran España imperial iba a servirle de modelo.

Pero, tras las apariencias, nos revela poco a poco el drama íntimo del pintor, situándolo en el marco de su tiempo. Se tratan así las tareas del genial Velázquez, aposentador "feliz", poseedor de un taller situado en la galería llamada del Cierzo.

Le falta recogimiento y una atmósfera de confianza y de amor. Le fastidia pintar rodeado de mirones, le duele el orgullo de los nobles que llevan en el pecho la cruz de Santiago, que deseó toda su vida: "Hay pechos que se honran llevando esa cruz y pechos que la honran si la llevan".

Se examina la situación social y económica de España en forma hiriente, escudriñando en estas variaciones modernas la existencia apagada del mayor pintor español. Sabía que el país moría de hambre y con frecuencia oía diálogos como este:

EL MARQUÉS: El abastecimiento está ya asegurado.

EL REY: ¿De qué modo?

EL MARQUÉS: Medidas de excepción contra... los mercaderes.

Así se comprende el suspiro de Velázquez:

Busco . . . a alguien que me ayude a soportar el tormento de ver claro en este país de ciegos y de locos.

Con el motivo del esbozo de *Las Meninas* van a aumentar todavía los celos contra Velázquez. Su buena fe, el apoyo de la infanta y acaso un dejo de buen sentido en el espíritu del rey, lo salvarán de las acusaciones afrentosas. Pero el cuadro de *Las Meninas* tiene la fuerza de una acusación, el valor de un símbolo, como lo será, un siglo más tarde, el cuadro de la familia de Carlos IV pintado por Goya.

Un cuadro sereno, pero con toda la tristeza de España dentro. Quien vea a estos seres comprenderá lo irremediamente condenados al dolor que están. Son fantasmas vivos de personas cuya verdad es la muerte. . . Vos habéis pintado desde vuestro dolor, y vuestra pintura muestra que aun en Palacio se puede abrir los ojos, si se quiere.

Así la tranquila mirada de Velázquez turba a todos, aparece a cada uno como el reflejo de su propia conciencia y la infantita se atreve a defender al artista delante de su padre preguntándole: "¿Desterraréis a vuestra conciencia del palacio?"

Tales son las principales obras del mejor dramaturgo español de hoy. A principios de su carrera, Antonio Buero Vallejo cultiva el género neorrealista, después explota la vena simbolista y lo fantástico para abordar, en su madurez, el teatro de ideas y darnos acaso una nueva comedia nacional.

Su prestigio entre los dramaturgos jóvenes y en el público ha hecho que se hable de "buerismo". Los "bueristas" admiran en su modelo una técnica muy firme, minuciosa, un ritmo sostenido, un diálogo estricto que sale fácilmente de las candilejas. Su construcción es tan estudiada que da una idea perfecta de homogeneidad. Es un sicólogo avisado; además, la poesía ilumina frecuentemente su inspiración. Acaso pudiera reprochársele un pesimismo exagerado que el humor no llega nunca a atenuar. ¡Pero cuántos autores actuales no van por ese melancólico camino!

En la obra de Antonio Buero Vallejo se encuentran el tema calderoniano de la fusión del sueño y la realidad, el refugio quijotesco en la locura y, también, la opción de un mundo infantil o legendario. El tema obsesionante de la responsabilidad humana ha preocupado mucho a este autor, por lo que ciertos comentaristas, como Valbuena Prat, le adscriben a la escuela existencialista, aunque en *Madrugada*, Buero Vallejo admite la redención por el amor.

Su *leit-motiv* predilecto es la espera, una espera ansiosa, *leit-motiv* que —según Marcel Proust— más que la reanudación de un motivo es la reanudación de una neuralgia.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS: ENCUENTRO CON UNA NARRATIVA AMERICANA

Por Saúl YURKIEVICH

EXISTE una especie de ley literaria que hace de la narrativa un género de madurez; los jóvenes no escriben novelas geniales. Los jóvenes sí pueden lograr poemas geniales; lo demuestran tantos románticos muertos prematuramente (Byron, Shelley, Keats, etc.) o el caso Rimbaud. Sin duda, la novela exige una paciente acumulación de experiencia vital y estética, que sólo se da en edad madura. Como ejemplo, puede aportarse una doble prueba y a la vez sugestiva coincidencia: Cervantes y Dostoievski comienzan a publicar el *Quijote* y *Los hermanos Karamazov* a los 58 años de edad. La vida de ambos novelistas, agitada, azarosa, múltiple, de pronto se vuelve coherente, unívoca, si la consideramos como un largo camino hacia la génesis de estas dos novelas; en ellas se encuentra la realización suprema de dos destinos humanos. Con José María Arguedas me parece que ocurre algo parecido; toda su obra narrativa es un periplo que culmina en *Los ríos profundos* (1958). De no existir ésta, su última novela, toda su producción anterior —*Agua* (1935), *Yawar Fiesta* (1941), *Diamantes y pedernales* (1954)— quizá no hubiera trascendido el ámbito de lo nacional y comarcano; pero con *Los ríos profundos*, los otros libros suyos se vuelven escalas de un mismo ascenso hacia la universalidad; se justifican y se convierten en necesarios para explicar el logro final. Lo mismo sucede en la literatura argentina con Ricardo Güiraldes, cuya obra literaria, sin *Don Segundo Sombra*, no tendría más que importancia lugareña. Añádase que *Los ríos profundos* apareció cuando su autor contaba poco menos de 50 años; es fruto de madurez.

Arguedas nació en Andahuaylas (Apurímac) Perú, hacia 1911. Su infancia transcurrió en una de esas pequeñas aldeas del interior, con población casi toda indígena. Convivió estrechamente con el pueblo indio, a tal punto que su lengua natal es el quechua. Después adquirió el castellano, para ir dominándolo merced a un esfuerzo persistente que recién con *Los ríos profundos* se puede decir que está consumado. Por esa hermandad afectiva e idiomática establecida desde edad muy temprana, Arguedas está posibilitado como

nadie para captar el espíritu del bajo pueblo peruano. Hijo de un padre trashumante, confiado desde niño a parientes que lo desampararon, recibió de los indios un afecto que no le dieron los blancos. Conoció a fondo su idiosincrasia, que es gran parte la del mismo Arguedas, sus usos, costumbres, tradiciones, alegrías, humillaciones y temores. Los vínculos de familia por un lado, y por otro el cuidado que recibió de la servidumbre indígena, le permitieron adquirir una visión completa, comprensiva, de todas las capas humanas de ese pequeño mundo provinciano que constituye la materia narrativa de sus relatos. El naturalismo, el indigenismo que éstos manifiestan no son exactamente productos de una postura estética o ideológica, sino la trasposición en imágenes de vivencias personales del autor. Su indigenismo es, por sobre todo, biografía trasmutada en obra literaria. Y porque ese naturalismo es imperativo espiritual, razón del sentimiento antes que doctrina, las visiones de Arguedas tienen una pureza que traspasa lo real, lo meramente objetivo, y nos proyecta más hondo, hacia lo desconocido, una pureza no interferida por añadidos extraliterarios.

Toda la producción de Arguedas gira alrededor de una misma temática, alimentada por su infancia campesina. Así lo testimonia en el prólogo de *Diamantes y pedernales*:

"...mi niñez transcurrió en una de estas aldeas en que hay 500 indios por cada terrateniente. Yo comía en la cocina con los 'lacayos' y 'concertados' indios, y durante varios meses fui huésped de una comunidad.

"¿Describir la vida de aquella aldea, describirla de tal modo que su población no fuera olvidada jamás, que golpeará como un río en la conciencia del lector! Ese fue el ideal que guió todos mis trabajos, desde la adolescencia. Los rostros de los personajes estaban claramente dibujados en mi memoria, vivían con exigente realidad, caldeados por el gran sol, como la fachada del templo de mi aldea nativa, en cuyas hornacinas ramos de flores silvestres agonizan".¹

Este parentesco temático conecta a todos sus libros entre sí, los cuales tienen de común personajes y lugares. Ernesto es el protagonista, a la vez que relator, de *Agua* y de *Los ríos profundos*. *Orovilca*, el cuento que acompaña a *Diamantes y pedernales*, narra episodios de escolares en un colegio de Ica y tiene evidentes concomitancias con la vida de interno de Ernesto en el colegio de Abancay, novelada por *Los ríos profundos*. También existe cierto parecido entre el "upa" Mariano de *Diamantes y pedernales* y la opa Marcelina de *Los ríos profundos*; entre el arpista Mariano y el maestro

¹ *Diamantes y pedernales, Agua*, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, Editores, Lima, 1954. *Algunos datos acerca de estas novelas*, pp. 5-6.

Oblitas de las chicherías de Abancay. Tankallu, el bailarín que hacía sonar las tijeras de acero en *Yawar Fiesta* (p. 47), reaparece en *Los ríos profundos* (pp. 72 y 205).

En todos los relatos aparecen los ayllus o comunidades indígenas, entre las que pueden distinguirse dos clases: las rebeldes y las sumisas a la autoridad avasallante del señor y los poderes públicos. En *Agua*, por ejemplo, los indios de San Juan demuestran servilismo frente al patrón; Ernesto, cuando huye de las iras de don Braulio, el principal, se dirige a Utek'pampa, cuya comunidad conserva su autonomía:

Los comuneros de Utek'pampa son mejores que los sanjuanés y los tinkis de la puna. Indios lisos y propietarios, le hacían correr a don Braulio. Cuando traía soldados de Puquio no más, el principal se hacía el hombre en Utek', atropellaba a los comuneros y hacía matar los animales de la pampa, para escarmiento.

Sólo en la plaza de San Juan era valiente don Braulio, pero llegando a Utek' se acababa su rabia y parecía buen principal.

Por eso, cuando escapé de la plaza, me acordé de los mak'tas utek'.²

Luego, en *Yawar Fiesta*, los comuneros de K'ayau, a pesar de la prohibición del Subprefecto, capturan al Misitu, un toro salvaje, para la corrida del 28 de julio. En *Los ríos profundos*, las cholitas de Abancay se apoderan de la sal acaparada por los señores para repartirla entre el pueblo pobre; frente a estas mujeres valerosas, los colonos de Patibamba mantienen el sometimiento a los principales.

Recorriendo la obra de Arguedas, descubrimos la presencia infaltable de un personaje: el principal o terrateniente. Encarados desde la perspectiva del indio, los relatos de *Agua* nos muestran al principal resumido en el mismo tipo humano: ambicioso, despótico, despreciativo, arbitrario, irascible. Don Braulio, que mata a quemarropa al cornetero Pantacha porque éste incita a los comuneros a rebelarse contra las injusticias del patrón, procede con igual brutalidad que don Ciprián, al apropiarse por la fuerza y con artimañas de "Gringa", la mejor vaca del pueblo, ya que su dueña no la quiere vender; o que don Froylán, el cual abusa de las indias que están a su servicio. Arguedas confiesa haber escrito su primer libro con odio contra la injusticia social que nace del choque entre el terrateniente y el indio,³ lucha irreconciliable entre dos mundos, dos culturas, dos

² *Op. cit.*, p. 125.

³ *Op. cit.*, p. 5: *Agua* sí fue escrita con odio, con el arrebato de un odio puro; aquel que brota de los amores universales, allí en las regiones del mundo donde existen dos bandos enfrentados con primitiva crueldad.

clases sociales; Arguedas intenta redimir al pueblo indígena, recalando sus virtudes frente a la iniquidad y al desprecio con que lo trata el blanco, y condenando la bajeza de los señores.

En *Los escoleros*, uno de los personajes hace de portavoz del autor, exponiendo conclusiones que son producto de la experiencia personal de Arguedas, que no nacen de imperativos doctrinarios de algún credo político o social, pues ninguna interferencia ajena a las propias vivencias contamina su verdad y su pureza:

—Los indios son buenos. Se ayudan entre ellos y se quieren. Todos miran con ojos dulces a los animales de todos; se alegran cuando en las chacritas de los comuneros se mecen, verdeditos y fuertes, los trigales y los maizales... Principal es malo, más que Satanás; la plata no más busca; por la plata nomás tiene carabina, revólver, zurriagos, mayordomos, concertados; por eso nomás va al extranjero. Por la plata mata, hace llorar a los viejitos de todos los pueblos; se emperrea; mira como demonio; ensucia sus ojos con la mala rabia; llora también por la plata nomás. ¿dónde, dónde estará el alma de los principales?

Y desde lejos le apadrinan; desde lejos vienen soldados para respeto de los principales. Allá, seguro, hay como un padre de todos los patrones y seguro es más grande; seguro tiene rabia y odio nomás en su cabeza, en su pecho, en su alma; y don Ciprián también es mayordomo nomás de él... ¡Malhaya vida!⁴

Reaparece la figura del principal en los libros posteriores; pero Arguedas se ha colocado ya en una perspectiva más amplia, más comprensiva; cala a mayor profundidad e intenta captar la idiosincrasia profunda de cada personaje; por eso, sus figuras humanas se complican, se adensan, cobran personalidad. Descubre que hasta los conflictos sociales, cuando se aguja el análisis, muestran una trama enrevesada. En un escrito suyo concebido como prólogo a una edición conjunta de *Agua* y *Yawar Fiesta*, dice: "Las clases sociales tienen un fundamento cultural especialmente grave en el Perú andino; cuando ellas luchan y lo hacen bárbaramente, la lucha no es sólo impul-

"Porque los relatos de *Agua* contienen la vida de una aldea andina del Perú, en que los personajes de las facciones tradicionales se reducen, muestran y enfrentan nitidamente. Allí no viven sino dos clases de gente que representan dos mundos implacable y esencialmente distintos: el terrateniente convencido hasta la médula, por la acción de los siglos, de su superioridad humana sobre los indios; y los indios que han conservado con más ahinco la unidad de su cultura, por el mismo hecho de estar sometidos y enfrentados a una tan fanática y bárbara fuerza".

⁴ *Op. cit.*, p. 150.

sada por el interés económico; otras fuerzas espirituales profundas y violentas enardecen a los bandos; los agitan con implacable fuerza, con incesante e ineludible exigencia".⁵

En *Yawar Fiesta*, don Julián, el principal de Puquio, es una presencia, viva, dinámica, cuya fisonomía, llena de matices, no puede resumirse en una fórmula. Si como terrateniente sojuzga a las comunidades indígenas, muestra también una braveza que los indios admiran.⁶ Con ellos coincide en la defensa de una tradición lugareña: la corrida de toros sin diestros contratados en Lima, sino con improvisados toreros del lugar. El conflicto elemental de *Agua* motivado por un choque rotundo entre los principales y los comuneros, en *Yawar Fiesta* se vuelve múltiple y se entreteje de manera más intrincada.

En *Diamantes y pedernales*, Don Aparicio, el señor de Lambra, pasa a ser el personaje principal del relato; Arguedas lo representa con detenimiento hasta retratarlo en profundidad, hasta convertirlo en un hombre real, contradictorio, desconcertante, multidimensional. Es un señorito, un hacendado provinciano que obra según su capricho, lleno de sensualismo, al que no sacian ya los placeres, que siente una profunda angustia existencial, atacado de arrebatos pasionales; se trata de un ser humano con su propio mundo.

En *Los ríos profundos*, aparte del Viejo, especie de Felipe II de provincia, figura impresionante, vista al trasluz de una mente púber sumamente sensible, aparece un terrateniente en génesis, Antero, hijo de hacendado y compañero de Ernesto en Abancay; la suya es una idiosincrasia que se va definiendo a través de la novela, hasta que un día Ernesto recibe la evidencia de que Antero ha dejado de ser niño y pertenece a la clase de los principales:

Ya no parecía un colegial; a medida que hablaba, su rostro se endurecía, maduraba. No le conocía, no le conocía bien, pensaba yo, mientras tanto. Podía haberse vestido de montar, con esos pantalones que tienen refuerzos de cuero; llevar en las manos un fuede y cubrirse la cabeza con un sombrero alón de paja. Tendría el aspecto de un

⁵ Citado por J. BARQUERO, *El motivo del "conflicto cultural" en las narraciones de José María Arguedas*, en *La Gaceta de Lima*, Año II, Núm. 10, p. 1.

⁶ *Yawar Fiesta*, Librería-Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1958, p. 103: "Cuando los indios de K'oñani vieron llegar a don Julián, con doce montados por detrás, presintieron que había subido por el Mísitu. ¡Ahora sí! ¡Capaz lo arrearían! Don Julián era decidido; era más rabioso que todos los 'chalos' y mayordomos que recorrían las estancias; sus concertados y los comuneros de Puquio decían que ni a Taytacha del cielo le temía; que hasta al cura le había resonrado, y que un día de fiesta, borracho, había oído misa a caballo, desde la puerta grande de la iglesia".

hacendado pequeño, generoso, lleno de ambición, adorado por los indios. ¿Dónde estaba el alegre, el diestro colegial campeón del *zumbayllu*? Sus ojos que contemplaban el baile del *zumbayllu* confundiendo su alma con el juguete bailador, ahora miraban como los de un raptor, de un cachorro crecido, impaciente por empezar su vida libre.⁷

A lo largo de su obra, Arguedas circunvala en torno al tema de su niñez y la vida de los pueblos provincianos, mientras va resolviendo sus problemas expresivos, hasta sentirse con oficio y estilo como para darnos la esencia decantada de ese mismo tema en *Los ríos profundos*. Para llegar a esta última etapa, el problema decisivo fue encontrar, mediante cierto tratamiento especial del castellano, un equivalente del quechua que no perdiese sus cualidades originales. La lucha en pos de este hallazgo idiomático está explicada e historizada en el prólogo de *Diamantes y pedernales*: "¿En qué idioma se debía hacer hablar a los indios en la novela? Para el bilingüe, para quien aprendió a hablar en quechua, resulta imposible, de pronto, hacerlos hablar en castellano; en cambio, quien no los conoce a través de la niñez, de la experiencia profunda, puede quizá concebirlos expresándose en castellano. Yo resolví el problema creándoles un lenguaje castellano especial... Es una ficción. Los indios hablan en quechua... La primera solución fue la de crearles un lenguaje sobre el fundamento de las palabras castellanas incorporadas al quechua, y el elemental castellano que alcanzan a saber algunos indios en sus propias aldeas. La novela realista, al parecer, no tenía otro camino... ¡Se trataba de no perder el alma, de no transformarse por entero en esta larga y lenta empresa!... Esa fue la razón de la incesante lucha. La universalidad pretendida y buscada sin la desfiguración, sin mengua de la naturaleza humana y terrena que se pretendía mostrar; sin ceder un ápice a la externa y aparente belleza de las palabras".⁸ El camino para crear un lenguaje literario que, sin dejar de ser castellano, equivaliese al quechua, tenía muchos riesgos; el peligro mayor era el de incurrir en quechuismos y regionalismos, que traban la comprensión de un texto y restringen su validez al ámbito de lo folklórico; pero no había más remedio que partir de lo excesivamente regional para ir castellanizando paulatinamente ese lenguaje hasta lograr, como se consigue en *Los ríos profundos*, la transferencia máxima del quechua al castellano. En *Agua* se da toda una gama de fluctuaciones entre la lengua española y la indígena y se van prefigurando los hallazgos

⁷ *Los ríos profundos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1958, p. 116.

⁸ *Diamantes y pedernales*, *Agua*, pp. 7-8.

posteriores. Arguedas mismo ha revelado la existencia de dos versiones de *Agua*, una primitiva escrita en el lenguaje literario tradicional, y otra definitiva que es la publicada. En la segunda versión, el autor se aparta del castellano corriente, pues en la redacción inicial: "Bajo un falso lenguaje se mostraba un mundo como inventado, sin médula y sin sangre; un típico mundo 'literario', en que la palabra ha consumido a la obra".⁹ Es un apartarse de los convencionalismos para no dejar que el revoque oculte la sustancia. Arguedas comienza por una expresión plagada de quechuismos:

Viendo arrastrar al Pantacha, me enrabí hasta el alma.

—¡Wikuñero allk'o! (Perro cazador de vicuñas)— le grité a don Braulio.

Salté al corredor. Hombre me creía, verdadero hombre, igual a Pantacha. El alma del auki Kanrara me entró seguro al cuerpo; no aguantaba lo grande de mi rabia. Querían reventarse, mi pecho, mis venas, mis ojos.

Don Braulio, don Cayetano, don Antonio... me miraron nomás; sus ojos, como vidrios redonditos, no se movían.

—¡Suakuna! (Ladrones) —les grité.

Levanté del suelo la corneta de Pantacha, y como wikullo la tiré sobre la cabeza del principal. Ahí mismo le chorreó sangre de la frente, hasta llegar al suelo. ¡Buena mano de mak'tillo!¹⁰

Pero en el mismo libro se va insinuando, mediante ciertas innovaciones sintácticas, la posibilidad concreta de sugerir el habla del indio sin salirse de la lengua castellana:

... El pueblo silencioso, rodeado de cerros inmensos, en esa hora fría de la mañana, parecía triste.

—San Juan se está muriendo —dijo el cornetero. La plaza es corazón para el pueblo. Mira nomás nuestra plaza, es peor que puna.

Pero tu corneta va llamar gente.

—¡Mentira! Eso no es gente; en Lucanas sí hay gente, más que hormigas.¹¹

Así se anticipa ya en la primera producción de Arguedas este hallazgo expresivo suyo, que consiste en un traslado muy particular del quechua al castellano, conseguido mediante un moderado hipérbaton, algunas omisiones, una dosis de modismos típicos; con una

⁹ *Op. cit.*, p. 6.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 124.

¹¹ *Op. cit.*, p. 99.

serie de variantes que, sin apartarse mucho del castellano normal, modifican su espíritu y le insuflan una nueva expresividad. Estas variantes actúan más que todo por sugestión, son estéticamente valederas.

Los dos ejemplos transcritos son como dos polos entre los que va oscilando el estilo de Arguedas cuando hace hablar a interlocutores indígenas. En *Yawar Fiesta*, todavía hay pasajes de difícil captación para el lector de lengua española, por la sobreabundancia de quechuismos.¹² Pero, desde *Agua* hasta *Los ríos profundos* se va produciendo una decantación idiomática; la actitud de Arguedas frente a la palabra, su postura vigilante, analítica, produce un estilo concentrado, de esencial simplicidad, que se ha despojado de la utilería tradicional. Por influencia quechua, su lenguaje ha cobrado resonancias extrañas y a la vez originales. En el prólogo de *Diamantes y pedernales*, Arguedas anticipa que ese proceso depurativo habría de concluir, como ocurre verdaderamente, en *Los ríos profundos*, donde está implícito el reconocimiento del castellano "como medio de expresión legítimo del mundo peruano de los Andes", como síntesis del encuentro de culturas diferentes.

Los ríos profundos no consiste solamente en una victoria sobre el idioma; es una obra de arte cabal que se basta a sí misma. Esta novela conforma un pequeño universo muy rico y completamente autónomo; su eficacia se manifiesta cuando comprobamos la capacidad que tiene Arguedas de transmitir sus visiones a lectores que nunca han tomado contacto directo con la realidad que él nos representa. Aquí, si es que existen rasgos indigenistas, elementos regionales, intenciones reivindicatorias, postulados sociales, todo pasa a segundo plano para dar lugar a una visión esencial por cuyo influjo, una historia, circunscrita en el tiempo y en el espacio, cobra validez permanente y universal. Estas cualidades que atribuyo a *Los ríos profundos* no son frecuentes en la novelística hispanoamericana, donde todavía no encontramos el equilibrio entre esos dos extremos que van desde una narrativa pura, desgajada de la realidad circundante y demasiado "literaria", hasta otra sojuzgada por lo social, lo político y lo histórico, con demasiado peso doctrinario.

En *Los ríos profundos* percibimos un fuerte tono autobiográfico, reforzado por el relato hecho en primera persona por el protagonista de la novela, Ernesto, a quien inmediatamente identificamos con el autor. Arguedas nos cuenta algo de su propia vida y mucho de su propia experiencia, pero sin que se sientan los años transcurridos entre el momento del suceso y el momento del relato; todo está como narrado por un niño apenas púber, sin que ningún signo de

¹² *Yawar Fiesta*, pp. 33-34.

pesada adultez interfiriera el candor y la emotividad del narrador. Todo está dicho bajo el influjo de una alta tensión lírica, con frecuentes raptos de efusividad, a una elevada temperatura emocional, que sorprendentemente se mantiene fresca a través de todo el libro.

Su argumento desarrolla los pormenores de la estadía de Ernesto como interno en un colegio de Abancay. Su padre, abogado de provincia, es una especie de bohemio nómada, siempre de viaje, con quien el niño ha recorrido la mayor parte del interior peruano. La acción comienza cuando ambos visitan Cuzco, donde Ernesto conoce por vez primera ese reino de las piedras antiguas. El peregrinaje termina en Abancay; allí Ernesto es matriculado en el colegio que dirige el padre Linares, un predicador de gran ascendiente en la ciudad y en las haciendas circundantes. Contrastando con su libertad anterior, con la frecuentación continua de pueblos y paisajes distintos, comienza para el niño una vida extraña, compartida por un heterogéneo grupo de escolares, en cada uno de los cuales se va manifestando de manera larval su futura personalidad adulta: Lleras es el bravucón; "Añuco", el artero; Palacios, el indiecito humilde; "Pelucas", enfermizo y desequilibrado; Antero, el hidalgo, futuro hacendado; Valle, un *dandy* intelectual; Gerardo, el señorito, y muchos otros. Cada compañero representa un tipo humano, cuyos actos están sutilmente motivados por la naturaleza psicológica y la condición social de cada uno. De la lucha de Ernesto por liberar su espíritu lírico e hipersensible de todo cautiverio, surge uno de los conflictos que mueve la acción de la novela. El colegio hace de escenario principal; pero Ernesto traslada también la acción a la misma ciudad de Abancay y a sus alrededores. De este modo, un cuadro de personaje y costumbres provincianas enriquece la narración; el protagonista se desplaza del centro a los suburbios del pueblo, captando los modos de vida y la idiosincrasia de sus habitantes; desde las señoritas en las retretas del parque hasta las chicheras de los aledaños, se representa toda una gama humana, sin que falten figuras tan típicas de Perú como el arpista, el kimichu cargador de la Virgen, los indios reclutas. Así, a partir de un episodio personal, la vida del protagonista como interno en un colegio religioso, el mundo de esta novela se amplifica hasta convertirse en un verdadero cosmo tan rico, abigarrado e inasible como sólo puede serlo la realidad misma.

Todos los personajes, a la par que los sucesos que se cuentan, son reales; lo son no solamente porque han existido o existen fuera de la obra, sino porque en ella tienen fuerza propia, definido contorno, relieve individual. Piénsese en el Padre Director, del cual Arguedas nos da un retrato activo; casi nunca se detiene a descri-

burlo, no sabemos mucho de sus rasgos físicos, pero su presencia tiene vida. Ejerce un influjo extraño sobre Ernesto y sus compañeros, influjo que se prolonga hasta el lector. No sabemos si es santo o demonio, incurre en profundas contradicciones; es un clérigo a la española, un descendiente de los inquisidores, un mantenedor del orden tradicional, que hace alianza con los fuertes y los ricos, que predica en las haciendas en pro de la sumisión del indio a sus señores. Arguedas no lo condena ni lo salva, lo representa:

Esos domingos el Padre Director almorzaba con los internos; presidía la mesa, nos miraba con expresión bondadosa. Resplandecía de felicidad; bromeaba con los alumnos y se reía. Era rosado, de nariz aguileña; sus cabellos blancos, altos, peinados hacia atrás, le daban una expresión gallarda e imponente, a pesar de su vejez. Las mujeres lo adoraban; los jóvenes y los hombres creían que era un santo; y ante los indios de las haciendas llegaba como una aparición. Yo lo confundía en mis sueños; lo veía como un pez de cola ondulante y ramosa, nadando entre las algas de los remansos, persiguiendo a los pececillos que viven protegidos por las yerbas acuáticas, a las orillas de los ríos; pero otras veces me parecía don Pablo Maywa, el indio que más quise, abrazándome contra su pecho al borde de los grandes maizales.¹³

Los ríos profundos se inscribe en la corriente más en boga en la novelística hispanoamericana: el realismo; un realismo que en Arguedas a veces llega al naturalismo más descarnado, como en las escenas que describen una epidemia de tifus, o en esos terribles encuentros nocturnos de los internos con una demente, la opa Marcelina, a la que derribaban cerca de los excusados, para aprovecharse de su cuerpo.¹⁴ Pero ese realismo está constantemente trascendido

¹³ *Los ríos profundos*, pp. 48-49.

¹⁴ Véase *op. cit.*, pp. 57-58. He aquí, como ejemplo, un pasaje de extremado naturalismo: "Junto al fogón de la choza, una chica como de doce años, hurgaba con una aguja larga en el cuerpo de otra niña más pequeña; le hurgaba en la nalga. La niña pataleaba sin llorar; tenía el cuerpo desnudo. Ambas estaban muy cerca del fogón. La mayor levantó la aguja hacia la luz. Miré fuerte, y puede ver en la punta de la aguja un nido de piques, un nido grande, quizá un cúmulo. Ella se hizo a un lado para arrojar al fuego el cúmulo de nidos. Vi entonces el ano de la niña, y su sexo pequeñito, cubierto de bolsas blancas, de granos enormes de piques; las bolsas blancas colgaban como en el trasero de los chanchos, de los más asquerosos y abandonados de este valle meloso. Apoyé mi cabeza en el suelo; sentí el mal olor que salía de la choza, y esperé allí que mi corazón se detuviera, que la luz del sol se apagara, que cayeran torrenes de lluvia y arrastraran la tierra. La hermana mayor empezó a afilar un cuchillo" (p. 241).

por la sensibilidad de Ernesto, su espíritu contemplativo se extasia con todo lo que se manifiesta en su alrededor; las personas, los objetos y el paisaje se integran en una totalidad dinámica, transida de arrobamiento lírico. Ernesto cala más allá de la realidad física, tiene un sentido mitológico, religioso que convierte a las cosas en presencias misteriosas:

En los grandes lagos, especialmente en los que tienen islas y bosques de totora, hay campanas que tocan a la media noche. A su canto triste salen del agua toros de fuego, o de oro, arrastrando cadenas; suben a las cumbres y mugen en la helada; porque en el Perú los lagos están en la altura. Pensé que esas campanas debían de ser *illas*, reflejos de la "María Angola", que convertía a los *amarus* en toros. Desde el centro del mundo, la voz de la campana, hundiéndose en los lagos, habría transformado a las antiguas criaturas.¹⁵

Ernesto lleva consigo, hecho sustancia de su propio espíritu, todo un cúmulo de leyendas y creencias populares que impregnan la novela de una poesía primordial:

Lejos ya de la plaza, desde las calles, apostrofaban a la peste, la amenazaban.

Las mujeres empezaron a cantar... Seguirían cantando hasta la salida del pueblo. El coro se alejaba; se desprendía de mí.

Llegarían a Huanupata, y juntos allí, cantarían o lanzarían un grito final de *barabui*, dirigido a los mundos y materias desconocidas que precipitan la reproducción de los piojos, el movimiento menudo y tan lento, de la muerte. Quizá el grito alcanzaría a la *madre* de la fiebre y la penetraría, haciéndola estallar, convirtiéndola en polvo inofensivo que se esfumara tras los árboles. Quizá.¹⁶

Los elementos naturales son encarnación de fuerzas divinas, más poderosas y perdurables que el hombre; por eso Ernesto desea emular, para ser fuerte, a los ríos profundos:

Durante muchos días después me sentía solo, firmemente aislado. Debía ser como el gran río: cruzar la tierra, cortar las rocas; pasar indetenible y tranquilo, entre los bosques y montañas; y entrar al mar, acompañado por un gran pueblo de aves que cantarían desde la altura...

¹⁵ *Op. cit.*, p. 17.

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 245-46.

¡Sí! Había que ser como ese río imperturbable y cristalino, como sus aguas vencedoras. ¡Como tú, río Pachachaca! ¡Hermoso caballo de crín brillante, indetenible y permanente, que marcha por el más profundo camino terrestre!¹⁷

Estos ríos, como el Pachachaca próximo a Abancay, dan título a la novela y reaparecen a lo largo de todas sus páginas; son dioses que contemplan y deciden las acciones humanas. El paisaje en Arguedas no obra simplemente de marco escénico, no es sólo el medio en que se desarrolla la acción; está dotado de presencia propia, tiene casi dimensión de personaje. El autor nos lo transmite mediante imágenes descriptas minuciosamente, con amoroso detenimiento:

Cantaban, como enseñadas, las calandrias, en las moreras. Ellas suelen posarse en las ramas más altas. Cantaban también balanceándose, en la cima de los pocos sauces que se alternan con las moras. Los naturales llaman *tuya* a la calandria. Es vistosa, de pico fuerte; huye a lo alto de los árboles. En la cima de los más oscuros: el lúcumo, la lambra, el palto, especialmente en el lúcumo que es recto y coronado de ramas que forman un círculo, la *tuya* canta; su pequeño cuerpo amarillo, de alas negras, se divisa contra el cielo y el color del árbol, vuela de una rama a otra más alta, y a otro árbol cercano para cantar. Cambia de tonadas. No sube a las regiones frías. Su canto transmite los secretos de los valles profundos. Los hombres del Perú, desde su origen, han compuesto música, oyéndola, viéndola cruzar el espacio, bajo las montañas y las nubes, que en ninguna otra región del mundo son tan extremadas. ¡*Tuya, tuya!* Mientras oía su canto, que es, seguramente, la materia de que estoy hecho, la difusa región de donde me arrancaron para lanzarme entre los hombres, vimos aparecer en la alameda a las dos niñas.¹⁸

Esa visión dinámica envuelve también a los objetos más nimios. El capítulo sexto, por ejemplo, lleva el nombre de un cierto tipo de trompo indígena, *Zumbayllu*, dotado del movimiento y del canto, al cual se cree portador de poderes mágicos. Arguedas se solaza en el recuerdo de este trompo y nos da de él una imagen detallada:

El trompo se detuvo, un instante en el aire y cayó después en un extremo del círculo formado por los alumnos, donde había sol. Sobre la tierra suelta, su larga púa trazó líneas redondas, se revolvió lanzando ráfagas de aire por sus cuatro ojos; vibró como un gran

¹⁷ *Op. cit.*, pp. 69-70.

¹⁸ *Op. cit.*, pp. 159-60

insecto cantador, luego se inclinó, volcándose sobre el eje. Una sombra gris aureolaba su cabeza giradora, un círculo negro lo partía por el centro de la esfera. Y su agudo canto brotaba de esa faja oscura. Eran los ojos del trompo, los cuatro ojos grandes que se hundían, como en un líquido, en la dura esfera. El polvo más fino se levantaba en círculo envolviendo al pequeño trompo.

El canto de *zumbayllu* se internaba en el oído, avivaba en la memoria la imagen de los ríos, de los árboles negros que cuelgan en las paredes de los abismos.¹⁹

A propósito de este capítulo dedicado al *zumbayllu*, al comienzo del mismo el autor coloca una larga explicación de casi cuatro páginas sobre la etimología de esa palabra quechua. Tanto afán explicativo, lo mismo que la inclusión de canciones indígenas en texto bilingüe, producen extrañeza en el lector porque son recursos normalmente ajenos al género novelesco; con ellos, sin duda, el autor se propone darnos todos los elementos a su juicio necesarios como para que captemos íntegramente lo que nos narra, no obstante el peligro de disminuir la intensidad del relato por demorarlo. No debemos olvidar que Arguedas es etnólogo profesional, recolector de leyendas, costumbres y tradiciones autóctonas; tanto su vocación literaria como su actividad científica no son sino dos rostros de una misma pasión por el pueblo peruano. Ese largo detenimiento de la acción narrativa debido a la interferencia de pasajes explicativos, ya lo había ensayado Melville en su *Moby Dick*, donde intercala capítulos enteros dedicados al estudio de la ballena, que hacen contrapunto con la acción novelesca, al extremo de hacernos suponer la primitiva existencia de dos libros que se entretejieron luego para formar sólo uno.

Los ríos profundos se desenvuelve en once capítulos, encabezados cada uno con subtítulo, dispuestos en simple orden cronológico y más o menos autónomos entre sí. Desde el punto de vista formal, este libro tiene la estructura de una novela clásica: hay una acción principal, cronológica, coherente, hilvanada por las experiencias de Ernesto, a la cual afluyen una serie de acciones secundarias, que tienen también su contorno propio, su valor intrínseco y casi independiente del relato general. Entre los sucesos vividos por Ernesto durante su estada en Abancay, ocurren dos episodios, el de la sublevación de las chicheras y el de la epidemia de tifus, que de por sí casi podrían constituir dos relatos aparte.

A través de todo el libro, los acontecimientos se encadenan con naturalidad, sin enlaces artificiales; las transiciones son paula-

¹⁹ *Op. cit.*, pp. 75-76.

tinias, de modo que el curso de la novela discurre incesante hasta el final, un final bien neto que significa la conclusión de un ciclo narrativo: Ernesto abandona el Colegio de Abancay por causa de la peste y esta ida señala también el término de una época de su vida. La acción objetiva, la de los hechos exteriores, se halla entramada con otra subjetiva, que de modo más impalpable nos hace conocer las vivencias de un espíritu de niño en tránsito a la adolescencia.

Hasta ahora hemos hecho un análisis de *Los ríos profundos* circunscrito casi a lo puramente literario, para mostrar cómo Arguedas plasma, sólo con su palabra, la imagen acabada de una realidad. A fin de captar esa realidad, el autor ha elegido un punto de mira que proyecta en primer plano las vicisitudes del protagonista, y a través de ellas nos vamos adentrando en la vida de todo un pueblo. Se puede decir que este libro, como toda la producción de Arguedas, constituye una clave para la comprensión de los problemas peruanos; pero en primera instancia, *Los ríos profundos* es una obra literaria, sin intromisiones doctrinales, sin cargazón ideológica. La novela no nos explica lo que muestra; pero al representarlo tal cual es, sus imágenes constituyen el planteo e implican la respuesta a una serie de interrogantes de todo orden: culturales, políticos, sociales, económicos, históricos. Así, en segunda instancia, de su lectura surge la condena al latifundio, al sistema feudal que impera todavía en el agro peruano, la reprobación del injusto tratamiento que reciben las comunidades indígenas, la censura contra el clero y contra la autoridad civil que hacen pacto con los terratenientes para defender los privilegios de clase.²⁰

²⁰ *Op. cit.* Transcribo un pasaje donde Antero habla de los indios de su hacienda: "—En mi hacienda hay poquitos—me dijo. Y siempre les echan látigo. Mi madre sufre por ellos; pero mi padre tiene que cumplir. En las haciendas grandes los amarran a los pisoyanes de los patios o los cuelgan por las manos desde una rama, y los zurrán. Hay que zurrarlos. Lloran con sus mujeres y sus criaturas. Lloran no como si les castigaran, sino como si fueran huérfanos. Es triste. Y al oírlos, uno también quisiera llorar como ellos; yo lo he hecho, hermano, cuando era criatura. No sé de qué tendría que consolarme, pero lloraba como buscando consuelo, y ni mi madre, con sus brazos, podía calmarme. Todos los años van padres franciscanos a predicar a esas haciendas. ¡Vieras Ernesto! Hablan en quechua, alivian a los indios; les hacen cantar himnos tristes. Los colonos andan de rodillas en la capilla de las haciendas; gimiendo, gimiendo, ponen la boca al suelo y lloran día y noche. Y cuando los Padres se van ¡vieras! Los indios los siguen. Ellos, los Padres, cabalgan rápido; los indios corren detrás, llamándolos, saltando por los cercos, por los montes, por las acequias, cortando camino; gritando, caen y se levantan; suben las cuevas. Regresan de noche; siguen gimiendo a la puerta de las capillas. Mi madre se cansaba procurando sonsolarme en esos días, y no podía" (p. 156). Véase también pp. 48, 121 y 211.

Arguedas tardó más de diez años para terminar de escribir *Los ríos profundos*; ya en 1945 había publicado el segundo capítulo en la revista *Las Moradas* de Lima, pero recién en 1956 habría de concluir la redacción de su novela, después de masticarla pacientemente durante todo ese transcurso. Su obra completa no es abundante, pero toda ella se integra en una sola órbita y constituye un avance continuo hacia la expresión cada vez más esencial y más artística de su propia infancia como acceso al alma de su pueblo.

DON JUAN VALERA EN EL BRASIL

Por *José Luis CANO*

CUANDO llega Juan Valera al Brasil —noviembre de 1851— es un joven diplomático de 27 años, buen mozo, bastante enamorado y algo poeta. En sus destinos anteriores —Nápoles, Lisboa— no había tenido tiempo de aburrirse. En Lisboa le sorbió el seso una tal Antoñita, malagueña, que debía ser, a juzgar por la descripción que hace de ella don Juan, una maravilla de criatura. Toda la Embajada española andaba revuelta tras sus encantos. En Nápoles, Valera tuvo una aventura más seria: sus amores, al parecer platónicos, con Lucía Paladi, Marquesa de Bedmar, a la que nuestro novelista llamaba en sus cartas "la Muerta", por la palidez de su rostro. En Lisboa se divertía bastante, a pesar de que su sueldo era una pequeñez: 12,000 reales anuales. Un poco por lograr un ascenso en la carrera, y otro por escapar a cierto riesgo matrimonial en el que de pronto se vio metido, Valera solicitó del Ministerio, al año de hallarse en Lisboa, un traslado a la Embajada de España en Río de Janeiro. Su solicitud fue pronto atendida, no en balde su tío don Antonio Alcalá Galiano era un personaje en la corte. El 11 de agosto de 1851 Valera es ascendido a Secretario de Legación en Río de Janeiro, con 18,000 reales al año. El 16 de noviembre se embarca en un navío inglés que llega a Río a fines de ese mes, "después de un viaje feliz como indigno de memoria". Las primeras impresiones del país, que comunica en largas misivas a su amigo don Serafín Estébanez Calderón, no dejan de ser favorables. Admira la hermosura y portentosa fertilidad de la naturaleza brasileña, la majestad y grandeza de las Amazonas, y la frondosa y admirable vegetación que hace de los alrededores de Río un verdadero paraíso. "Las palmeras —escribe a Estébanez—, los cocoteros, la canela, el clavo, el sagú, los bambúes colosales y pomposos, y no sé cuántas plantas más, siempre verdes y cargadas de frutas sabrosas y de flores de aroma singular y de vivísimos matices; no sólo adornan los jardines sino que muchas crecen naturalmente en poético desorden, y con mayores galas, por aquellos sitios donde la mano del hombre no ha llegado". Mas tanta riqueza del paisaje no es suficiente para hacerle feliz. Valera se queja

a su amigo de que su vida es fastidiosa, y se lamenta del calor, de las calles mal empedradas, de las distancias enormes, de la comida nauseabunda, y de las habitaciones mal alhajadas y llenas de "arañas, curianas, lagartijas, mosquitos, salamanquesas, alacranes y otros monstruos horribles y asquerosos". Por otra parte, la vida de relación es escasa, y todo el mundo se acuesta a las diez de la noche. Pero esta es una impresión de las primeras semanas. Pronto veremos cómo Valera sabe divertirse también en Río. Al principio, casi su única relación es la del Embajador, su jefe, y la de su familia. El Embajador, don José Delavat y Rincón, aunque albo volteriano —dice Valera—, pues leyó en sus mocedades el *Diccionario filosófico*, es un varón justo y temeroso de Dios. La niña del Embajador, Dolorcitas, que tiene entonces 8 ó 9 años, se pasa el día llorando y dando gritos, y "es fea como el pecado". "¡Qué niña, qué niña! —se lamenta el Embajador ante Valera—, si sigue así cuando se case aviado está su marido". ¡Quién le había de decir a Valera entonces que, andando el tiempo, iba a casarse con aquella niña caprichosa y llorona! Por ahora, sin poder adivinar tal suceso, sólo juega al burro y a la brisca con Dolorcitas.

En cambio, comienza a cultivar a algunas francesitas empleadas en las tiendas elegantes de Río, sobre todo a una madame Finet, vendedora de perfumes, "a la que daría yo —escribe Valera— un mes de sueldo por un par de nohécitas de *gaudeamus*". Pero madame Finet se mantiene castísima, y Valera se ve obligado a consolarse con alguna que otra mulata, género más asequible y complaciente. Algo se distrae también con las excursiones. Con un pariente de Estébenez, llamado Bryan, de quien se hace muy amigo, visita la colonia alemana de Petrópolis, y sube al pico del Papagayo, el más alto de las montañas que rodean a Río. Estas montañas, la de l'Organo, la del Pan de Azúcar, la del Corcovado, evocan la imagen de unos titanes fulminados en el momento de escalar las nubes, comparación que suele encontrarse —dice Valera— en los poetas brasileños. En sus cartas a su amigo Estébenez, Valera elogia a algunos de estos poetas, como Magalhães, a la sazón ministro en Nápoles, pero sobre todo Gonçalves Dias, que ha sabido dar a sus composiciones "la novedad, el primor, las galas, del país en que nacieron, y la vida y el fuego de este clima". Trata Valera a algún erudito, como Varuhagem, secretario perpetuo del Instituto Histórico, aunque más que un verdadero sabio le parece un *dilettante*. En cuanto a la Biblioteca Nacional, la juzga como la más rica acaso de toda América, pero "está tan mal arreglada que no es posible ver lo que hay en ella". Atendiendo a los ruegos de Estébenez, curioso de antigüedades brasileñas, compra para él un "Dic-

cionario de la lengua brasileña", publicado en Lisboa en 1795 sin nombre de autor. No le aconseja, en cambio, los *Viajes* del diplomático francés M. de Castelnau, a la sazón cónsul en Bahía. Valera conoció a Castelnau en el barco que le llevó de Bilbao a Brasil, y le pareció "más mentiroso que discreto y más lleno de presunción que de doctrina". Según Valera, los brasileños hacen poco caso del libro de Castelnau, y en cambio a los Padres Vieira y Jumilla "nos los traen a cuento a cada paso". En realidad—escribe Valera a su amigo Estébanez—"poco o nada bueno se ha escrito en los últimos tiempos de las cosas del Brasil, y para enterarse de algo, a pesar de la Condamine y de los viandantes ingleses, lo mejor es recurrir a nuestros iberos de los siglos XVI y XVII, cuyos libros aquí no se hallan en venta".

La vida de Valera parece deslizarse más bien monótona en Río. Excursiones por los alrededores con el Conde de Meden, ministro de Rusia, charlas con su jefe el embajador, escarceos amorosos, rebusca de viejos libros para enviárselos a su amigo Estébanez... La llegada de un curioso personaje, "el ilustre Buschental", como le llama Valera, anima el cotarro. "Hombre más socarrón—dice de él Valera—, travieso, atrevido y redomado no lo he visto en mi vida. Con las aventuras que ahora está corriendo desde que vino fugitivo y quebrado de España, se podrían llenar tres o cuatro tomos de lectura ejemplar y agradable". "Llegó aquí sin un cuarto, sin crédito y más deudas que pelos en la cabeza, pero la tiene tan fecunda en inventar trazas, en buscar recursos y en adoptar medidas, que ahora se encuentra con mucho dinero, señor de quintas, de jardines y semipalacios, y por remate y corona de tanta fortuna, en potencia propincua de pasar por otro Anfión y de coronar por reina a su bella esposa, Mariquita, bajo el dictado de Cenobia 2ª". Buschental está al frente de una colosal empresa: la de edificar una nueva ciudad en las playas del Uruguay, junto al Plata.

En sus cartas a Estébanez, habla Valera pocas veces de literatura brasileña. Destaca a algunos poetas: Porto Alegre, Magalhães, Gonçalves Dias y Cetariano, pero los juzga inferiores a los españoles. Su impresión de los poetas brasileños la resume así: "los vates de este hemisferio son muy eróticos y melifluos, delicados y azucarinos con las damas". Como ejemplo de leyenda brasileña "de las más romanescas", cuenta a su amigo la de una hermosa dama, Marilia de Dirceo, que a fines del XVIII vivía en Villa Rica, capital de la provincia de Minas-Gerães, muy enamorada del poeta Dirceo, que a su vez la amaba apasionadamente y le dedicaba sus versos. Condenado por rebelde contra el imperio, Dirceo fue des-

terrado a Angola donde murió loco. Y Marilia, siempre fiel a su amor, acaba de morir —escribe Valera— a los 82 años, "melancólica siempre y recordando a su Dirceo".

En otra carta al poeta Heriberto García de Quevedo, fechada el 10 de abril de 1853, Valera se queja de falta de salud, de irritación de estómago y de dolores de cabeza constantes. "La melancolía me abruma —escribe a su amigo. No hay aquí, para mí al menos, con quién hablar, ni de quién ser amigo". Añade que se aburre mortalmente —pero por las cartas a Estébanez sabemos que no era tanto—, y que el país es caro para su modesto sueldo. "Días y noches paso sin ver a nadie, y para consuelo y distracción me entro por los libros, como Santiago por los moros". También se dedica, siempre que puede, a comprar gangas. Cuando el ministro de Inglaterra muere de una epidemia de fiebre amarilla, y sus libros se venden en pública subasta, Valera adquiere los 20 tomos del *Viaje*, de Ponz por cinco duros.

En abril del '53 escribe a Estébanez pidiéndole que, con su influencia, le consiga un traslado, si no es posible a Europa, a México, Washington o Lima. El 14 de mayo, el embajador Delavat escribe al Ministerio de Estado pidiendo que se conceda licencia, a Valera, "por hallarse enfermo de las entrañas y no probarle bien el clima del Brasil". Pero el permiso no llega tan pronto como quisiera Valera, y aún habrá de permanecer en Río todo el verano del '53. El 4 de agosto escribe a Estébanez una extensa carta contándole algunas intimidades divertidas: "La emperatriz del Brasil es tan virtuosa como fea. Don Pedro II, a pesar de su mucha sabiduría, le es infiel a menudo. Y como el teatro de estas infidelidades suele ser la Biblioteca de Palacio, resulta de aquí que las damas se instruyen y se transforman en Aspasia y en Corinas". "En cuanto a mi Armida brasileña, pondré en conocimiento de Ud. que es de las que han ido, y van con más frecuencia a la biblioteca; pero como S. M. aunque da ciencia, no da dinero, *porque están los bolsillos muy estrujados*; y como ella gasta desafortadamente, el pobre del marido tiene más deudas que cuernos, y de muy rico que era, ha venido a grande estrechez, y mi Armida se vale de sus amantes para salir de apuros".

El 1º de septiembre escribe Valera una última carta a Estébanez desde Río, y le confiesa su intención de abandonar su vida diplomática y vagabunda, y retirarse a Madrid, "donde con grande espacio y sosiego, trataré de hacer algo de provecho o de gusto en literatura". Se queja de su melancolía, de su falta de salud, que le tiene "delgado, pálido y aniquiladísimo". Duerme poco, no tiene gusto para nada, ni apetito, pues en la casa donde vive le sirven

siempre la misma comida: "carne y más carne de vaca, sin que de ahí salgamos". "De todas esas aves hermosas, pintadas de mil colores, y al paladar tan gratas, que en el Brasil dicen que hay, poquísimas he visto hasta ahora, y comido ninguna: de lo que sugiero que andan muy por las nubes, o en el más entrañado de esos bosques. Lo cierto es que yo no las he visto sino en estampas, o rellenas de paja en el Gabinete de Historia Natural". En cuanto a los peces, tampoco los prueba, si no es cuando le invitan fuera de casa. "El Bechupirá, que es el rey de los peces brasileños, no le he gustado más de cinco o seis veces desde que estoy aquí".

A fines de septiembre, Valera embarca en un navío inglés que llega a Lisboa el 10 de octubre. Su experiencia brasileña ha durado dos años. Apenas ha escrito en todo ese tiempo sino versos y cartas. Versos a sus amantes o amadas brasileñas; cartas a sus amigos Estébanez Calderón, García Tassara y Heriberto García de Quevedo. Pero si su fama de escritor no alumbraba aún, el mismo Valera reconoció que sus cartas a Estébanez fueron lo primero que motivó su reputación de estilista del idioma. Había volcado en ellas toda su necesidad de comunicación literaria, y el resultado fue tan bueno, que Estébanez estaba encantado con ellas, y las mostraba a sus amigos como piezas perfectas de literatura castiza, y al mismo tiempo de crónica algo escandalosa de la corte brasileña.

Pero si durante su estancia en el Brasil, Valera fue sólo mediocre e ignorado poeta y estupendo escritor de cartas, cuarenta años más tarde, ya escritor famoso y académico, sabrá utilizar las experiencias de su vida en Río para escribir una de sus últimas novelas, *Genio y figura*, que como ya advirtió Carmen Bravo en su excelente biografía de Valera, contiene abundantes recuerdos y describe muchos tipos tomados de la realidad brasileña. Algunas de las descripciones de paisajes brasileños que encontramos en *Genio y figura* se hallan también, como boceto anticipado, en las cartas que dirigió Valera a sus amigos desde Río. Y lo mismo ocurre con no pocas observaciones, como la que se refiere a lo poco poético de los nombres de los alrededores de la capital brasileña: el Corcovado, el Pan de Azúcar, Botafogo, la Tejuca. Las excursiones a la Tejuca, que describe detenidamente en la novela, eran fiel evocación de la realidad. Como la descripción del brutal deporte de la *carnerada*, una especie de fiebre o delirio que se apodera en ocasiones de los negros, y les empuja a lanzarse dando topetazos con la cabeza a quienes se encuentran en el camino. La misma descripción se encuentra en la novela y en una carta a Estébanez, de septiembre del '52, aunque en la carta es designado este juego de los negros con otra palabra: *capocira*. En cuanto a los tipos y per-

sonajes de *Genio y figura*, no pocos de ellos son probablemente reflejo fiel de la sociedad brasileña que Valera conoció. La señora de Figueredo, personaje de la novela, parece un eco de la baronesa de Sorocaba, de la que habla en una carta a Estébanez como "la más chusca y divertida del universo mundo". Y su esposo, el señor Figueredo, usurero riquísimo, es probable retrato del marido de una de sus amantes, Jeanette, también usurero y rico.

Hay que dar, pues, la razón a Carmen Bravo cuando escribe que Valera fija su experiencia por partida doble, en la carta y en la novela. La carta es como un borrador de lo que más tarde pasará al mundo de la ficción novelesca.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Luis Alberto SANCHEZ

EL testimonio fraternal de Max Henríquez Ureña y algunos apuntes discretos del propio Pedro, nos ofrecen un cuadro casi completo de la formación intelectual de tan admirable humanista.¹ Su padre, don Francisco Henríquez y Carbajal, y su madre, doña Salomé Ureña, se distinguieron en el campo de la docencia; además, él, en el de la política, y ella, en el de la poesía. Su tío don Federico Henríquez y Carbajal, que alcanzó a pasar de los cien años, fue otro insigne quisqueyano, grande en el pensamiento y la conducta. Este último apadrinó a Pedro y le instruyó en muchos secretos del bien hacer. Los padres, tronco de una familia de tres hijos y una hija, Pedro, Max, Francisco y Camila, se esforzaron en adiestrar a sus vástagos en letras, honestidad y patriotismo. Pero, la verdad, cuando nació Camila, doña Salomé, que era una de las musas de Quisqueya, se hallaba tan a mal traer de los pulmones que la familia decidió emigrar a Cap Haitien, en busca de sosiego y buen aire. Los azares del destino resolvieron que no pasaran de Puerto Plata, donde el letrado clan inauguró para los platenses nueva era de inquietud y progreso espirituales.

Pedro era el primogénito. Le seguía Max en un año y pocos meses. Esta pareja fraterna encontró su ruta en los libros. El segundón refiere que, siendo niño, devoraban las comedias de Shakespeare en la "encomiable traducción de José Arnaldo Márquez", poeta peruano a quien la suerte no trató con dulzura. La afición al tremendo inglés fue tanta en ambos niños que, cuando llegó a Santo Domingo el italiano Roncori con su compañía de teatro, no cesaron de hostigar a don Francisco hasta que éste hizo que se representaran (y ellos asistieron a las representaciones) *Hamlet*, *Romeo y Julieta* y *Otelo*. Difícil cosecha aun tratándose de tan precoces sensibilidades.

Como para que no se adormecieran sus otros sentidos, les tocó vivir a los Henríquez Ureña bajo la tiranía del famoso "Lilis", es decir, Ulises Heureux, feroz y pintoresco sátrapa sobre el cual hay tan vivas pinceladas en *La sangre*, novela de Tulio M. Cestero. Don

¹ MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *Pedro Henríquez-Ureña*, Colección Pensamiento dominicano, Ciudad Trujillo, 1950.

Francisco era enemigo de las dictaduras y de "Lilis"; por tanto se sintió obligado a emigrar, propósito que ya lo dijimos, se fortaleció con la idea de mejorar a doña Salomé.

Era esta una mujer excepcional, dueña del corazón de sus compatriotas; no la regatearon homenajes. Sus hijos aprendieron de ella el amor a la poesía y, con eso, a la música. Siendo niños, Pedro y Max se dedicaron a organizar una antología de poetas de su país, que más tarde serviría a Pedro para mechar las columnas de un curioso diario manuscrito que, a semejanza de su hermano Max, publicaba hacia sus doce años: *La Patria*, periódico de tirada *record*: un solo ejemplar.

Se comprende que la melódica tribu inquietara el plácido ambiente de Puerto Plata durante su permanencia. Ahí fundaron una sociedad literaria llamada "El Siglo XX"; se consagraron a lecturas literarias y a tocar el piano, en que también se hizo notable Pedro, pues Max lo era por vocación y práctica. Fue entonces y ahí cuando Pedro trabó pleno conocimiento con el Modernismo y publicó una ya aguda crítica de Gutiérrez Nájera: impacto inolvidable. Fruto de tal contagio, Pedro escribiría versos. Los ha impreso ahora un amigo y compatriota: no se podría asegurar que revelen a un gran poeta, pero no se negará que retratan a un buen amateur.²

Heureux fue, por fin, asesinado el 26 de julio de 1899. Don Francisco y su familia pudieron regresar a la patria. Se entendió el primero con Honorato Vásquez, caudillo político, a quien sacaron de escena tres años después. En el entretanto don Francisco salió a los Estados Unidos, llevando consigo a Pedro, quien se radicó (1901) a los diecisiete años, en Nueva York. No tardaron en surgir los días malos. Con la caída de Vásquez, la situación se puso mala. Pedro se empleó en una casa de comercio, mientras Max ejercía de pianista eventual en uno que otro restaurante: así se empieza la vida.

El año de 1904 encuentra a Pedro en La Habana. Ya había publicado diversos artículos, que reuniría en el libro *Ensayos críticos*.³ Los principales trabajos que integran ese volumen están dedicados a José Joaquín Pérez, poeta dominicano, que fuera vecino de los Henríquez Ureña, allá por el '95; Eugenio María de Hostos, el insigne puertorriqueño, a quien visitara la muerte en Santo Domingo el año '903 y fuera íntimo amigo del padre y el tío Henríquez Carbajal; Rubén Darío, entonces en su aurora, y sendos estudios sobre D'Annunzio, Bernard Shaw, Oscar Wilde, Ricardo Wagner y Ri-

² P. H. U., *Poesías Juveniles*, recogidas por E. Rodríguez Demorizzi, Bogotá, 1949.

³ P. H. U., *Ensayos críticos*, Habana, Imp. de E. Fernández, 1905.

cardo Strauss. La música andaba del brazo con la literatura para el joven Pedro: amor de siempre.

Puede decirse que los veinte años marcan a fuego al precoz humanista. Se fatiga de Cuba y se marcha a México, en cuya tropicalísima Veracruz se entretiene buen rato. Luego, se encamina a la capital. Son los días del segundo Modernismo y del último Porfiriato. Pedro colabora en la *Revista Moderna de México* y en *El Imparcial*. La juventud literaria de aquella hora la componen José Juan Tablada, Balbino Dávalos, "Chucho" Urueta, "Chucho" Valenzuela, "Chucho" Acevedo (egregio arquitecto), Efrén Rebollo, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Isidro Fabela, J. Fernández MacGregor, el muy joven Alfonso Reyes y el no menos precoz José Vasconcelos. Con ellos organiza Pedro la *Sociedad de Conferencias* y, en 1909, el "Ateneo de la Juventud".⁴ Quien desee pormenores de esta última institución no tiene sino que hojear la obra de Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*.

En 1910 rompió a hervir la Revolución Mexicana. Coincide con el Centenario de la Independencia. Pedro Henríquez Ureña colabora con Nicolás Rangel y Luis G. Urbina, bajo el patronazgo de don Justo Sierra, en la tarea de confeccionar la *Antología del Centenario*. En ese mismo año las afamadas prensas de Ollendorf, de París, lanzan su segundo libro *Horas de estudio: Estudios críticos de literatura y filosofía*. Si uno hace el balance de sus temas tendrá el prontuario de Pedro Henríquez Ureña para todo su mañana. Helo aquí: el verso endecasílabo, Rubén Darío y el modernismo, "la vida intelectual de Santo Domingo", Hostos, Gastón Deligne, Gabino Barreda, Alfonso Reyes y Antonio Caso. En adelante irá ampliando y completando estos mismos temas, con perseverancia, pulcritud y originalidad indudables.

El "Ateneo de la Juventud" fue una de las obras primordiales de Pedro Henríquez Ureña. Alfonso Reyes nos contaba, ya en 1939, la aptitud y autoridad socráticas del joven maestro dominicano. Un episodio lo demuestra. Cuando por esos años, se realiza una velada literaria en el Teatro Arbeau de la ciudad de México, a que se invita y asiste en general Porfirio Díaz, nuestro chispeante estudioso y erudito dominicano, de tez amulatada y apenas veintiséis años de edad, fue designado miembro de la Comisión de recibimiento al esquivo y solemne dictador. México no se entrega tan fácilmente. *Antología del Centenario* es otra prueba de aquella creciente estima a Pedro Henríquez. Quien conozca el significado de cada nombre se satisface con sólo oír el del auspiciador y los de los ejecutores.

⁴ ALFONSO REYES, *Pasado inmediato*, Buenos Aires, Sur, 1941; y *Obras completas*, México, Fondo de Cultura, 1956, tomo XI.

Naturalmente, Pedro Henríquez Ureña fue maderista. Les había nacido a los jóvenes mexicanos súbita fe en el pequeño y ardiente hacendado norteño galvanizador de la oposición antiporfiriana. Por eso, cuando, en 1913, se produce el inexcusable crimen de Victoriano Huerta contra Francisco I. Madero y su Vicepresidente, Pedro Henríquez Ureña emigra; asqueado más que temeroso, a La Habana. Ahí encontraría a Manuel Márquez Sterling, ex Ministro de Cuba en México, donde sirvió de postrer confidente al ya condenado a muerte Presidente Madero.

Por entonces, diciembre de 1913, en plena tragedia mexicana, publica su trabajo *Don Juan Ruiz de Alarcón*, de firme contenido, lleno de originalidad y de sagaces sugerencias. Pedro destaca al ilustre jorobado de entre los grandes dramaturgos españoles del Siglo de Oro para otorgarle o reconocerle su impar estilo americano, su gloriosa autenticidad mexicanísima. En ninguno de esos momentos ha dejado Pedro de ejercer el magisterio. Magisterio oficial, oficioso o inoficial, pero siempre magisterio. Enseñar y esparcir era y sería la gran pasión de uno de los hombres mejor dotados para las letras puras. El año de 1914, publica en Nueva York *El nacimiento de Dyonisos*, donde trata de iniciarnos en los misterios y posibilidades de la tragedia griega: nos dirá, empero, con prudente advertencia, que descarta el verso castellano por no encontrarlo capaz de penetrar en los hondones de la poesía helénica.

Cuando en 1916, a la mitad de una de las más terribles crisis de Santo Domingo, don Francisco Henríquez Carvajal se ve exaltado a la Presidencia de la República, Pedro, su primogénito, no pierde la cabeza. Bien sabe que la investidura será de corta duración. Los yanquis de ese tiempo, bajo el insensato signo de *big stick*, buscan fámulos, no estadistas. Don Francisco se niega a servir de comparsa a los "marinos". Desde luego, eso le representa la inevitable pérdida de su cargo presidencial. Pedro, sumido ya en sus preocupaciones docentes, ha aceptado una cátedra en la Universidad de Minnesota. En aquella región helada, supongo, olvidaría, ciertas desagradables experiencias que un hombre de su raza y nación tuvo que sufrir en algunas otras partes más al sur de los Estados Unidos.

Todo lo anterior ocurre entre 1916 y 1918. Este último año es el de la fundación de la Comisión Nacionalista Dominicana en Nueva York, que reúne a los dos Henríquez Carvajal, a los Henríquez Ureña, a Cestero y otros, empeñados en liberar a su patria de la ocupación de los "marinos" sajones. Viajes de ida y vuelta a Washington; traducción de documentos; ejercicio de dialéctica; paciencia, rabia, actividad. No por eso, descuida Pedro sus más caras predilecciones. La Revista de Filología de Madrid publica el año de 1919 su

famoso estudio sobre *El endecasílabo castellano*, una extensión copiosa y madura del primitivo boceto de *Horas de estudio*. Al año siguiente, llamado por los especialistas madrileños, Pedro irá a la capital de España, donde publica ese feliz 1920 su estupendo ensayo sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*. De un aletazo ha escalado la cumbre de la autoridad preceptiva y lingüística. Don Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, el joven maestro Amado Alonso estimulan al hasta ahí casi desconocido escritor dominicano. El cual se vuelve a Minnessota, concluido su insigne periplo hispánico.

Para aquel tiempo, la Revolución Mexicana ha cristalizado en el general Alvaro Obregón. Se funda la Secretaría de Educación Pública para entregarla al licenciado José Vasconcelos, reciente Rector de la Universidad de México. Vasconcelos llama a su antiguo amigo y maestro del "Ateneo de la Juventud" y luego lo incorpora a su séquito durante un movido e intenso viaje a la América del Sur. Es entonces cuando Pedro Henríquez Ureña, apenas cuarentón, entra en estrecho y ya irrompible contacto con la Argentina. Las Universidades de La Plata y Buenos Aires le llaman a sus cátedras: se le ofrecerá otra en el Instituto de Filología, que dirige activamente Amado Alonso. Pedro empieza a cernir sus conocimientos y propagar sus lecciones.

Había conocido el año '21, en México, a un joven estudiante platense, flor de finura y de profundidad: Héctor Ripa Alberdi, y le cupo el honor, a Pedro, de escribir la exégesis de las *Obras completas* —¡ay, trucas!— del maestro adolescente. Desde entonces La Plata aparece ante los ojos del dominicano como un escenario digno de Grecia. Todo ello resalta en los artículos con que exorna las páginas *Valoraciones*, *Sagitario* y otras revistas de la docta ciudad. El año de 1925, Pedro produce la primera versión de lo que siete años después será *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*. Henríquez Ureña niega con vigor las imputaciones que en sentido afirmativo habían lanzado otros escritores. Ese mismo año '25 produce el corto ensayo-discurso *La Utopía de América*, lleno de la más auténtica savia rododiana. El '27 publica sus *Apuntaciones sobre la novela en América*, de que disiento en su casi totalidad. El '28 ofrece un libro fragmentario, pero, sin embargo, compacto y enjundioso: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (B. A. B. E. L.) Para los que no habían tenido oportunidad de seguir el desenvolvimiento del pensamiento y el estilo de Henríquez Ureña, aquel libro fue una revelación. Hasta ahora se le considera uno de los pedestales de su fama: el autor vale más.

Henríquez Ureña cae absorbido por la docencia. Ciertamente, que publica libros tan pulcros e imbatibles como *Pura la historia de los*

indigenismos (Buenos Aires, 1931) y *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), desarrollo erudito y ameno de su juvenil trabajo *Literatura dominicana* (París, 1917), *El español en Santo Domingo*, etc. En medio de esos trabajos la vida de Pedro ha sufrido dos serios impactos: su breve regreso a la patria entre 1931 y 1933, como Superintendente General de Enseñanza, y la Revolución Española de 1936, que lo anegó literalmente, haciéndole gemir bajo su terrible peso.

La experiencia dominicana parece que hirió muy hondo a Pedro Henríquez. No olvidemos que, en 1930, a raíz de la crisis mundial se produjeron cambios más o menos radicales, pero todos de significado, en la mayoría de los países del continente. En la República Dominicana aparece entonces, como promotor de liberalismo (así: aunque se dude), el entonces comandante o coronel Rafael L. Trujillo Molina.⁶ Muchos creyeron en la sinceridad de sus primeros actos, Pedro quizá, entre ellos. La desilusión no se hizo esperar, pero cavando inolvidables surcos en el alma del maestro. El resto lo hizo España. Personalmente recuerdo su pena y su angustia de las dolorosas esperas de noticias en la Embajada republicana que regenteaba Enrique Díez Canedo. Su participación en los homenajes a García Lorca. De todo ello y de su acendrado amor a la patria de Unamuno y Menéndez Pidal da fe en su libro titulado *Plenitud de España* (Losada, 1940).

Bullía en el alma de Pedro Henríquez Ureña una estupenda discusión entre el criollo americano, el descendiente de españoles y el conecedor de América sajona. De ahí que cuando, en 1940, la Universidad de Harvard, honrando a nuestro más grande humanista, le ofrece una cátedra temporal, Pedro acude y elabora para ella las diez magistrales lecciones —capítulos— que constituirán su libro representativo *Corrientes literarias en la América Española*, aparecido en inglés el año de 1941, y en castellano sólo póstumamente, 1949.

Pero, pasó lo que tenía que pasar a hombre entregado de tan generosa y hasta desapoderada manera a la tarea de construir: se le fatigó el corazón. Andaba de la Ceca a la Meca, como prologuista, profesor, redactor de conferencias, director de colecciones literarias, corrector de sus pruebas, fajador de su angustia, de tal suerte que algo debía rompersele dentro. Me lo insinuó la última vez que nos vimos en 1943. Pero nadie esperaba que, a consecuencia de una corta aunque rápida carrera para alcanzar el cotidiano tren que le llevaría de Buenos Aires a La Plata, un día de mayo de 1946, a los 62 años, y casi sin una cana, se le fuera a reventar el corazón. Fue

⁶ "Ejecutado" el 30 de mayo de 1961.

un episodio paralizante. Tenía la mirada, la cabeza y los brazos en alto, colocando su maletín de trabajo en una de las redecillas del vagón consuetudinario: cayó como un soldado: de certero disparo: el de la vida.

Hay quienes, en excesos de adhesión tan criollos, imaginan a un Pedro Henríquez Ureña, impecable y rectilíneo de pensamiento desde sus primeros días. Aparte de que si así ocurriese podría condenar *de facto* a un autor tan monótono, los hechos felizmente no secundan tan peregrina y aduladora idea. Pedro se contradijo y evolucionó como todo hombre inteligente, y más, puesto que fue en extremo talentoso y, por ende, cultísimo. Así le vemos cambiar desde sus comentarios sobre literatura dominicana, insertos en *Hoyas de estudio* (1910) hasta las buidas y densas páginas de *Las corrientes literarias en la América Hispana* (escritas en 1941). Lo primero aparece en una carta a don Federico García Godoy, titulada *Literatura histórica*, y tiene como pie el *Rufinito* de este insigne escritor dominicano. Oigamos lo que de éste dice Pedro:

Atinadas son sus observaciones sobre el problema de la formación de una literatura nacional. Nuestra literatura hispanoamericana no es sino una derivación de la española, aunque en los últimos tiempos haya logrado refluir, influir sobre aquélla con elementos nuevos, pero no precisamente americanos. Suele decirse que las nuevas condiciones de vida en América llegarán a crear literaturas nacionales; pero, aún en los Estados Unidos, donde existe ya un arte regional, los escritores de mejor doctrina (y entre ellos Howells, el Dean, el ilustre jefe de aquella república literaria) afirman que la literatura norteamericana no es sino una *condición* (una modalidad, diríamos nosotros) de la literatura inglesa.

Añade esto otro muy ilustrativo:

Ya observó Rodenbach que los escritores de origen provinciano sólo saben sentir y describir la provincia después de haber vivido en la capital. Así, en nuestra América solamente los que han comenzado por trasladarse intelectualmente a los centros de la tradición, los que han conocido a fondo una técnica europea, como conoció Bello el arte virgiliano, como conocen Ricardo Palma y D. Manuel de J. Galván la antigua prosa de Castilla, como conoció José Joaquín Pérez la lozana, versificación del romanticismo español, como conoce Zorrilla de San Martín la espiritual expresión de la escuela heineniana, han logrado darnos los parciales trasuntos que poseemos de la vida o la tradición locales.

Pocos años después, en la conferencia pronunciada en la Librería General de México, el 6 de diciembre de 1913, sobre Ruiz de Alarcón, el escritor ha mudado de pensamiento, haciéndose más proso a lo criollo. Dice:

Vengo a sostener —nada menos— que don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el singular y exquisito dramaturgo, pertenece de pleno derecho a la literatura de México y representa de modo cabal el espíritu del pueblo mexicano.

Pedro Henríquez, en su incipiente madurez, echa por la borda prejuicios arraigadísimos como el de la "raza latina".

Creo indiscutible la afirmación de que existe un carácter, un sello regional, un *espíritu nacional* en México, para concebirlo, para comprenderlo hay que comenzar, a mi juicio, por echar a un lado la fantástica noción de *raza latina* a que tanto apego tiene el *demi-monde* intelectual.

Agrega:

En México, como en toda la América de habla castellana, el elemento primordial es el español: el espíritu nacional no es otra cosa que el espíritu español modificado.

Lo cual calza en cierto modo con la muy posterior teoría de la transculturación del cubano don Fernando Ortiz, mas, Pedro, a medida que avanza en su análisis de Alarcón, se va entusiasmando con sus hallazgos de originalidades o peculiaridades imbatibles.

Así, descubrimos la poesía mexicana desde que se define: poesía de tonos suaves, de emociones discretas. . . Si el paisaje mexicano, con su tonalidad gris, se ha entrado en la poesía, ¿cómo no había de entrarse en la pintura? . . . Hoy debemos pensar que no (que no es Alarcón un genio de corte), ¿y no nos dan ejemplo los españoles mismos reclamando para su literatura a los Séneca y los Quintiliano, a Lucano y a Marcial, así como a Juvencio y a Prudencio? . . . Menos español que sus rivales: tampoco escapó al egregio Wolf el percibirlo, aunque se contentó con indicarlo al paso. . . , sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo que creó y divulgó el mecanismo de la comedia, se ha impuesto, como fuerza moderadora, la prudente sobriedad, la discreción del mexicanismo. . .

Como se ve, Pedro se aventura a acentuar la separación entre lo hasta entonces nada más que provincial-americano y lo psicológicamente americano. No pasarán en vano los años. Acabará, ya en la plenitud de su juicio y conocimiento por destacar y reconocer la originalidad de lo nuestro. Ello ocurre sobre todo en su último libro *Las corrientes literarias*. Dice:

En una época de duda y esperanza, cuando la independencia política aún no se había logrado, por completo, los pueblos de la América hispánica se declararon intelectualmente mayores de edad, volvieron los ojos a su propia vida y se lanzaron en busca de su propia expresión. Nuestra poesía, nuestra literatura, habían de reflejar con voz auténtica nuestra propia personalidad. Europa era vieja; aquí había una vida nueva, un mundo nuevo para la libertad, para la iniciativa, para la canción (p. 9).

Más adelante repite, como propias, las palabras del Doctor Johnson:

(América) dio un mundo nuevo a la curiosidad europea.

En varios lugares, y hasta hablando de la versatilidad de Lugones, de la lírica de Enrique Banchs (muy de segundo plano, por cierto), del neobarroquismo de Herrera y Reissig, Pedro Henríquez insiste en destacar la creciente originalidad de las letras latinoamericanas. Desde 1913 hasta su muerte persevera en ello. Se advierte a través de la obra de Pedro una constante perplejidad, un inevitable entrecruzamiento de tendencias y motivos: la filología le mantendrá fiel al alma de España, sobre todo al alma popular; el paisaje y la raza harán de él un criollo americano ciento por ciento; la convivencia con los medios universitarios norteamericanos serán origen de su disciplina crítica. Pero, por si ésta y los inevitables arcaísmos de todo filólogo hubiesen podido petrificar a Pedro (no es banal juego de palabras. . .), la Revolución Mexicana, en cuya navegación participara, sirvió para contrapesar cualquier proclividad reumática. A su turno, el remoto ancestro africano, típico de las Antillas, saldría a oponerse a todo síntoma de melancolía indígena o de soberbio estiramiento hispánico.

En la conferencia *La Utopía de América*, escrita al calor de las pláticas con Vasconcelos y para el severamente bullidor público estudiantil de La Plata, Pedro justifica lo anterior con palabras preclaras:

Lo autóctono en México es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena con su formidable dominio sobre todas las

actividades del país; la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez; autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco o de Tepotzotlán, como la comedia de Lope y Tirso en manos de don Juan Ruiz de Alarcón... Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son *la cultura y el nacionalismo*, pero, la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX... Se piensa en la cultura social... Y no se piensa en el nacionalismo político... El ideal *nacionalista* invade ahora, en México, todos los campos (Ensayos en busca, Bs. As., Raigal, 1952, pp. 23-24).

El nacionalismo trascendental, podríamos llamarlo así, que alienta la obra de Henríquez Ureña, desemboca irremisiblemente en un americanismo efusivo, lo que, utilizando un lenguaje característico de Rodó y sus discípulos, llamará Pedro "la utopía de América"; lo que la generación siguiente calificaría de "nacionalismo continental" (J. Edwards Bello, *El Nacionalismo Continental*, Madrid, 1927 y Santiago, 1934).

Henríquez Ureña se da cuenta, por cierto, de que la idea y la palabra "utopía" contienen connotaciones riesgosas. Las defiende por tanto:

Sí, hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles, es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante.

¿No es este, acaso, el mismo lenguaje de *Ariel*? ¿No se explica entonces por qué Pedro escribirá *El Nacimiento de Dionisos*, Reyes su *Ifigenia Cruel*, que Rodó pusiera como ejemplo de América a Grecia; que Franz Tamayo parafraseara temas helénicos y finalmente aconsejara tomar por modelo de la vida pública y cultural a la vieja patria de Pericles?

La idea de que la cultura es el destino de América, otra característica arielista, aparece nítida en aquellas páginas de Pedro. No las desmentirá el resto de su vida ni de su obra. ¿No sabemos ya que murió camino de su cátedra y que hasta su último minuto cumplió tareas de maestro y escritor?

Sigamos oyéndole:

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera (*Ensayos*, 25).

Se transparenta en esa frase el optimismo del arielista que acaba de asistir, en México, a la derrota de las fuerzas retardatarias, representadas por la dictadura cerril y el imperialismo agresor. Dios le hubiera escuchado, haciéndonos helénicos. . .

Pedro soñaba en una recuperación del hombre como ser humano, y mejor dicho, en la "creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu y que no será descastado" (*Ensayos*, 27). Aquí sí no sabemos quién inspiró a quién; si Vasconcelos a Pedro, o Pedro a Vasconcelos, para acuñar el lema de la Universidad Nacional de México: "Por mi raza hablará el espíritu".

No obstante, estos arrebatos cósmicos encuentran sólida trabazón realista en el ancestro indoafrohispano de Pedro. Leal a su medio y sus principios, dirá en su trabajo *La América española y su originalidad*:

La conquista decapitó la cultura del indio, destruyendo sus formas superiores (ni siquiera se conservó el arte de leer y escribir los geroglíficos aztecas), respetando sólo las formas populares y familiares (*Ensayos*, 33).

El genio americano imprime su sello en las formas extranjeras menos adecuadas aparentemente a lo indio. El barroco americano posee rasgos intransferibles. Por eso, afirma Henríquez:

de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo, dice Sachaverell Sitwell, el poeta arquitecto, cuatro están en México: el Sagrario Metropolitano, el templo conventual de Tepetzotlán, la Iglesia parroquial de Taxco, Santa Rosa de Querétaro. El barroco de América difiere del barroco de España, en su sentido de la estructura, cuyas líneas fundamentales persisten dominadoras bajo la profusión ornamental: comparece el Sagrario de México con el Transparente de la Catedral de Toledo. Y el barroco de América no se limitó a su propio territorio: en el siglo XVIII refluó sobre España (*Ensayos*, p. 35).

En otro trabajo *El descontento y la promesa*, escrito el año de 1922, insiste Pedro en la originalidad americana, destacando que "la forma (de los americanos) es clásica; la intención es revolucionaria". Puede y debe discutirse tal pensamiento. No dudamos de sus limitaciones, pero tampoco de hondura y limpidez. Pedro, que tenía

un sentido relativista de la historia y por tanto era un realista consumado, explica así su actitud:

Los inquietos de ahora se quejan de que los antepasados hayan vivido atentos a Europa, nutriéndose de imitación, sin ojos para el mundo que los rodeaba; pero olvidan que en cada generación se renuevan, desde hace cien años, el descontento y la promesa. Existieron, sí, existen todavía, los europeizantes, los que llegan a abandonar el español para escribir en francés, o, por lo menos, escribiendo en nuestro propio idioma, ajustan a moldes franceses su estilo y hasta piden a Francia sus ideas y sus asuntos. O los hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido trasplantada a estos suelos. Pero, atrevámonos a dudar de todo. ¿Estos crímenes son realmente insólitos e imperdonables? ¿El criollismo cerrado, el afán nacionalista, el multiforme delirio en que coinciden hombres y mujeres hasta de bandos enemigos, es la única salud? *Nuestra preocupación es de especie nueva*. Rara vez la conocieron, por ejemplo, los romanos: para ellos, las artes, las letras, la filosofía de los griegos eran la norma; a la norma sacrificaron, sin temblor ni queja, cualquier tradición nativa (*Ensayos*, p. 39).

Recapitulando esta "especie nueva", la caracteriza así: 1°— Por la fórmula de "la naturaleza", descriptiva por excelencia; 2°— La presencia del "primitivo habitante", o sea, el indio; 3°— Luego "tras el indio, el criollo" y por último, una 4ª forma, que evitando al indio y al criollo, "su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia".

Es en este punto donde empieza a destacarse el Henríquez Ureña escritor, aspecto diferente al crítico y ensayista.

Oigámosle en su ya citado artículo *El descontento y la promesa*, datado en 1922.

Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión, sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla para, trabajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afirmar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única forma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar.

Si recordamos a Manuel Díaz Rodríguez, otro modernista, en su famoso *Camino de perfección*, las *Palabras Liminares*, de Darío

en *Prosas Profanas*, y *La gesta de la forma*, de Rodó, tendremos una brusca o paulatina iluminación. Pedro Henríquez, perteneciente a la segunda generación modernista, relaciona hasta la identificación la obra americanista con la expresión original, y ésta con una forma no perfecta, pero sí *en busca de la perfección*. Confía entonces en la posibilidad de la "profesión literaria" que él consideraba posible ya en el Río de La Plata (1926), época del surgimiento de Güiraldes y el segundo Larreta del nuevo Borges y del renovado Fernández Moreno.

Añade:

Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir.

Desde entonces, 1926, se divisa el propósito de Pedro de escribir una historia de la literatura americana.

Ya el año '25, en el artículo *Caminos de nuestra historia literaria* se revela contra el exceso onomástico de algunos de nuestros historiadores literarios, señaladamente Ricardo Rojas y Carlos Roxlo. "Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres, centrales y libros de lectura indispensable". "La historia literaria de la América Española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó" (*Ensayos*, p. 54). Salta a la vista la precipitación de esta nómina: ¿podría hacerse algo en América sin el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés, Lizardi, Isaacs, González Prada, Palma, Machado de Assis, Herrera y Reissig?

Ahí mismo, Henríquez Ureña, que intenta una clasificación en cinco zonas de la literatura de América, confiesa que nuestra discrepancia de España es sólo "porque no puede menos de distinguirse"; y que tenemos tipos de literatura nacional, con rasgos peculiares. Añade enseguida algo fundamental sobre la supuesta *exuberancia* de América Latina, voceada por d'Ors, Ortega, el propio Reyes y otros: la niega sencillamente. La niega porque "los exuberantes son los ignorantes e imperfectos, de quienes no conviene hacer paradigmas": "No llegaremos nunca a trazar el plano de nuestras letras, si no hacemos previo desmonte". Agrega: "Si exuberancia es fecundidad, no somos exuberantes" . . . si fuese verbosidad, no puede medirse con igual rasero a unos y a otros. La literatura española, acusa Pedro, es mucho más verbosa que la americana (me parece que eso va de suyo, sin requerir comprobaciones). Reacciona también Pedro contra la pretensión de algunos chilenos, argentinos y uruguayos, que dividen la América literaria en una *buena* y otra *mala*, o una seria y otra no seria, y para eso

apela a claros ejemplos: al tropical Sarmiento y al clásico Darío, nacidos el uno en medio europeizante y el otro en pleno trópico.

Henríquez, se preocupa por ese tiempo de la ausencia de novela bajo el Virreinato (*Apuntaciones sobre la novela en América*). Sus razones no son las mías, ni corresponden a la realidad. Sería ya necio insistir en probar que la prohibición de libros de imaginación bajo el coloniaje fue más formal que real, y que fundar por tanto la teoría de que no se escribieron los libros imaginativos porque no circulaban libros imaginativos, cae de su base por cuanto está evidente que tales libros, aunque no se produjeron, sí circularon.

Finalmente, así desemboca Henríquez en *Las corrientes literarias*, libro cernido, serio, macizo y leve, que justifica todas sus teorías de crítica literaria, aunque a renglón seguido, la incompleta *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947) da curso a los defectos que él mismo censuraba en los otros, pues amontona datos sin gran cernimiento valorativo; evidentemente se trataba de apuntes, no de un texto definitivo.

¿Quiénes fueron los paradigmas literarios de Pedro, en nuestra América?

Ante todo Martí, con prioridad hasta sobre Darío. Después Sarmiento, Hostos, Montalvo, González Prada.

Esta enumeración no es casual. Henríquez Ureña vivió su juventud en una tierra caliente de sol y de rebeldes: de ahí los vocablos *descontento* y *promesa* que titulan uno de sus primeros ensayos.

En semejante ambiente, la conducta cuenta más o tanto como el talento de Martí, por lo demás, fue visitante de la casa de los Henríquez Carvajal, y a uno de ellos dirige una de sus cartas definitivas y finales.

Pudo Martí como Rubén Darío, sacrificarlo todo al solo ideal de ser poeta; pero, antes quiso acatar normas de honrado; y el deber y el amor se le agrandaron: se completaron en la devoción de su tierra.

El juicio es exacto, aunque no original.

Frente a Martí, la admiración de Pedro por Rodó resulta estrictamente discipular. Aunque apele al "heroísmo" caryliano, el hecho es que la influencia de esa "alma escrita", no ejerce sobre Pedro tal sortilegio de esa otra "alma viviente" que fue la de Martí. Bien claro queda esto en la conferencia sobre Rodó, pronunciada en México, el año de 1910. Fue el uruguayo uno de los hombres que más influyó por medio de su "palabra escrita": de esta suerte queda libre el campo para Martí, para Hostos, para

González Prada, para Sarmiento mismo, paridores de actitudes y paradigmas de conducta.

Al terminar *Las corrientes literarias*, libro cuasi póstumo, Pedro Henríquez desliza apareadamente dos conceptos esenciales:

Su obra (la de los pintores mexicanos) es así, al mismo tiempo, una conquista artística singular, y, en lo que tiene de amor al pasado y al presente de la América hispánica, una ayuda única en su esfuerzo hacia una mayor libertad y una civilización mayor (p. 205).

Hay una página de Cervantes en que también, a su tiempo, junta los conceptos de *libertad* y *cultura*, como rima perfecta y hasta inevitable. Pedro Henríquez repite la hazaña, naturalmente, como hombre de una época urgida de ambas realidades. El capítulo "Problemas de hoy" destaca la ya incipiente división del trabajo en el campo intelectual; la posibilidad de realizar una literatura pura; la inevitabilidad de ligarse a la tierra. Las realidades sociológicas (analfabetismo, dictadura, explotación del hombre por el hombre, hegemonía norteamericana, etc.), son juzgadas como parte integrante del cuadro cultural. La Reforma Universitaria, el despertar nacionalista, la Revolución Mexicana, todo ello es considerado con atención por el maestro. Insiste en que todos, cada cual a su manera y con sus fuerzas, trabajaron y trabajan "en busca de nuestra expresión". También él, y muy señorialmente.

Al lado del escritor y del crítico, vivía en Pedro Henríquez Ureña el hombre, ciudadano pulcro, sencillo, severo y jovial. No sabría decir qué es lo más impresionante y fecundo en él: si el *hombre escrito* o el *hombre vivido*.

A mí se me hace que el último supera con mucho al primero. Y diré por qué y cómo:

Pedro Henríquez Ureña era un ser dotado con superabundancia del difícil don de la sensibilidad y la ternura. He recordado el corto episodio en que me hizo partícipe de sus angustias premortales. Hay otro instante en que le vi por entero en su fraternidad esencial. Alguien que me era muy caro sufrió un accidente y hubo de pasar horas de mortal vacilación entre la vida y lo que le sigue. Pedro Henríquez Ureña, que supo el incidente, acudió silencioso, pero solícito y eficaz a acompañar mi pena. Le vi igual en otras circunstancias: por ejemplo, ayudando a los desterrados de varios países. Era Pedro, un ser impar. Sabía tanto como sentía. ¿Debo confesar que me tuvo ganado a su amistad desde que le conocí? Sabiendo todo lo que sabía, jamás hizo alarde de sapiencia. Poseía un agudo y amplio criterio del magisterio, del apostolado.

No existe página suya que no tenga el aval de su propia conducta. De ahí que los latinoamericanos que le conocimos y por tanto quisimos, no nos consolemos de su partida y admiremos irremediablemente su obra de esparcidor de semillas, de sembrador de inquietudes y certezas.

No fue nunca un político, pero tuvo el sentido de la libertad y lo defendió contra viento y marea.

Creyó en la capacidad de ejemplarizar. Fue un permanente descubridor de lo propio y ajeno. Admitió sin resabios lo nimio y lo grande, si algo valía.

De sus propios errores emerge el edificio de sus innumerables aciertos. Sin querer ser estilista, adquirió y lució un estilo del que no se le podrá desposeer jamás.

Nada señala mejor su equilibrio, su eficacia, su incentivo que la cantidad de discípulos suyos que le tratan de soslayar, para dar así firme base al amargo decir de Nietzsche: "Mis discípulos son los que me niegan". Pudo agregar: "y los que tratan de olvidarme", —para ser justo y cabal.

ROMUALDO BRUGHETTI: TRAYECTORIA Y PRESENCIA DE UN DESTINO EN LAS LETRAS AMERICANAS

EXISTEN espíritus de inquietud indagadora en torno a los problemas, vivencias y tradiciones aceptadas por todo un pueblo y, en particular, por muchos de sus hombres representativos. Esos espíritus —captadores agudos del presente y escrutadores sagaces del porvenir—, son los llamados a despertar la conciencia capacitada para guiar a todo lector o curioso de las cosas que hacen al destino del hombre. Cada día se vuelve más necesaria la vocación rectora capaz de deslindar el pro y el contra en que se mueve el arte en general. Y muy principalmente el arte de nuestros días.

Por lo que hace a la Argentina, la inquietud del arte nuevo o joven, es de creer que anda distanciado de lo que pueda significar una meta o finalidad. Es decir, arribo, llegada a algo; llámese forma, esencia o —lo que es más difícil aún—, misterio creador.

El artista es producto de su época y también de su medio; es su intérprete y su reflejo. El artista, esto es: la idea indivisible de la conciencia, de la sensibilidad, de todo aquello que alienta en armonía con el creador cuando éste es auténtico. Pero, ¿qué entendemos por *idea*? ¿Cuál es su significación trascendente, en lo que respecta al arte? Reunificar la dispersión; ordenar las sensaciones clarificándolas a través de su sentido *esencial* por medio de un ahondamiento serenamente analítico; humanizar la oscura intuición, de tal modo que el propio artista perciba y sustente la certeza de su mundo intrasubjetivo. Quiero decir con esto que en el valor de la idea es irremplazable aquel principio que denominamos orden. Ordenar es construir, y construir en arte, significa condicionar el valimiento previo de la idea.

No otra cosa debe constituir el primer cuidado de todo creador que se precie de tal. Sin embargo, en nuestro arte de hoy, este principio o está olvidado o se lo pretende suplir con la espontaneidad, que casi siempre es producto de la improvisación. Y así, ser artista es poco menos que cobrar vuelo con lo primero que acude a la mente o se tenga a mano, sin aquella maceración profunda y consciente que necesita el poeta para lograr la palabra precisa y el pintor para conseguir las adecuadas resoluciones de forma y equilibrio que incidirán en la plena posesión de su mensaje; en este caso, el cuadro.

He aquí la encrucijada que el crítico tiene la obligación de despejar

o, al menos, de denunciar. Me refiero a aquel o aquellos críticos que, desde la cotidianidad permanente de un periódico o revista, juzgan lo que el artista ofrece a la consideración del público. No hablo de aquel otro crítico que mide su juicio y circunscribe su misión a deslindar lo verdadero de lo aparente. (En nuestra crítica actual, está haciendo mucha—demasiada falta—esta actitud de lealtad orientadora, de saneamiento. Sobre todo de saneamiento con respecto a lo que se exhibe en salones o galerías de arte, como declarado ejemplo y conquista de una época: trapos, artefactos y desechos de toda índole; maderas acumuladas aquí y allá; infantilizados alambres, etcétera). Repito: la carencia de *idea*, suplida por el desorden de la improvisación y la facilidad, confirman el síntoma más alarmante del confusionismo que aqueja a nuestro arte actual que anda como "sostenido por falsas muletillas", quizá porque pretende ignorar que su esencia, o lo que es igual, su *verdad*, rehuye lo momentáneo y está por encima de toda fórmula, porque en arte no se edifica sobre lo pasajero, sino que es más bien su eternidad lo que vive para edificarnos y enseñarnos que su mundo, escapa a éste, sórdido y estrecho, que diariamente quiere apresarnos en su quehacer irredento. Volver al hombre; volver a encontrarse con él, en sus designios más ocultos, será lo valedero para el creador. No está muerta la fórmula de Ortega y Gasset: "Pintar no es, en absoluto, otra cosa que una manera de ser hombre".

Las inquietudes y reflexiones que sobre algunos aspectos del arte actual, apenas quedan aquí soslayados, en la labor crítica de Romualdo Brughetti han encontrado el proceso de un vasto y meditado ahondamiento. Brughetti ha vivido—vive—en nuestro tiempo, y desde él se manifiesta a través de las vertientes espirituales que acucieron su afán de investigador y crítico. Así, especialmente el arte argentino y americano han tenido en la expresión asidua de sus reflexiones, ensayos y estudios—muchos de estos estudios publicados en América y Europa—un empeñoso intérprete, un sagaz iluminador de sus directivas fundamentales.

Brughetti publicó en 1937—hace exactamente veinticinco años—, *18 poetas del Uruguay*, libro que compendiaba una madura síntesis crítica-antológica que, al paso de los años, lejos de perder vigencia, se ha ido acentuando, a tal punto que cuatro lustros más tarde, la segura afirmación de Emir Rodríguez Monegal constituye su mejor testimonio. Refiriéndose a este libro, el crítico uruguayo afirmaba: "su ordenación puede tomarse como punto de partida para fijar las coordenadas de la nueva literatura uruguayana". En efecto. En aquellas páginas, aparte de analizar con rigor crítico y selectivo la valiosa conjunción de nombres como los de Delmira Agustini, Vicente Basso Maglio, Esther de Cáceres, Julio Herrera y Reissig, Juana de Ibarbourou, Juan Parra del Riego, Alvaro Armando Vasseur, María Eugenia Vaz Ferreira, entre otros, en lo que tienen de esencial; apuntaban ya las

futuras inquietudes de exigencia y conducta que posteriormente recorrería su autor, tanto en el ensayo propiamente dicho como en la crítica artística.

18 *poetas del Uruguay*, significó la fijación de los valores más positivos de la poesía uruguaya moderna, y algunos nombres representativos de la contemporánea: Fernando Pereda, Juan Cunha, Sofía Arzarello. Es innegable que su validez intrínseca fijaba "un criterio estético" y proponía "una más profunda revaloración" de las voces allí convocadas.

No es otro el saldo positivo y revelador—crítica y estéticamente— de este libro de Brughetti.

En 1943, su obra *Descontento creador* obtuvo el premio del concurso para libros de ensayos organizado por la Editorial Losada y la Sociedad Argentina de Escritores. Libro de desusada densidad espiritual en nuestro medio, las páginas de *Descontento creador*, develaban "las inquietudes y los problemas de una nueva conciencia argentina", y analizaban con meridiana valentía algunos de "los aspectos fundamentales de nuestro tiempo"; pero, específicamente, de nuestro medio. Del medio argentino.

Sus diversos capítulos trasuntaban la inquietud de su autor—plena de incitaciones—, y traducían, al par que un limpio e inquietante fermentario ideológico, aproximaciones a algunos de los problemas más hondamente críticos y dramáticos del hombre argentino de aquellos días, tanto en su vicisitud moral, como también política, social, económica y religiosa de la vida.

En este orden de cosas, aquellas páginas proponían diversas soluciones a la realidad del país, pero por sobre todo la neta posición espiritual de una *verdad irrenunciable*, que sigue manteniendo latente la actual radiografía del devenir que aqueja a nuestro pueblo en su función de sociedad y cultura. De tal modo, que la inquietud que entonces atenaceaba a Brughetti como problema patético de un destino, se repite en esta hora crucial que afecta a hombres e instituciones de un país que todavía clama por una solución verdadera.

Pero si en este carácter es ejemplar y digno de tenerse en cuenta el planteo efectuado por el escritor, no es menos la vital actitud que asume en el plano de los valores literarios y estéticos, donde agudamente indaga y penetra, hasta tratar de clarificarnos extrañas raíces no sólo del acontecer nacional de lo que entonces era su presente inmediato, sino también de su pasado. Y esta diversidad interpretativa, confirma otra de sus raras y personales virtudes de ensayista, que le han valido, a propósito de este libro, meritisimos juicios, como este de Gabriela Mistral, en el que le expresaba: "me ha disparado los sesos por muchos derroteros. Los mejores libros son estos que destapan un frasco de preguntas presas".

De ahí en más, el quehacer espiritual múltiple—artístico, literario, ético— de Brughetti se abre hacia un prolífico camino que sustenta algunos de los títulos más significativos de su bibliografía: *De la Joven Pintura*

Rioplattense (1942), *Nuestro Tiempo y el Arte* (1945), *Veinte expresiones de arte humanista* (1946), *Pintura Argentina Joven* (1948), *Italia y el arte argentino* (1952), sus monografías sobre *Ramón Gómez Cornet*, *Aquiles Badi*, *Faustino Brughetti*, *Raúl Soldi*, *Alfredo Bigatti*, y en especial, obras señeras, de la categoría de *Prometeo* (1956), *Geografía Plástica Argentina* (1958), *Viaje a la Europa del Arte* (1958) y *Arte precolombino de América* (1962), hasta llegar a *Vida de Almafuerte*, un libro clave, este último, para conocer la singular grandeza de aquella mesiánica y avasalladora figura que fue Pedro B. Palacios; y a cuyas páginas habrá que volver toda vez que se quiera desentrañar la verdad poética y biográfica del cantor de *Evangélicas*, libro escrito o engendrado "con amore, assai appassionato ma non troppo", como dijera Ezequiel Martínez Estrada.

Las nubes y el hombre: Confirmación de un poeta

COMO retomando el largo y azaroso avatar de nuestro tiempo—viva palpitation de su obra de crítico—, la silenciosa labor poética de Romualdo Brughetti se traduce ahora en sus poemas de *Las Nubes y el Hombre* (1962), que concentra y unifica más de veinte años de escondido madurar lírico.

A través de suplementos literarios y de revistas de poesía, aunque muy de vez en cuando, Brughetti nos acercaba algún destello de su fervor poético. Por eso, en oportunidad de la aparición de este poemario, no nos resultó extraño encontrarnos ante un conjunto de íntima homogeneidad que plasma y descifra la certidumbre de un mensaje. Y esto lo consignamos porque configura uno de los atributos salientes del libro; "libro completo porque concilia con equilibrada armonía las cualidades poéticas esenciales", en opinión de Enrique Banchs.

La poesía de Brughetti participa por igual de la contemplación y de la búsqueda, y delimita una unidad de acción y de intelecto que busca integrarse en el designio del hombre—vigilia e interrogación permanente— con las raíces más secretas de la existencia. De este modo, vida y paisaje, pero no el paisaje visual al que estamos acostumbrados, sino aquel otro más profundo; aquel que coexiste con nosotros—ánimico y vital—, rige el empeño en que se mueve el poeta: "viviente en el corazón de los días", "en lo hondo del ser, comarca rebelde de hombre cuya existencia nacía a la libertad como un rito...", según sus propias palabras.

En los poemas de *Las Nubes y el Hombre*, el ser busca la integración de una fe profunda y denodada, en medio del vacío existencial. Por eso, palabras como "libertad", "comuni6n" y "amor", son inseparables de su sentir y pensar.

Por otra parte, varia y vasta es la latencia sugeridora que cifran el alcance de estos versos, y en ellos se anima y renueva un ansia de comuni-

cación que va por igual desde la milenaria certidumbre de los fenómenos temporales hasta el gotear del tiempo, que se lo ausculta y presiente como latiendo a compás del eterno corazón humano. Otras veces, su preferencia lírica se deslinda hacia el germinar de las cosas cotidianas con su carga de colores elementales, que el poeta enumera con primitiva delectación: "nubes naranjas", "pardas", "nubes negras"; todo contrastando e integrando la profundidad desolada y caliente de aquel gran recinto del mundo que es "la noche"; "sólo la noche".

El viento, el agua, la flor, junto con la reminiscencia de pretéritos sueños y visiones, alternan otras de las aventuras que se complace evocar —mejor fuera decir *trasmustanciar*— esta poesía. Así, llegamos a otro de sus ponderables líricos: la economía, la síntesis "ungarettiana" con que el poeta, consciente o inconscientemente, decide el destino de sus poemas. Todo se ajusta a aquel concepto que Berne-Joffroy aplicaba para definir la esencialidad del poema: "Es el verso que ya no quiere decir nada, sino únicamente cantar".

Algo y mucho de eso nos transmite su poema *El gran viento*: "Estamos en la tierra, / vivimos, sufrimos, / y de pronto sentimos / que la tierra no es la tierra, / que de la tierra nos levantamos / con sus bellezas y gozos, / y ella, allá abajo, nos mira / con su quieto mar, / con sus verdes praderas, / con su cotidiano ir y venir / de la sombra a la luz: / y todas las flores suben, / suben con nosotros, / Alguien nos dice entonces / que es el gran viento / que nos trajo a este cielo". / "Nos amamos".

El paisaje, aquí, existe en función del acto amoroso y solidario del hombre, y nunca indivisible de éste, y como tal, determina los momentos esclarecedores que conmueven al poeta a lo largo de su tránsito. Porque *Las Nubes y el Hombre* —calificado de libro "importante en el panorama de la actual lírica argentina"—, es un viaje por la vida misma. La suma de un viaje donde todo aspira a la perpetuidad de una recreación profunda e íntima. De ahí que el tiempo —necesariamente volvemos a insistir—, juegue en estos poemas su dramático interrogante de verdad y sueño que, a su vez, signan un motivo de nostálgica y permanente soledad. Soledad fructífera. Soledad desasida de todo vencimiento personal; soledad "edificada" "en lo oscuro", en el "milagro inextinguible", ansiosa de buscar una "cifra de lo absoluto", o "el cielo de la tierra prometida", como concluye uno de sus más conseguidos poemas.

En las palabras liminares del libro, su autor nos confiesa: "...he escuchado la voz de la Naturaleza y su imprevisible gracia, el diálogo del amor y su ráfaga ensimismada, la esperanza de libertad y su placer solitario, la fe en el hombre y su ámbito ecuménico".

No es otro el destino y la naturaleza de este poemario que importa una recogida labor de veinte años, y el fruto de una voz cálida y viviente.

Viviente y cálida: "hasta invadir, penetrantes mares, los diques donde

anidan los sufrimientos y las pasiones...”, según el propio verso de Brughetti. Y debe bastarnos, porque también eso distingue y enardece el gran fuego en que la poesía eleva las llamas de su misterio legendario e intemporal.

David MARTINEZ

Libros y Revistas

LIBROS

GÜNTER GRASS, *El tambor de bojolata*, Edit. Joaquín Mortiz, 623 pp., México, D. F., 1963.

Traducida directamente del alemán por Carlos Gerhard, esta segunda novela de Grass habrá de ser pronto, en el medio cultural mexicano y latinoamericano, objeto de análisis minuciosos, de observaciones poco comunes, de polémicas, denuestos y exageradas alabanzas. Sinceramente, estamos en presencia de una obra única, cuyos valores —y lo anticipamos desde ya— arrojan a su favor todos los méritos y todas las ventajas.

El editor asegura que en París *El tambor de bojolata* ha sido considerado como un documento literario insólito y atrevido difícil de parangonar con cualquier otro de los producidos durante los últimos veinte años. Quizá ello sea mucho decir, porque en las dos décadas anteriores se han producido obras literarias que no son menores como documentos.

Günter Grass, sin embargo, da la impresión de estar al margen de esta clase de comparaciones; leyendo detenidamente su obra, el lector exigente podrá ir anotando que el novelista tiene preocupaciones propias y en armonía con las páginas que va escribiendo.

Grass se vale de los instrumentos más inesperados para erigir las estructuras de su edificio; en su construcción es válido pasar del halago al impropio, de la piedad a la monstruosidad, del dato científico al procedimiento mágico, de la creencia religiosa a la animosidad poética, de la sinceridad a la traición, de la política al circo, de la ternura a la hosquedad; como se ve, es fácil deducir el pulso temperamental de la obra, es fácil suponer que la risa puede estallar lo mismo en el silencio hipócrita de una iglesia que entre el murmullo de los rezos acongojados ante el difunto.

El hilo de las proposiciones lógicas no está garantizado en ningún momento. La incoherencia asoma su rostro con la mayor tranquilidad. El mecanismo usual es el ritmo impuesto por los hechos terribles e inesperados de la vida. Si hay incoherencia, no la inventa Günter Grass heroicamente; en todo caso, es un coautor al que la verdad le veda referencias de dirección; las acciones se orientan casi solas, se ubican, se desplazan, desaparecen y aparecen en cualquier horizonte de la novela; no importa que el lector las invoque o las haya olvidado, son ellas las que deciden —como en la vida— su dinámica, forman parte de un mundo antojadizo para el novelista o para el espectador pero sujeto a leyes que afirman su independencia.

El tambor de hojalata es un denso nudo de historias que descansan sobre la historia central de Oscar Matzerath. ¿Y quién es Oscar Matzerath? Posiblemente, el individuo de menor suerte en el relato, el más contrahecho, el deforme, el enano, el jorobado; no obstante, es a través de él que la crítica y los señalamientos de Grass alcanzan su contundencia; es por su modo de valorar los acontecimientos que algunos hechos históricos ya ampliamente tocados y retomados por otros autores, vuelven a llamarnos la atención. De otra manera, sería difícil leer nuevamente la crónica relativa a los cincuenta años últimos de Alemania, sería imposible perder el tiempo en volver a observar lacras y virtudes de una sociedad europea estremecida por sus más insuperables contradicciones.

Decenas de contrapuntos mueven los resortes del relato de Günter Grass, y tal vez sea el sobresaliente este del "tamborcillo" Oscar frente a su ingenua manifestación de la historia; contra lo que parece estar a la vista, se impone una verdad: en la obra de Grass el mundo, el hombre, la cultura, el arte, la política, la historia misma, dependen a ratos de los labios del enano Matzerath. Las dimensiones a que se acostumbra el lector cobran su realidad en lo que expresa Oscar, la vida de afuera, la que no está en las páginas de *El Tambor*, carece de sentido.

Oscar Matzerath es el símbolo de la indignación contra los sueños del adulto; Oscar Matzerath dispone su propio destino cuando a la edad de tres años decide no crecer más, cuando escoge como a único compañero al tambor, el cual en adelante expresará todos sus sentimientos, todas sus pasiones, todas sus protestas, todos sus sueños; bastará tocarlo con sus palillos para liberarse de las aprehensiones y conseguir sus propósitos; desde su pequeñez impondrá su sentido de la vida golpeando fuerte su tambor, primero a la madre, luego a la familia y por último a la sociedad; Oscar y su tambor irán logrando hasta sus mínimos caprichos, se irán saliendo con la suya.

Las páginas de *El tambor de hojalata* intentan abordar los temas seleccionados de acuerdo con la importancia que les concede el mundo actual; por ello, lo que se dilucida es una temática de interés universal; ahora bien, la vastedad de realizaciones que se ha propuesto el autor urgen de un cauce adecuado, un conducto que no permita el derrame al correr la turbulencia de las aguas. Günter Grass no ignoró este necesario complemento que ya en el curso de la novela se volvería definitivo.

Así, ante la montaña de material que llegaría a integrar el mosaico apareció el conjunto de formas que rompería cualquier monotonía plástica, que conjugaría mejor los distintos contenidos armonizando *Técnicamente* la expresión total desde un punto de vista estético.

Este problema de la técnica a emplear por el autor, está contemplado también por el personaje central de la obra; Oscar Matzerath no descuida el aspecto literario de su testimonio; en las primeras páginas de la novela, cuando se nos presenta encamado en el sanatorio para enfermos mentales,

anticipa que se dispone a relatar su vida, a escribirla, pero que tropieza con la pregunta de todo principiante o de todo hombre responsable metido a escritor: "¿Cómo empezar?" La respuesta llega después de sugerir alguna crítica referente a la manera de escoger la técnica conveniente; leamos algo:

"Uno puede empezar una historia por la mitad y luego avanzar y retroceder audazmente hasta embarullarlo todo. Puede también dárseles uno de moderno, borrar las épocas y las distancias y acabar proclamando, o haciendo proclamar, que se ha resuelto por fin a última hora el problema del tiempo y del espacio. Puede también sostenerse desde el principio que hoy en día es imposible escribir una novela, para luego, y como quien dice disimuladamente, salirse con un sólido mamotreto y quedar como el último de los novelistas posibles. Se me ha asegurado asimismo que resulta bueno y conveniente empezar aseverando: Hoy en día ya no se dan héroes de novela, porque ya no hay individualistas, porque la individualidad se ha perdido, porque el hombre es un solitario y todos los hombres son igualmente solitarios... Es posible que en todo eso haya algo de verdad. Pero en cuanto a mí, Oscar, y en cuanto a mi enfermero Bruno, quiero hacerlo constar claramente: los dos somos héroes, héroes muy distintos sin duda..."

Desde el sanatorio Oscar narra las altas y bajas que ha sufrido su existencia hasta los treinta años de edad; retrocede hasta a sus abuelos y comienza por colar fragmentos importantes de lo que considera su biografía. Hay fragmentos inolvidables, como "El álbum de fotos", que despiertan en el lector recuerdos similares sobre instantes de su vida infantil. En estas primeras páginas, uno de los hechos considerables es el relativo a la determinación del niño respecto a lo que debe ejecutar para no crecer; Oscar se fija en la escalera de la bodega y la utiliza como instrumento para lograr su propósito; oigámoslo: "Y luego otra vez arriba hasta el octavo peldaño; no, uno menos, o quizá bastaría hasta el quinto. Pero no, desde ahí no parecían conciliarse la seguridad y un daño verosímil. Así que arriba otra vez, hasta el décimo peldaño, demasiado alto, para precipitarme finalmente desde el noveno, de cabeza, sobre el piso de cemento de nuestra bodega, arrastrando en mi caída un estante de botellas llenas de jarabe de frambuesa... De ahí en adelante había pues de decirse: el día de su tercer aniversario nuestro pequeño Oscar rodó por la escalera de la bodega y, aunque no se rompió nada, desde entonces dejó de crecer".

A partir de este momento Günter Grass ha dotado de dos fuerzas al personaje: le ha entregado el tambor y le ha permitido no crecer; ambas fuerzas proporcionan un sentido de humor y magia a las acciones de Oscar Matzerath, quien oscilando entre la ingenuidad y el cinismo, entre la mofa y la despreocupación, dirá o narrará hechos poco nobles pero que le parecen dignos de contarse por la forma especial en que los interpretó; dentro de tal concepción, Oscar no titubea ante ningún obstáculo, no le corta su hilo esta o aquella escabrosidad, simplemente cuenta, nada lo detiene ni le aconseja

recato o prudencia; así, narrando algo relativo a Jan Bronski, ex novio de su madre y amigo de la casa paterna, cree necesario escribir: "Jan, el que vivía de la carne de mamá; el que según lo creo, y lo dudo hoy todavía, me engendró en nombre de Matzerath".

La mentalidad de niño del personaje permite construir o reconstruir hechos en medio de un aparente desorden; hay páginas en las cuales el lector tiene que seguir el relato pasando de la narración en primera persona —a cargo de Oscar— al impersonal; incluso, en un mismo párrafo se deberá estar atento a fin de localizar dos o tres voces distintas y actos del pasado expuestos de nuevo en situaciones del presente; todo esto, sin valerse de más recurso que la mentalidad revuelta de Oscar, pues no existen cambios orientadores ni siquiera en la tipografía del párrafo o de la página. Uno de esos casos está a la vista cuando el esposo Matzerath discute acerca de dar sopa de anguilas a la mamá de *El Tambor* y la contrariedad conduce a recordar la caída de Oscar en la bodega; el párrafo es este:

"Tú tienes la culpa, no, la tienes tú, ahora mismo preparo la sopa de anguilas, no te pongas tan delicada, haz lo que quieras con tal de que no sean anguilas, hay conservas bastantes en la bodega, toma unas cantarelas, pero cierra la trampa, que no vuelva a suceder, acaba de un vez con tus bobadas, habrá anguilas y basta, con leche, mostaza, perejil y patatas al vapor y una hoja de laurel además, y un clavo, pero no, Alfredo, no insistas si ella no quiere, tú no te entrometas, o crees que compré las anguilas por nada, las voy a lavar y limpiar bien, no, no, ya veremos, esperad a que estén sobre la mesa y ya veremos quién come y quién no".

El tambor de Oscar es casi otro personaje; por medio de él, interpretado debidamente con los palillos, el pretérito del enano surge; podría decirse que es propiamente el tambor quien narra; la importancia del instrumento sólo es entendida leyendo el relato sin olvidar los juegos simbólicos que hace el autor ante diferentes situaciones; porque el tambor sirve lo mismo para hacer callar a los adultos cuando aturden a Oscar con sus charlas insípidas, que para probar la valentía de alguien; Oscar lo utiliza no sólo para alcanzar algún objeto colocado a cierta altura, sino también para dar cima histórica a los sucesos que considera de primer orden en su vida; uno de éstos es la muerte de su madre y el momento en que ve el ataúd y algo le preocupa, algo siente dentro de su pecho, algo que no sabe definir. El enano entonces recuerda: "Mi mirada iba de la nuca de Matzerath a las nuca arrugadas en todos los sentidos de los portadores del féretro. Necesitaba reprimir un deseo salvaje: Oscar quería encaramarse sobre el ataúd. Quería sentarse encima de él y tocar el tambor. Pero no en la hojalata, sino en la tapa del ataúd... Oscar quería bajar a la fosa con su mamá... y quedarse abajo mientras los familiares echaran su puñado de tierra, y no subir, sino permanecer sentado sobre el pie de la caja, tocando el tambor, tocándolo si fuera posible bajo tierra, hasta que los palillos se le cayeran

de las manos y la madera cediera a los palillos, hasta que él pudiera por amor de su mamá y su mamá por amor de él y entregaran ambos su carne a la tierra y a sus habitantes . . .”

El crecimiento de Oscar Matzerath queda interrumpido hasta los veintiún años; hasta esa edad el personaje conserva sus noventa y cuatro centímetros y conserva, a la vez, las ventajas de presentarse como un retrasado mental; junto a su falta de desarrollo se encuentra el tambor que resuelve muchos de sus problemas e interpreta las soluciones de los ajenos. A los veintiún años Oscar decide crecer y abandonar el tambor; esta decisión del personaje coincide con el golpe de un guijarro lanzado a su nuca por un niño; o sea que Günter Grass no descuida la posibilidad científica exterior, no renuncia a la fórmula realista que sostiene el relato; aparte del mundo mágico de Oscar que tantas sonrisas exige por sus críticas acertadas, por sus irrespetos y por sus descabelladuras, hay el mundo real que tanto interesa al autor mismo; de esta manera, el simbolismo de aquel mundo mágico, de aquel capricho infantil, estará *explicado* doblemente: por el golpe de la piedra en la nuca y por la determinación automilagrosa del personaje que en esa forma protesta ante un universo que le es ajeno.

Es más, Oscar Matzerath empieza a contar su historia a los treinta años, cuando se encuentra recluido en un sanatorio para enfermos mentales; su modo de interpretar la vida durante los años en que *no quiso* crecer van a ser justificados por la psicología o por la psiquiatría; Oscar entiende que su vida es riquísima en acontecimientos, poco común, y se dispone a escribirla; sabe que no es posible esa forma de haber vivido miles y miles de actos, que esa maravilla sólo puede identificarse con la magia de la cámara cinematográfica, sin embargo él es un hombre y no un director de cine, su vida ha transcurrido en la realidad como su vida y no como una cámara cinematográfica. A los treinta años siente que no sólo ha crecido de noventa y cuatro centímetros a un metro veintitrés, sino que también ha adquirido una madurez mental que lo compromete ante la humanidad a relatarle su personal odisea.

Las páginas de *El tambor de hojalata* prestan material para abundantes comentarios y acotaciones; intentar extenderse no sólo nos llevaría de la literatura al arte sociológico, sino que abriría posibilidades especulativas sobre el terreno de la psiquiatría y de la física, de la política y de la filosofía, del paganismo y de la religión.

Respecto a la última, es innegable el humor de Günter Grass; incluso vale recordar aquí, para concluir, aquel fragmento en el cual Oscar vuelve a la iglesia dispuesto a probar a la estatua de Jesús, a saber si es tan verdadero, tan capaz de muchas cosas como le han contado; para ello, dispone de su instrumento; sólo si Jesús toca el tambor mejor que Oscar es digno de ser tomado como auténtico. Veamos: “Con toda precaución para no estropear el yeso, le coloqué la hojalata blanquirroja sobre los muslos son-

rosados, pero lo hice sólo por darme gusto, sin especular tontamente con milagro alguno, sólo por contemplar la impotencia en forma plástica... lo cierto era que no sabía tocar el tambor, y sólo sabía hacer como si supiera. Tal vez pensara: si tuviera, sabría; y yo decía: ahí tienes, y no sabes; y desternillándome de risa le introduje los palillos entre aquellos dedos que parecían diez salchichas. ¡Toca ahora, dulcísimo Jesús, toca el tambor, yeso pintado!... Y Oscar se aleja y se retuerce de risa, porque Jesús ahí sentado, no puede tocar aún cuando tal vez quiera..."

ELÍ DE GORTARI, *La ciencia en la historia de México*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 461 pp., México, D. F., 1963. Colec. Vida y Pensamiento de México.

Investigador y catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México, De Gortari está considerado como uno de los autores hispanoamericanos más responsables en el estudio de las ciencias; un libro suyo, con varias ediciones en siete años, *Introducción a la lógica dialéctica*, basta para confirmar su disciplina.

Sin embargo, *La ciencia en la historia de México*, libro publicado en estos días, no es de menor interés. El autor le dedicó sus esfuerzos desde 1946 y sus páginas son el fruto de la preocupación constante por la investigación científica en general, encauzada aquí hacia el desentrañamiento de una problemática mexicana.

Los primeros trabajos del investigador se encaminaron hace años a estudiar a José Antonio Alzate y Gabino Barreda; este estudio y la acumulación de elementos, durante dos años, acerca del desarrollo científico mexicano, permitió a De Gortari fundar, en la Facultad de Filosofía y Letras, la cátedra de Historia de la Ciencia en México, la que también empezó a impartir en la Escuela Normal Superior.

Al propósito de investigación del autor contribuyó notablemente la beca que en 1951 le otorgó el Centro de Estudios Filosóficos y, en 1954, su designación como investigador de tiempo completo en dicho Centro. Los antecedentes del volumen que hoy circula se encuentran en manifestaciones orales y escritas recogidas por diarios y revistas mexicanos y extranjeros, así como también en el libro: *La ciencia en la Reforma*, publicado por la Universidad Nacional.

Elí de Gortari, por lo que se ve, reúne en los doce capítulos de este volumen una serie de experiencias seleccionadas en más de quince años de labor. La trayectoria de dichos capítulos va desde las culturas mexicanas antiguas y las concepciones científicas indígenas, hasta la ciencia contemporánea y las perspectivas del investigador mexicano en la actualidad.

Como es obvio, el autor reconoce por anticipado que las presentes páginas no agotan el tema, que antes bien ellas adolecen de errores y omisiones; no obstante le animó a su publicación el hecho comprobado de que no existe un estudio amplio, sistematizado, sobre la materia que le ocupa, siendo entonces su libro un punto de partida que ofrece panorámicamente la historia de la ciencia mexicana.

Entre los resultados de su obra, De Gortari no omite el desacuerdo de otros autores especializados en la materia; tal desacuerdo contribuirá —asegura— a nuevas investigaciones propias y ajenas que redundarán en beneficio del tema y de México, puesto que, prácticamente, el mismo De Gortari ha debido comenzar, para su estudio, casi a partir de cero; porque si bien es cierto que hay rigurosos planteamientos sobre "ciertas épocas en particular", no lo es que exista una obra "en la cual se presente la estructura completa de nuestro desarrollo histórico de una manera objetiva y congruente".

La ciencia en la historia de México, es un tomo riquísimo en sugerencias y afirmaciones; el autor, sin apartarse de su esencial propósito científico, ilustra sus páginas con situaciones o ejemplos de actualidad; así, al hablar de la fase organizativa para hacer avanzar a la ciencia, señala la inconveniencia de cierto impulso o ayuda exterior proporcionado interesadamente por Estados Unidos. Dentro de esta línea, escribe: "es necesario que la ayuda exterior se acepte sólo cuando sea utilizada efectivamente para hacer progresar nuestra actividad científica y no sirva, simplemente, para complementar los programas de investigación de otros países, ni menos aún sus proyectos militares, y siempre que dicha ayuda no traiga como consecuencia ninguna dependencia económica, política o científica".

EFRAÍN SUBERO, *Todavía la noche*, edit. Asociación de Escritores Venezolanos, 120 pp., Caracas, Venezuela, 1963.

El primer título de este poeta venezolano apareció en 1956: *Estancia del amor iluminado*; hasta 1962, con *La obra poética de Nazona*, ya había alcanzado su primera decena de volúmenes; lo cual habla muy seriamente de su dedicación a escribir cuartillas.

Ahora bien, ¿cómo anda su dedicación en el aspecto cualitativo? El lector podrá responderse atendiendo al prólogo del poeta venezolano José Ramón Medina o al libro prologado: *Todavía la noche*, compuesto por veinticinco poemas.

En verdad, tanto el prólogo como el poemario hablan en favor de Efraín Subero. Para entender algo de la poesía de éste es forzoso estar de acuerdo con José Ramón Medina cuando afirma: "Pero como el acto poé-

tico reposa siempre, en última instancia, sobre la experiencia humana, sobre la vivencia, he allí que como aleteante trasfondo, ya que no como directa enunciación, un matizado nativismo dentro de la mayor amplitud poética que ahora sirve a Subero para formular su verso y su palabra, se insinúe aquí y allá, con inconfundibles rasgos de identidad".

Mas, *Todavía la noche* presenta un rasgo importante ubicado entre dicho nativismo y la "mayor amplitud poética" que señala Medina, y es indudablemente, la actitud de Efraín Subero para manejar su "mensaje", su lento apóstrofe, su diluido inconformismo ante lo que va observando. No se trata aquí de una poesía política o revolucionaria, sino de una instrumentación afinada para ejecutar ciertos temas que el autor expresa dentro de alguna solemnidad, temas que surgen de la diaria aurora venezolana pero que por su violencia Efraín Subero los metaforiza en *Todavía la noche*.

Aparentemente, el lenguaje de este poeta es fácil; sin embargo, si lo es para ser leído no puede afirmarse igual de la experiencia de quien lo escribe; muy difícil puente debe haber cruzado el poeta para "comunicarse" sin caer en la traición del poema. Su dominio de las palabras lo sitúan a ratos en una comprensión coloquial.

Leamos dos fragmentos de poemas distintos:

Acepto que sea conmigo la cosa.
Que sea a mí a quien se golpee.

.....

¡Pero que no padezca nadie más a mi lado!

.....

- (1) Ese niño que grita, llorando e implorándome,
como si en mí estuviera.
Como si yo pudiera hacer otra cosa que no fuera
decir lo que aquí digo.

- (2) Enfrentamos un silencio amenazador
del que puede surgir de pronto
un golpe de viento que angustia.
Puede ser una orden
de esas que jamás tienen corazón.
puede ser algo
que cruza y mata y punto y se acabó

.....

Que es estar esperando
que se desplome al grito.
Que golpeen las puertas.
Que suene el teléfono de una vez.
Que repiquen las campanas.
Que nos encadilen.

Que nos toquen el hombro,
significativamente,
por la espalda...

Amigos, la cosa no es juego
Yo que se lo digo, yo que se lo digo.

GRISELDA GAMBARO, *Madrigal en ciudad*, Edit. Goyanarte, 106 pp., Buenos Aires Argentina, 1963.

Sin definir su relato hacia lo que podría llamarse cuento largo o novela corta, la autora recoge tres títulos: "La infancia feliz de Petra", "El nacimiento postergado" y "Madrigal en ciudad"; cualquiera de ellos es digno de titular el volumen, no obstante Griselda Gambaro se inclinó por *Madrigal en ciudad*.

La fuerza de la narración está sostenida casi siempre a base del desenvolvimiento psicológico de los personajes; éstos, tristes, rodeados constantemente por miles de recuerdos, no caben con amplitud en la descripción; desde cierto punto de vista, la ausencia del diálogo vuelve deficientes las manifestaciones de los individuos; podría asegurarse que Griselda Gambaro perdió ese gran detalle utilísimo en el relato: la complementación del diálogo frente a la descripción.

De todas maneras, la narración no decae, mantiene su hilo emotivo y lo salva, precisamente, sobre las aportaciones subjetivas de cada personaje. En "La infancia feliz de Petra", lo fundamental se explica mediante la visión deformada de la realidad a causa del golpe que produce en los niños la madre muerta; los ojos de las criaturas dan su propia comprensión a los acontecimientos, entienden los hechos exteriores en armonía con su herida sensibilísima. En "El nacimiento postergado", la descripción en tercera persona hecha por la autora es adecuada para narrar el encuentro del amor; Ana y su experiencia romántica, su huida del hogar, alcanzan aspectos novedosos por la hábil narración de lo sorprendente, del invisible impulso para desafiar el temor y la autoridad; al final, cuando la mujer es abandonada, la intervención descriptiva de Griselda Gambaro es de doble consecuencia: el retorno de Ana a su casa y los pensamientos que cruzan la cabeza del padre, la derrota moral de la hija y las actitudes mentales encontradas del viejo que, siempre padre, sólo dice: "Ana, ¿querés entrar?". Y "Madrigal en ciudad", mezcla de egoísmo y cobardía, de inconformidad ante la juventud perdida, de inestable amor, de complejidades psíquicas que la autora resuelve con la misma fórmula, agregando—quizá— la agudeza de la observación, la cual llega hasta el verdadero análisis de situaciones actuales vinculadas al recuerdo.

Fuera de la carencia de diálogos, no hay nada que objetar a estos tres relatos contruidos con un material temático común; *Madrigal en ciudad*, es un libro respetable dentro de su género.

DIEGO CAÑEDO, *El milagro*, Edit. El Autor 51 pp., México, D. F., 1963.

Diego Cañedo ha escrito un relato en el que, motivo, o pretexto de fondo para desenvolver un par de historias, constata un hecho, el cual da título a su volumen: *El milagro*. Ahora bien, el tema no se circunscribe al "milagro" sino a la petición hecha por Atenógenes —recién llegado de España— a Diego; pide a éste investigar el paradero de los hijos de Aquiles, amigo al que debe grandes favores. Los diálogos de Diego y Atenógenes sirven para familiarizar al lector con el modo de ser de cada personaje, así como para ponerle en antecedentes de la opulencia, la suerte y la buena salud que rodeó en su tiempo al desaparecido Aquiles.

Es innegable que *El milagro* de Cañedo logra interesar por más de una razón pero no puede dejar de advertirse que pierde su mayor fuerza al justificar una solución mediante un final inesperado por fácil o simple. En algunas páginas, el autor enseña que pudo muy bien mejorar—si no la temática— su técnica, pues se nota cierto clima propicio al desarrollo narrativo exigente, así en las primeras páginas donde el lector prevenido espera después de leer:

"Nunca he sido precisamente un creyente en los milagros, mas no hago mofa de ellos, ni los niego a ultranza. Sabemos tan poco de la esencia de las cosas. . . Hace unas cuantas semanas, ya de noche y estando solo, releía, arrellanado en un sillón, un cuento de Poe. Sonó de pronto el timbre y me levanté para permitir la entrada por el zaguán que da a la calle, usando el botón eléctrico, a mi visitante inesperado. Permanecí junto a la puerta que da acceso directo a mi estancia, y la mantuve abierta. Vi salir del elevador y caminar por la penumbra del pasadizo a un hombre desmirriado y no muy alto. Pero no me di cuenta de su facha y de su atuendo hasta que lo tuve frente a mí, en un sillón, y le manifesté que estaba a sus órdenes".

Sin embargo, semejante clima, con pasadizos oscuros, lectura de Poe y visitantes inesperados, se frustra; el señor "desmirriado" es Atenógenes que llega a la casa de Diego para pedirle el favor de investigar el paradero de los hijos de Aquiles; se sabrá después por el visitante el "milagro" operado en Aquiles a través de un santón oaxaqueño que lo cura del cáncer, y también se sabrá el contrapunto del milagro, puesto que Aquiles conserva la vida para ver morir a su esposa, caer en la lipidia y ser un ebrio consuetudinario, todo lo cual le conduce al suicidio.

La investigación que pasa a ser de tipo policiaco, arroja datos secundarios para el interés creciente de lo que podría haber sido *El milagro*; Diego

entrega todo un expediente a Atenógenes y éste, después de comprobar que los hijos del amigo a quien tanto debe son dos lacras de la sociedad, concluye: "Me necesitan en Madrid con urgencia. . . Leí el relato de su investigador y en cuanto a esos andrajos humanos he resuelto no hacer nada".

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, *Con las mismas manos*, Edit. Unión, 210 pp., La Habana, Cuba, 1962.

Una selección de anteriores poemarios (*Patrias, Elegía como un himno, En esta nuestra tierra, Alabanzas, conversaciones, Aquellas poesías* y de *Sí a la Revolución*—escrito entre 1958 y 1962—forman el material del presente libro; su autor recoge en él trece años de poesía.

Roberto Fernández Retamar, periodista, crítico y antologista de poesía cubana, vio publicado por el Colegio de México (1955), su libro *Alabanzas, conversaciones*. Sus poemas han sido traducidos a ocho idiomas.

Con las mismas manos es la constancia del primer balance de un poeta joven; en este caso, doblemente interesante: puede apreciarse la evolución personal, individualísima del artista y la forja del poeta como expresión de un medio social. Por supuesto, la poesía de Fernández Retamar deja claro en primer término que se estuvo con la Revolución cubana desde el principio, que su autor no es del grupo de "héroes" del último minuto.

El poemario muestra, pues, esa doble evolución; respecto al trabajo poético, debe señalarse que es palpable la uniformidad temática revolucionaria desde 1949 hasta 1962, lo cual no significa ausencia de otros temas emotivos o sentimentales, acordes a las vivencias de la juventud y la cultura del poeta.

No hay uniformidad, en cambio, en lo referente a forma; poemas de distinta época continúan a veces un mismo cauce expresivo, o sea que la cuestión formal no obedece a una evolución cronológica sino a las exigencias de un oficio.

Con las mismas manos es un título acertado, porque en verdad toda esta poesía de Roberto Fernández Retamar se siente trabajada con la misma emoción, con la misma sinceridad, con la misma pasión, aun cuando esta última haga trampa, por su pureza, a la poesía, dándonos versos que no trascienden su desnudez temática; menos mal, es el caso de un mínimo de poemas.

Transcribimos el poema *Patria*, cuyos versos sencillos pero cargados de esencia poética, constituyen un símbolo y un ejemplo de lo que es y de lo que deberá ser la auténtica poesía revolucionaria:

Ahora lo sé: no eres la noche: eres
Una severa y diurna certidumbre.
Eres la indignación, eres la cólera
Que nos levantan frente al enemigo.

Apuntes de amor para cantar un amor incluye en sus páginas no sólo el tema que enuncia, sino que lo mezcla sutilmente con la otra gran preocupación del poeta: la política, la lucha, la Revolución.

Desde un punto de vista artístico, José Roberto Cea no se muestra parejo, no mantiene su calidad poética, se deja seducir por la frase simple o la construcción áspera; lo cual es explicable porque además de joven es hombre de intranquilidad política, el tiempo no le sobra, las horas para la orfebrería y la minuciosa lectura que conduce a mejorar el aprendizaje, son en Cea ligerísimas referencias, posibilidades, no hay manera de detenerse en ellas por mucho que le apriete la vocación y el esmero.

Quizá a ello se deba la palabra con que empieza el título presente: "apuntes", equivalente de algo que podrá ampliarse mañana, simple anotación para no perder la idea emotiva. Pero volviendo a esa mezcla del amor y la lucha lograda por el poeta joven salvadoreño, es justo transcribir estos dos fragmentos:

- Inmensa,
todo debe caber
en la canción.
- (1) Todos tienen que estar
en nuestro canto.

- Renacen los sollozos...
Tú lejana en mi Patria
de la cual me extraviaron...
- (2) De pronto,
en una carta
me llegas
y se ilumina el mundo!

CLARA SILVA, *El alma de los perros*, Edit. Colección Carabela, 182 pp., Montevideo, Uruguay, 1962.

Clara Silva, poetisa uruguaya que nos ha dado títulos como *La caballera oscura* y *Memoria de la nada*, incursiona ahora por segunda vez sobre el campo del relato; tanto su anterior novela, *La sobreviviente*, como la actual, *El alma de los perros*, desenmadejan sus hilos alrededor de temas casi obsesivos para los personajes.

Elvira, personaje central de *El alma de los perros*, es la historia y el manantial que sostiene el abigarramiento del relato; de las frustraciones de esta mujer se alimentan esencialmente las páginas de la novela.

Clara Silva ha trabajado este libro sobre la base de magnificar los acontecimientos diarios de la vida, de darles una categoría un tanto ideal a fin

de insuflarles el valor o la fuerza de lo trascendente; esto, a nuestro juicio, disminuye el interés del lector que, conociendo la realidad, encuentra desvirtuado el relato y sólo llega a aceptarlo por las licencias que concede la literatura.

Sin que carezca de total importancia la temática, podemos estar seguros de que su calidad es inferior a la técnica retrospectiva utilizada para manifestarla. *El alma de los perros* podría haber sido una excelente alegoría de la pobreza y sus consecuencias, pero el lirismo demasiado acentuado de la autora derrota los mejores momentos de la introspección y de la retrospectiva. Es la técnica por sí sola la que confiere interés a esta novela; los pecados de la temática se diluyen ante la aparente incoherencia de los planos temporales en que la novelista mueve el relato.

Los complejos, los prejuicios, los desajustes psíquicos explican al final el origen de los puntos de vista invocados para enfocar el planteamiento o la solución de problemas cotidianos. Elvira proporciona su historia desde una cama de hospital, después de su intento de suicidio, en estado de inconsciencia. Fragmento por fragmento construye el pasado más vigente que el presente; en este recordar fluyen las tormentas de su alma acongojada por simbólicos perros; aquí brotan sus sueños rotos, su temor a Dios y su duda acerca de El, la incomprensión de la madre, el primer empleo, la primera burla, el hogar inseguro, el marido irónico, el aborto y, en fin, los negativos rendimientos de la pobreza.

EDUARDO NICOL, *Psicología de las situaciones vitales*. Edit. Fondo de Cultura Económica, 166 pp., México, D. F., 1963.

La sección de Obras de Filosofía de esta casa editora reedita, veintidós años más tarde, un libro que contiene todos los elementos necesarios para asegurar un adecuado método de investigación psicológica.

Psicología de las situaciones vitales presenta un sistema de organización interpretativo de las experiencias del individuo en su vida afectiva. El plan de la obra contempla cinco capítulos referidos, precisamente, a dichas experiencias. Eduardo Nicol aborda las situaciones del espacio y tiempo, la temporalidad y acción, sobre lo vital y la estructura de la vida, sobre las situaciones vitales y azar, destino y carácter. Situación y expresión.

En relación a la obra y con motivo de la segunda edición, el autor anticipa: "Esta obra, si se quiere, contiene el plan teórico de una psicología nueva que se ha desarrollado, paradójicamente, en la dirección de la filosofía sin llegar a constituir en efecto una psicología positiva. Otros podrán hacerlo, si el trabajo nos impide hacerlo a nosotros mismos".

JUAN MARSÉ, *Esta cara de la luna*, Edit. Seix Barral, 269 pp., Barcelona, España, 1963.

Marsé pertenece a esa novísima ola de relativistas españoles cuyas edades están más allá o más acá de los treinta años, pero que casi nunca pasan de los treinta y cinco; Marsé mismo nació en 1933.

¿Qué desea decir este autor en su novela *Esta cara de la luna*? ¿Cuál es su preocupación? Precisamente, su tema lo identifica con sus compañeros de generación; no hay gran diferencia entre lo que aquí expone y lo que ya ha dicho García Hortelano o Juan Goytisolo.

Desea decir, lo dice, le preocupa la vida de las gentes que sobrepasando un nivel de comodidad se diluyen en una falsa rebeldía. Las historias de esta novela se desenvuelven en Barcelona, lugar de origen del novelista, razón por la que su verdad está garantizada.

La historia principal, la de Miguel Doc, hijo de influyente empresario, es propiamente el eje para servir las demás historias, las de los individuos que fueron compañeros universitarios de Miguel Doc, todos ocupando ahora posiciones distinguidas en la alta sociedad barcelonesa.

Miguel Doc y Guillermo Soto son las dos ovejas negras ante sus ex compañeros de sueños; Soto permanecerá igual en su vida de rebelde hasta el final de las páginas; Doc se someterá en apariencia, o sea que conservará su rebeldía sólo por dentro, continuará asqueándole el mundo que lo rodea, dirá su náusea en las reuniones sociales, procurará ruborizar a las damas de los círculos que frecuenta y se evadirá, de vez en cuando, por el lado del alcohol y las mujeres fáciles.

Aun cuando Juan Marsé dé mayor importancia a Miguel, el héroe negativo es en realidad Guillermo, éste se mantiene inmutable en su conducta interior y se manifiesta acorde a ella.

Técnicamente, Juan Marsé no hace alardes estilísticos ni maneja grandes recursos para su narración, apenas puede apuntarse en este sentido algún rápido monólogo. Buen complemento dentro del relato es la parte referida a las descripciones de lugares.

El concepto del amor, aquí en *Esta cara de la luna*, es complicado, porque su pureza está adscrita al romanticismo bobo de una juventud ya ida; por otra parte, cuando el amor logra ser identificado es en función del interés, de la soledad, de la mujer que harta, por el esposo casi industrializado, busca un escape a través de la aventura con un tercero.

El amor tiene cierta categoría, quizá la única vez en la novela, cuando Guillermo Soto vive su romance con Palmita, mujer de clase social distinta a la de él; sin embargo, se desvirtúa al morir ella a causa de la embriaguez de Soto; se desvirtúa porque ya tendida la mujer aparece el hermano mayor de ella para decir estas palabras a Miguel:

"Ayer estuve a verle. Hablé con su esposa (la de Soto). Parece una buena señora; aunque, claro, todavía está excitada. Ha sido muy triste para ella tener que enterarse de este modo... Pero yo creo que llegaremos a un acuerdo. Ella fue muy amable... Hoy o mañana iré otra vez a preguntarle cómo sigue su marido. Usted, que es amigo de ellos ¿qué le parece?... ¿Cree usted que nos comprenderán, que se harán cargo de lo ocurrido? Verá, nosotros no queremos adelantarnos a nada, pero hemos pensado que lo justo sería...".

El concepto de la amistad es también difícil de ubicar. Los amigos de ayer, aquellos que compartieron la vida tumultuosa y agitada de la juventud, se diferencian cuando la ocasión de los prejuicios lo impone; al amigo talentoso, que se le reconoce cierto talento, se le habla *a veces*, nunca cuando se va en compañía de un potentado que podría tomar a mal semejante amistad.

La derrota de Miguel Doc llega cuando su ideal no se realiza por falta de dinero; Doc desea imprimir una revista de arte como en sus días de universitario, pero aquí empieza a darse cuenta de su situación, aquí conoce la necesidad del cambio, del sometimiento: ríen de él, le tienen compasión.

Uno de los viejos amigos a que recurre es Guillermo Soto, mas éste vive satisfecho su mundo de embriaguez y de recuerdos infantiles; capaz de pagarle todas las copas del mundo a Guillermo, rechaza cualquier petición relativa a la revista. Doc piensa animarlo hablándole del país, del estado en que se encuentra, pero Soto le responde que pisa la tierra solamente y que no vive en el país.

La rebeldía de Guillermo Soto tiene otras aristas preciosas, y entre ellas está esa de no querer dar hijos a la mujer de alcurnia con quien le obligaron a casarse; hay un momento que María José le interrumpe el sueño para insistirle y él contesta fríamente que puede tener los ansiados hijos con otro.

En esta novela, Juan Marsé sugiere que no hay mucha oportunidad para los rebeldes en determinada esfera social; por eso, quizá, Miguel Doc sucumbe, por enterarse de que no tiene otra salida; al menos, así se lo confiesa a Suárez otro ex compañero que después llega a pedirle colaboración para otra revista:

"Estoy cansado, Suárez, cansado de verdad. Siempre luchando del lado de los que pierden. Sólo una vez en la vida se pueden hacer milagros como el que tú y yo hicimos en aquella entrañable revista..."

S. SURIÓ, *La casa de Haverford*, Edit. B. Costa-Amic, 184 pp. México, D. F., 1963.

Dos aspectos temáticos que en nuestros días desarrollan nuestros novelistas son, extremos por cierto, por una parte el referente a mostrar la miseria física liquidadora de valores en los núcleos sociales que forman campesinos, obreros y desheredados en general; por otra parte, el referente a manifestar en todo su esplendor la vida de las altas clases sociales, cuyo verdadero contenido es la miseria moral que opaca por completo la capa dorada que envuelve a sus integrantes.

El segundo aspecto es el escogido por S. Surió (no aparece el nombre) presentada por el editor como una joven escritora mexicana que reside en provincia. *La casa de Haverford* desenvuelve en sus páginas un relato ubicado en Nueva York y Nueva Jersey; los personajes de esta novela son múltiples como múltiples son, también, los síntomas de descomposición social que reflejan en sus respectivas acciones.

Para los individuos de *La casa de Haverford* no es posible que la vida aporte novedades, todo está visto, todo está intentado, todos los caminos han sido recorridos, los más emocionantes por prohibidos conducen asimismo al tedio; el sexo, la fama, las drogas, el dinero son tan fácil de conseguir que sus límites sólo dan paso hacia la evasión o el suicidio.

El ambiente que la autora quiso narrar está tipificado en las acciones de una familia y los personajes que se mueven a su alrededor: Alfred Graham, propietario de una editorial; Manet Graham, hija de éste; Gerard Likenham, joven millonario, sobrino de Alfred; Lisa, prima de Manet, más rica que los demás; Walter, pintor, pariente cercano de los Graham; Sebastián y Paúl, amigos entre sí, allegados a los Graham.

La calidad de los personajes en cuanto a su temblor humano o su condición moral, puede deducirse al saber que Lisa, educada en Europa, no respeta sus sentimientos hacia Walter, le ama, pero se reparte entre otros hombres; también sirve para el caso, Gerard, que mantiene el vicio a la madre morfinómana y goza especulando con las sensaciones que ella manifiesta después de cada dosis.

En relación a la prosa de esta nueva escritora, S. Surió, puede anticiparse que sus páginas señalan mejores frutos venideros en el terreno literario; tal vez haya que depurar el estilo recargado así como el párrafo denso, acortar ciertas frases o eliminar fragmentos innecesarios, sobre todo ser menos extensa en la descripción de estados de ánimo.

Respecto a la construcción de los personajes la autora sale bien librada, trabaja con decoro, los mueve adecuadamente en sus medios lujosos, bares de moda, reuniones culturales, etc. Una muestra del pensamiento que maneja en ello la encontramos al hablar Gerard, quien refiriéndose al

libro de Paúl, dice: "Si Graham lo recomienda, un nutrido grupo de pseudo-intelectuales lo leerá. Unos por criticarlo a él, otros por no quedarse al margen de alguna conversación social y los demás por curiosidad... Ya no serás nunca tú mismo ni tendrás el derecho de hablar libremente... , la fama es el peor estado del hombre".

Mauricio DE LA SELVA

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

CASA DE LAS AMÉRICAS, Directora: Haydée Santamaría, Núms. 15-16, La Habana, Cuba, 1963.

Las publicaciones periódicas cubanas, vienen cumpliendo adecuadamente su papel de difusión en el medio cultural latinoamericano; tal difusión, enfoca no sólo la cuestión comunicativa cultural entre países hermanos, sino también la referente a la información de lo que en Cuba, país de nuevo sistema económico social, se hace en el aspecto cultural.

Observando objetivamente alguna de estas publicaciones, quienes amamos a la Revolución Cubana por todos los cambios que nos promete, notamos que varias revistas adolecen de vicios heredados o de notorios descuidos; valga para el caso referirnos concretamente a cierto autobombo ejercido por autores revolucionarios que, con razón o sin ella, se reiteran recíprocamente palabras amables y dedicatorias azules. Por otra parte, no es posible tropezar constantemente con trabajos y nombres de los mismos autores monopolizadores en diversas publicaciones, mientras sabemos que hay otros nombres valiosos que tardan mucho en aparecer. ¿Cuál es el origen de fallas como éstas? Son los mismos escritores cubanos quienes darán la respuesta.

A veces, en casos como los antes señalados, la crítica o la "llamada de atención" no funciona para los interesados, porque éstos se sitúan de pronto ante esta doble posibilidad: a los censores de la reacción no se les toma en cuenta porque representan al enemigo, y el enemigo—lógicamente—no tiene interés en que la revolución supere sus fallas. Ahora bien, pero ¿qué sucede con los amigos? Pues, los amigos no reparan en los errores para no darle nuevo material de ataque al enemigo; o bien, porque piensan: "se hacen cosas más importantes y no debemos fijarnos en estas nimiedades". Así todo, los vicios no sólo no desaparecen, sino que se enraizan, se fortalecen y siembran para futuros malos ratos.

Nuestro reparo nace, precisamente, al tener en las manos el presente número de *Casa de las Américas*, porque en él ha desaparecido del sumario la desorganización o el caos que refleja el autobombo, la repetición sin sentido de nombres y la falta de criterio para seleccionar trabajos de calidad.

En favor de este número, por ejemplo, está el ensayo de Julio Cortázar: "Algunos aspectos del cuento", localizado en las primeras páginas; ensayo magnífico—no importa que no compartamos la totalidad de sus

puntos de vista—; trabajo ponderado, hijo de esa gran experiencia que a este relatista argentino ha dado su oficio y le ha confirmado su talento.

En la parte final de su ensayo, Cortázar toca aspectos no sólo del cuento, sino de la literatura en general y, es más, de la literatura que nace en la nueva Cuba; algunas de sus afirmaciones, un tanto idealistas, no carecen de absoluta validez. Leamos:

"Por supuesto, sería ingenuo creer que toda gran obra puede ser comprendida y admirada por las gentes sencillas; no es así, y no puede serlo. Pero la admiración que provocan las tragedias griegas o las de Shakespeare, el interés apasionado que despiertan muchos cuentos y novelas nada sencillos ni accesibles debería hacer sospechar a los partidarios del mal llamado "arte popular" que su noción del pueblo es parcial, injusta, y en último término peligrosa. No se le hace ningún favor al pueblo si se le propone una literatura que pueda asimilarse sin esfuerzo, pasivamente, como quien va al cine a ver películas de cowboys. Lo que hay que hacer es educarlo, y eso es en una primera etapa tarea pedagógica y no literaria. Para mí ha sido una experiencia reconfortable ver cómo en Cuba los escritores que más admiro participan en la revolución dando lo mejor de sí mismos, sin cercenar una parte de sus posibilidades en aras de un supuesto arte popular que no será útil a nadie. Un día Cuba contará con un acervo de cuentos y de novelas que contendrá transmutada al plano estético, eternizada en la dimensión intemporal del arte, su gesta revolucionaria de hoy. Pero esas obras no habrán sido escritas por obligación, por consignas de la hora. Sus temas nacerán cuando sea el momento, cuando el escritor sienta que debe plasmarlos en cuentos o novelas o piezas de teatro o poemas. Sus temas contendrán un mensaje auténtico y hondo, porque no habrán sido escogidos por un imperativo de carácter didáctico o proselitista, sino por una irresistible fuerza que se impondrá al autor, y que éste, apelando a todos los recursos de su arte y de su técnica, sin sacrificar nada a nadie, habrá de transmitir al lector como se transmiten las cosas fundamentales: de sangre a sangre, de mano a mano, de hombre a hombre. . .

En este número hay trabajos de: José María Argüedas, Rodolfo Hinostroza, Víctor Agostini, Aquilino Duque, Luis Agüero, Francisco Baeza, Antón Arrufat, Edmundo Desnoes, Roque Dalton, Ambrosio Fornet, Raúl Macías, Beatriz Maggi, Manuel Ballagas, Enrique Capablanca, Elena Poniatowska, Cecilia Laverde, Sylvie Maron y Daniel J. Stern.

NIVEL, Gaceta de Cultura, Director: Germán Pardo García, Segunda Epoca, Núm. 56, México, D. F., junio de 1963.

Ante cada número de esta publicación, los lectores tienen dos pensamientos; uno, la antigua objeción: la incomodidad de su formato para manejarla; y dos, el antiguo reconocimiento: su puntualidad.

Desde hace varios años el poeta colombiano Germán Pardo García se ha esmerado en mejorar la presentación de *Nivel*. Ha aumentado sus páginas, ha llamado a colaborar a escritores de distinta nacionalidad y ha organizado secciones de interés general.

Una de las características de *Nivel* ha sido seleccionar para cada mes buena parte de la producción poética de un autor latinoamericano. El mérito de esta idea se ampliará si en el futuro, Pardo García promueve la publicación en libro de esa antología que deberá llevar el pie editorial: "Nivel".

Haciendo honor a la verdad, no todos los números de esta gaceta de cultura han sido justamente dedicados al poeta correspondiente en su turno, pero ello podrá depurarse en su debido momento si se prescinde del amiguismo o de la excesiva cortesía que impide decir *no* al compromiso.

Claro, hemos señalado excepciones, y claro, este número de junio está dentro de las exigencias de la regla: viene dedicado al poeta mexicano Elías Nandino, autor al que respalda una vasta producción, valiosa tanto por su intensidad emotiva como por su dominio del idioma. Nandino es, sin duda —y lo hemos comprobado ya mediante ensayo publicado en otro sitio— un poeta latinoamericano de creación pura, formal y uniforme. Ningún elogio a su poesía cae en la desmesura, ninguna palabra a su favor es redundante.

Encargado de escribir sobre la poesía de Nandino fue Octavio Corbalán, quien en sus afirmaciones incurre en pequeñas trampas acerca de la creación del poeta. A manera de ilustración: va a hablarnos de *la poesía* de este autor, pero, nos escamotea una veintena de títulos y sólo nos habla del más reciente que es *Nocturna palabra*, el cual indudablemente no nos acerca ni por aproximación a la trayectoria de la poética nandiniana a través de treinta y cinco años.

Otra trampa: ¿Por qué los favorables juicios de Octavio Corbalán se quedan girando alrededor de la preocupación metafísica de Nandino? Estamos de acuerdo en que dicha preocupación es válida únicamente como una de tantas observaciones que surgen de la temática del poeta, pero jamás podrá constreñirse toda una producción a lo que podemos sugerir —cuando mucho— como acentuado matiz.

De todas maneras, el ensayo de Corbalán no deja de cumplir su pequeña función. Pongámonos de acuerdo en que por hoy queda en deuda con Nandino y que el trabajo ha adelantado uno de los aspectos de la obra total del poeta.

No hemos de terminar sin transcribir parte de lo aseverado por Octavio Corbalán: "digamos que Nandino ha producido en la mitad del siglo XX una poesía densa de contenido, de saludables morbideces formales, sin las aristas, a veces excesivas, de la poesía castellana de nuestro tiempo. Apegado a los más venerables ritmos del Renacimiento, sin rebeldías inne-

cesarias, sin ademanes desorbitados, con entera conciencia de su oficio, ha cincelado los treinta y ocho poemas de *Nocturna palabra* que se leen con placer y con interés porque en ellos escuchamos la voz de un verdadero poeta".

En este número hay trabajos de: Ramón de Garciasol, Jesús Arellano, Daniel Ortega Ricaurte, Dionisio Aymará, J. M. Alvarez D'Orsonville y Raúl Leiva.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 2 DE
SEPTIEMBRE DE 1963 EN
LOS TALLERES DE LA EDI-
TORIAL CVLTVRA, T. G.,
S. A., AV. REP. DE GUATE-
MALA NUM. 96, DE LA CIU-
DAD DE MEXICO.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Los Distritos de Riego del Noroeste, por Jacques Chonchol	20.00	2.00
Los Bosques de México, por Manuel Hinojosa Ortiz	20.00	2.00
Diagnóstico Económico Regional, obra indispensable para conocer la realidad mexicana, dirigida por Fernando Zamora. La distribuye Fondo de Cultura Económica, Avenida Universidad 975, México 12, D. F.	100.00	8.30
Nuevos Aspectos de la Política Económica y de la Administración Pública en México, por varios autores	12.00	1.20

De venta en las principales librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:

NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:

Apartado 1142.

San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO.

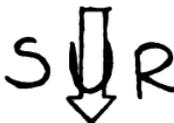
Department of Romance Languages,

University of Pittsburgh

Pittsburgh 13, Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.



Dirigida por VICTORIA OCAMPO

REVISTA BIMESTRAL TUCUMAN 685, 2o. D. BUENOS AIRES

SUMARIO DEL No. 282 — MAYO-JUNIO DE 1963

VICTORIA OCAMPO

Propósitos de Lawrence de Arabia; Saludo a "La Revista de Occidente"; "La Lección del teatro está más allá de las lecciones".

EUGENE IONESCO

Paseando por la Chanca. Me hablan las estampas de los santos. La alternativa fundamental.

JUAN GOYTISOLO

Poemas. Una asamblea de poco sentido común. Secuencia al amanecer.

SILVANA OCAMPO

LUDWIG SCHAJOWICZ

ERNESTO MEJIA SAN-

CHEZ

ELVIRA ORPHEE

GUILLERMO WHITELOW

CRONICAS Y NOTAS

Adolfo P. Carpio: Un panorama de la filosofía en la Argentina. ★ Enrique Anderson Imbert: Papeles: Unidad y diferenciación de la lengua. ★ NOTAS BIBLIOGRAFICAS por Luis Justo, Alfredo Andrés, María Scuderi, Oscar Hermes Villordo, Jorge Cruz, M. L. Bastos, Fryda S. de Mantovani, Elisabeth Ascona Cranwell, Ivonne A. Bordelais y Carlos Mastrorardi. ★ TEATRO: Experiencias de Jean Trudieu por J. C. ★ NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES. ULTIMOS LIBROS RECIBIDOS.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. VOCALES: D. Ernesto J. Amecua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casacelles, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marta R. Gómez, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO: Lorenzo Alcaraz.

NUEVO MODELO

L.H. PARA 41 PASAJEROS

Un triunfo de la técnica mexicana
reconocido en México y en el extranjero



Por todos los caminos del país los autobuses M.A.S.A. cumplen su tarea de mover a la población sobre bases de seguridad. En este mapa se indican las ciudades que tocan las diversas líneas que utilizan nuestros autobuses. Actualmente trabajan con vehículos M.A.S.A. las siguientes líneas de autotransportes:

Autobuses de Oriente S. A. de C. V. (A.D.O.). Ruta: México-Puebla-Córdoba-Veracruz-Oaxaca-Villahermosa-Ciudad del Carmen-Mérida.

Autotransportes del Sur, S. A. de C. V. (Mérida). Ruta: Tabasco-Chiapas-Oaxaca-Campeche-Yucatán.

Autobuses de Occidente, S. A. de C. V. Ruta: México-Morelia-Guadalajara

Sociedad Cooperativa de Producción Autotransportes "La Piedad de Cabadas", S. C. L. Ruta: México-Querétaro-Irapuato-La Piedad-Guadalajara.

Líneas Unidas México-Tuxpan-Tampico "Tres Estrellas", S. A. de C. V. Ruta: México-Tuxpan-Tampico-Ciudad Victoria.

Sindicato de Proprietarios de Auto-Camiones Línea México-Cuautla-Matamoros-Oaxaca. Ruta: México-Cuautla-Matamoros-Oaxaca.

Autobuses "Estrella Blanca", S. A. de C. V. Ruta: México-Ciudad Juárez Via Saltillo-Torreón.

Sindicato de Autotransportes México-Cuernavaca-Zacatepec-Jojutla, S. C. L. Ruta: México-Cuernavaca-Zacatepec-Jojutla.

Sindicato de Proprietarios de Autotransportes México-Cuernavaca-Acapulco "Flecha Roja", S. C. L. Ruta: México-Cuernavaca-Acapulco.

Transportes del Pacífico, S. A. de C. V. Ruta: Guadalajara-Tepic-Culiacán-Hermosillo-Tijuana-Mexicali.

Corasón del Bajío, S. A. de C. V. Ruta: México-Guadalajara (las 2 rutas)

Autobuses Centrales de México "Flecha Amarilla", S. A. de C. V. Ruta: México-Querétaro-Irapuato-León-Aguascalientes.

Unión de Permisarios de Transportes de Pasajeros, S. C. L. (Flecha de "Tres Estrellas de Oro"). Ruta: Guadalajara-Tepic-Culiacán-Hermosillo-Tijuana-Mexicali.

Autotransportes del Sureste "Cristóbal Colón" S. C. L. Ruta: México-Oaxaca-Ciudad Cuahémoc-Guatemala.

Autobuses de Acapulco, S. A. de C. V. Ruta: México - Cuernavaca - Taxco-Iguala-Chilpancingo-Acapulco.

Autotransportes del Sur de Jalisco, S. C. L. Ruta: Guadalajara-Sayula-Ciudad Guzmán-P. Cuatrecasas-Covatlán-Manzanillo.

Autotransportes Cihuatlán-Mamanillo-Barra de Navidad-Guadalajara, S. C. L. Ruta: Guadalajara-Au-

lita-Barra de Navidad-Cihuatlán-Manzanillo.

Autotransportes Tequila, S. A. de C. V. Ruta: Guadalajara-Amatitlán-Tequila-Irtilán del Río.

Miles de kilómetros recorren diariamente en la República Mexicana, los autobuses M.A.S.A. hechos en México por manos mexicanas.

Mexicana de Autobuses, S. A.

Norte 45, Núm. 801

Tel. 47-93-00

Colonia Industrial Vallejo, D. F.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls
GANARAS LA LUZ, por León Felipe	(agotado)	
JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leal	(agotado)	
RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	10.00	1.00
RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Riese ..	(agotado)	
VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez ..	(agotado)	
ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor ..	(agotado)	
MARTI ESCRITOR, por Andrés Baudry	(agotado)	
JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio	(agotado)	
CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (tercera edición)	(agotado)	
EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	18.00	1.60
MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	(agotado)	
DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	(agotado)	
EL LADERINO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)	
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	10.00	1.00
LA PRISION NOVELA, por Gustavo Valcárcel	(agotado)	
ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado)	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	12.00	1.20
LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bredas	10.00	1.00
LUCERO SIN ORDELES, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)	
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvaréz Acosta	12.00	1.20
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvaréz Acosta	15.00	1.50
EL OTRO OLVIDO, por Dora Irala Rusch	5.00	0.50
DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla ..	(agotado)	
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo ..	10.00	1.00
AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	(agotado)	
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	10.00	1.00
ACTO POETICO de Germán Pardo García	10.00	1.00
NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milanes. Versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
SANGRE DE LEONIA, por José Piquet	10.00	1.00
CHINA A LA VISTA, por Fernando Britos	12.00	1.20
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García ..	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Costo del Pomar	18.00	1.60
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00	1.60
LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Toriello ..	(agotado)	
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por Lucila Valdésques	12.00	1.20
AZULEIOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardosa y Aragón	(agotado)	
RAZON DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvarez	9.00	0.90
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria ..	7.00	0.70
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García ..	15.00	1.50
ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00	0.90
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce ..	15.00	1.50
VIDA Y SENTIDO, por Luis Abad Carretero		
PACTO CON LOS ASTROS. Galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, Disertamiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS por Jesús Silva Herzog	(agotado)	
BARRO Y VIENTO, por Mauricio de la Seta	(agotado)	
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE 1900-1950, por Frederic Harold Young ..	15.00	1.50
HISPANOAFRICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA	20.00	1.80
HISTORIA DE LA EXPROPIACION PETROLERA, por Jesús Silva Herzog	12.00	1.00
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXICANA, por Jesús Silva Herzog	10.00	0.90
EL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LA ECONOMIA DE MEXICO, por José Luis Cecelia	20.00	1.80

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibañeta	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gans	5.00	0.50
NOZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José C. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núm. 1 al 100, por Ansel Flores	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	5.00	0.50

REVISTA; SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	30.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Julio Larrea

La educación y la vida internacional en la América Latina.

Manuel Pedro González

La Argentina y sus problemas actuales. Juan XXIII, Adalid de la Paz.

Javier Rondero

El pacto para abolir las explosiones nucleares.

Manuel Sandoval Vallarta

La política cultural y los escritores y artistas cubanos.

Loló de la Torre

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

Diego Córdoba

Vicente Sáenz, una vida consagrada a defender a nuestra América.

Francisco Giral

José Giral, ejemplo para la juventud de España y América.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Jacobo Kogan

Arte y metafísica en Whitehead.

Monique Périgord

Fracaso temporal y conciencia estética.

Nota, por E. Ll.

PRESENCIA DEL PASADO

F. Cossío del Pomar

Manco II. El fugitivo.

Enrique Flores Cano

El ideal bolivariano en la Carta de Jamaica.

Jorge Carrera Andrade

El caudillo de la guerrera azul.

DIMENSION IMAGINARIA

Henri de Lescoët

Toison oscuro.

Jacqueline Van Praag Chantraine

Tendencias del teatro español de hoy: Antonio Buero Vallejo y "el buerismo".

Saúl Yurkievich

José María Arguedas: encuentro con una narrativa americana.

José Luis Cano

Don Juan Valera en el Brasil.

Luis Alberto Sánchez

Pedro Henríquez Ureña.

Nota, por David Martínez.

LIBROS Y REVISTAS

Mauricio de la Selva

Libros, revistas y otras publicaciones.